

Las olas de tu



corazón

MARTHA BLACK

*Las olas de tu
corazón*

Martha Black

Título: Las olas de tu corazón

Copyright © 2024, Martha Black

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Diseño de cubierta: Willy Martin

Maquetación: Sandra Moya

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, febrero de 2022

2ª edición, mayo de 2024

*Para los que, en silencio y sin herramientas, siguen
luchando contra sus fantasmas.*

No estáis solos.

Para mi «yo» del futuro:

Cada vez que me he levantado después de una caída, ha sido por ti.

*Cada vez que lo he intentado una vez más cuando creía que todo
estaba perdido, también ha sido por ti.*

*Espero que te sientas orgullosa, que te mires al espejo
y que te digas que lo conseguiste.*

Que mereció la pena.

—Martha Black

Contenido

[Nota de autora](#)

[Prólogo](#)

[1. Abuela Rita](#)

[2. ¿Pitos o pizza?](#)

[3. Tomar decisiones o estancarse](#)

[4. Ser uno mismo es complicado](#)

[5. ¿Y el Barrio Azul?](#)

[6. El abuelo no sabe pasarlo bien](#)

[7. ¿De qué tienes miedo?](#)

[8. Una mala opción](#)

[9. Salir de tu zona de confort](#)

[10. Como Eli](#)

[11. Experimento sociológico](#)

[12. Presentar a tu hija es sinónimo a pasar vergüenza](#)

[13. Sinsentido](#)

[14. Arrepentirse](#)

[15. Las respiraciones hablan](#)

[16. Solo está buena](#)

[17. Falsas apariencias](#)

[18. Hueco](#)

[19. Cuando de verdad quieres...](#)

[20. ¿Y si tenía razón?](#)

[21. Un segundo](#)

[22. No dejes que se muera](#)

[23. Es mi mujer](#)

[24. ¿Cuántas cosas no vemos por orgullo?](#)

[25. Aritz siendo Aritz](#)

[26. No siente lo mismo por mí](#)

[27. He cogido el aire y está muy rico](#)

[28. Mi lugar favorito](#)

[29. Damon](#)
[30. Mi cicatriz](#)
[31. Sigo siendo el mismo](#)
[32. Joderte](#)
[33. Que me trague la Tierra](#)
[34. Enseñar las cartas o esperar](#)
[35. Celos absurdos](#)
[36. Aléjate de ella](#)
[37. Parecía gris](#)
[38. ¿Podría bastarme?](#)
[39. Mi caos](#)
[40. Quiero perderlo de vista](#)
[41. Quedé marcada](#)
[42. Piensa. Siente. Hazlo.](#)
[43. No digas nada](#)
[44. Hazlo](#)
[45. Las olas de tu corazón](#)
[46. La madre de Eli](#)
[47. No podía darle lo mismo](#)
[48. Autocontrol](#)
[49. Una brecha entre nosotros](#)
[50. Todos los pitos son iguales](#)
[51. No encontré lo que buscaba](#)
[52. No lo esperaba](#)
[53. El café ayuda](#)
[54. Errores del pasado](#)
[55. Trocitos de mí](#)
[56. Vicky no era Sally](#)
[57. Enséñame tu lugar favorito](#)
[58. No sé cómo hacerlo](#)
[Epílogo \(s\)](#)
[Y ahora que has terminado...](#)
[Contenido extra](#)
[Agradecimientos](#)
[Biografía](#)

Nota de autora

Teníá miedo de dar este paso y soy una persona que anima al resto para que luchen contra sus miedos. Es de ser un poco hipócrita, ¿verdad? Pero todos lo hacemos porque el miedo ajeno no vive en nuestra cabeza. Nos tomamos la licencia para hablar con una supuesta objetividad que no tenemos, y, a veces, metemos la pata.

Malditos miedos, ¿eh?

«Si tienes miedo, hazlo con miedo», te aconsejan.

Lo haré.

Pero tengo miedo, ¿vale? Miedo de lo que pueda pasar, de que no sea lo que espero cuando, supuestamente, no espero nada. Tengo miedo porque tengo derecho a tenerlo, y, porque como tú, también soy humana.

Aviso de que esta novela no es un drama. Adoro escribir y leer dramas. No me escondo. Pero no es el caso. Es sentimental, profunda e intensa. Está escrita para hacerte reflexionar, para que veas la luz si alguna vez te sientes perdido porque tienes que empezar de cero y para que entiendas lo sencillo que es juzgar a una persona que no conoces. Puede que tú también lo hayas hecho sin darte cuenta. Por eso te pido que abras tu mente y que no les juzgues a ellos hasta que termines.

Y, ahora sí, bienvenidos al comienzo de la historia.

*Me gustas cuando dices que podemos
con todo y suena a verdad.*

—Martha Black

Prólogo

Deberíamos tener la oportunidad de pulsar un botón que nos permitiese reencontrarnos con nuestro «yo» del pasado. Hablar con él, aunque solo fuese una vez para advertirle de que la vida tendrá muchas cosas malas y que no tendrá la culpa.

Pasan porque tienen que pasar.

Pero si solo pudiésemos hablar con una persona, no me hubiese escogido a mí. Tenía un asunto pendiente que era más importante. Si pudiese escoger la persona del pasado con quien hablar, sin lugar a dudas me reencontraría con mi madre y le enumeraría todas esas cosas que, siendo tan joven, no pude asimilar.

Necesitaba hablarle y necesitaba encontrar las palabras.

¿Cómo decirle a quien no está que tiene que ser fuerte porque tu futuro se trastocará con su ausencia? Avisarla de que se llevó el amor y te llenó de miedos, de que te perdiste por su decisión y que mantienes pedacitos de ella, porque te niegas a dejarla ir. Le diría que el verdadero amor empieza por quererse a sí misma y que, si lo hubiese conseguido, seríamos muy felices.

¿Por qué no lo hice?

Porque el pasado no es el presente.

Pero el presente cambia el futuro.

1. Abuela Rita

VICKY

Quizás mi vida se alejaba mucho de ser la típica historia idílica con la que te empapas de amor a raudales, de esas que vienen en los libros y destrozan hasta los corazones más duros. Pero era mía, mi vida, mis vivencias, mis días buenos y no tan buenos, mis problemas, mis errores, y, sobre todo, el aprendizaje hasta convertirme en lo que quiero ser.

Pero ¿quién era yo y quién quería ser?

Victoria, veinticuatro años, morena, ojos verdes y con muchas papeletas para pasar desapercibida por decisión propia y no tan propia. Me pregunto si esa decisión tenía más que ver con mi situación familiar que lo que quise creer en un principio. Ni siquiera podía soñar con cómo sería tener una familia unida, de esas que salen juntas en las fotografías de Navidad con los jerséis chillones y una sonrisa de oreja a oreja. Mis Navidades cambiaron mucho desde que mi padre se enamoró de otra mujer y se fugó con ella a Punta Cana, dejando a mi madre con las deudas que contrajo por su adicción a los juegos de azar.

Cuando éramos una familia aparentemente feliz y yo era una niña ingenua que ignoraba lo que era perder el dinero de un plumazo por apuestas ridículas, las cosas no parecían tan tristes. Mi padre trabajaba como asesor de banca y mi madre limpiaba algunas casas los días de diario, después de dejarme en el colegio. Vivíamos bastante bien en las Delicias, muy cerca de la estación de Atocha, en un piso hipotecado que nos quitó el banco cuando mi padre se marchó. Apenas tengo recuerdos de ese piso, solo tenía diez años cuando mi madre intentó llevarse todo lo posible a casa de mi abuela, la única que nos ayudó por entonces.

La tía Mari estuvo viviendo una vida alocada en Galicia, con un hippie del que se enamoró. Regresó porque las cosas salieron mal, pero, por algún motivo que sigo sin saber, apenas duró unos meses en Madrid y volvió a marcharse. La veía en Navidades, no todas, pero la veía. Las conversaciones fueron escasas, pero me bastaba con su presencia.

El abuelo Enrique había muerto dos años atrás por culpa de la enfermedad que se lleva a demasiada gente y tiene nombre del cangrejo que sale en el horóscopo. La abuela se quedó sola en Malasaña, viviendo con los recuerdos que el abuelo le dejó. Tampoco tuvo una vida fácil, pero, pese a las circunstancias, parecía vivir feliz. Siempre dije que los mayores estaban hechos de otra pasta, y por eso quería parecerme a ella antes de elegir a mi madre como referencia. Al final, creo que resulté ser una mezcla de las dos, sin preocuparme si escogía las partes buenas o malas. No es que fuese una chica que se dejase influenciar, pero estaba perdida y forjar mi propia personalidad se complicó con el paso de los años.



—¿Sandra? Necesito que prepares mi ropa para la fiesta que organiza el alcalde.

Desde que diagnosticaron el dichoso alzhéimer a la abuela, había pasado de llamarme Vicky como todo el mundo, a ser Juana, Paola o Sandra. Para ella, yo era una persona diferente cada día. O varias. Mi abuela tuvo a mi madre casi a los treinta. Mis abuelos lo intentaron varias veces sin éxito y pensaron que uno de los dos tenía problemas, pero, un día, cuando dieron por perdida la batalla, mi abuela se quedó preñada de mi madre. Después vino mi tía y los colmaron de felicidad. Eran otros tiempos y tener hijos se convertía en algo vital para la mayoría de las personas.

—Ahora mismo, señora Sanchís.

Asentí con la cabeza y me marché.

Caminé hasta su habitación para sacar de la cómoda el camisón de algodón con el que dormía. La supuesta fiesta del alcalde tendría que esperar para otro momento, o quizás, otra vida. Eran las diez de la noche y solía acostarse a las nueve, pero no quería molestarla porque estaba entretenida con una telenovela turca y me gustaba mucho verla así, como si su enfermedad hiciese una pausa para darnos un respiro a las dos.

Regresé al salón. Estaba levantándose, apoyada en el bastón que le había comprado unos meses atrás. No tenía muchos problemas de movilidad, porque siempre fue una mujer muy activa, pero a veces, le daban pequeños mareos y la gustaba tener un punto de apoyo.

Recuerdo el día que fui al Rastro y entré en una tienda de antigüedades. Mi amiga Nieves cogió un bastón que tenía una cabeza de caballo y sabía lo mucho que le gustaban a la abuela. Le recordaba el día de pedida, en San Isidro, cuando mi abuelo apareció en un carruaje para llevarla por las calles de Madrid. Ella lo explicaba con todo detalle y yo me imaginaba una película en blanco y negro. El bastón me pareció ideal y a ella también. Lo vi en sus ojos humedecidos cuando se lo entregué. Lloró dándome las gracias. Por entonces, no tenía la enfermedad diagnosticada y pensábamos que su pérdida de memoria se debía a los despistes.

—¿Necesita ayuda, señora Sanchís?

—¡Vicky! ¡Por el amor de Dios! ¿Por qué me hablas así?

—Eh... Era una broma —respondí con una sonrisa a medio fingir.

Estaba feliz por esos ratitos en los que la abuela recordaba mi nombre y quién era yo.

—Se ha hecho muy tarde. ¿Me ayudas?

—Claro.

Dejé que cogiese mi brazo y la acompañé hasta su habitación. Tenía su medicación preparada en la mesita de noche y se tomó todo antes de que la ayudase a desvestirse.

Llevaba mucho tiempo dedicándome en cuerpo y alma al cuidado de mi abuela. La tía Mari propuso que la ingresásemos en una residencia para la tercera edad y me negué. Esa mujer nos cobijó bajo su techo y nos dio de comer cuando no teníamos nada. ¿Cómo iba a dejar que la cuidasen otros? Podía hacerlo y no me importaba aparcarme mi vida, con tal de que ella estuviese bien. Se lo debía.

—¿Puedes prepararme el vestido azul para mañana?

—¿Tu favorito? —pregunté para salir de dudas.

—Ese. Mañana quiero estar más guapa que nunca.

—Siempre lo estás, abuela —respondí dándole un beso en la frente cuando la arropé y le ofrecí el caramelo de nata que se comía justo antes de dormir.

Adoraba a mi abuela. Me encantaban sus días buenos, y los no tan buenos intentaba cambiarlos. Los mejores instantes con ella era cuando me miraba muy fijamente, como si viese a

través de mi cabeza y removiese mis pensamientos.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti. Yo lo estoy, Vicky.

—Abuela...

—Eres una chica increíble. ¿Lo sabes?

—Y tú eres la mejor abuela del mundo.

Me agarró por la nuca para darme esos besos sonoros con sabor a nata que me relajaban por su significado. Los daba cuando tenía un día con recuerdos y eso para mí era un mundo. Estaba varios segundos haciendo unos ruidos extraños, como el sorber de una pajita en el fondo de un vaso sin nada. Los besos de mi abuela se escuchaban por toda España y me parecían los mejores. Porque eran los suyos.

Cerró los ojos para conciliar el sueño y me dirigí hasta el armario buscando el vestido azul. Iba a colocárselo sobre la silla de roble, puesta estratégicamente a su derecha. Tenía la costumbre de abrir los ojos antes de dormirse y comprobar que su ropa estaba preparada por si había alguna emergencia.

Saqué el vestido, largo hasta las rodillas. Le rejuvenecía mucho, dándole un aire sofisticado. A pesar de su edad, seguía siendo coqueta y le gustaba verse bien cuando pasaba por delante de un espejo.

La abuela no dejó de tener particularidades típicas de su edad. Una de ellas era tener ropa interior para las ocasiones. Siempre usaba bragas altas de color carne o blancas, excepto en celebraciones y visitas médicas. Ahí es cuando pedía las negras o las que tenían flores bordadas. Yo siempre la animaba a ponérselas, pero ella insistía en que la ropa interior se lucía en momentos concretos. ¿Para qué discutírselo? Tampoco es que yo hiciese caso a mis propios consejos, me había descuidado bastante y tenía un comportamiento similar al de ella con la vestimenta.

Volví al salón y apagué el televisor en busca del silencio, algo complicado por vivir en Malasaña. Ese día concreto, los astros se alinearon y las tormentas de abril nos regalaron un espectáculo nocturno.

A mis abuelos les encantaba el barrio, porque decían que había vida las veinticuatro horas y los siete días de la semana. No les faltaba razón: a excepción de las inclemencias temporales, el resto de los días se llenaban con voces, música y algún repartidor que venía por las callejuelas para entregar comida a domicilio. No negaré que también me gustaba, porque pasé allí parte de mi niñez y adolescencia. Crecí rodeada de diversidad, de colores y mucho respeto, pero yo no era como mis abuelos. Por mi cabeza siempre rondaba el pensamiento de cómo sería vivir en un lugar tranquilo y silencioso. Llevaba unos años entregada a mi abuela y escuchando cómo otros hacían su vida.

¿Qué paso con mi vida? ¿Y conmigo?

Necesitaba esa calma para encontrarme. Una calma como la que tuve cuando me quedé dormida en el sofá, leyendo un libro.



—¿Abuela? Son las nueve —dije abriendo la puerta de su habitación.

Me había despertado sobresaltada por una pesadilla en mitad de la noche. Fui hasta la cocina para beber un vaso de agua y volví a la cama. No puse el despertador. Mi abuela solía hacer

bastante ruido por las mañanas y más de una vez entraba en mi habitación llamándome por otro nombre para pedirme su desayuno.

Ese día todo cambió en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Abuela?

En su habitación ya entraba la luz. Le gustaba despertar con el sol, con las persianas a medio levantar. Decía que, si la estrella grande brillaba, era porque estábamos preparados para comernos el mundo. ¿Y qué sucede cuando es al revés? Cuando el mundo te come a ti.

—¿Abuela?

Nunca había visto a la abuela con una expresión tan relajada, una media sonrisa preciosa que podría contagiarme si no hubiese estado tan preocupada. No abría los ojos ni tampoco notaba su respiración. Toqué su brazo por si había perdido la audición y no me escuchaba. Podría ser eso, pero no. Tenía el cuerpo demasiado frío para estar tan arropada.

—Abu... Abu, despierta. No me dejes sola, por favor —dije en bajito cuando fui consciente de que nunca más despertaría.

Lloré. Me rompí en mil pedazos y acerqué mi oreja sobre su pecho con la esperanza de escuchar algún latido que desmintiese mi peor pesadilla. Toqué su cara despacio por si así volvía conmigo.

Esperé, esperé y desistí cuando llevaba minutos sin escuchar nada.

Era yo y mis llantos. La abuela se había marchado dejándome sola y me culpabilicé porque tendría que haber notado algo. Sí. Estoy segura de que tendría que haberlo notado.

Ella sabía cuál era su destino la noche anterior. Miré la silla donde estaba su vestido azul preparado y la ropa interior de las ocasiones. Dijo que quería estar más guapa que nunca para cruzar el umbral que separaba la Tierra de vete a saber dónde. No era creyente como ella, creía en lo que veía y poco más. La vida se había ensañado tanto conmigo que creer en un ser celestial me parecía una tomadura de pelo, pero mi abuela siempre dijo que la fe movía montañas y que el ser humano necesitaba creer en algo para salir adelante en los malos momentos.

Y juro que quería creer en ese algo, sobre todo después de que la abuela me dejase. Tuve claro que mi «algo» no sería el Señor que estaba crucificado encima de su cómoda. Quería creer que había cierta cosa más allá, no una persona, sino una fuerza o sentimiento interior. Necesitaba creer en eso para pensar que mi abuela se había marchado a un mundo mejor, donde recuperaría su memoria y sería feliz junto a mi madre.



Llamé al teléfono de Emergencias, pero cuando llegaron los sanitarios solo pudieron certificar su muerte. Quisieron consolarme con algo que ya sabía yo: había muerto tranquila, en mitad de la noche y sin sufrir. Que el corazón dejó de latir porque ya no tenía fuerzas suficientes, y sin corazón, no había vida.

La abuela Rita me dejó una noche de abril. Una en la que había tormenta. Pero se marchó tranquila y en paz, sin saber que me dejaba un vacío infinito en el pecho.

*Te echo de menos, abuela.
No sabes cuánto.*

2. *¿Pitos o pizza?*

ARITZ

—¡Joder, Eli! ¿No puedes tener más cuidado?

—Papá, la profesora Elena dice que esa palabrota está mal.

—Y yo te digo que tengas más cuidado. ¿Es que no ves la herida que te has hecho?

Elizabeth me volvía loco. Jamás pensé que una niña podría ser tan activa como lo era ella. No era mala porque mentiría si dijese eso; Eli se hacía querer y sus profesores me resaltaron una y otra vez que tenía una generosidad inmensa. ¿Cómo no iba a saber eso de mi propia hija? La estaba criando yo y esperaba que tuviese buenos valores.

Lo que no pude evitar es que se pareciese en mí en otros aspectos que no me gustaban tanto, como vivir la vida intensamente cada segundo. La hiperactividad de Eli no entendía de límites y me traía por la calle de la amargura. ¿No podía llegar a casa sin heridas?

—Ya no sangra, papá. No es nada.

—¿Que no es nada? Te has caído por las escaleras. Podrías haberte roto la cabeza.

—Pero la cabeza está bien.

—¿Y tu rodilla?

—También. Mejor que la tuya —respondió desafiándome.

Estaba claro que esa niña de siete años era mi hija. No había ninguna duda y no podía hacer otra cosa que quererla. ¡Joder! ¿Cómo era posible querer tanto a un ser tan pequeño? Seguía recordando el día que cogí su manita cuando nació y ella apretó mi dedo. Juré que nada ni nadie le haría daño, y con siete, volvía a casa como si hubiese peleado en un *ring* de boxeo.

A veces, dudaba de si mi papel de padre funcionaba o me equivocaba en algún punto. Mis padres insistían constantemente en que nos marchásemos con ellos a Bilbao para tenerlos cerca. Lo repetían a pesar de mis continuas negativas. Pero siempre lo tuve claro. Desde el día que llegué a Galicia, sentí que había encontrado un lugar al que podía llamar hogar y no tenía previsto un cambio de residencia a corto plazo. Por eso, venían ellos o íbamos nosotros si el trabajo me daba una tregua. Quería que les viese. Me esforzaba para que no dejase de ser una niña corriente y normal, para que tuviese sus amigos y para que disfrutase como otros sin notar la ausencia de su madre. Hasta cedí con la adopción de Nube, esa pequeña *bulldog* francés que también me volvía loco. Eli me dejó de piedra con sus explicaciones cuando decidió llamarla así. No me entraba en la cabeza que llamase Nube a una perra más negra que blanca, pero ella se justificó con que las nubes tenían los dos colores.

Dudo mucho de que hubiese otra niña tan inteligente como Eli.

—¿Y si cenamos pizza? —preguntó sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué te he dicho de la pizza?

Puso los ojos en blanco porque era rebelde como ninguna.

—Nininini.

—¿Qué te he dicho de la pizza? —repetí con un tono más duro para que me tomase en serio.

—Que solo se come los fines de semana.

—Exacto. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—Pues ya sabes la respuesta.

Volvió a poner los ojos en blanco para irritarme e intentar encontrar un punto débil que me hiciese caer, porque sabía que con lloros o pucheros no conseguía nada. Me negaba a que mi hija comiese esas mierdas y las limitaba a las ocasiones. Nunca llegué a entender cómo esos padres sin sentido común esperaban a sus hijos en la salida del colegio con dulces o bolsas de fritos. Como si fuese lo más normal del mundo.

¿Es que no les preocupaba su salud?

—¿Vamos al taller? —preguntó poniendo una vocecita que no iba con ella.

—Sí.

Cogí su mano para cruzar la carretera y acortar la distancia que nos separaba hasta el taller donde trabajaba la mayor parte del año. Lo bueno que tenía un lugar como Carballo es que no era necesario el coche para desplazarnos. Vivíamos en las afueras, en un tercero sin ascensor, cerca de la carretera que nos llevaba hasta Razo. El colegio estaba a diez minutos, y el taller, uno que me alquilaban a precio irrisorio, se encontraba a medio camino. Pasaba mis días allí cuando no tenía que trabajar en el Moon Surf Camp.

Hacer muebles de madera artesanales me relajaba tanto como reparar las tablas de surf, pero ninguna de esas dos cosas podía equipararla con coger las olas. ¿Existía algo mejor que subirte a la tabla y sentirte el puto dueño del universo? Eres tú, desafiando la física y olvidándote de todo lo que te rodea.

El surf se había convertido en mi vida y no lo iba a cambiar por el trabajo que me ofrecía mi padre en su empresa de reciclaje. Sentí que, por su culpa, había perdido los mejores años de mi vida sacándome una carrera que no me interesaba. Yo no servía para estar detrás de un ordenador dando órdenes a los subordinados, pero ¿quién no comete errores? De joven y no tan joven. Lo importante es abrir los ojos a tiempo y descubrir de qué pasta estás hecho para dar lo mejor de ti mismo. Supongo que lo supe desde que cogí la tabla por primera vez cuando era un puto adolescente y quise darle el gusto a mi padre para que pudiese decir a todos que su hijo tenía una carrera a sus espaldas. Él esperó impaciente a que se marchasen los pájaros de la cabeza —así se refería a cada cosa que me importaba— y dejase todo para sumergirme en su estilo de vida.

No lo iba a hacer y no lo hice.

∞∞∞

—Papa, es una mesa horrible.

De no ser mi hija, la habría mandado a la mierda.

—Está sin terminar.

—¿Falta el milagro?

¿Por qué narices la llevaba al taller si no tenía visión artística? Eli no era consciente de que esa mesa horrible pagaría casi todo el alquiler del piso en el que vivíamos.

—El milagro es esto —respondí enseñando mis manos.

Agarró mis bíceps como si se colgase de la rama de un árbol. Esperaba que la balancease con

ellos, y yo, como era un imbécil que a veces cedía en cosas que no tenían que ver con su alimentación, jugué hasta que se me entumecieron los brazos.

Me encantaba la risa de Eli. Ojalá hubiese sacado mi físico y no ese pelo rubio y ojos azules idénticos a los de su madre. No voy a negar que era preciosa, pero hubiese estado bien que se pareciese a mí en algo más que en su forma de ser.

—Eli, voy a estar un rato. Tengo que terminar esto hoy —dije señalando la mesa que, según ella, era horrible—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Puedo sacar a Nube?

—Sola, no —respondí mirando una zona de la madera que no terminaba de convencerme el lijado—. Y ya la he sacado antes.

—Jo...

—Vete a tu escritorio y dibuja.

Cruzó sus brazos y caminó como si fuese un soldado apretando la boca.

Al menos obedecía y me dejaba tranquilo en las horas de trabajo o cuando pedía cinco minutos de descanso para desintoxicarme de mi papel como padre. Que la adorase no quitaba que a veces tuviese cierta presión y echase de menos esa época en la que mis únicas preocupaciones eran comprar condones y que no se ahogasen los alumnos.

Eli era mucho más, algo de por vida. Fue difícil asimilar que mis veinte no iban a volver, que ya era un hombre de treinta y dos con responsabilidades no muy diferentes a la de cualquier otro adulto de mi edad.

Pero mi gran responsabilidad me hacía caso, aunque le costase. Sé que no le gustaba mucho dibujar y que era terrible cada vez que cogía los lápices de colores. Ella era muy suya y prefería escribir, aunque sus textos tampoco fuesen brillantes. Solo tenía siete años, pero me asustaba que no tuviese otra vocación más allá del correr de un lado a otro sin parar. Tampoco se la veía especialmente interesada por la música, por las muñecas o por un simple balón, y eso hubiese sido lo más normal a su edad. Eli prefería buscar insectos o asesinar las flores que salían en primavera. Por el momento, no existía ninguna profesión en la que pidiesen como cualidad masacrar la vegetación o atrapar insectos por placer, y esperaba que Eli encontrase su camino.

—¡Papá!

—Dime.

Alcé la vista y me encantó lo que veía, a ella detrás del escritorio.

Nunca puse tantas ganas en algo. La mesa y la silla estaban talladas a mano y añadí corazones esperando que se tirase a mis brazos después de gritar eufórica. Eso nunca llegó. Recuerdo el día que lo vio y sus palabras: «No me gusta nada». Horas y horas invertidas para que tu hija lo desprecie de esa forma tan cruel.

Así era Eli.

—¿Tú tienes un pito tan pequeño como el de Gus?

—¿Qué?

—Gus se ha sacado el pito en el recreo. Tú también tienes uno, ¿verdad?

Quise rebobinar unos meses atrás y pedirle a mi madre que la explicase algo del asunto, porque no me veía preparado para afrontar ese tipo de conversaciones con mi hija. No es que tuviese la mente cerrada, pero creí que para el tema de la sexualidad aún quedaban años y... No sé, ¿no deberían ser los profesores los que orientasen sobre ese tipo de cosas?

Con sus palabras todo sería diferente. Mucho mejor.

¿Pito? No recuerdo haber llamado pito a la polla en mi vida. Como mucho, pene. Pero...

¿pito? Quise matar a Gus por sacarse el maldito pito delante de las niñas. ¿Qué tipo de educación estaban dando sus padres a ese crío?

—Todos los chicos tienen pito —respondí intentando ocultar la risa y la vergüenza.

—¿Tan pequeño? —insistió.

—No, el pito crece.

—¿Mucho?

Me pregunté si todos los padres tendrían que aguantar ese tipo de preguntas de sus hijos y si había algún manual con respuestas eficaces para salir del apuro. Lo necesitaba urgentemente. Una guía o un bozal para que se callase.

—Algunos sí y otros no.

—¿El tuyo ha crecido?

—¿Por qué no hablas con la profesora Elena de estas cosas? Ella te lo explicará mejor.

—¿La profesora Elena te ha visto el pito?

Estaba dándome un puto infarto con la insistencia de Eli en saber el tamaño de mi polla. ¿Qué narices le importaba si su padre la tenía grande o pequeña?

—No, no me ha visto el pito. Pero tu profesora es lista y os enseñará cómo es el cuerpo humano.

—Pero en los libros el pito no es igual. El pito de Gus era raro.

—¿*Pizza*?

—Papá... es miércoles.

—¿Quieres hablar de pitos o *pizza*?

—¡*Pizza*! —gritó y corrió para tirarse en mis brazos.

Asustó a Nube, pero a mí no me importó. Solo quería que dejase de hablar de pitos y me diese una tregua.

Cuando había conversaciones incómodas, la *pizza* solía ser una buena salida y siempre se me ocurría alguna excusa para que durante el fin de semana los caprichos fuesen mínimos.

∞ ∞ ∞

Apenas faltaban quince días para tener un puente y viajar a Bilbao. Apunté mentalmente algo importante: pedir a mi madre que hablase a Eli sobre los pitos.

Porque yo no podía.

No sin reírme.

3. Tomar decisiones o estancarse

VICKY

Quisiera decir que el entierro fue bonito y no mentiría. La abuela llevaba puesto el vestido azul con el que se sentía la mujer más guapa del mundo. Hice lo que me pidió e intenté mantenerme fuerte cuando solo quería llorar.

La tía Mari vino en cuanto tuve fuerzas para coger el teléfono. La llamé dos horas después y no hubo ningún reproche. Dijo que sentía que estuviese sola y que vendría lo antes posible. Llegó el mismo día por la tarde, justo a tiempo para ayudarme con el papeleo.

La última vez que nos habíamos visto fue en Navidades y, aunque nuestra relación no era mala, existía un muro entre nosotras. Yo ni siquiera sabía el motivo. Surgió de manera tan natural que no percibí el momento en el que éramos dos personas casi desconocidas. Es algo que podía pasarme con ciertas amistades, pero no entendía que sucediese con alguien tan cercano como ella.

Ese muro no impidió que nos abrazásemos y llorásemos juntas cuando nos vimos. Teníamos que consolarnos mutuamente, porque perdimos a nuestro punto de unión.

¿Por qué un momento tan duro puede darte otros más especiales? Me refería a ese abrazo o a las miradas compasivas que vinieron después. Mi tía nunca me había mirado así. En realidad, no me miraba mucho y parecía que no despertaba ninguna emoción en ella, pero, con la muerte de la abuela, sentí que eso podía cambiar en solo un segundo.

Hablamos lo justo, que ya era más que de costumbre. Preparar un entierro entre las dos se convirtió en la actividad que nos mantenía ocupadas para no profundizar en otros temas. No creo que ninguna de las dos quisiera hacerlo, y, por eso, cuando había algún silencio incómodo, hacíamos lo posible para llenarlo de palabras que no tenían importancia.

∞ ∞ ∞

—Gracias por todo lo que has hecho —dijo al servirle el café.

Nos habíamos despedido de la abuela con un entierro íntimo. Desde que ella volvió de Galicia, dormía en el sofá de una casa que también había sido suya. No quería dormir en otra habitación, ni siquiera en la de la abuela. Y lo entendí. Tampoco habría podido. No podía porque olía a ella. Dormir en su cama habría sido dejarla ir demasiado pronto y necesitaba varios días para asimilar que no tendría más abrazos ni besos sonoros de los suyos. Los que tenían recuerdos de caramelo de nata.

—¿Quieres algo de comer?

—No.

Me senté en el otro lado del sofá y removí el café buscando el sentido a todo. Con

veinticuatro años estaba demasiado sola. La familia de mi padre vivía en Granada y, desde que se marchó con su amante, no supe nada de ellos. No me buscaron y yo era demasiado pequeña; ni siquiera recordaba cómo eran las caras del abuelo Marcos y la abuela Agustina. ¿Qué sentido tenía llamarlos después?

Y, por parte de mi madre, solo me quedaba a la tía Mari, una mujer que decidió no tener hijos porque su instinto maternal estaba anulado o muerto. No recuerdo las palabras que empleó el día que la abuela le preguntó si tenía intención de traer hijos al mundo, pero su respuesta se redujo al «nunca».

¿Qué me quedaba? Las pocas amistades que pude mantener.

—Vicky... no voy a pelearme contigo por la herencia. No me interesa y sé que no la merezco. Has sido tú quien la ha cuidado durante estos años. Te estoy agradecida. Lo has hecho muy bien.

—No tenemos por qué hablar de esto.

—Debemos. No he sido una tía ni una hija ejemplar y no creo que entiendas mis motivos, pero los tengo.

—No necesito saberlos —dije cortándola—. Pero que sepas que la abuela te quería, aunque no compartiese tu forma de vivir. Siempre te quiso.

La tía Mari me miró como si no esperase mi respuesta o como si quisiera escuchar los reproches que no pensaba regalarle. No tenía ningún sentido que juzgase una vida ajena.

¿Quién era yo para juzgar vidas?

Posiblemente ella tuviese sus motivos y no la odiaba porque me hubiera dejado sola con el cuidado de la abuela. Intuía que yo podía tener parte de la culpa de su huida. No sé, quizás le recordaba demasiado a mi madre. Un calco. Su huella en el mundo. Físicamente era una pequeña copia de lo que ya no estaba. ¿Qué podía hacer? Nada. La tía Mari no estuvo, pero tampoco me trató mal, y a mí eso me bastaba para no odiarla.

—¿No...?

—Te quería mucho. Yo no puedo quererte, porque apenas nos hemos visto en Navidades y nuestras conversaciones siempre han sido para rellenar silencios incómodos. Pero tampoco te odio, ni pienso hacerlo.

Sus ojos se enrojecieron y su labio inferior empezó a temblar. Quería llorar y rogué en silencio para que no lo hiciese. Llevaba tres días llorando por todo. Necesitaba no ver a nadie triste para no derrumbarme también. Tener un pilar fuerte donde sujetarme y dejar de caerme.

Porque estaba haciéndome daño.

Aunque te levantes, cada caída deja una marca invisible. Y yo tenía varias. Ahí estaban, recordándome que la vida no era fácil y que siempre debías estar preparada para recibir otro.

La tía Mari estaba demasiado sensible, puede que ella se viese colapsara por varios sentimientos y no solo el de pérdida. Por la conversación que estábamos teniendo, la patita de la culpabilidad se asomaba demasiado, pero callé, como hacía siempre. También fue una actitud que adquirí de la abuela: callar en ciertos temas para que no se sintiese incómoda. Queríamos que estuviese bien y que encontrase algún motivo para volver a Madrid.

—¿Te quedarás aquí? —preguntó mirando a su alrededor.

La abuela me dejó su casa, pero nunca me había planteado si quería vivir en ella. Estaba allí por costumbre, porque fue mi segundo hogar y pasé demasiados años entre esas cuatro paredes. Pero ¿era mi hogar? La duda estaba en el aire.

—No lo sé. Esto... A veces siento que este lugar no es el mío, pero no tengo trabajo. Desde

lo de su enfermedad, solo me he dedicado a cuidarla y tengo que empezar de cero.

Empezar de cero no tendría que ser un problema ni una excusa. La herencia fue generosa y no sería complicado vivir bien hasta que encontrase algo. La casa ya estaba pagada y tenía el coche que había comprado para los traslados al hospital. La verdad es que el dinero no era el problema, el problema estaba en saber dónde tenía que pisar para empezar un camino sola.

—Vente a Galicia.

—¿Qué?

Había escuchado a mi tía, pero no podía creérmelo. ¿Que me marchase a Galicia? ¿Yo? ¿Con ella? De locos.

—En junio empieza la temporada del *Surf Camp* y están buscando alguien que lleve las nóminas. ¿No te habías sacado el Grado Superior de Administrativo?

—No tengo casa allí, y...

—Puedes dormir en el *Camp* o quedarte en mi casa de Arteixo si no te importa conducir la furgoneta. Te aconsejo que estés en Razo para aprovechar las horas libres. El lugar es muy limpio, lo dejo como una patena y los que trabajamos tenemos baño propio.

Pocas veces me quedaba muda y esa fue una de las ocasiones. Mi tía y yo éramos dos personas casi desconocidas y lo que sabía sobre ella era lo que me contó la abuela cuando le preguntaba. Mi madre la quiso mucho y tenía algún vago recuerdo de cuando me llevaban a ver las luces de Navidad por el centro. Y ya está. ¿Era suficiente para aceptar su propuesta?

—Yo...

Llamaron al timbre, era Nieves, que estaba salvándome de un momento difícil como en otras ocasiones. Por algo se convirtió en mi mejor amiga. Me levanté para abrir la puerta mientras mi tía daba un largo sorbo al café. Lo terminó con prisa, dándome a entender lo que significaba.

¿No es curioso? Los gestos diciéndonos más que las palabras. Un suspiro de resignación tras una discusión que no lleva a nada. El tic de una pierna cuando esperas algo que no sucede. O el sorbo largo de mi tía que anunciaba el fin de nuestra conversación. Gestos simples que hablaban solos.

—Voy a dar un paseo. Piensa en lo que te he dicho. Quizás allí, aclares tus ideas.

Saludó y se despidió de Nieves en la misma puerta.

Se habían visto varias veces y entre ellas no había ninguna conexión especial, pero aún así, podían hablarse como dos personas adultas. Hablaban y mantenían una relación cordial por mí.

Nieves fue la que más se esforzó en aquel periodo, apenas se había apartado de mi lado desde que murió la abuela y sabía cuál era su sitio. Siempre lo supo.

—Traigo comida —dijo levantando una bolsa.

—No hacía falta.

—Venga, Vicky. Que el frigorífico está vacío.

Intenté regalarle una sonrisa. Ella tampoco lo estaba pasando bien e intentaba que no se le notase. Quería ser ese pilar que tanto necesitaba, pero también le dolía la ausencia.

Si existía otra persona a la que mi abuela quería como a una nieta, era a Nieves. Ella había sido mi tabla de salvación en mi adolescencia y cuando la abuela enfermó. Siempre pensé que le di demasiada pena a raíz de nuestro primer encuentro en el instituto. Descubrí que formaba parte de ese grupo de personas que jamás te abandonarían a tu suerte.

No fue alguien del montón ni una entre millones de personas, y no solo a nivel de emocional: mi mejor amiga era guapa, muy guapa. Nunca pregunté por su altura, pero yo medía poco más de metro y medio, y ella me sacaba un palmo. Tenía unos ojos marrones enormes, eran saltones y le

daban mucha personalidad. El pelo lo llevaba siempre a la altura de los hombros y a veces se lo dejaba crecer solo por decir que era largo. Lucía mechas doradas, porque creía que su castaño era aburrido, todo lo contrario a lo que ella significaba. Nieves era dinamita. Dinamita que no explotó cuando el destino decidió que teníamos que conocernos.

Fui una chica solitaria en el instituto y se acercó a mí para preguntarme por mi ropa. Recuerdo que ese día llevaba unos pantalones con rotos y pensó que era la mejor vestimenta que había visto en su vida. Hablamos, hablamos y no paramos de hablar. Tuvimos una conexión tan fuerte que duró a pesar de los altibajos. Con ella viví el tema de los chicos y me animé a estudiar Administrativo para tener un oficio con futuro. Cuando la abuela perdió la memoria, se negó a que mi vida terminase y fue ella quien la cuidó durante los pocos ratos que me ausentaba para temas personales.

Pasaron mucho tiempo juntas y había cariño de por medio. Nieves estaba sufriendo también la pérdida en silencio, pero ella sacaba fuerzas de donde no tenía e intentaba que yo comiese algo o pensase en otras cosas menos dolorosas.

Nieves era lo único sólido que me quedaba.

Estaba sola. Sola de verdad.

—¿Estás bien? —preguntó cuando serví su café.

Me serví yo otro, porque, si había algo que me ayudase a sobrellevar las horas, era ese exceso de cafeína. No me alteraba, tenía el efecto contrario sobre mi cuerpo. Me preguntaba si se debía a que mi organismo estaba fallando o a que me gustaba demasiado la sensación de tener la taza caliente entre mis manos. Sí. Me gustaba eso. El calor de una taza. El regusto amargo que dejaba el primer sorbo en el paladar, porque nunca echaba azúcar.

—Sí, es que... la tía Mari me ha hecho una propuesta.

—¿Cuál?

—Dice que puedo ir al *Surf Camp* donde trabaja en verano.

—¿Quieres hacer surf?

Me reí.

El deporte y yo estábamos enemistados. Si algún día empezaba por algo, sería un deporte ligero y no el surf. Ni siquiera recordaba si sabía nadar. Apenas pude hacerlo en alguna ocasión de pequeña y ni siquiera lo intenté cuando mi abuela estaba bien y la llevaba de vacaciones a Torremolinos o Benidorm. Decir que nadaba cuando solo agitaba brazos y piernas sin que el agua cubriese, sería mentir. No sabía, la verdad es que no sabía, pero me costaba decirlo en voz alta. Tenía una edad en la que supuestamente todo el mundo debería saber nadar y montar en bicicleta. Me avergonzaba reconocer que era diferente al resto y que no tuve las mismas oportunidades.

—No, dice que para trabajar. Están buscando alguien para el papeleo y...

—¡Vete! —gritó, sin dejarme terminar la frase—. No te lo pienses, Vicky. Vete. Es tu oportunidad. A esos sitios van muchos extranjeros y puedes practicar ese inglés oxidado.

Quería reírme y matarla, pero tenía razón: mi inglés podía mejorar. Había estudiado y estaba resentido por no practicarlo con frecuencia. Nunca había salido fuera de España. Necesitaba con urgencia que alguien me refrescase el idioma.

—Estoy muy confundida. He pasado aquí toda mi vida. No... No he visto casi nada.

—Por eso tienes que salir y ver el mundo. Es maravilloso, Vicky. Te estás perdiendo grandes cosas y ya no tienes excusas.

—No, no las tengo. O sí —reulé—. ¿Valdría que no sé ni por dónde empezar y que tengo

miedo a equivocarme?

La idea de vender la casa me parecía precipitada. Aunque no la sintiese como mía, quizás con algunos cambios podría llegar a serlo, y la propuesta de la tía Mari no era tan mala, ese trabajo solo duraba tres meses o, como mucho, cuatro.

Por lo poco que nos contó cuando venía a vernos, descubrí limpiaba aquel sitio, preparaba la comida y atendía una pequeña tienda para los que buscaban recuerdos relacionados con el surf. Iba en verano o en algunos eventos que organizaban durante el año. El resto del tiempo, vivía en Arteixo y trabajaba en una fábrica de tejidos donde la contrataban por meses. La tía Mari vivía bien. Ella no era una mujer de grandes pretensiones y, desde que lo del amor con aquel hippie salió mal, decidió vivir la vida sin buscar nada. Disfrutaba con sus amigos para evitar complicarse la existencia. No me parecía raro y más de una vez me planteé que yo también podría ser como ella. A trocitos. Unir los que tenía de mi abuela y mi madre con los suyos. Tejerme a mí misma con los retales de otras mujeres.

En el amor nunca fui afortunada por falta de tiempo y ganas. Me aterraba la idea de enamorarme. Puede parecer exagerado, pero odiaba aquellas relaciones en las que una mujer se entregaba tanto que se olvidaba de ella misma y el amor propio quedaba sepultado bajo tierra. No quería eso para mí y mis relaciones hasta la fecha fueron esporádicas. Tampoco creo que ninguno de los chicos que conocí quisiera algo serio conmigo. ¿Cómo iban a querer una relación sólida? Apenas tenía tiempo libre. No podía dar más de mí.

—Ya sé lo que necesitas —dijo como si hubiese tenido una gran aparición.

—Ilústrame.

—Unas vacaciones.

Era abril, pero no fue tan descabellada la idea de unas vacaciones para una persona que se había dedicado las veinticuatro horas y los siete días de la semana durante varios años al cuidado de una persona mayor.

—¿Y a dónde me voy sola?

—Me deben tres días y puedo juntarlos con un fin de semana. Ahora los billetes de avión están baratísimos. Podemos irnos cinco días a... —Paró durante dos segundos para pensar un destino que no llegaba—. No sé. ¿Qué más da? Cualquier ciudad de Europa estará bien. ¿No hay ningún sitio al que te hubiese gustado viajar? Ya sé que tu sueño es ir a Japón, pero necesitamos más días para eso.

Admiraba a mi amiga. Su vida estaba hecha para ser escrita. Nieves había salido fuera por las dos. Trabajaba en una empresa de alquiler de coches y estaba contenta con el camino que había escogido. Al igual que yo, vivió a base de relaciones esporádicas, pero nos diferenciábamos en que ella sí que creía que algún día aparecería su príncipe azul. Creía de verdad en el felices para siempre y no le importaba abrir las puertas de su corazón de par en par para que se lo dañasen. Algunos se lo hicieron añicos, pero se recomponía rápido.

—¿Ámsterdam?

Fue la primera ciudad que se me vino a la cabeza.

—¡Sí! ¡Ámsterdam es ideal! —gritó emocionada—. Te encantará.

—Pero tú has estado.

—Hace siete años, y contigo será mucho mejor.

—¿No es demasiado precipitado? No sé, me siento como si estuviese esperando a que... —No pude continuar sin llorar—. A que se marchase.

Nieves me abrazó, no podía consolarme de otra forma. Apretaba fuerte para que no me

rompiese más, como si el abrazo tuviese el mismo efecto que el pegamento rápido y evitara que las grietas emocionales se agrandasen. A veces lo conseguía, pero otras... era imposible. La tristeza estaba ahí, incrustada en mi interior. Me preguntaba si duraría eternamente o si me daría alguna tregua que durase más que minutos.

—Cielo... estoy segura de que a Rita la parecería una idea estupenda. ¿Crees que le gustaría que desperdiciases tu vida? —preguntó alcanzándome un pañuelo y negué con la cabeza—. Yo también la echo de menos, sabes que la quería como si fuese mi abuela y no he dejado que nadie más me llame Teodora. —Nieves consiguió que riese con lo de Teodora. Nunca entendí el motivo de que la abuela la llamase con ese nombre cuando se olvidaba del suyo, como si Nieves perteneciese a otra época más antigua—. Estoy segura de que aprobaría este viaje y también que te marches a Galicia.

Suspiré e intenté vaciar la mente. Fue imposible. No podía. Dejarla en blanco si las incógnitas llenaban los recovecos. Por eso pensé. Pensé en cuando la abuela estaba bien y me hablaba sobre el futuro. Recordé su actitud respecto a la marcha de la tía Mari. Lo aceptó, aunque no le gustase la idea. La abuela siempre decía que todas las personas teníamos que volar del nido y buscar nuestra propia felicidad, que las cadenas no estaban hechas para los humanos y que lo importante era aprender a vivir con nuestros aciertos y con los errores. ¿Qué aciertos y qué errores? No tenía nada de lo que arrepentirme ni ninguna elección de la que sentirme orgullosa más allá de haber cuidado a una persona que me necesitaba.



Tomé mi primera decisión al aceptar el viaje y Nieves llamó inmediatamente a su jefe para pedirle los días. Tenía poco más de una semana para asimilar que cogería por primera vez un avión y me iría a un país extranjero. Ojalá hubiese tenido más tiempo para metérmelo en la cabeza, pero Nieves insistió en que los mejores viajes eran los improvisados y que no era necesario planificar nada. Me encantó esa forma que tuvo de animarme y dudo mucho que supiese todo lo que significaba para mí. Fue la hermana que nunca tuve, con la que reí, lloré y sufrí. Nunca permitió que me hundiese con los reveses de la vida, y sabía que, aunque me había quedado sola, sería incapaz de abandonarme. A pesar de lo deprimente que había sido mi existencia, me sentía afortunada por tener a alguien así a mi lado, capaz de transformar situaciones tristes en algo más llevadero. Nunca conocí a nadie tan positivo como lo era ella. Desprendía una luz que te contagiaba. Nieves conseguía hacer brillar al resto, y si te faltaba ese brillo, te prestaba el suyo.

¿Podía existir alguien más generoso? Lo dudaba. También quería coger trocitos de mi mejor amiga y hacerlos míos. Quería esa luz. Las cosas buenas. Lo que yo no tenía.



Me acosté triste una noche más, pero aquel día tuve más cosas que pensar que en la simple ausencia. No podía llenar tan rápido el vacío que dejó la abuela, pero agradecía que mi cabeza tuviese respiros. Algo así debió de pasarle a la tía Mari, porque la escuchaba trastear en la cocina de vez en cuando. Ninguna de las dos pudo conciliar el sueño y, aunque tuve la tentación de

levantarme para estar con ella, no lo hice por no forzar una relación entre nosotras.

Las cosas forzadas nunca funcionan.
Las cosas forzadas explotan y revientan.
Como un globo al que le sobra aire.

4. *Ser uno mismo es complicado*

ARITZ

Bostejar delante de mi padre no estaba bien, pero lo hice y me gané su mirada de desaprobación, esa que me dedicaba constantemente. Siempre encontraba razones para despreciarme a mí o a lo que hacía. Puedo contar con las manos las veces que vi en él otro tipo de mirada. Dejó de importarme con el tiempo.

Pero ¿qué quería? Había hecho un puto viaje de casi de siete horas el día anterior. Lo hice con una niña de siete años reventándome los tímpanos cuando cantaba. ¡Joder! Estaba agotado y eran las seis de la mañana. Solo a él se le ocurría despertarme a las cinco para llevarme a la dichosa fábrica y enseñarme cómo iban las cosas que ya sabía. Las que siempre se encargaba de recordármelas, aunque no le preguntase. Y yo estaba harto de darle negativas.

—Ya puedes acostumbrarte al horario —dijo abriendo la puerta de su oficina.

Mi padre no entendía que no tenía problemas para madrugar. Lo hacía con frecuencia cuando quería pillar unas olas y el mar estaba perfecto. Tampoco fui una persona de dormir demasiado. Esa es otra de las cosas que Eli no heredó de mí; a ella le encantaba remolonear en la cama y fingía estar enferma para no ir al colegio. No colaba. Conmigo no.

—Llegué anoche y estoy cansado del viaje.

No me respondió. Se hizo a un lado y me dejó pasar.

Ver la oficina renovada fue una sorpresa. Pensaba que mi padre seguía anclado en el pasado, pero me equivoqué. No en todo, pero en eso sí.

—¿Te gusta?

Miré a mi alrededor para analizar los cambios. Era una oficina de diseño industrial y minimalista en la decoración. Había un escritorio al fondo, donde mi padre colocó un ordenador nuevo de última generación. Nunca entendí cómo podía seguir funcionando la empresa y le insistía en que tenía que actualizarse. Estaba haciéndome caso y era raro; mis ideas siempre le parecieron descabelladas. Incluso cambió la mesa de reuniones ovalada por una blanca rectangular con la que ganaba espacio. También compró una cafetera de cápsulas y retiró los cuadros antiguos, cambiándolos por láminas de trazos. Si no me equivocaba, eran de papel reciclado. Avances a los que no estaba acostumbrado. ¿Me gustaba? Supongo. Ese era el aspecto de una empresa importante y no el antiguo, pero la nueva imagen tampoco tenía mucho que ver conmigo. La decoración que me gustaba y me representaba era el mobiliario rústico de madera que hacía con mis manos.

—Lo has dejado muy bien —dije hundiendo mis manos en el respaldo de la silla de su escritorio—. Ya tienes una empresa acorde a la época en la que vivimos.

No lo dije con maldad ni con segundas. Era verdad y punto.

Me dejó con la palabra en la boca una vez más, otra de sus costumbres o, por qué no decirlo, de sus desprecios. Mi padre tenía una educación exquisita con todos, excepto conmigo.

Caminó hasta la cafetera y preparó un par de cafés. Se encontraba tan tenso como yo, algo que no podía disimular. Las cosas nunca terminaban de funcionar entre nosotros, y eso se palpaba en el ambiente. Por mucho que intentásemos fingir lo contrario, vivíamos rodeados de una mentira absurda.

—Tengo sesenta y dos años, Aritz —dijo como si no supiese la edad que tenía, porque solía equivocarme y olvidaba el cumpleaños de todos. ¿Bastaba como justificación que también me olvidaba del mío?—. Llevo toda mi vida levantando este negocio y va muy bien.

—Lo sé.

Era evidente que iba a bien. Mis padres vivían en la mejor zona de Bilbao y la empresa había crecido mucho los últimos cinco años. Salieron en varios medios de comunicación por sus logros y por contribuir a la mejora económica de la ciudad.

—Este despacho es el tuyo. Ya no tienes ninguna excusa, Aritz. Está hecho para un joven de tu edad. Espero que este verano sea el último en ese sitio donde pierdes el tiempo. Eli se merece el mejor futuro que pueda tener y no estás comportándote como un padre.

Bebí del café que me ofreció y escondí la mano que tenía libre detrás de la espalda para apretar el puño con todas mis fuerzas. Sentí tanta rabia que le hubiese gritado. Era mi padre quien me estaba insultando y lo que peor llevé fue que me cuestionase como si él hubiese sido el padre ideal, el que quería tener cualquier niño. Y no, no lo fue. Fue un padre complicado, severo y ausente. Un padre que dejó a su mujer el peso de mi crianza.

Estaba orgulloso de la educación que me dio mi madre cuando era niño, porque esa libertad me permitió ser el hombre que era. Mi padre discrepaba respecto a las decisiones de su mujer, pero aceptaba todo pensando que algún día me arrepentiría, que cogería el camino que él creía que era correcto y le pediría trabajo en su empresa. Nunca aceptó que vivía feliz en Galicia junto a mi hija y que no necesitaba más. Era una felicidad plena. ¿Qué futuro se supone que debía darle a Eli? ¿Dejarla a cargo de mi madre o de una canguro mientras yo pasaba el día encerrado entre esas cuatro paredes? Me negaba a cometer los errores que cometió mi padre, aunque él pensase que no había cometido ninguno. Y yo tampoco era el padre perfecto, pero intentaba pasar tiempo junto a Eli, darle todo lo que me faltó a nivel emocional. Con el paso de los días, entendí que los recuerdos que importaban no podías cogerlos con las manos, porque estaban en tu cabeza, dentro de ti.

—Eli y yo estamos bien así. Gracias por preocuparte.

No quise añadir nada más y solo pensé en que, ojalá, no insistiese. Por culpa de esas conversaciones, cada vez espaciaba más las visitas a Bilbao.

—Tienes treinta y dos años.

—Papá, sé que tengo treinta y dos años. No soy un crío ni me estoy comportando como tal. Esta frase es la que venía después, ¿verdad? Cada vez que vengo, me insistes con el puto tema y siempre repites lo mismo. Mi forma de pensar no ha cambiado y te pediría por Eli que no insistas. Me siento incómodo cuando vengo a verte.

—Quiero lo mejor para vosotros.

—¿Te crees que yo no quiero lo mejor para mi hija?

Desvió la mirada hacia un cuadro para no contestarme con cualquier barbaridad.

Se nos había ido de las manos. Como siempre. No necesitábamos gritarnos para saber que estábamos enfadados o en desacuerdo, pero, cuando llegaban los gritos, estábamos meses sin vernos.

Mi padre pensaba que le debía un respeto, aunque él no me respetase a mí. Lo hacía. Le

respetaba como adulto que era. Porque todos deberíamos de respetarnos, ¿verdad? Hasta ahí, bien. Pero si alguien menospreciaba a Eli o lo que me rodeaba, perdía los papeles y me daba igual que esa persona fuese mi padre. ¡Joder! Claro que los perdía. Yo era tan tranquilo porque aguantaba demasiado y lo malo de aguantar tanto es que, cuando explotaba, reventaba todo.

Me contuve; él sabía que lo estaba haciendo, y que dejaría de insistir, porque fue consciente de que había llegado a mi tope. Estaba medio dormido por el puto madrugón, pero no era gilipollas y podía seguir razonando. Y peleando, para eso siempre estaba preparado.

—Tu madre y yo nos merecemos unas vacaciones. Ella no lo sabe, pero he reservado unos billetes a Florida —dijo cambiando la conversación.

Siempre usaba la táctica sucia de cambiar de tema disimuladamente, pero a mí no me engañaba. Sabía lo que vendría después. Que volvería a la conversación principal. Mi padre no se rendía tan rápido, pero me olvidé momentáneamente por mi madre, porque ella me daba pena. Era una mujer que permaneció demasiado tiempo en un segundo plano.

Viajar a Florida fue uno de sus deseos aplazados. Mi padre siempre estaba ocupado con el trabajo y no se fiaba de nadie para llevar la empresa durante su ausencia. Yo me ofrecí cuando cerraba el *Surf Camp*, pero, por entonces, dijo que aún no había madurado como para coger las riendas de algo tan importante. Entre unas cosas y otras, terminábamos discutiendo por costumbre y yo me largaba exasperado.

—Le gustará.

—Lo sé, nos vamos tres semanas y dejaré a Pascual a cargo —contestó mirando a su alrededor—. Me hubiese gustado que fueses tú.

—Pascual lo hará mejor que yo.

Era mi primo y llevaba trabajando con mi padre casi diez años. Él sí que valía para el trabajo de la fábrica y sus gustos se asemejaban más a los de mi padre, pero a él le costaba confiar en su sobrino. Lo hacía a medias, para recular si estaba a tiempo.

Sé a ciencia cierta que soñaba con decir que su hijo había tomado las riendas del negocio y presumir con los amigos, como presumió cuando me saqué la carrera, pero yo tenía que vivir mi vida, no la suya. Cumplir mis propios sueños. Eso es, tenía que cumplir sueños. No sabía cuáles, pero tendrían que pertenecerme.

—¿Has pensado con quién vas a dejar a Eli durante las vacaciones?

—Estará conmigo.

Negó con la cabeza y volví a apretar el puño. Para él, todo lo que hiciese estaba mal.

Eli era feliz en el *Surf Camp*. No se aburría nunca y tampoco estaba tanto tiempo, solo los casi dos meses y medio de las vacaciones escolares. ¿Cómo decirle a mi padre que mi hija se quejaba del mes que la mandaba con ellos a Bilbao y que ese año no pensaba hacerlo? Decía que estar con ellos estaba bien para una semana, pero que era muy aburrido caminar con la abuela o pasar la mañana en cafeterías de señoras mayores.

Eli los quería, pero era una niña demasiado hiperactiva que buscaba estar en constante movimiento. Si la dejé con ellos otros años, fue por mí, porque necesitaba ese mes y porque durante aquel tiempo vivía como un hombre y no como un padre. Estaba bien sentirse así, pero, por encima de todo, tenía que escuchar a mi hija.

—De acuerdo, puedes irte. ¿Tienes las llaves?

Afirmé. Mi padre me echó de su despacho y lo agradecí. Estaba harto de la conversación. Sabía que, a pesar de la hora, no dormiría más. Él se había encargado de llenarme la cabeza con mierdas e inseguridades, y me había cuestionado, dejándome claro que no era el tipo de hijo con

el que soñaba. Y me la sudaba. Me la sudaba no ser el hijo perfecto.

Cogí el coche y me marché hasta la Ciudad Jardín, el lugar donde pasé mi infancia, justo antes de que mi padre comenzase a ganar grandes cantidades de dinero.

Caminé sin rumbo, deteniéndome frente a la casa que me traía tan buenos recuerdos, cuando no tenía responsabilidades y mis padres no me exigían más que ser un niño de mi edad. Jugaba al fútbol y salía con la bici.

¿Fui feliz? No, era jodidamente feliz. Tenía amigos con los que me lo pasaba bien y quedábamos a diario muy a pesar de nuestras madres. Fui tan revoltoso como Eli, y mi madre tenía las mismas preocupaciones que las que tenía yo en ese momento. Volvía a casa con mil golpes —como Eli—, y, para mí, eso tampoco tuvo ninguna importancia, pero sí el cambio que experimenté. ¿Por qué el dinero lo estropeó todo? Nos marchamos a la otra punta de la ciudad y era más difícil ver a mis amigos, a los de verdad. Tuve que hacer nuevos y dejó de ser lo mismo, porque me cambiaron de colegio. ¿Qué podía hacer? Era un chaval perdido que no entendía lo que estaba pasando. Dejé de ser quien era y tardé en encontrarme de nuevo.

Siempre que volvía a Bilbao, me gustaba visitar esa zona y pensar en lo que hubiese sido de seguir viviendo allí. También en mis aficiones o en mi visión de vida si mi madre nunca me hubiese apuntado a ese curso de surf.

¿Quién narices sería?

No me imaginaba siendo otro. Era el resultado de lo que había vivido y de no haberme marchado de Ciudad Jardín; quizás ni existiría Eli. Pero ese lugar seguía gustándome y, cuando discutía con mi padre, me refugiaba entre sus calles.

Para recordar y olvidar.
Para perderme y encontrarme.

5. *¿Y el Barrio Azul?*

VICKY

—¿Quieres hacer el favor de tranquilizarte?

—¿Tú crees que con la maleta de mano tenemos suficiente para cinco días?

Nieves se estaba exasperando con mi actitud, pero era la primera vez que iba a coger un avión. Me preocupaba por todo y...

¡Viajaba al extranjero!

Las únicas veces que había pisado un aeropuerto fueron para llevarla a ella durante la madrugada. Siempre fue muy independiente y solía coger el Cercanías, pero, a ciertas horas, estaba inactivo y no quería que tirase el dinero en un taxi. Optaba por acompañarla y, cuando facturaba, desayunábamos juntas para despedirnos. Ella volaba y yo regresaba a casa de la abuela. Pero ¿quién iba a decirme que esa vez también estaría dentro?

Fantaseé con todo. Imaginé que sonaba la alarma del control y que el guardia de seguridad me cacheaba para buscar algo que nunca encontraría. Reconozco que escogí la fila fijándome en el físico de cada uno, pero Nieves mató mis ilusiones diciéndome que, de cachearme, lo haría una mujer.

¿Por qué era tan aguafiestas? Mató mis ilusiones de un plumazo.

Desayunamos tras un control sin incidencias reseñables. Era temprano y habíamos llegado con dos horas de antelación, pese a no tener que facturar. Nieves durmió conmigo y cogimos un taxi juntas. Insistí mucho con que no quería perder el vuelo y sobra decir que no dormí esa noche. Pensé en las mil y una cosas que podrían salir mal; entre ellas, que el avión se estrellase y que no llegásemos a nuestro destino. Podía parecer un tanto peliculera, pero las probabilidades estaban ahí. Todas. Incluso la del cacheo de un hombre potente con el que sentiría un flechazo. Un roce. Un amor imposible. El libro no escrito que me estaba inventando para evadirme de la realidad.

—Vamos a ver. Ayer repasamos la maleta veinte veces. ¿Qué más quieres?

—No sé... ¿Y si he olvidado algo importante?

—Lo compramos allí. ¡Vicky, despierta! Que nos vamos a Ámsterdam, no a otra civilización extraña. Tienen supermercados y todas esas cosas que tenemos aquí —respondió para bromear y reprocharme mi actitud.

—Vale, sí, tienes razón. Me preocupa que no hayamos planificado nada. ¿Y si allí nos quedamos en blanco?

—Pues fumamos unos porros y pintamos nuestros lienzos de colores.

—¡Nieves! —grité mirando a todos lados—. Pueden oírte.

—¿Y tú crees que van a escandalizarse? Tenemos veinticuatro años. ¿Quieres dejar de comportarte como si te hubiese sacado de un convento? Estás preocupándome —respondió haciéndome reír de nuevo.

Le propiné un codazo y me relajé.

Nieves tenía razón, estaba exagerándolo todo.

El miedo era fuerte y yo empecé a ser débil desde que me vi demasiado sola. La ausencia de la abuela estaba presente y sentía pánico de que los recuerdos estropeasen nuestro viaje. Temía ponerme a llorar en cualquier lugar sin ningún motivo. Porque sí. O teniéndolos. También dolía pensar que, si estaba haciendo eso, era porque me dejó y ya no existía ninguna responsabilidad que no fuese yo misma.

Di un bocado a la napolitana que estaba comiendo y miré a mi alrededor. Todos, excepto yo, parecían acostumbrados a ese trasiego de gente. Ninguno aparentaba tener más preocupaciones que la de rascar unas horas más de sueño antes de llegar a su destino.

Cerré los ojos y conté hasta tres. Esperaba que resultase efectivo para cambiar. Lo intenté. Juro que intentaba cambiar lo malo. Pero aquel día los intentos no fueron suficientes.

—Prométeme que no haremos ninguna locura.

—Te prometo que haremos mil locuras y que las recordarás toda tu vida.

—¡Dios! Pero ¿dónde me he metido?

—Nos vamos a Ámsterdam, Vicky. Lo que pase en Ámsterdam se queda en Ámsterdam.

—Esa frase no era así.

—Nunca es tarde para cambiarla.

Nieves no tenía remedio y solo me quedaba confiar en ella. Pero ¿cómo iba a hacerlo si decía esas cosas?



Bajando del avión en el Aeropuerto de Schiphol, me di cuenta de que lo que veía a través de una pequeña ventanilla no formaba parte de un sueño, sino de la realidad. Vivía al límite porque formaba parte de mis primeras veces. Todo. Hasta el subir y bajar del avión. ¿Cómo pude sentir cada instante con esa intensidad y, a la vez, pensar que era lo más natural del mundo? Creí que iba a ser peor de lo que fue, pero, a decir verdad, me gustó mucho la sensación de despegue y aterrizaje. Suave e intenso. Ambas cosas al mismo tiempo.

¿Y qué puedo decir de las vistas? Ver el mundo desde arriba no tenía nada que ver con lo que imaginaba y no me importó que Nieves se durmiese cuando apenas llevábamos cinco minutos volando. El trayecto se me hizo corto, a pesar de no tener conversación. Me distraía con lo que sucedía a mi alrededor, como un bebé viendo formas y colores nuevos. Era el poder de las primeras veces.

Probé el café que vendían a bordo y no me importó que su sabor se asemejara al de una bayeta sucia después de arrastrar todo tipo de gérmenes. Así sabía. Era mi primer trago de cafeína a miles de metros y me dije que, si me dejaba aquel regusto, sería porque en el cielo el paladar cambiaba. Tonterías mías. Como también fue una tontería pensar que, al aterrizar, estaría en Barajas y que todo lo había soñado... pero me encontraba a quince minutos de Ámsterdam.

—Nieves, dime que nos enteraremos de todo —dije señalando carteles que no entendía.

—Tranquila, está en neerlandés, pero aquí casi todos hablan inglés.

Tranquila, lo que se dice tranquila, no lo estaba. Temía hacer el ridículo con mi inglés o no enterarme de nada y decir «yes» todo el rato con una sonrisa de oreja a oreja para que no se diesen cuenta y no me timasen en las tiendas. Era una de las partes que adquirí de la abuela: el

miedo a las estafas o los robos. Ella siempre decía que había que tener cuidado con los «dineros», y yo le hacía caso.

Bajamos a la estación, que estaba en una planta subterránea, y cogimos un tren para llegar al centro de Ámsterdam. Tardaba minutos. Nada. Un suspiro que duró demasiado por culpa de los recuerdos. Esos que me daban miedo.

Iba en mi nube provisional y Nieves contestaba los mensajes que a mí no me llegaban. No tenía una madre, un padre o un hermano que me escribiese para ver si había aterrizado bien. Ni siquiera una abuela a la que llamar contándole que estaba en otro país y que seguía sin creérmelo porque todo me encantaba. Justo en ese momento, tuve ganas de llorar, y ella, mi mejor amiga, lo percibió. Guardó su móvil y me abrazó con una de sus sonrisas que curaban el alma.

—Estaremos bien —me susurró al oído—. Y nos lo pasaremos mejor —añadió.

Sonreí para centrarme en eso, en disfrutar del primer viaje que hacía lejos de España.

Me maravilló salir en la Estación Central y toparme con el canal. Lo había visto en miles de fotos y videos, pero la imagen en directo era mucho más impresionante; las imágenes no hacían justicia a lo que tenía enfrente.

Desde que murió la abuela, no recordaba ningún momento en el que quisiera sonreír de verdad, y lo hice allí. Salió una sonrisa plena que no era forzada, porque me sentí como una chica de veinticuatro años que estaba con su mejor amiga visitando un lugar mágico. Es lo que tendría que ser, ¿verdad? Solo eso. Una chica de veinticuatro años junto a su mejor amiga.

—¿Qué te parece? —preguntó Nieves, pinchando mi burbuja provisional.

—¡Es increíble! ¡No me lo dijiste!

—Te lo dije.

—¡Pero te quedaste corta! Esto es precioso.

La abracé fuerte. Era ella quien me había sacado de Madrid para enseñarme parte del mundo, de lo que me había perdido, pero que podía recuperar.

—¿Vamos al hotel a dejar las maletas y hacemos el segundo desayuno?

—Vamos —respondí sin dudar, porque me apetecía probar la comida típica y empaparme de su cultura.

El City Hotel estaba muy cerca de la estación. Apenas tardamos unos minutos en llegar andando y solo uno me bastó para darme cuenta de que cinco días no serían suficientes.

Sabíamos que faltaba mucho para el *check-in*, pero nuestra intención era que nos guardasen las maletas hasta que regresáramos de nuestra caminata. Incluso en eso tuvimos suerte. El chico de la recepción era muy educado y generoso. Faltaban tres horas y no importó, dijo que teníamos nuestra habitación preparada, porque nadie había dormido en ella por la noche. Nos entregó las llaves para que pudiésemos entrar, mapas y la clave wifi.

—Esto es un error —dije cuando entramos en la habitación.

Claro que lo fue, nos habían dado una cuádruple y solo éramos dos. Nieves y yo. Nadie más vendría para acompañarnos. ¿Para qué demonios tanto espacio? Tenía dos camas juntas frente a la puerta y otras dos subiendo por una escalera hasta una especie de buhardilla que separaba los espacios. Era grande, luminosa y muy acogedora. El baño estaba muy limpio, tenía bañera y en nada se parecía a los hoteles a los que iba con mi abuela por las costas españolas. Nunca había estado en un hotel que transmitiese tanta calidez y sensación de hogar como el City Hotel.

—No hay ningún error —respondió saliendo del baño.

—Nieves, esto es para cuatro y somos dos.

—Costaba lo mismo que la doble, era una oferta que encontré.

—Pero ¿para qué queremos tanto espacio?

—Piénsalo, lo mismo acabas harta de mí y prefieres subir arriba para desintoxicarte.

Me reí por su ocurrencia. Acabar harta de ella sería imposible, porque no había ninguna chica tan maravillosa como Nieves. No le di más importancia que esa y dejé de insistir. El sitio era perfecto. Todo lo era y mis ganas de conocer el exterior me llevaron a tirar de su brazo para buscar una cafetería. Mis venas suplicaban más cafeína. Cafeína de la buena. ¿Allí podría encontrarla?



Por mi cabeza pasaron ideas estúpidas y locas, como que el café tendría que ser diferente —al igual que en el avión, con alguna sustancia extraña añadida—, pero no: el café era café y estaba rico.

Habíamos parado en Quartier Putain solo porque el nombre nos daba pie a infinidad de bromas. Parecíamos dos niñas cogiendo las servilletas y doblándolas para quitar las últimas dos letras. Algo infantil, lo sé. Pero ¿qué había de malo? Recuperar lo perdido.

No tuvimos ninguna vergüenza en demostrar que éramos de otro país. Los españoles tienen fama de intensos, ¿verdad? Nosotras dejamos el listón bien alto. Fue justo al servirnos la tarta de manzana casera que preparaban a diario. Dimos un bocado y gemimos. Lo hicimos de verdad, en alto. Valía lo que costaba... y costaba un riñón. Gritamos como dos locas, las dos, como si llevásemos días sin comer. ¡Era la tarta de manzana perfecta! Dulce, sabrosa y crujiente. Cada bocado fue una vorágine de sensaciones, y, si hubiese podido, habría comido otra porción. Pero estábamos llenas.

Aquel día lo aprovechamos para recorrer canales montadas en una barca turística en la que un guía nos explicaba lo que íbamos viendo. James era un chico agradable, pero su inglés deficiente y mi falta de atención propiciaron que no me enterase de nada. ¿Qué importaba? Disfruté como nunca. Cada novedad era como una dosis de oxígeno extra.

Buscamos un sitio donde comer en condiciones y que no se excediese de precio. Me vi donando todos mis órganos el mismo día por culpa de timos o por mi falta de picardía. Las fantasías se convirtieron en una constante desde que monté en el avión. Convertí posibles sucesos en ocurrencias que podrían escribirse en una novela de ficción. Pero solo era mi vida, vivida intensamente y sin limitaciones.

Sin haberlo previsto, estaba concediéndome a mí misma la licencia de imaginar. O soñar despierta, como dirían otros. Fue una de las muchas cosas que había perdido desde que mi padre se marchó. ¿Era demasiado tarde o mayor para recuperarlo? Quería meter en un bote los sentimientos que estaba almacenando con el viaje. Los buenos y los malos.

Me vi soñando con un futuro. ¿Tenía también de eso? Un futuro.

Terminamos muy lejos, en un pequeño restaurante llamado Hollands Hap Hmm, que era simple a primera vista, pero el buscador del móvil lo recomendaba por sus menús baratos y abundantes. Dejando a un lado las bromas sobre la donación de órganos para sobrevivir a los gastos, no es que nos importase mucho, pero era el primer día y tampoco queríamos derrochar como si nuestro tren de vida perteneciese a otra persona con mayor poder adquisitivo. Pero fuimos con la intención de probar la gastronomía holandesa y por el centro resultaba difícil encontrar algo decente. La mayoría de los restaurantes que había en la zona turística eran

cadenas de *Fast Foods* o de comida internacional barata. ¿Qué sentido tenía viajar sin sumergirte en el fondo de la cultura?

Mi sorpresa llegó al descubrir que la mayoría de sus platos típicos estaban hechos a base purés o de rebozados. No me emocionaba mucho, pero la vida se contaba en dos días y tenía que aprovecharlos. Probé la sopa de mostaza y me encantó, tanto que, aprendí el nombre: *Moesterdsoep*. Era perfecta. Picaba un poco, pero sin ser molesto. Dejaba un regusto agradable y te envolvía como un abrazo de última hora. De segundo, opté por el *rookworst*, una salchicha ahumada que no era ni buena ni mala, pero sí comestible. Nieves eligió por los rebozados y comió *kroketten*. Las llamé croquetas sin misterio. Tristes. Muy tristes. Si las croquetas tuviesen emociones, las *kroketten* llorarían.

Regresamos al hotel para dejar todos los recuerdos que habíamos comprado. Entre ellos, varios caramelos con sabor a marihuana. Nieves insistió en que teníamos que fumar un cigarrillo de la risa y pedí una tregua. No quería desmadrarme tanto durante mi primer día y ella intentó que me desmelenase por completo.

—¿Bajamos? Ya se ven las luces.

La miré y afirmé. Tenía muchas ganas de ver iluminado el Barrio Rojo. Siempre creí que era mentira sobrevalorada y que solo salía en las películas. No sé, de esas historias que, aunque te dicen que son reales, necesitas verlas con tus propios ojos para verificarlo. Había que verificar que ese Barrio Rojo existía.

Andamos y... Era rojo, rojo de verdad, un rojo brillante e intenso.

Nadie mentía ni exageraba con las descripciones. Comprobé que era verdad que unas cuantas calles tenían numerosos escaparates en los que muchas mujeres se exponían con poca ropa para ofrecer sus servicios y eran iluminadas por esas características luces hipnotizantes.

—Nieves... —murmuré girando sobre mí misma.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Existe. El Barrio Rojo existe —dije, provocándole una carcajada.

—Claro que existe.

—Pero me parece injusto.

—¿Y por qué? —preguntó frunciendo el ceño—. Esas chicas están ahí porque quieren estar. Pagan sus impuestos como cualquier otro trabajador. Nadie las obliga y es igual de respetable.

—No es por eso —la corté antes de que me diese una de sus muchas charlas. Compartíamos visión feminista y no necesitaba que las justificase—. Me parece injusto, porque también tendría que haber hombres ofreciendo lo mismo. ¿Es que no existen las mujeres que pagan por sexo? ¿Por qué no estoy viendo ninguno?

—No hemos avanzado lo suficiente.

—Tendríamos que ver hombres semidesnudos frente a nosotras y mujeres de cualquier lugar eligiendo con quién quieren pasar un rato divertido. Pero no veo ni uno.

—Y tienes razón, pero, como ahora no están, ya volveremos cuando exista el Barrio Azul —respondió intentando bromear un poco para disipar mi decepción.

Yo no era nadie para juzgar lo que otras mujeres hacían con sus cuerpos. Estaba inscrita en un par de aplicaciones para ligar y una de ellas tenía un nombre reprochable. Parecía que adoptábamos hombres como si estuviesen abandonados. ¿Por qué narices escogieron un nombre así? Esas páginas servían para salir de paso y satisfacer mis necesidades afectivas. Hablaba con chicos que me subían la moral y, de vez en cuando —muy de vez en cuando—, pedía a Nieves que se quedase con mi abuela para acostarme con alguno.

¿Qué voy a decir de eso?

Pues que me lo pasaba bien. Agotaba cuidar a una persona con una enfermedad como el alzhéimer. Estaba curtida de altas dosis de paciencia y mi abuela no era una desconocida, pero echaba de menos vivir cosas típicas de mi edad y todas mis salidas estaban planificadas con antelación, incluidas esas citas.

Sabía a lo que iba y ellos también, al igual que las chicas que estaban detrás de un escaparate esperando a que posibles clientes se fijasen en ellas y no me cabía duda de que tendrían varios. Juraría que muchas podrían ser modelos si algún cazatalentos se hubiese cruzado en su camino en el momento indicado.



—¿Por qué miras tanto el teléfono? —pregunté cuando salió de la ducha.

—Tienes quince minutos para ducharte.

—Me duché esta tarde y tú también.

—Dúchate, hazme caso —insistió.

—Dime qué narices pasa y me pienso lo de la ducha —respondí sin dar el brazo a torcer.

Me parecía demasiado sospechosa su insistencia. La conocía bien y sabía cuándo estaba tramando algo, como en ese momento.

—Van a venir dos chicos.

—¿Cómo? ¿Qué chicos?

—Dos *gigolós*.

—¿Dos putos? —pregunté llevándome las manos a la cabeza.

—*Gigolós*. Pensé en lo que dijiste antes sobre la igualdad y...

—¿Vamos a pagar a dos putos para follar?

Nieves dejó escapar una risa nerviosa y yo no podía estar más alterada.

—He visto las fotos y están buenos. Puedes elegir el que más te guste. Contraté los mismos servicios con los dos. Nos damos una alegría al cuerpo y...

—¿Y nos arruinamos por un puto polvo? ¿Para eso reservaste la habitación esta?

—¡No! Ya está pagado, corre de mi cuenta. La agencia es muy seria, todo lo hacen por adelantado. Y lo de la habitación... No exactamente, pero tampoco descartaba que ligásemos una noche.

Estaba en *shock*. ¿Qué podía decir para salir de aquella situación que no había previsto? Dudo de que saliese alguna frase coherente si decía lo primero que se me pasaba por la cabeza. Mi mejor amiga había pagado a un tío para que me follase y no tenía ni idea sobre qué tipo de servicios había contratado. ¿Y si no me gustaba? ¿Y si...? ¿Y si no me concentraba escuchándolos a ellos? ¡Dios! ¡Escucharía a Nieves montárselo con otro! Los nervios, miedos y prejuicios quisieron jugarme una mala pasada durante varios segundos. Pero el caos de mi cabeza se ordenó y me dije a mí misma que no estaba mal probar algo nuevo y elegir si me gustaba. ¿Qué podía perder? Ella dijo que lo que pasaba en Ámsterdam se quedaba en Ámsterdam. ¿Estaba cometiendo un delito? No, estaba viviendo. Quizás acelerando demasiado rápido, pero, aún así, lo único que me dio vértigo era volverme adicta a la velocidad. ¿Y si me gustaba demasiado?

—Júrame que no bajaréis. No quiero verte follando con otro tío.

Esbozó una sonrisa antes de contestarme.

—Te lo juro.

Bastó. Una cosa era probar algo nuevo, y otra tirarme a una piscina vacía. Entre mis fantasías sexuales no se encontraba la de hacer una orgía junto a mi mejor amiga. Por supuesto que no. Me gustaba improvisar con uno solo. No es que me considerase una romántica empedernida, pero creía que, aunque solo hubiese sexo, sería más pleno dedicando tu atención a la misma persona. Puede parecer ridículo, lo sé. También sé que no era un pensamiento muy propio de una chica que huía de cualquier compromiso. Pero ¿qué sería del mundo sin la mentalidad diversa? No existirían genios que nos hiciesen razonar y la Tierra se convertiría en un lugar aburrido.

Entré en el baño para darme una ducha rápida tras comprobar que la depilación del día anterior estaba en orden. Salí envuelta en una toalla que parecía limpia, pero que tenía una de esas manchas dudosas e imposibles de quitar.

Y me asusté. Ya estaban los dos chicos dentro. No los había oído llegar.

—¡Joder!

Sonrieron. Me acerqué. Les di la mano como si viniesen a una entrevista de trabajo y, si comparaba, aquello lo fue. Una extraña entrevista para un trabajo que duraría un suspiro. Pero tampoco pensé en eso cuando estiré mi brazo. Lo hice por puro nerviosismo y porque estaban demasiado buenos. ¿De qué maldita página los sacó?

«Tendrán que valer un dineral». Eso pasó por mi cabeza. Olían a dinero. A poder. A imposible. A caramelo de feria. Venían en traje y parecían de esos hombres ricos que salían en las novelas eróticas y se enamoraban de una chica tímida, a la que pervertían y sumergían en los mundos más oscuros del placer carnal. No era una gran comparación, pero, a esas alturas, mi mente estaba tan desbordada que las estupideces me sacudían de un lugar a otro. No razonaba. No era yo. Puede que en parte sí, pero no me daba cuenta.

—Te presento a Denis y Alan —dijo hablando en inglés y señalándolos.

Denis era alto, rubio, de ojos azules y una sonrisa embaucadora. Alan se parecía mucho, pero él era moreno y tenía las facciones más duras. Su mirada no era tan fría, pero me miraba fijamente y estaba intimidándome.

¿Qué sentí?

Morbo. Mucho morbo. La mirada azul intensa de Alan transmitía misterio y quería resolver todos los enigmas posibles si mi cabeza recuperaba la normalidad. Necesitaba perderme en esos ojos que me estaban creando una adicción. ¿Puedes ser adicta a unos ojos? Siempre dije que lo especial no era el color, sino cómo te miraban. Ahí estaba el truco. La forma de mirar de Alan era como si me atravesase el pecho y me fundiese el alma. Mi cabeza dejó de colaborar y mi boca también. Quería decir miles de cosas, pero las cuerdas vocales decidieron fallarme en ese momento tan crucial.

Les regalé una imagen ridícula e infantil por culpa de los nervios.

—¿Vicky? —preguntó Alan y afirmé tragando saliva.

—Bueno, creo que está claro con quién te quedas. Me subo con Denis. Sin prisa, tienes dos horas —dijo en español guiñándome un ojo y cogiendo a Denis de la mano para subirlo arriba.

Observé cómo desaparecían de nuestro campo de visión y me concentré en el sonido de sus pisadas para no mirar lo que tenía delante. Quedarme a solas con Alan no redujo mis nervios y, cuando se acercó a mí, dudé hasta de mi nombre.

—¡No se la chupes sin condón! —gritó Nieves desde arriba y supuso hacia mis adentros una pala para cavar un hoyo y enterrarme en cualquier lugar.

Miré a Alan para verificar que su expresión no cambiaba. Certifiqué que no había entendido lo que había dicho Nieves y agradecí al Señor en el que no creía que tuviese algo de piedad. No tuvo tanta por permitir que Alan se acercase en exceso. Necesitaba minutos que no había tenido para asimilar lo que haría con ese hombre desconocido. No es que fuese diferente a lo que había hecho con los chicos de las redes, pero ni siquiera habíamos hablado cuando decidió coger la esquina que sujetaba mi toalla.

Lo aparté. Sí, lo aparté. No sé por qué lo hice, si fue vergüenza, pánico o que no tuviese muy claro que quería dar aquel paso. Me entraron dudas y culpabilidad, había perdido a mi abuela y estaba en Ámsterdam con un portento de tío con el que podía echar un polvo de dos horas gracias a la cartera de Nieves.

¿Podía dar más pena? Podía.

Huí. Me encerré en el baño y miré en el espejo para ver quién era la chica que había. Y era mi reflejo. Yo. O un nuevo «yo» incompleto.

Puede que Alan me considerase una cobarde por escapar. No conseguí controlar todas las dudas y miedos que vinieron de golpe y elegí aquel camino. Con mi inglés básico era complicado explicarle lo que me sucedía y dudaba mucho de que quisiera escuchar mis problemas. Era un tío que venía a trabajar y yo...

Yo no sabía qué era en esos momentos.

Respiré tres veces y llamaron a la puerta con un toque prácticamente insonoro. Me armé de valor y abrí. Miento. Abrí por pura inercia. ¿Quién no abre las puertas cuando suena el timbre? Pues eso. Abrí y fue mejor de lo que pensé, porque, al mirarme, sentí que estaba entendiendo todo. Él. Con esa mirada azul profunda, la del océano que se fundía en el cielo. No sé si vio un cartel en mi frente en el que estuviese escrito todo lo que pasaba por mi cabeza, pero nuestras miradas chocaron y se dijeron mucho. Dejé que se colase por las rendijas y que saboteara mis pensamientos. Quería eso, que alguien me hiciese olvidar todo, que me arrancara los pedazos que no eran míos y que me ayudase a ser una nueva persona.

Cerró la puerta y se acercó. Despacio. Sin prisa. Tuve miedo de que ese acercamiento fuese a más, pero me relajé cuando me bordeó con sus brazos por la espalda y apoyó su barbilla en mi cabeza. Solo eso. Nada más. Me miró. Lo miré. Lo hicimos a través del espejo. Mantuvimos un silencio precioso y reconfortante. Cerró los ojos y los cerré también. Fueron minutos en los que dejé de pensar y sentí que me arrancaban algo al percibir que iba a separarse. Ese instante en el que sabes que el momento está terminando y que toca otra cosa. Lo supe porque me besó la sien antes de quitarse la chaqueta y arremangarse la camisa.

¿Qué pensé?

Que empezaba la acción y que ya no me importaba tanto dar el paso. Alan me gustaba en el sentido de que tenía una conexión palpable, a pesar de no haber hablado nunca con él.

Pero, a veces, me equivocaba, y esa fue una de ellas.

Se acercó a la bañera. Comprobó la temperatura del agua antes de poner el tapón y abrir el grifo. Dejó que se llenase. No entendía nada y lo entendí todo. Era eso, la colisión de nuestros ojos. Los que hablaban por nosotros. Estaba tan tranquila con él, que sonreí sintiéndolo. Lo hice de verdad y él también. Dejé que se acercase. Dejé que sucediese. Dejé que me besara porque también estaba deseándolo.

Y pasó. Lo besé. Nos besamos despacio, sin prisa. Agradecí que nuestro beso tuviese algo más que el simple deseo o el compromiso adquirido con su empresa para satisfacerme durante dos horas por unos euros. Alan me besó justo como necesitaba, dándome mi tiempo para aceptar

la nueva situación.

Lo desnudé después de cerrar el grifo y yo misma me quité la toalla antes de meterme, recostándome sobre su pecho. Un pecho perfecto porque todo él lo era. Incluso las cicatrices que tenía en el antebrazo eran perfectas. No iba a preguntarle por ellas ni pensaría en cómo se las habría hecho. ¿Para qué? Éramos él y yo, juntos dentro de una bañera. Aislados de todo. Lejos del mundo.

Lo que no pude evitar fue la curiosidad de tocarlas. Las rodeé con las yemas de los dedos y me acerqué a tientas antes de rozar directamente una de ellas. Alan me besó en la cabeza, como había hecho antes y, después, suspiró. Despacio e intensamente. Nada más. Me dejó hacer y no parecía molesto con aquel contacto sutil e íntimo. Tocar cicatrices era como tocar un dolor e imaginarlo. Sentirlo. Querer arrancarlo de cuajo o suavizarlo si dolía. Deseaba que lo que rondase por su cabeza se esfumase de la misma forma que se habían esfumado mis fantasmas cuando me besó.

Dejamos pasar el tiempo hasta que la temperatura del dejó de ser agradable. Salimos de allí besándonos como dos adolescentes. Los besos nacían de forma natural desde que surgió el primero. Secó mi cuerpo con la toalla que me había quitado y olvidé la dudosa mancha que tenía. Me tapó con una seca y me abracé a mí misma. Nunca un hombre me había cuidado de esa forma, tan sutil, elegante y cariñosa. Fantaseé con imposibles hasta que regresé a la realidad y recordé que estaba haciéndolo por dinero. Incluso llevarme a la cama en brazos lo hizo por dinero.

Pasó porque tenía que pasar y porque nuestros cuerpos desprendían demasiada electricidad al rozarse. Alan tocaba de una manera tan especial que fue imposible no caer rendida a sus encantos. No podía ni quería negar lo evidente: estaba gustándome demasiado.

Ahogué los gemidos contra su cuerpo para que no nos escuchasen nuestros compañeros de habitación. Por el silencio que nos rodeaba, ellos habían terminado con lo suyo y no quería que fuesen partícipes de lo nuestro, de ese acto tan íntimo y personal que estaba teniendo con Alan.

Fue fácil y bonito fundirme con él. Hacernos uno. La forma que tuvo de llenarme era como si el tiempo se parase a nuestro alrededor. Nos quedamos quietos estando encajados y sentí oleadas de placer cuando me atravesaba con la mirada. Sin moverse. Siendo la pieza que le faltaba a mi rompecabezas.

No me extrañé cuando se colocó la ropa interior después de recuperar el ritmo constante de los latidos. Sabía que las dos horas habían terminado y que tenía que marcharse.

Se acercó hasta el pantalón, sacó la cartera y me ofreció billetes. Muchísimos. Demasiados. Tantos que no quería ni imaginarme la cantidad de dinero que había.

—Quiero pasar la noche contigo —dijo despacio, con una perfecta pronunciación para que lo entendiese porque era conocedor de mis limitaciones con el inglés.

—¡No soy una puta! —grité al sentirme insultada.

Minutos confusos en los deseé volverme invisible. Escuché ruidos, un tropiezo y, tras eso, Nieves apareció con unas bragas y la camisa de Denis mal abrochada. Me tapé como pude con las sábanas. Sentí pudor de mi cuerpo después de haberlo compartido con Alan.

—¿Qué está pasando? —preguntó mirándonos a los dos.

Me tapé la cara con las manos. También bajó Denis sin ropa. Escuché risas conjuntas y me enfadé con todos. ¿Cómo lidiar con aquella situación tan vergonzosa?

—¿Puedes decirle que se tape? —pregunté y dejé que hablasen entre ellos.

—Ya está.

Los abrí y Denis estaba cubriéndose sus partes con las manos. Eso no lo mejoraba, pero me distraía menos.

—Alan quiere pagarme por pasar la noche y le he dicho que no soy una puta.

—Está bien. Te devuelvo el dinero, porque no he cumplido con todos los servicios que contrataste —respondió y no podía dar crédito a lo que estaba diciendo.

—¿Qué? ¿De qué servicios me hablas? —Ambos nos mirábamos sin entendernos y Nieves no podía dejar de reírse—. ¡Maldita seas, Nieves! ¿Qué servicios contrataste?

—¿No te lo ha comido hasta el final? ¿Y no...? —dudó antes de continuar—. Pero ¿qué clase de...? —preguntó, dejando escapar otra risotada sin terminar la frase.

—¡No vuelvas a hacerme esto!

Alan se acercó a ella y la tendió el dinero sin importarle mi enfado.

—Esto es tuyo —dijo y ella afirmó cogiéndolo—. ¿Podéis dejarnos solos? Quiero pasar la noche con Vicky.

Desaparecieron. Intenté masticar lo que acababa de suceder. Estaba duro. O demasiado blando. Era como una masa que se quedó encajada en mi garganta, justo en el punto en el que aún podía respirar con molestias. Tuve la sensación de que las cosas no iban como tenían que ir y me aterraba la idea de no tener controlado mi presente.

—¿Qué haces? —pregunté cuando tiró de la sábana para recostarse conmigo.

—He dicho que quiero pasar la noche contigo. No tenemos por qué hacer nada.

Lo miré y caí.

Tenía una sonrisa tan perfecta que era imposible darle una negativa. Hubiese sido una estúpida de rechazar esa propuesta. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien con un desconocido y quizás fuese la primera vez. No recordaba otra. No había ningún despertar que me hubiese gustado, y con Alan, llegué a pensar que al día siguiente me despertaría sin dudas.

Lo intuí por quien era él y quien era yo.

∞∞∞

Dormimos y algo más. Sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad próxima. ¿Y qué haces cuando las cosas van a caducarse? Si es comida, la comes rápido para no tirarla. Eso es lo que haría con Alan. Disfrutarlo, terminarlo y, por último, irme de Ámsterdam con momentos inolvidables en la maleta.

De los que merecen la pena.

6. El abuelo no sabe pasarlo bien

ARITZ

Me marché de Bilbao con una sensación amarga. Siempre era igual o peor. Nuestras discusiones empeoraban con las horas y no soportaba pasar más tiempo cerca de mi padre. Los dos estallábamos y no teníamos filtros. Subíamos como la espuma sin bajar después. Mi madre intentaba mediar entre nosotros para apaciguar el ambiente, pero éramos dos adultos indomables dando un espectáculo deplorable. Aquel día, Eli escuchó los insultos que nos regalábamos tras enzarzarnos por enésima vez.

Tuve que poner tierra de por medio. Mi hija no se lo merecía y mi madre tampoco.

Mi padre alzó la voz y perdí los papeles. Fue por una tontería. Estaba insistiendo con lo de su fábrica, que venía a ser lo mismo y tendría que estar acostumbrado, pero gritó, dijo que sin él no era nadie y no pude aguantar más. Grité más alto. Varios tonos. Lo hice delante de Eli. Ella no entendía nada y se echó a llorar. Corrió hasta su habitación y aproveché para hacer las maletas cuando mi madre la consolaba. Eran las ocho de la tarde, pero tampoco importó. Hicimos varios kilómetros y paramos a descansar en un hostel de carretera.

Jodió. Anda que si jodió. Me daba igual dormir allí, pero no pude hacerlo porque pasé la noche dando vueltas a lo que había pasado y no tenía ningún sentido. Nada lo tenía. Era mi padre, su forma de tratarme y menospreciarme. Su manera de demostrarme que, para él, nunca valdría lo suficiente. Estaba seguro de que, aunque llevase la empresa, siempre encontraría algún motivo para criticarme.

—Papá.

—Dime.

—No estés triste.

—No lo estoy, pero no me gusta que veas estas cosas.

Desayunábamos en el mismo hostel. Eli había dormido bastante bien y fue lo único que me hizo sentir mejor. Quería mantenerla alejada de los problemas que teníamos los mayores. ¡Joder! Era una niña y no quería que viviese lo que viví en mi infancia.

—No hagas caso al abuelo.

La miré y...

Amaba a mi hija. Era única haciéndome sentir especial, sobre todo cuando intentaba consolarme por algo. Ella encontraba con demasiada facilidad mis puntos débiles. Los que escondía para aparentar ser un hombre fuerte y no mostrarme vulnerable.

—No lo haré.

—El abuelo siempre está enfadado, porque no sabe cómo pasarlo bien.

Pensé. Eli me hizo pensar. En nosotros y en lo que tenía con mi padre.

¿Cómo era posible que esa pequeña siempre encontrase respuestas para todo?

La relación que tenía con ella era totalmente opuesta a lo que viví cuando tenía su edad.

Apenas veía a mi padre y la palabra «papá» parecía no encajar con lo que había entre nosotros. Sonaba a mentira. Me costaba dejarla salir. Ese «papá» que repetía Eli con frecuencia, no pude sentirlo con él. Por no haber, no hubo ni abrazos. Los abrazos con mi padre estaban prohibidos

¿Mi padre sabía pasarlo bien? Buena pregunta. Difícil respuesta.

Lo dudaba. Nunca lo vi reír plenamente y Eli estaba lo cierto, pero eso no le justificaba para tratarme mal después de tanto tiempo. Yo era un adulto, tenía mi vida, mi trabajo y mi pequeña familia. ¿Por qué no podía dejarme tranquilo? Odiaba nuestras discusiones. Odiaba tener que callarme siempre y odiaba que Eli no pudiese disfrutar más de sus abuelos.

Ella no tenía la culpa.

—Papá, tengo ganas de ver a Nube.

—Y yo.

Y Eli odiaba tener que dejar a Nube con nuestros vecinos cada vez que íbamos a Bilbao. No entendía por qué sus abuelos no la querían.

Yo tampoco.

Crecí con ellos y seguía sin entenderlos.

A ninguno de los dos.

7. *¿De qué tienes miedo?*

VICKY

Otra de las cosas que aprendí en mi primer viaje fue que las planificaciones estaban sobrevaloradas. Denis y Alan se encargaron de demostrarnos que cualquier preparación era poca si había imprevistos.

Pasó. Pasó que el desayuno se nos quedó corto a todos, que ellos eran increíbles y que se ofrecieron a enseñarnos una pequeña parte de su país. No podía explicarlo de otra forma. Nieves los contrató para un polvo de dos horas y ese polvo evolucionó. Quise llamarlo amistad con derecho a roce, pero seguía convencida de que lo que teníamos allí terminaría cuando subiésemos al avión de vuelta.

∞∞∞

Al tercer día, viajamos en el coche de Denis hasta La Haya. Tampoco estaba planificado, lo hicimos por ver algo diferente. Por probar. Por ver si nos gustaba también.

Y me asusté. Lo hice cuando Alan pensó que sería buena idea pasear cogidos de la mano. Había olvidado la sensación de tener una mano firme sujetando la mía.

Era demasiado joven cuando sucedió por última vez. Tenía diecinueve años recién cumplidos y estaba saliendo con Dani, mi último novio. Llamarlo así era delito. Nunca lo sentí como tal, a pesar de que él hizo lo que estuvo en sus manos para que lo nuestro funcionase. Duramos cuatro meses y fue una de las pocas relaciones sólidas que tuve, pero me dio miedo la palabra compromiso y las que lo rodeaban. ¡Dios! ¡Eran horribles! «Novio, pareja, relación...». ¿Quién demonios las inventaría? Pero eso fue lo nuestro.

Hicimos cosas como cualquier pareja y, cuando lo dejamos, las enterré y me olvidé de todas. Quise hacerlo y lo hice. No veía nada malo en no tener una relación estable. Era libre para elegir si quería envejecer junto a otra persona o en solitario, y escogí un camino con muchas bifurcaciones, pero me resultaba cómodo porque tenía el calzado adecuado. Me prepararon. Me preparé. Mi idea era hacerlo con la abuela, pero ella se marchó y...

Los planes, los planes también cambiaban.

Mi vida cambió, pero yo seguía siendo la misma. Lo descubrí al sentir una descarga cuando Alan rozó mi mano. El roce previo antes de cogerla.

Me asustó como nunca y yo no me asustaba con tanta facilidad.

Habíamos aparcado en un *parking* a las afueras. Lo hicimos con la intención de caminar. Paré en seco para ver el escaparate de una panadería y se colocó a mi lado sin decir nada. Rozó el dorso de mi mano e instintivamente la aparté. Tuve miedo. Fue irracional. Alan no me había hecho nada malo, pero sabía lo que venía después de ese roce.

A él no le importó.

Alan no era de los que se achantaban con los retos. Lo demostró la noche anterior cuando devolvió el dinero a Nieves y se metió conmigo en la cama a pesar de mis negativas. Esa vez no iba ser menos. Esperó paciente. Quería que lo mirase. Tardé y lo hice llena de dudas. Buscando primero a mi mejor amiga, la que me ignoraba por completo porque estaba entregada a las artes amatorias con Denis.

Podría haberla llamado con un grito para que dejase de meterle la lengua hasta la campanilla. Pero ¿quién era para fastidiar su momento? Se merecía lo que estaba teniendo, y yo tenía que ser adulta y enfrentarme a la situación.

—Ven —dijo tendiéndome la mano.

—No hace falta —respondí mirando el suelo.

No hacía falta. Sabía lo que era Alan y no consideré necesario que hubiese ningún tipo de romanticismo entre nosotros. Tenía veinticuatro años, los suficientes para diferenciar las cosas. Nuestra historia fue una bruma y no quería adornarla. ¿Para qué?

—¿De qué tienes miedo?

—De nada. Pero los dos sabemos lo que hay.

—Pues si lo sabes... —Miró su mano, la que seguía en el mismo sitio.

También la miré y pensé. Con Alan pensaba demasiado. ¿Qué importaba? Se trataba de algo efímero. Seguía siéndolo. Fue como esa estrella fugaz que pasó más despacio que el resto. Siempre creí que las estrellas fugaces, las de verdad, iban más despacio para que nos diese tiempo a pedir el deseo. Sería lo bonito, ¿no? Tener tiempo.

Cogí su mano y me ruboricé al mirarlo. Alan tenía esa sonrisa traviesa cuando conseguía lo que quería. Era sí, tan simple y tan complejo. Capaz de hacerme olvidar que no estaba sola en ese viaje.

Tiró de mí, arrastrándome dentro de la panadería. Nos colocamos frente a una gran vitrina de cristal y enumeró todas las cosas que tendría que probar antes de volver a Madrid. Mi estómago no era infinito y eché a suertes lo que comería. Escogí un *stroopwafel* con caramelo. Dije uno, pero Alan consideró que sería buena idea llevarnos varios por si nos entraba el hambre después de la caminata. Y me alegré de su insistencia cuando los probé. Estaban tan ricos que la bolsa parecía insuficiente. Quise regresar, lo hicimos y, cuando llegamos, estaba cerrada por las horas. Fui tan ridícula que se notaron las ganas que tuve de llorar como una niña y Alan prometió llevarme al día siguiente una bolsa de una panadería que había cerca de su casa, y que, según él, no tenía nada que envidiarlas.

Alan era tan detallista que me sentía abrumada con sus atenciones. Intenté protegerme con eso de que iba a terminar. Funcionó, más o menos. Estaba poniéndolo demasiado difícil. ¿Por qué? Pues no lo sé. Todo parecía fluir mejor a pesar de que nuestras conversaciones fuesen demasiado básicas por el idioma. El problema radicaba en que no necesitaba hablar con Alan para saber lo que estaba pensando, y a él le sucedió lo mismo conmigo.

Reía mucho cuando intentaba explicarme anécdotas. Buscaba frases simples para que no perdiese detalle, para que me sintiese cómoda y, a la vez, le contase un poco sobre mí. No es que Alan y yo necesitásemos hablar mucho, porque ya lo hacíamos con los ojos, pero me encantaba escuchar su voz, masculina, ronca y algo rota.

Descubrí que practicaba varios deportes —obvio— y que su favorito era el fútbol, pero lo dejó porque era muy competitivo y no tenía demasiado tiempo libre. También confesó que era un apasionado del dulce y que no engordaba gracias al ejercicio físico. Al principio le hablé sobre

mi total dejadez en cuanto al ejercicio físico y otras cosas sin importancia. Alan escuchaba, preguntaba y no me juzgaba. Estaba tan cómoda a su lado que, sin querer o queriendo, le conté lo de mi abuela a modo confidencia.

Lloré un poco y, sin preverlo, me abrazó. Temí que pensase que era un saco de penas y se marchase después. Me equivoqué. Si se marchó, fue para comprar *stroopwafel* y cumplir su promesa, pero pasó la última noche a mi lado.



—¿De verdad que no has fumado?

—¡Alan! ¿Me has visto fumar?

Negó con la cabeza y me hizo cosquillas en el brazo. Reí con él. Descubrí que una parte que estaba dormida despertaba de la anestesia. Las risas. Esas que salían de golpe. Las fuertes y las suaves. Las despreocupadas.

No es que me considerase una chica seria y amargada, pero, con el tiempo, tenía menos oportunidades para reírme. Alan estaba regalándomelas todas de golpe y eso daba vértigo. Pero me gustaba sentir ese vértigo, el intenso, con el que te sientes viva. También tuve mucho miedo por no saber si sería algo puntual o que, si al llegar a Madrid, algo tan sencillo como una sonrisa se quedase atrapado en mi cabeza. Luché contra ese miedo en silencio.

Me encontraba bien, pero quería llevarme a la chica que estaba apareciendo en mi cuerpo. Esa que parecía ser yo, pero no la había visto antes, porque estuvo oculta bajo los trozos de otras mujeres. Me gustaba esa nueva versión de mí. Hasta Nieves dijo que tenía otro brillo en los ojos. Un brillo que también tenía ella, pero, en su caso, se debía a las cosas que estaría haciendo con Denis. La invitó a pasar las noches en su casa para tener más intimidad. Prometió que la traería al hotel por la mañana y que nos despediríamos los cuatro en el desayuno.

Yo no tuve esa invitación por parte de Alan y tampoco me importó. Prefería saber lo justo sobre él. Como que vivía en la zona Este y poco más. Nieves me dio demasiados detalles de Denis y me di cuenta de que, Alan y yo, nunca profundizábamos en las conversaciones, que las dejábamos en el aire cuando adquirían un tono demasiado personal.

—¿Y no quieres?

—Ahora me dirás lo que dicen todos, eso de que no voy a vivir una experiencia completa.

Reír a su lado fue reconfortante. Viví algo increíble e intenté disfrutar de cada segundo haciendo desaparecer lo que me rodeaba. Iba a terminar en unas horas. Sabía que iba a terminar y, mi subconsciente, me traicionaba dándome golpes de realidad. ¿Volvería a reír así en Madrid? ¿Y a dejarme llevar?

—¿Y los caramelos? ¿Los probaste?

Me levanté y caminé hasta la maleta para sacar la bolsa de caramelos que compramos el primer día. Se la di. No quería llevármela, pero Nieves insistió en que así el recuerdo duraría mucho más. ¿Recuerdo de cannabis? De locos.

—Toma. Están asquerosos.

Miró la bolsa y cogió uno. Les había rojos, negros y verdes. Este último fue el que chupé y después escupí. No me gustaba el regusto amargo que me dejó en la boca.

—Prueba.

—Alan, comí el verde. Están malísimos.

—Este es rojo.

—¿Y sabe mejor?

—No lo sé. Nunca los he probado.

—¿Qué? —Lo miré pensando que era una broma, pero su expresión no cambiaba—. ¿No los has probado y quieres que me lo coma yo?

Lo odié. A esas alturas ya lo odiaba. Era capaz de arrastrarme hasta donde quisiera, como si Alan me tuviese sujeta por un hilo invisible. Solo tenía que tirar un poco para llevarme a su antojo. No sabía si esa parte me gustaba o no. Nunca lo había experimentado. ¿Se supone que estaba bien sentirse así o era justo lo contrario? ¿Era tóxico? ¿Romántico?

Quitó el plástico que recubría el caramelo y me lo puso con delicadeza en la boca.

—No pongas los ojos en blanco.

Lo hice de nuevo. Fui rebelde como una niña y él tuvo la culpa. Su tono de voz era tan masculino que me irritaba. Irritaba demasiado. Irritaba tanto que me volvía loca cuando se rasgaba, como si tuviese pequeñas cuchillas afiladas en la garganta cortando sus palabras.

Lo cacé con los dientes y, al chuparlo, me arrepentí de hacerlo. Sabía igual de mal que el verde. No sentía ninguna diferencia más allá del color. Era amargo y desagradable.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —preguntó cogiéndome del brazo.

—Voy a tirarlo —respondí con el caramelo en la boca.

—De eso nada. Dámelo.

Casi lo trago del susto. Conseguí mantenerlo en la boca a pesar de que era el peor sitio para un caramelo con ese sabor tan característico. Contuve la arcada con toda la dignidad que pude, camuflándola con una risotada. Me sorprendí a mí misma siendo capaz de retener un maldito caramelo en un rincón. Jugando con él a ver quién aguantaba más. Iba ganando. Yo. Contra un caramelo.

Vicky 1 - Caramelo 0

—Ni hablar. No...

—Dámelo.

—No, Alan. Coge uno de la bolsa.

—Dámelo —insistió.

—¡Que no!

De nada sirvió porque me «cazó» y...

Me dejé llevar. Buscó mi boca y buscó el caramelo jugando, cuando entrelazábamos nuestras lenguas. Jugó conmigo y perdí en unos segundos. Alan tenía demasiada experiencia y fue sencillo caer. También era capaz de cambiar el sabor de los caramelos por el de sus besos, mucho más ricos y adictivos. Ni un maldito caramelo de cannabis podía con ellos.

—Tienes razón —dijo al separarse y con el caramelo en la boca—. Os tienen engañados.

Alan sabía hacerte reír cuando llegaba el momento. Sus bromas justas en el instante correcto. Hay personas que tienen esa habilidad. No son grandes cómicos, pero te hacen reír de la nada.

—¿Dónde vas? —pregunté cuando se levantó de la cama.

—A tirarlo.

Lo vi acercarse a la papelería y me di cuenta de que echaría de menos hasta su forma de caminar. Tenía una manera especial de hacerlo. Un paso. Otro. La cabeza siempre en alto y desprendiendo seguridad. La que me faltaba a mí.

Nunca fui una chica que destacase ni que se llevase grandes halagos por su físico. Era lo contrario a Nieves, ella siempre estaba guapísima y se maquillaba incluso para bajar la basura. Y yo estaba en la otra cara de la moneda. Vestía cómoda, me recogía el pelo para que no me molestase, porque era lo mejor para encargarme de la abuela. También porque no tenía muchas ganas de mirarme en el espejo. Había olvidado maquillarme. Mi mejor amiga fue quien me transformaba cuando tenía citas. Odiaba la base, las sombras y el pintalabios, pero me aportaba una máscara que me proporcionó intimidad. Como si la chica que se acostaba con otros llevase una careta para vivir una vida paralela. Al desmaquillarme en casa regresaba a la realidad y no quedaban residuos de lo que había hecho. Ni de mí.

Sentí que a Alan le sucedía algo parecido, o eso quise creer, que solo se arreglaba para sus citas y que el resto del tiempo era una persona como yo, tirando a normal. Lo grité hacia dentro. Deseé en silencio que hablase de temas más personales para conocerle de verdad. Me dije a mí misma que no lo cortaría, que le dejaría empezar y terminar conversaciones de las que siempre huía. Quería que... No sé, con Alan no sabía ni lo que quería. Estaba dejándome llevar y el mundo que nos rodeaba era más bonito si él estaba cerca.

Alan se giró para mirarme después de tirar el caramelo y fui consciente de que, al día siguiente, dejaríamos de existir. Él, yo y la posibilidad de un «nosotros». Recordé que se trataba de bruma y desperté del sueño.

Se acercó para sentarse a mi lado y le sonreí por inercia.

—¿Te acordarás de mí? —preguntó y puse los ojos en blanco haciéndole rabiar. ¿Qué esperaba? Lo difícil sería olvidarle—. Vale, eso es que sí. Pero hagamos una cosa.

Imaginé las miles de cosas que haríamos durante la última noche. Yo qué sé. Estaba pensando en eso, en nuestra despedida intensa y ardiente. Tendría que ser una pequeña selección de lo mejor que habíamos hecho y eso podría llegar a convertirse en un problema. Hubiese repetido todos los pasos de todas las veces. ¿Cómo seleccionar una parte cuando algo te ha gustado de principio a fin? Es complicado, no hay misterio ni truco y, en mi caso, me dejé hacer. Confié en Alan.

Me desnudó. Espacio. Sin besarme. Se quitó toda la ropa y nos quedamos expuestos. Uno frente al otro. Observándonos.

—Déjame tocarte. Quiero acordarme de cada curva cada vez que cierre los ojos.

—¿Cómo?

Creí que era la chica que acababa de pisar Ámsterdam y que mi inglés fallaba, como fallaban otras cosas cuando estaba a su lado. «El efecto Alan». Así llamé a cada vez que me dejaba sin aliento y sin palabras.

Lo escuché, pero no quedó claro el contexto. Tocarme, me había tocado desde el día que nos conocimos. Fue lo que más hicimos. Tocarnos. Aprovechábamos cualquier excusa para hacerlo.

—Que quiero tocarte con los ojos cerrados.

Tragué saliva y me dije que «¿por qué no?».

Era mi última noche y, si Alan quería tocarte así, no iba ser yo quien se lo impidiese. Acababa de chupar un caramelo que estaba dentro de mi boca sin escrúpulos. Que me tocara con los ojos cerrados tenía que ser más sencillo, ¿verdad?

Cogí su mano y la coloqué en el centro de mi pecho. No por nada en concreto. Ni iba con segundas ni esperaba que después me tocara una teta. La puse ahí por cercanía, por no levantarla más ni levantarla menos, porque estábamos arrodillados sobre la cama y me parecía un buen sitio para empezar. El centro, donde comienza todo.

Esbozó una sonrisa. Cerró los ojos y cerré los míos. Un acto instintivo que agradecí después, por lo que significó.

Fue bonito sentir sus manos sin saber hacia dónde se dirigían y, a la vez, intuyéndolas, imaginándome el recorrido y fallar porque era imprevisible. Subió hacia arriba y con los pulgares, tocó justo en centro. Tragué saliva y se detuvo, era consciente de cómo estaba sintiéndome. Me gustaba el tacto de sus manos sobre mi piel, los pulgares haciendo círculos y sus yemas recorriendo los bordes que encontraba. Bordeó mis labios y sonreí al sentir cosquillas en las comisuras. Él paró, abrí los ojos sin querer y estaba sonriendo conmigo.

Volví a cerrarlos sin saber que ya se encontraba dentro de mi cabeza.

—No los abras.

Reí. Era como una niña a la que acababan de pillar haciendo una trastada.

—No los he abierto.

—Vicky...

Y ahí estaba. Mi nombre. Su voz. Lo que me hacía caer.

—Ha sido un segundo. Lo prometo.

No hubo ninguna réplica.

Continuó su recorrido. Centímetro a centímetro. Quedándose con los hoyuelos o con los pequeños lunares que estaban repartidos en cada resquicio de mi cuerpo. Me descubrió los nuevos, esos que pasaban desapercibidos porque necesitaba ser contorsionista para verlos.

Iba bien hasta que regresó al centro de mi pecho y separó sus manos bordear las aureolas. Me estremecí. Gemí. Había pasado demasiado tiempo y estaba tocando uno de los muchos puntos débiles que tenía. Lo hizo con ternura y sin presionar. Solo un roce, que fue suficiente para darme cuenta de algo: empezaba a ser más suya que mía y eso era demasiado peligroso. Me encontraba al borde de un precipicio, mirando a la nada y haciendo equilibrio para no caerme. Tuve que sujetarme.

Bajó por mi estómago, tocó las caderas y volvió al centro. Al mío. Al que estaba suplicando porque empezaba a impacientarse.

—Abre.

Me vi de rodillas con mi trasero sobre los talones. Abrirme en esos momentos sería como darle la llave de todo mi ser y... lo hice. Me levanté un poco para separar las piernas. Sentí sus manos deslizarse hacia dentro. Estaba tan excitada que sabía lo que iba encontrarse. Pensé que así detendría la tortura, pero para mi sorpresa eso no sucedió. Salió de aquel incendio que él mismo había provocado y tocó mis muslos.

—Alan. ¿Qué estás haciéndome?

—Siéntate. Quiero tocarte las piernas.

Intenté enfadarme con él por rehuir a la pregunta y, sobre todo, por parar.

—No puedo hacerlo sin abrir los ojos. La cama es pequeña y estoy en el borde.

Juro que no fue una excusa. Era verdad. Había dos camas individuales que nunca nos molestamos en juntar porque no necesitábamos ese espacio. Nos bastaba, para lo que hacíamos bastaba, pero para recorrer nuestros cuerpos con los ojos cerrados no era suficiente.

—No los abras.

—Vale. Pero primero quiero tocarte yo a ti.

—No he terminado.

Por una vez quise ser más fuerte. Retarle. Tomar las riendas. Llevaba minutos así y no me parecía justo que la balanza estuviese tan desequilibrada. Yo tan suya, sin nada que esconder,

porque estaba viéndolo todo con los ojos cerrados.

—No voy a ceder, Alan.

En cuestión de un latido era yo quien tenía la mano sobre su pecho.

No hubo ninguna planificación previa, solo quería saber lo que se sentía cuando tocabas a alguien de la forma que él me tocó a mí. Hice el recorrido idéntico, porque sí. Por probar.

Descubrí cosas nuevas en las partes que ya conocía.

Toqué las cicatrices de su brazo, las que le dolían por dentro. Noté cómo tensaba al principio. Sabía que no iba a parar, que iba a quedarme con la forma y que, aunque no hablase, podía percibir que detrás de ellas se encontraba su historia más personal. Noté sus nervios e intuí que la culpa era del miedo. Ya no estábamos en la bañera ni se trataba de una caricia sutil que terminaba más pronto que tarde. Era leer su cuerpo para descubrir el final antes de tiempo.

Pero el misterio de Alan estaba a salvo. Fue imposible descifrar qué había pasado y preferí continuar el recorrido en silencio, con las dudas llamando a mi puerta.

—Alan. No puedo recordarte así.

—¿Por qué?

Reí. Tuve que hacerlo. Aquella situación rozaba el surrealismo.

—La tienes dura. Ese no es su estado natural.

—Contigo, sí.

Dejé de reírme y volví a concentrarme. Fracase. Lo intenté, pero no podía. Necesitaba terminar los roces. Estuvo bien y fue una experiencia muy interesante. Quizás por la novedad o porque lo hice con él y las cosas con él sabían mejor.

El mejor instante de la noche no fue cuando rozamos las zonas prohibidas de nuestro cuerpo, sucedió al abrir los ojos, al toparme con los suyos. Esos segundos en silencio, intentando saber lo que pensaba el otro. Fantaseé con adivinarlo como si fuese un secreto.

El nuestro.

∞ ∞ ∞

Y pasó lo que pasaba cuando tenía que pasar. Ese momento íntimo que él convertía en algo grandioso. Cuando dejábamos de ser dos. Él y yo, era un nosotros. Nos compenetrábamos muy bien en la intimidad y, probablemente, en otro mundo y otras circunstancias, nos hubiésemos complementado de todas las formas posibles. Pero solo fue un nosotros y un ahora. No había mañana ni posibilidad de un futuro. Sería bonito mientras durase y triste cuando llegase el capítulo que anunciaba el final.

—¿Y si lo nuestro hubiese sido normal?

Me asusté. Estaba sobre su pecho escuchando los latidos que marcaban el ritmo de una melodía perfecta.

—¿Qué?

—Si no me hubieses conocido así.

—Puede que no nos habríamos conocido.

—¿Y si lo hubiésemos hecho? En cualquier lugar. Un supermercado o una cafetería.

No podía responderle. Tenía capacidad para imaginar millones de situaciones surrealistas, pero justo esa me resultaba improbable.

—No lo sé.

Nos miramos. Estaba confusa porque no sabía adónde quería llegar.

—¿Lo notas? La conexión.

Puede. No quise pensar qué era lo que nos unía, pero, si había una conexión, tenía que cortarla de raíz y con él parecía fácil. Faltaban unas horas para que el avión me llevase de vuelta a la realidad, a la que vivía en Malasaña.

Calló porque esperaba la respuesta y mentí. Tuve que hacerlo.

Afirmé para que dejase de hablar de un imposible.

Y por no estropear el final de nuestra historia.

8. Una mala opción

ARITZ

Tres semanas. Quedaban tres putas semanas para la apertura del *Surf Camp* y Carlos no podía estar más desaparecido. Él siempre había sido así y no debería de extrañarme, pero estaba nervioso al pensar que no llegaríamos a tiempo. No teníamos ni un maldito cuadrante y, en vez de ejercer su autoridad, cogió vacaciones sin pensar en el negocio.

Era lo opuesto a mi padre en ese sentido, pero le iba demasiado bien después de reformar los dos edificios que había frente a la playa. Fue la herencia que le dejaron sus padres al morir. Convirtió las ruinas en dinero. Esas casas iban a derrumbarse en cualquier momento y descubrió la fórmula para sacarles partido. Amplió habitaciones, metió literas a mansalva, hizo dos comedores gigantes con sus cojines por el suelo para no poner sofás y utilizó el garaje como almacén, metiendo los trajes y tablas de surf que utilizaban los alumnos. Incluso se permitió el lujo de montar una pequeña tienda haciendo ampliaciones. ¿Y qué más? ¡Ah, sí! Había vuelto a reformarlo. Quería dar una imagen más actual y arreglar la pintura que estaba desconchándose. Era lo que tenían las casas que había frente al mar. La sal y la humedad desgastaban más de la cuenta.

Envidiaba a Carlos. Fue la única persona a la que he envidiado en toda mi vida. Vivía bien y no tenía que trabajar todo el año. ¡Joder! Ni siquiera todos los meses. Carlos venía cuando le apetecía al *Camp*. El trabajo lo sacábamos nosotros, los instructores, Mari y Tere. Esta última ya no estaba y era el motivo principal de mi nerviosismo.

Encontró un trabajo mejor en Vigo y se marchó dejando el *Surf Camp* medio huérfano, sin una administrativa eficiente que organizase todo.

¿Y quién iba a ser su sustituta? Una mala opción propuesta por una persona que tenía más voz que el resto.

Respetaba mucho a Mari, a pesar de que nuestra relación no estuviese en su mejor momento. Ella era la que limpiaba, cocinaba y nos cuidaba a todos los que estábamos en el Moon Surf Camp. Podría reconocer que fue otro de los pilares y que sin ella las cosas no funcionarían. Hasta ahí, todo bien.

Mari aparentaba ser una persona madura que sabía lo que hacía, pero con ella aprendí que las apariencias engañaban. No en ese momento, venía de atrás y habíamos colocado parches para no perjudicar al resto. Aciertos que tapaban errores. Se convirtió en una de las personas que consiguieron que dudase de mí mismo durante mucho tiempo.

Pero en ese momento no dudaba y, si algo tenía claro, es que estaba equivocándose con la idea de traer a su sobrina de Madrid para que ocupase el lugar de Tere. Fue una idea terrible que podría llevarnos a la ruina.

¿Por qué no daba una oportunidad a una desconocida? Porque tenía motivos.

Su sobrina no practicaba ningún puto deporte y no entendía de surf. ¿Qué más? ¡Ah, sí! Que

llevaba años sin trabajar. Esta parte era mucho peor. Dijo años, pero en mi cabeza pasó la idea de que nunca hubiese trabajado. ¡Joder! ¡Que tenía veinticuatro!

¿Por qué narices aceptó Carlos eso en vez de buscar un profesional con experiencia? En la oficina de empleo habría miles. No lo entendí, como no entendía muchas cosas de mi jefe, pero terminaba aceptándolo porque me pagaba bien haciendo lo que más me gustaba. Por eso y por darme una de las habitaciones más grandes del *Camp* para que Eli y yo estuviésemos cómodos. En verano solo regresaba hasta Carballo cuando tenía que reparar alguna tabla en el taller o para comprar.

—Espero que tu sobrina pueda con esto —dije mirando la pantalla del ordenador.

Estábamos casi completos los tres meses y no me imaginaba alguien de la capital invadiendo nuestro espacio. No es que me cayese mal, pero Mari nunca nos habló mucho de ella y, según mi planteamiento inicial, se debía a que no era buena persona. Podía haber pensado lo contrario por mi experiencia personal con Mari, pero, en esa nueva historia llena de suposiciones, su sobrina se llevó la peor parte.

—Se llama Vicky —respondió molesta—. Y quedan tres semanas. La ayudaré para que todo funcione como siempre.

—Mari, no quiero ofenderte, pero no me fío.

—¿Que no te fías de mí?

—No me fío de que venga una chica que no tiene ni idea de llevar esto. Sabes que vamos a depender de ella. En diez días vienen los primeros instructores y aún no saben lo que tienen que hacer.

—Lo mismo que otros años —me cortó y miró como si quisiera asesinarme con los ojos—. ¿Quieres dejar de cuestionar a Vicky? Lo ha pasado mal y estoy segura de que le vendrá bien estar en un lugar como este.

Resoplé. Mari no entendía que el *Camp* no era el lugar idóneo para una chica que acababa de perder a su abuela. No era un tío insensible, pero razonaba.

¿Dar trabajo a alguien por pena?

La pena no daba de comer y lo que contaba allí era ser profesional. No me gustaba que mi sueldo estuviese en manos de un familiar traumatizado.

—Sigo pensando que los cincuenta y dos de Carlos le están afectando a la sesera.

—¡Aritz! —gritó dándome una colleja—. No hables así de nuestro jefe. Recuerda las cosas que ha hecho por nosotros.

Tenía razón. En eso sí.

En el fondo, aunque discrepase en varias cosas con Carlos, era buen tío y llevaba años ayudándome. Él me encontró ese taller en Carballo y gracias a sus contactos no me faltaba trabajo cuando cerraba el *Surf Camp*.

—¿No llegaba hoy?

—En una hora voy a A Coruña. ¿Quieres que traiga algo?

Negué con la cabeza e imprimí unos planos que necesitaba para el último encargo antes de empezar la temporada de surf. Tenía que distraerme con algo distinto a los problemas del *Camp*. Sabía que sería prácticamente imposible hacerlo. Mis problemas no se reducían a cuadrantes o dinero, pero era lo que más me preocupaba.

Otro de los motivos por los que estaba fastidiado fue por Tere y lo que significaba ella. No solo se encargaba del papeleo, también llevaba la tienda y me ayudaba con Eli cuando estaba trabajando. Nunca conocí a una mujer tan activa; con cuarenta y cinco años, tenía más vitalidad

que una de veinte. Intenté no pensar en cómo sería dejar a Eli con una chica de veinticuatro que no sabía lo que era tener niños. ¡Joder! La imaginaba pija, con sus tacones y bolsos de marca, quejándose por todo y pensando que venía a un balneario para apaciguar su pérdida. Sé que no fue justo y que tendría que tener algo más de empatía con una persona que se había quedado sola.

Pero ¿qué iba a pasar con mi hija? ¿Y con el *Camp*?



Iba buscar a Eli, pero escuché el motor de la furgoneta y me acerqué al parking. Mari había llegado con su sobrina. Por educación, no me quedó otra que salir a saludar y ayudarla con el equipaje. Sospeché que traería grandes maletas para sobrevivir durante el verano en un lugar que nada tenía que ver con la capital.

Me equivoqué al verla. Ni llevaba tacones ni bolso. Vestía con unos pantalones vaqueros desgastados, una camiseta básica de color azul y unas deportivas. Era una chica del montón, pequeña, morena y con unos bonitos ojos verdes. Podría ser bastante más si se cuidase y tomase el sol. En mi vida había visto a una persona con la piel tan blanca como la que tenía la sobrina de Mari. ¿Es que no salía de casa? Solo vi su cara y los antebrazos, pero estaba seguro de que, si la desnudaba, podría distinguir cada órgano de su cuerpo. ¿Tendría alguna enfermedad?

—Hola, soy Aritz. Déjame ayudarte con esto.

—Vicky. Gracias, pero ya puedo yo —respondió sin mirarme.

—Aritz es uno de los instructores. Vive en Carballo. Lo verás estos días y puedes preguntarle lo que necesites —añadió Mari y levantó la cabeza.

Nunca nadie me había mirado con ese odio. Me odiaba profundamente. ¡Joder! Me odiaba muchísimo y no tenía ni puta idea de cómo era yo.

—Sé que tenéis prisa y que estáis preocupados porque soy una novata. Te prometo que me pondré al día.

Miré a Mari y quise fulminarla. Con aquella indirecta descubrí el por qué su sobrina estaba siendo tan antipática conmigo. ¿Es que no podía callarse? Ya sé que no hablé bien de ella, pero... ¡Joder! Yo que sé, tampoco me gustaba empezar así con una desconocida.

—Voy a buscar a mi hija al colegio, pero mañana vendré a primera hora.

—Hasta mañana —respondió ella y cargó una mochila en su hombro.

Despedí a Mari y me fui jodido hasta Carballo.

Su sobrina no tenía la culpa de que Tere se hubiese marchado. Lo pensé mientras conducía de regreso a Carballo, el que no había muy justo. No me gustó la primera apariencia que di y que no me dejase cargar con algo para acompañarla hasta su habitación. Vicky dormiría al lado durante el verano, en la habitación contigua, donde hasta entonces había dormido Tere. Ella se quedaba con Eli cuando estaba ocupado en ciertos temas que para mí eran importantes.

¿Cómo pretendía que me ayudase a cuidar de Eli si estaba comportándome como un cabronazo? Estuve a un segundo de pararme a medio camino y volver a Razo para pedirle disculpas. Lo hubiese hecho de no ser porque llegaba tarde al colegio. Miento. Creo que no lo hubiese hecho. Era una excusa que inventaba para no reconocer que podía haber vuelto, pero no lo hice por un motivo: orgullo.

El que salía a veces y sacaba lo peor de mí.
El que intentaba controlar, sin éxito.

9. *Salir de tu zona de confort*

VICKY

Si estaba donde estaba, fue porque en mi viaje a Ámsterdam descubrí cosas de mí misma que me sorprendieron. No sabía que era capaz de hacer todo lo que hice o de relacionarme con otras personas. Esa parte me costaba menos, porque fue Alan quien estaba conmigo.

Tampoco sabía cómo catalogar lo que pasaba con él, pero todo parecía encajar y no hubo ningún momento en el que me encontrase incómoda a su lado. Nos entendimos sin hurgar heridas. Sin ir más allá. Mirándonos y cerrando los ojos. Lo último fue un problema porque, al volver a Madrid, me di cuenta que iba a pasar mucho tiempo en mis pensamientos. Siempre venía para recordarme su cuerpo. Cerraba los ojos y ahí estaba. Me hacía sonreír con los recuerdos. Al revivirlos, sentía que estaba conmigo y me envolvía la nostalgia, e incluso a veces, lo echaba de menos.

Alan hizo lo mismo que Nieves. Me animó a dar el paso cuando le conté la idea de mi tía, la de pasar el verano trabajando en el *Surf Camp*. Dijo que la vida estaba para vivir experiencias y coger las que más nos gustaban. Consiguió empaparme con sus ganas. No solo tenía treinta y cuatro años, también mucha más experiencia que yo. ¿Por qué no hacerle caso? Llamé a Mari, la dije que quería ir y pareció alegrarse por mi repentina decisión.

Todo cambió cuando llegué a Galicia. Así. De un porrazo. Porque las cosas que cambian no suelen avisar. Vienen de imprevisto, ponen tu mundo patas arriba y te dan un golpe en el pecho para traerte a la realidad.

¿Y qué fue lo que cambió?

Llegar a la estación y ver su cara. Parecía arrepentida de haberme propuesto el trabajo. Tuve que pedirle que parase la furgoneta en mitad de la carretera. Estaba sintiéndome muy incómoda y necesitaba saber qué pasaba.

¿Y qué pasaba?

Que no tenía nada que ver con ella. Había un imbécil en el *Surf Camp* que no estaba de acuerdo con mi llegada y que pensaba que era una chica inepta e incapaz de hacer el trabajo. ¡No me conocía! Yo misma era consciente de mis limitaciones, de que tendría que ponerme al día y espabilar. Lo sabía porque hablé con Carlos por teléfono y me comentó la necesidad de que fuese cuando antes para dejar las cosas cerradas.

¿Lo sabía! ¿Por qué demonios sino cogí un billete cinco días después?

Dejé el coche en Madrid. Iba a ser un viaje largo para hacerlo sin compañía. Tuve que correr, cerrarlo todo y solucionar los asuntos pendientes de la casa. Estaría más de tres meses en otro lugar y no podía volver antes. Llené dos maletas sin saber qué necesitaría y cogí un tren marchándome lejos. Sola. Sin tener ni idea de qué me esperaba en un lugar como Razo. Saliendo de mi zona de confort a pesar de las dudas. ¿Y tenía que aguantar que un imbécil me cuestionase? Porque era un imbécil, lo tuve claro cuando salió por la puerta de ese *Surf Camp*. Se

creía que era una princesita que necesitaba su ayuda para llevar las maletas. Pues no. Nunca fui una princesita, pero él sí que era uno de esos tíos que se creían el ombligo del mundo.

Respiré aliviada cuando le perdí de vista. Dejé las maletas en la habitación que tenía asignada y me tomé unos segundos para recuperar la calma. Quería estar bien antes de salir y admirar el lugar en el que trabajaría durante todo el verano.

El Moon Surf Camp era un sitio increíble. Tenía un cartel de madera con el nombre y una enorme luna pintada que parecía real. A unos metros, se encontraba el otro edificio, que, en vez del cartel, lucía una gran tabla de surf en la entrada. Olía a pintura reciente y a nuevo. Las paredes eran blancas y no había muchos adornos colgados, excepto algunos cuadros de paisajes marítimos o gente practicando surf.

La habitación en la que dejé mis cosas solo tenía una cama, un armario y un pequeño escritorio de la famosa marca sueca, pero Carlos me dio vía libre para que la adornase si quería convertirla en un lugar más acogedor. Me negué. ¿Había algo más acogedor que levantar la persiana y ver el mar? Esa era la única decoración que necesitaba.

—¿Te gusta? —preguntó cuando estaba anonadada mirando hacia el infinito.

—Esto es precioso. Ahora entiendo que te marches.

La tía Mari torció el gesto y se quedó callada unos segundos antes de seguir hablando conmigo. Fue un silencio repentino y molesto. La incomodidad se palpaba entre nosotras.

—Lo es. Es mucho trabajo, pero llega un momento en el que te olvidas. La gente también es increíble.

—Ya...

—Aritz es buen chico, Vicky. Está preocupado porque no te conoce. Entiende que tiene una hija y es una responsabilidad...

—Yo también tenía una responsabilidad cuando cuidaba a la abuela. Pero no trataba así a los desconocidos.

—Tienes razón. No todo el mundo razona a tiempo. Dale una oportunidad.

Suspiré y me callé una réplica cargada de verdad. No quería discutir con ella por culpa de un chico del que no sabía nada. Habíamos hablado mucho por teléfono los últimos días y nunca me vi tan unida como lo estábamos en ese momento.

La relación no era idílica, pero a mí me bastaba.

—Vale. Lo haré. ¿A qué hora viene Carlos para explicarme las cosas?

—En media hora. Comeremos con él y después os dejaré un rato para que te ponga al día. Volveré esta noche.

—No hace falta.

—Vicky...

—En serio, puedo quedarme sola. Vete a Arteixo y mañana nos vemos.

Durante el camino me explicó que el *Camp* estaba desierto excepto cuando había trabajo. No quería que me sintiese sola en mi primer día e insistió en que fuese a su casa de Arteixo, la que seguía sin conocer. Resultaba tentador y se lo agradecí, pero elegí quedarme en el *Camp* para adelantar el trabajo. Me aterraba que Carlos se arrepintiese de contratarme y bastante tuve con Aritz, el desagradable instructor.

Carlos destilaba alegría. Tenía una de esas sonrisas afables que solo pueden tener ciertas personas. Él respiraba bondad por cada poro de la piel. Vivía en Malpica, un pueblo cercano. Daba una apariencia de hombre despreocupado, aunque sabía que no era así, que pertenecía al grupo de los que valían por lo que callaban. Me ganó con su personalidad y esperaba ganármelo a él contándole los motivos por los que me quedaba esa noche en el *Camp*.

Carlos pudo convencer a Mari para que me dejase sola. También fue él quien me llevó hasta el despacho donde pasaría gran parte del tiempo y me enseñó el *Camp* a fondo. Me gustó mi futuro despacho, amplio y luminoso. Tenía las mismas vistas que mi habitación y estaba todo muy bien ordenado. Eso me facilitaba el trabajo que tenía por delante.

Pude ver también el otro edificio, que era similar, excepto que allí no había cocina porque todos comían en el edificio principal.

Vacíé las maletas en el pequeño armario mientras él compraba en una panadería. Insistió en traerme la cena y acertó con una empanada de pulpo.

Cené sola, organizando papeles en un despacho que empezaba a sentir como mío. Dos horas me bastaron. Estaba cómoda y me olvidé del tiempo entre esas cuatro paredes. Me olvidé de quién había sido y me centré en ser lo que quería ser.

Quería ser yo.
Sin trozos de nadie.

10. Como Eli

ARITZ

—P apá...

—Dime, Eli.

—Creo que estoy malita.

—¿Qué te pasa?

—Aquí, mira, toca —gimoteó señalándose la tripa—. Noto algo raro.

—Tienes razón —respondí poniendo la palma sobre su estómago—. Vístete y vamos al hospital. Tendrán que operarte.

—¿Operarme?

—Y seguramente estés dos meses dentro.

—No... Si no es para tanto. Ya se me está pasando.

—¿Seguro?

—Sí, mira —contestó dando saltos—. ¿Ves? Si estuviese tan mala, no podría hacer esto. ¿Bajamos a Nube y vamos al cole?

Miré hacia otro lado porque no quería que me viese reír.

Sabía que quedaba un mes para que terminasen las clases y que tenía ganas de vacaciones. La entendía, yo también fui un niño, pero cumplía con mi obligación de ir a las clases y sacaba buenas notas. Dudaba mucho de que a ningún niño le gustase madrugar para entrar en el colegio porque, de lo contrario, las cosas tendrían que estar muy mal en su casa.

Era temprano. Nos despertábamos siempre con los primeros rayos del sol, excepto los fines de semana. Nos acostábamos pronto y hacíamos casi todas las tareas antes de marcharnos. Nube tenía que hacer sus necesidades y a mí me gustaba estar pronto en el taller para cansarme durante el día. La sobrecarga física se convertía en el mejor remedio para dormir.

Esa noche en concreto no pude conciliar el sueño y me hubiese gustado echar la culpa a la sobrina de Mari, pero no quería ser hipócrita. La culpa fue mía. Le di muchas vueltas a todo y los remordimientos no me ayudaron a descansar. Tenía que suavizar la tensión del primer encuentro y pensé en acercarme al *Camp* para comprobar que se encontraba bien.



Me asusté al llegar. No vi la furgoneta de Mari por ninguna parte y estaba la puerta cerrada. ¿Se habría marchado? ¿Tan pronto? No tardaría mucho en descubrirlo. Caminé hasta la entrada y...

—¿Hola? —pregunté después de abrir la puerta.

—¡Estoy en el despacho! —escuché a lo lejos y tuve un amago de infarto.

Ella estaba, pero Mari no. Crucé el pasillo que me llevaba en unos pasos hasta el despacho y

la encontré detrás del escritorio.

—Hola, buenos días —saludó sin mirarme—. Ahí tienes tu cuadrante del mes de junio. Las dos primeras semanas sales a la una y media o un poco antes si te das prisa en cambiarte. Te dará tiempo de recoger a tu hija en el colegio. Te paso el de julio en cuanto lo cierre. Dame unos minutos.

Señaló varios papeles ordenados por nombres. Fue fácil localizar el mío: Aritz. Miré el cuadrante y no podía entender cómo lo había hecho si acababa de llegar.

—Gracias. ¿Y Mari?

Una equivocación detrás de otra. Debí decir el «buenos días» y me olvidé de los modales. Es lo que sucede cuando alguien te sorprende.

—En Arteixo. Quería adelantar el trabajo y prefería hacerlo sola.

Estaba claro que seguía enfadada conmigo por lo del día anterior. A pesar de sus respuestas educadas, se negaba a mirarme y no era por vergüenza ni porque le gustase como a otras chicas.

—¿Has trabajado toda la noche?

—Sí... Bueno, no. Me quedé dormida a mitad de julio.

Dejó de preocuparme el puto cuadrante cuando fui consciente de que tenía el pelo húmedo. Podría haberse secado con los secadores, pero esa no era la cuestión. La llave del agua caliente se encontraba cerrada cuando me marché el día anterior. Tampoco esperaba que se quedase sola y me preocupé más. ¡Mierda! ¿En qué narices pensaba? Bueno sí, en que nos caímos mal y ya está.

La dejé allí para comprobar si Carlos o Mari habían reparado en eso y me jodió ver que no, que se había duchado con agua fría.

—Dúchate. Acabo de abrir el agua caliente —dije cuando regresé al despacho.

—Ya me he duchado. Estoy bien, gracias.

Estaba jodiéndome mucho la forma tan descarada que tenía de ignorarme. Lo merecía, pero... Joder, podría haberme dado una tregua para que rectificase y estaba complicándolo. Y yo me ponía a la defensiva con ese tipo de personas.

—¿Has desayunado?

—No tengo hambre. Gracias.

Apreté los puños como forma de autocontrol. Era lo que hacía con mi padre y, a veces, funcionaba.

Vicky tecleaba como si de ello dependiese su vida. El ruido de sus dedos contra las teclas estaba estresándome demasiado. ¿Lo has escuchado alguna vez? El sonido insistente. Los golpecitos inofensivos que se meten dentro de tu cabeza. Mi mal humor aumentaba hasta el punto de odiar el puto «gracias» que no dejaba de repetir.

Era mi culpa, sabía que lo era y estaba arrepentido. Se sintió presionada por lo que dije e intentó demostrar que me equivocaba. Y lo hizo, no necesitaba seguir con el numerito. Demostró en pocas horas que valía para el trabajo y que se lo tomaba en serio. No hacía falta más. Bueno, sí, necesitaba que comiese algo para no sentirme peor, pero me jugaba el pescuezo a que, si le proponía que desayunásemos juntos, me mandaría a la mierda sin dudarlo.

Volví a marcharme sin decir nada. Sabiendo que no percibiría mi ausencia porque estaba concentrada en lo que hacía.



La vida y el movimiento en los meses de verano fue gracias a Carlos y Fabian, el dueño del otro *Surf Camp* que había en la zona. No era un lugar de mucho trasiego y solo podíamos comprar en la panadería o en un ultramarinos que estaba cerrado a esas horas. El pan era artesanal y estaba rico, pero no había aguacates ni tomates para acompañar y tuve que comprar dulces. Napolitana, cruasán y una porción de bizcocho.

—Lo siento. No hay nada más sano y aquí solo tenemos procesados industriales que deberían estar prohibidos —dije refiriéndome a los bollos que compraba Tere para los desayunos del *Camp*.

Dejé el café y los dulces sobre la mesa. Me miró. Por fin me miró. Mantuvo sus ojos verdes fijos en mí y pedí que durase.

—¿Qué es? —preguntó señalando la bolsa.

—Un cruasán, bizcocho y napolitana. Todo es casero, de la panadería que hay aquí. Te hubiese traído algo de casa de saber que...

—Gracias. Me encanta el dulce.

Creí ver una sonrisa o era lo que esperaba. Me conformaba con un «gracias» que sonó más amable que los anteriores. Observé cómo partió un trozo del cruasán y se lo llevó a la boca. ¡Joder! Gimió con un puto cruasán.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Está riquísimo! ¿Quieres? —preguntó ofreciéndomelo—. Es enorme. Podemos desayunar los dos con lo que has traído.

—No, gracias. Ya he desayunado en casa. El café tiene soja. Es que no sabía cómo lo bebías y...

—Y puedes preguntarme —añadió cortándome—. Café largo con leche. Me da igual la leche.

—Puedes coger lo que quieras. Supongo que Carlos te habrá dicho eso.

—Sí, pero... no quiero abusar de su confianza. Soy la nueva, ¿no?

Estábamos hablando como dos personas normales, como deberíamos haber hecho desde el principio. ¿Cómo pude ser tan gilipollas? No parecía mala chica y era muy respetuosa.

—Oye, siento lo de ayer.

Debí callarme o esperar. Algo de eso. Estaba claro que me había equivocado con la frase. Dejé de comer, agachó la cabeza y volvió a concentrarse en el ordenador.

No quería que trabajase tanto, quería que comiese y seguir charlando, conocerla y dejar de meter la pata con ella. Tenía la sensación de que era lo único que estaba haciendo: equivocarme.

—Te aviso en cuanto tenga julio.

—Vicky. —Cogí su mano y la apartó. Lo hice para que me mirase y conseguí mi propósito—. Desayuna. Me gustaría que lo hicieses conmigo.

—¿De qué me hablas? —preguntó sin dejarme terminar.

—De desayunar —especifiqué, dejando fuera cualquier malentendido—. Tú y yo no hemos empezado con buen pie. Siento haber pensado lo que pensé y decirlo en voz alta. No creí que Mari...

—¿Me diría que piensas que no valgo ni una mierda? Pues sí, me lo dijo.

No importaba que estuviese mirándome con odio. Quería que no apartase la mirada para continuar la conversación y zanjarla. Nada más. Aquello no me intimidaba ni molestaba. Lo que fue preocupante era ver en ella a Eli. También me cortaba las frases para terminarlas y se rebelaba contra mí. Parecían dos putas gotas de agua.

—Estaba equivocado y no quiero que te pases el día encerrada en el despacho. Podemos

desayunar juntos, te enseño dónde está la llave del agua y damos un paseo rápido para que te despejes de esto. Luego me marché al taller y te dejo tranquila.

—Dijiste que habías desayunado.

—Pero me apetece otro café.

¿Por qué demonios no dejaba de buscar excusas para hacerme sentir como alguien despreciable? Vale, había cometido un error, pero estaba disculpándome y tragándome el orgullo. ¡Yo! ¿Qué más quería? ¿Que me arrodillase? ¿No podía dejar de pelear? ¿No era necesario, joder! Íbamos a ser compañeros y nos veríamos todos los putos días.

Cerró la boca cuando iba a decir algo. Esperé a que hiciese cualquier cosa para dar el siguiente paso y dudé, Vicky era impredecible. Metió el resto del cruasán en la bolsa y, justo cuando creí que lo tiraría a la papelera, se levantó. Cogió la taza e intuí que aceptaba desayunar conmigo. Me descolocaba. Era como un huracán silencioso. Nunca había conocido a una chica tan cabezota a excepción de mi hija, pero me alegró ser capaz de ganar batallas en esa pequeña guerra que comenzamos.

Caminamos hasta la cocina y me detuve donde estaba la cafetera.

—Mira. Das a este botón y, cuando la luz se ponga verde, metes la cápsula y presionas. Las cápsulas rojas son descafeinadas, las azules de café suave y las negras más fuertes. Solo tienes que esperar a que salga. Si quieres doble carga, vuelves a pulsar el botón o, si lo prefieres más cargado, metes otra cápsula.

Abrió la boca y creí que estaba deslumbrándola con mis explicaciones. Me gustaba dejar todo claro cuando hablaba. En las clases de surf era igual, daba todo tipo de detalles. No quería que nadie dudase y odiaba las preguntas innecesarias.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Sobre qué?

—Aritz, tengo veinticuatro años y llevo varios cuidando sola de mi abuela. ¿Te crees que no sé cómo funciona una cafetera de cápsulas? ¿De verdad piensas que soy tan estúpida?

Conté hasta tres para no gritarle ni contestar de malos modos. Apreté el puño en la espalda. Lo único que intentaba era que nos llevásemos bien. ¿Yo qué coño sabía? ¡Joder! Quizás usaba una cafetera italiana o de embolo.

—No creo que seas estúpida, pero no te conozco y no he visto la cafetera que usas. ¿Podrías dejar de estar a la defensiva?

Dudó. Un segundo que utilizó para recular.

—Vale. Tienes razón. Lo siento. Es que he dormido poco, estoy cansada y... —Venía algo malo y lo tenía en la punta de la lengua—. No puedo olvidar lo que dijo mi tía.

Dura y sincera. Eso de la sinceridad me gustaba mucho. Odiaba a los falsos y prefería la sinceridad, aunque hiciese daño. Solo necesitaba que cambiase su maldita primera impresión sobre mí. ¿Tan difícil era? ¡Joder! Había traído el desayuno y estaba haciendo todo lo posible para firmar la paz.

—Dejemos las cosas claras. He cometido un error y me he disculpado contigo. Vamos a trabajar juntos. No sé cómo lo verás tú, pero gustaría llevarme bien contigo, sin malos rollos y empezando de cero —resoplé para coger fuerzas, porque no estaba acostumbrado a las frases largas con desconocidos—. Te pido. No, espera —reulé—. Te suplico que me des una oportunidad para empezar de nuevo.

Solo quería un «vale» o algo parecido, pero ella decidió que la mejor opción sería pulsar el botón de la cafetera por segunda vez.

—¿Qué coño haces?

—Doble carga. Apuesto veinte euros a que me has preparado el café como te gusta a ti. Juro que estaba descolocado. Esa chica era todo un misterio.

—Sí —reconocí.

—Me llamo Vicky, tengo veinticuatro años y soy de Madrid. No conozco esto y no estoy muy puesta en el surf, pero aprendo rápido. Me gusta el café cargado y suelo tomar varios durante el día.

Pestañee varias veces. No sé, joder. Creí que estaba riéndose de mí, pero no. Tuvo una forma extraña de empezar de cero, pero me valía.

—Me llamo Aritz, tengo treinta y dos, nací en Bilbao, pero llevo varios años viviendo en Galicia. Soy monitor de surf, arreglo tablas y hago algunos muebles de madera cuando esto está cerrado. Tengo una hija de siete que es un demonio, pero se hacer querer. —Me gustó verla reír con mi comentario. Era la primera vez que lo hacía tan abiertamente y podía afirmar que tenía una sonrisa preciosa—. El café me gusta largo y con soja, pero a partir de las seis de la tarde solo tomo descafeinado.

—No ha sido tan difícil.

—No, no lo ha sido.

Eché soja al café y caminamos hasta el salón, donde instructores y alumnos comíamos o veíamos el televisor. Era una sala multifuncional que servía para muchas cosas. Nos divertíamos cuando llovía o impartíamos las clases teóricas que estaban dentro de la planificación. Mari se encargaba de quitarlo todo al terminar las comidas para transformar el espacio en algo nuevo. Por las noches, aprovechaba para ver películas junto a Eli o Jake, otro de los instructores que trabajan en el *Camp*. Era un buen amigo, mi compañero de cervezas y a quien contaba mis problemas.



La conversación con Vicky fluyó mejor de lo que pensaba y apartamos los reproches. No volvió a lanzarme ninguna pulla, excepto cuando rechacé la mitad del cruasán que me ofreció, alegando que no formaba parte de una alimentación equilibrada. Puso los ojos en blanco y, una vez más, me recordó a Eli en los gestos.

—Aquí está el último pedido que hizo Tere. Hay cosas para el desayuno, pero puedo traerte algo más sano de Carballo. Solo tienes que hacerme la lista.

Vicky miró la despensa donde guardábamos la comida y cogió una tableta de chocolate.

—¡Esto está de muerte! —gritó emocionada dejándome atontado.

—Es una marranada para los sábados, cuando hacemos la despedida del grupo.

—¿Cómo que marranada? ¡Dios! ¿Tú lo has probado? Se funde en la boca y...

Emitió un ruido extraño a medio camino entre el orgasmo y un gruñido. Me reí y ella me miró entornando los ojos.

—Aquí comemos sano.

Intenté relajar el ambiente, pero parecía que las cosas volvían a torcerse por mi culpa.

—Lo que tú tienes debe de tener nombre de enfermedad.

—¿Qué?

—Venga, reconócelo. No pasa nada, Aritz, o sí, según cómo lo mires. Esa obsesión con la

comida no puede ser buena. Está bien comer de forma equilibrada y todo eso que dices, pero el mundo no se acaba porque un martes te comas una onza de chocolate. ¿Lo sabes?

—No tengo ninguna enfermedad.

—¿No? —preguntó desafiándome y sentí un cosquilleo en mi polla.

—No.

Abrió la tableta de chocolate que tenía en la mano y partió una onza.

—Toma.

—No voy a comer eso —dije apartándolo de mi vista y ella sacó el móvil del bolsillo para teclear algo—. ¿Qué haces?

—Buscando enfermedades alimenticias para saber cómo se llama la tuya.

—Te he dicho que no tengo ninguna enfermedad. Llevo años sin comer eso —dije señalando la onza—. Es basura y azúcar a toneladas.

—Mmm, dame un minuto y la encuentro. Seguro que tiene nombre de ciudad o...

Estaba poniéndome nervioso y solo quería que dejase de buscar con el puto móvil una enfermedad que no tenía. Estaba seguro de que se inventaría el nombre con tal de joderme. ¿Esa era su venganza? Lo llevaba claro. Cogí la maldita onza y la comí. Las muelas me chasquearon, porque no estaba acostumbrado a esa sobredosis de glucosa a primera hora de la mañana, pero me fastidiaba reconocer que estaba rica y... ¡Joder! Estaba muy rica y no lo reconocería en alto, porque seguía pensando lo mismo: era una marranada.

—¿Ves? No tengo ninguna puta enfermedad.

—Vale, puedes limpiarte los dientes con la lengua si quieres. Ya sabes, es un poco asqueroso que hables sin tragar la comida. Parece que tienes los dientes podridos.

Dejó escapar una risita y me tapé la boca.

Quise matarla, estrangularla con mis manos. Me sentí ridículo y estaba abochornado. Intenté tragar todo y bebí del café para quitarme el maldito chocolate que había entre los dientes. Sabía que era una mala idea comerlo, pero, aún así, lo hice. No me arrepentía porque se calló y pudimos seguir hablando de otras cosas, pero intuí que esa chica iba a darme más de un problema y tendría que saber manejarla.

Me ponía de los nervios cuando quería, pero prestó atención mientras le explicaba dónde se encontraban las cosas importantes o cómo se abría la llave del agua caliente.

El paseo que dimos por la playa tampoco estuvo mal. Apenas duró media hora y lo hicimos en silencio. Ganaba puntos cuando estaba callada.

Como Eli.

Joder.

Como Eli.

11. Experimento sociológico

VICKY

Lo mejor del *Camp* era su gente. Lo tuve claro cuando empezó a llegar el resto de los instructores y sentí que la soledad era un estado que no se daría en los siguientes meses.

Primero llegó Jake, un chico danés de veinticinco años que iba cada verano desde que tenía dieciocho. Lo hacía porque le gustaba, pero él no lo necesitaba. Las marcas lo patrocinaban y podía vivir bastante bien compitiendo por todo el mundo. Era un chico de pelo castaño que se había aclarado por el sol y me preguntaba si no le molestaría ese flequillo largo y espeso cuando salía del agua. Sus ojos pequeños y achispados eran de un verde más oscuro que el mío. Verde pino. Verde intenso. Alto, atlético y con una sonrisa canalla capaz de conquistar a cualquiera. Excepto a mí. Y no es que tuviese la moral demasiado alta o que no me gustase, pero iba a ser mi compañero de trabajo y no quería que Carlos o mi tía llegasen a pensar que estaba allí con otros motivos. También me preocupaban las habladurías y, por mucho que Jake lo intentase desde el minuto cero, rechacé sus propuestas y sorteé esos besos que iban directos a la boca de forma sospechosamente inocente. En mi vida había hecho tanto la cobra, y menos a un chico que estaba tan bien. Aquella noche, cuando llamé a Nieves para contárselo, dijo que era tonta y que tenía que aprovechar el tiempo que estuviese para quitarme telarañas. La odié. No se lo dije, pero la odié un poquito.

La parte positiva es que estuvimos solos pocos días y me relajé cuando Anne y su novia Kat llegaron rebajando un poco la intensidad de Jake. Ellas eran de Alemania, pero llevaban tres años trabajando los veranos en el *Surf Camp*. Anne de instructora y Kat ayudaba con los traslados de los lunes y domingos. También atendía la tienda cuando, supuestamente, libraba yo. ¡Ah! E impartía clases de yoga por las tardes a los alumnos que querían conectar con su interior. Se trataba de una de las muchas actividades gratuitas que tenía el *Surf Camp*.

Los alumnos vendrían el lunes y los recogerían en el aeropuerto o en la estación de A Coruña por grupos —excepto a los que venían en su propio medio de transporte— y regresarían a sus casas el domingo después de desayunar. Todas las semanas había un grupo nuevo y, entre las dos casas del *Camp*, podíamos tener cincuenta y dos alumnos semanales si completaban el aforo. Quedaban algunos huecos libres, pero generalmente era por culpa de un par de habitaciones individuales con baño privado que costaban casi el doble que las que tenían literas. Los que venían a Razo no eran exquisitos y no les importaba compartir habitación y baño con otros tantos con tal de ahorrarse unos euros. Tenían pensión completa, clases de surf, alquiler de material y actividades incluidas en el *pack* a buen precio.

Sufrí por el idioma, porque más de la mitad de los alumnos eran extranjeros, pero después de desempolvar el inglés durante mi viaje a Ámsterdam, agradecí las clases particulares que me dio Jake a cambio de abrazos.

Leo era un asturiano de veintinueve años que se dedicaba a la construcción. Apenas llevaba

dos veranos acudiendo al Moon Surf Camp como instructor, pero, según me dijo, seguiría viniendo hasta que Carlos le diese una patada. Algo parecido sucedía con Elvis y él venía desde Sídney. Me fascinó que volase desde Australia para dar clases de surf en un lugar recóndito de Galicia.

Todos ellos, junto a Aritz, se encargaban de las clases matutinas, que estaban divididas en dos franjas para poder abarcar a tantos alumnos. Por las tardes, se alternaban para ir a la playa de vigilancia por si los más avanzados querían coger olas. Me alegré de haber hecho bien el reparto de actividades y de que ninguno se quejase de sus horarios. Ni siquiera Aritz, que era el más complicado de todos.

Y hablando de Aritz...

Mejoró mi relación con él, poniendo mucho de mi parte y gracias a que Jake siempre estaba entre nosotros. Mari tenía razón en que no era mal chico, pero... tendía a ser bastante peculiar y descubrí que debía de tener un problema con la alimentación. No dejaba de repetir no sé qué de equilibrado, niveles de azúcar en la sangre y mil chorradas más a las que no presté atención, porque yo me cuidaba sin obsesionarme con la comida. Me parecía una estupidez escoger ciertos días de la semana para ingerir una cosa que te apetecía en determinado momento. A mi menstruación, le importaba poco o nada que fuese un lunes o sábado; ella salía a desafiarme y revolucionarme el cuerpo con sus triquiñuelas. Se trataba de un duelo desigual y mis armas contra ella, muy limitadas o poco efectivas. La más poderosa se llamaba chocolate y era indispensable tener una tableta a mano, en un rincón de la despensa, como un *kit* de primeros auxilios. El exceso de azúcar se convertía en balas contra los dolores o gas pimienta para el mal humor. ¿Y me iba a decir a mí Aritz que era una marranada? Marranada es hurgarse entre los dedos de los pies cuando estás sudado o buscarte los mocos como si no hubiese un mañana. Comer chocolate en ciertos momentos debería de considerarse una necesidad y estar subvencionado.

Aritz se había quedado a medio camino en su crecimiento, como si conservase partes de niño y quisiese jugar a ser adulto porque no había disfrutado de su juventud. No sé, creí eso. Ser padre tan pronto tendría sus consecuencias, ¿no? No pregunté a nadie acerca de mis dudas o suposiciones sobre él, por si pensaban que la curiosidad se debía al interés sentimental. No. Aritz no me interesaba lo más absoluto. Estaba bien de físico, pero el resto de los monitores no tenían nada que envidiarle. Todos se cuidaban y tenían ese aspecto de surfista que tanto gustaba en las redes sociales.

Si me interesaba Aritz para algo, sería como experimento sociológico. Quería descubrir el tipo de trauma que tenía y eso era un plus. ¿Por qué? Porque saber de las desgracias ajenas me hacía sentir mejor. Sonaba fatal, pero después lo que pasé, me animaba si no era la única que tenía penurias, y a mí no me engañaba un tío como él. Bajo esa fachada de don perfecto se escondían los secretos más turbios —o eso quise creer para justificar sus comportamientos raros— y tenía todo el verano para descubrirlos.

Con la tía Mari las cosas estaban bien, pero mi trato con ella no era muy diferente al que tenía con el resto. Mentiría si afirmase que lo nuestro se convirtió en una relación familiar. Era una relación y ya está.

Vino tres días antes de la apertura para comprobar los pedidos que había hecho. Se encargaba de cocinar y tuve que preguntarla por los menús y por la lista de lo que necesitaba para tenerlo a tiempo. Encontré un proveedor nuevo que mejoraba el precio del antiguo. Carlos no podía estar más feliz con el ahorro que suponía. Gané puntos y nadie parecía echar de menos a la persona

que ocupó mi puesto otros años. Estaba parcialmente integrada.

No todo fue sencillo. De vez en cuando me acordaba de la abuela y la lloraba durante las noches tranquilas. Pensaba en la soledad de mi habitación y me dejaba llevar por la tristeza. Eran lágrimas de nostalgia, de añoranza y, también, de recuperación. Aún estaba viviendo el duelo y la echaba mucho de menos.



—¿Estás nerviosa? —preguntó Kat mientras comíamos.

Faltaba poco para que empezasen los viajes a A Coruña. Era el primer día y había que llenar el *Camp* con alumnos. Cuarenta y uno concretamente.

—Mucho.

—Te gustará. Habrá días de locos, pero lo pasarás bien —dijo Leo.

—Y puedes preguntarme a mí —añadió mi tía.

Sonreí y seguí comiendo el puchero que había preparado Mari.

Mi tía cocinaba muy bien. Heredó de la abuela la pasión por la cocina. Ambas eran excelentes cocineras y preparaban grandes platos con casi cualquier alimento.

Otra de las cosas que tuvieron en común era la necesidad de estar activas durante todo el día. Siempre tenían cosas que hacer y nunca caían en la rutina. No podía reconocerlo en voz alta, pero admiraba a Mari y sus ganas de vivir. Pensaba en que ojalá, mi madre las hubiese tenido. Que se pareciese a ella o a la abuela en eso. Le faltaba el amor propio que la tía Mari desprendía.

—Lo estás haciendo bien.

Sonreí porque fue Aritz quien lo dijo y fue agradable escucharlo de alguien como él.

Con los días, descubrí que era demasiado exigente con todos, no solo conmigo, y eso también ayudaba a sentirme un poco mejor. Creí que me odiaba por respirar el mismo aire que respiraba él. Pero no. Era raro y punto.

—Gracias.

—¿Cómo que bien? —pregunto Jake ofendido—. Lo está haciendo de puta madre.

Nos reímos y me sonrojé.

Jake no perdía la oportunidad para decirme cosas bonitas y siempre corregía a Aritz. Seguía resultándome raro cuando resaltaba algo bueno, porque siempre recordaba el primer día. Intentaba quitármelo de la cabeza, pero las cosas malas encontraban una grieta que no se cerraba. Se me daba bien dar oportunidades, incluso segundas, cuando me habían fallado una primera, pero... me costaba olvidar. No era rencor. Perdonaba, pero perdonar solo fue un mero trámite para seguir adelante.

—¿A qué hora viene Carlos? —pregunté.

—A las siete. Tiene que estar aquí para el discurso de bienvenida.

Quería comentarle unos cambios y reservas de última hora para la siguiente semana, pero no me daría tiempo. El discurso era media hora después. No lo había visto en todo el día y me avisaron de que siempre sería así, impredecible. Y que nunca fallaba los lunes por la tarde, cuando se reunían los alumnos recién llegados. Carlos daba una charla sobre los valores del *Camp* y todos bromeaban con que se la sabían de memoria, porque siempre repetía lo mismo.

—¿Y Eli? —preguntó Anne.

—Pasará la tarde con Fina, la del cuarto. Vienen sus nietas —respondió Aritz.

—A ver si vuelan estas dos semanas y la tenemos por aquí —dijo Kat.

Eli, la hija de Aritz, estaría por el *Camp* lo que durasen sus vacaciones escolares. No la trajo ningún día de visita y eso me mosqueó, porque, según insinuó mi tía, pasaría mucho tiempo conmigo. ¿No hubiese sido lógico que me lo comentase él, que era su padre? Ni lo había mencionado y llegué a pensar que estaría buscando a alguien para cuidarla, porque no se fiaba de mí. Otra vez.

Tenía un poco de razón con aquel tema. Nunca había cuidado niños y tenerlos no entraba en mis planes de futuro. No es que los aborreciese, pero nunca los tuve cerca y mi única experiencia con el cuidado fue con adultos. Muy adultos. ¿Qué significaba? Nada. También dudaba de mi trabajo, pero lo hice y me sentía muy orgullosa del resultado. ¿Por qué no podía pasar lo mismo con esa niña? Quién sabe, quizás se me daba mejor que los mayores.



Carlos nos regaló un discurso motivador a la par de hortera. No es que estuviese mal, pero las frases parecían sacadas de una página gratuita en internet. Todo demasiado medido y demasiado azucarado para unos chicos de entre dieciséis y veinte años que venían al primer *Camp* de la temporada. La mayoría bostezó porque estaban cansados del viaje y sabían que al día siguiente tendrían que levantarse temprano para las clases. ¿No entendía Carlos que era suficiente hablar durante veinte minutos? No, no lo entendía. Estuvo casi hora y media, en la que tuve que ausentarme diez minutos porque me hacía pis y no creo que me perdiese nada.

Reí cuando Anne movía los labios imitándole. Todos se sabían de memoria el discurso. Estaba segura de que con dos más, yo también lo aprendería. Sospechosamente, estaba bien y me asusté. Si echaba de menos Madrid era por Nieves, y ella se encargaba de amenizarme las noches con sus videollamadas.

No me encontraba integrada del todo.
Pero sabía que era cuestión de tiempo.
Lo noté, dentro de mí.

12. *Presentar a tu hija es sinónimo a pasar vergüenza*

ARITZ

El primer *Camp* pasó sin incidencias y el segundo iba por el mismo camino. Todo marchaba bien, excepto que Eli terminaba ese viernes el colegio y teníamos que ir a casa para coger las maletas y llevarlas al *Camp*.

Jodía mucho. Intenté que no, pero me jodía porque me acordaba de que Tere no estaba y, aunque Kat y Mari seguían ahí, ellas tenían sus obligaciones. No podían estar pendientes ni atender las necesidades de Eli durante mi ausencia. Así que, no me quedaba otra que pedirle ayuda a Vicky. Y no solo con mi hija, sino también con Nube. Todo un *pack*.

Intenté adivinar cómo enfocar el tema con una chica de veinticuatro años que no tenía nada que ver con nuestra forma de vida y que estaba trabajando prácticamente por primera vez. Pensé en pedir a Mari que fuese ella quien hablase con su sobrina, pero de quien iba a cuidar era de Eli y me correspondía a mí solucionarlo.

Busqué los puntos positivos antes de dar el paso.

Vicky se adaptó muy bien al ritmo del *Camp* y todos parecían encantados con ella, sobre todo Jake. Hizo lo que estuvo a su alcance para ser una más y eso me alegraba, pero yo no lograba conectar en sus conversaciones. ¿Motivo? Ni puta idea. Era divertida, ingeniosa e inteligente. No tenía nada de pija y vestía como nosotros. Su forma de hablar era coherente y eso tendría que haberme relajado, pero no. Tenía la sensación de que el sentimiento estaba siendo mutuo y que existía una barrera entre nosotros. Como la que puse con la mayoría.

—Eli, pórtate bien —pedí por enésima vez, cuando íbamos por la única carretera que conectaba Carballo con Razo.

—Que sí...

Siempre decía que sí, pero mi hija era un tsunami incontrolable. Nadie podría intuirlo si la veían cuando miraba por la ventana del coche cada vez que hacíamos el camino hasta Razo. Fijaba su vista justo en el punto en el que entrábamos por la arboleda y no había quien le hablase. Solía preguntarle qué pensaba, pero me ignoraba, como si no me hubiese escuchado. Mi hija y sus comportamientos extraños. Los que me costaba entender.

No habíamos comido en casa para llegar cuanto antes y era muy tarde. Eli corrió hacia la cocina para pedirle un plato a Mari. Comimos solos en el comedor, estaba desierto, a excepción de un pequeño grupo de alumnos que veían el televisor.

Vicky sabía que estaría allí porque avisé con tiempo, pero en mi cuadrante no había ninguna charla ni cursos por la tarde. Ni ese día, ni en toda la semana. Podría haberlo hecho, darme actividades que me correspondían, pero hizo los ajustes necesarios para liberarme de las obligaciones. Incluso salía mucho antes que otros años y eso me sorprendió bastante. Tere me daba el tiempo justo para volver al colegio a la hora de recoger a Eli, y con Vicky pude pasar antes por casa y pasear a Nube. Tendría que haber sido más agradecido con ella, pero me limité a

ser un espectador cuando estaba en el *Camp*. Me armé de valor para dejar de serlo y comí rápido una ensalada aprovechando que estaba en la tienda; a esas horas no habría mucha gente y buscaba intimidad. Tenía que hablar con ella mientras Eli comía, para que el encuentro no fuese forzado.

—¿Tienes un momento?

—Sí, dime.

Sujeté el respaldo de la silla en la que estaba subida, ordenando las sudaderas que se vendían allí. Se tambaleaba mucho por culpa de una de las patas, algo más corta que el resto.

Quise decirle que no subiese a esa silla, que podría matarse o romperse algo, pero recordé que fui yo quien se llevó la escalera de la tienda el verano anterior. La necesitaba para ordenar unas cosas del taller y nunca la devolví.

Culpable. En primer grado.

—Está aquí, Eli.

Miró hacia abajo sin entenderme y yo... yo era un imbécil.

—¿Tu hija? —afirmé y ella seguía igual de perdida. Bajó de la silla y se estiró la camiseta, esa que llevábamos todos con el logotipo de Moon Surf Camp—. ¿Necesitas algo? Hasta el martes no tienes nada por las tardes.

—Lo sé, gracias. Tenía que haberte avisado de que estará aquí mucho tiempo, pero no sabía cómo decirte esto... —Miré a otro lado buscando las palabras correctas—. Tere me ayudaba con ella cuando estaba dando clases y...

—Vale.

—¿Vale?

—Que me encargará de ella. ¿Algo más?

Lo dijo tan decidida que no sabía si estaba entendiendo lo que decía.

—¿No te importa? Le he dicho que...

—¡Papá! —Escuché a Eli y me di la vuelta para mirarla. Venía corriendo con algo en la mano—. Mira lo que me ha regalado Mari —dijo enseñándome una pulsera que tenía un perro y un corazón de plástico—. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta.

Me observó a mí y después a Vicky. No sabía cómo hacer las presentaciones, pero Eli se adelantó.

—Soy Eli, ¿y tú?

—Vicky.

—¿Has visto el pito a mi papá?

—¡Joder, Eli! —grité agarrándola el brazo para que se callase.

Miré a Vicky después de ese «lo siento» que no pude verbalizar, pero que esperaba que lo entendiese a través de mis ojos.

Odiaba esos momentos en los que mi propia hija me hacía pasar vergüenza. Pensé que se ofendería, pero estaba riéndose y contagió a Eli. No tenía ni idea de qué decir para arreglarlo si es que tenía que hacerlo. Me hicieron sentir ridículo y también quise reírme con ellas. Lo juro. Sus dos sonrisas juntas eran como una explosión de fuegos artificiales en Navidad, pero hice esfuerzos para contenerme y reprimí las ganas de pasar un buen rato.

—No, no he visto el pito a tu papá.

—¿Te gustan los perros? —preguntó Eli cambiando de tema de forma radical, como si las pollas y los perros tuviesen algo que ver.

Nube correteaba cerca y Vicky la miraba sin saber qué hacer. Juraría que quería agacharse para tocarla, pero esperaba algún tipo de permiso. A Nube le encantaba que cualquier desconocido la sobase. Mi perra no era muy selectiva con los humanos.

—Sí, pero no tengo ninguno.

—Te dejo cuidar a Nube cuando quieras. Yo te enseño, ¿vale? Le gusta que le rasquen en la tripa y no muerde a nadie. Es la perra más buena del mundo.

—Tiene un nombre precioso.

—Es porque las nubes son blancas y negras, pero la gente no lo entiende.

—¿No? Pues deberían. Nube es un nombre perfecto para ella.

Eli se zafó de mí y tendió la mano a Vicky.

—¿Amigas?

—Amigas.

Se dieron la mano. Vicky sonreía y Eli también. Yo miraba como un estúpido. No dejaba de equivocarme con la sobrina de Mari y pocas veces lo había hecho tanto con una misma persona.

Eli se marchó igual de rápido que había venido. Mi hija era así, fugaz como las estrellas. Nube corrió detrás, porque mantenía su instinto protector a pesar de que poco podía hacer para cuidarla. En Razo nunca sucedía nada malo, pero Eli seguía cayéndose y se creía irrompible. Yo rogaba que no tropezase sobre el asfalto y mis ruegos caían en saco roto. El botiquín del *Camp* lo vaciaba ella solita, porque en verano la encontraba igual de magullada que siempre.

Me quedé a solas con Vicky, sin saber qué decir para no seguir metiendo la pata.

—¿Va suelta? —preguntó ayudándome con el bloqueo.

—Sí, no se separa de Eli. Conoce esto y se aparta para hacer sus necesidades atrás, pero vuelve. No ladra ni muerde a la gente. Por sus necesidades no te preocupes, las recojo yo todos los días cuando no estoy trabajando. —Calló y se dio la vuelta para ordenar la estantería de los protectores solares. ¿Por qué? Pues porque yo era un imbécil que no sabía ni llevar la conversación—. No he terminado —añadí para reanudar la conversación.

—¡Ah, disculpa! —exclamó volviéndose—. ¿Algo más?

—Siento lo de Eli. Lleva una temporada con los dichosos pitos y...

Volvió a reírse y daba miedo. No pude terminar la frase ¿Cuál era la gracia? A mí no me gustaba que mi hija hablase de pitos con cualquiera.

—No pasa nada, es normal. Ya sabes, de pequeños todos hemos sido curiosos.

—Eso dice Mari, pero...

—No te preocupes, se la pasará y entrará en bucle con otra cosa.

—Sé que no es tu trabajo y siento las molestias. Mi hija es un terremoto y...

—Es estupenda —dijo cortándome, como venía siendo habitual—. La cuidaré, pero me da la sensación de que puede hacerlo solita.

Sonreí. Y sí. Mi hija podía cuidarse a pesar de su edad, pero prefería que un adulto estuviese a su lado para que no tomase decisiones equivocadas.

—Gracias.

Volvió a darse la vuelta para colocar los protectores solares y me marché. No tenía nada más que decir. O, si lo decía, seguramente se tratase de una gilipollez.

Ni fue tan malo como pensaba ni se lo tomó a la tremenda. A Eli le caía bien y eso bastaba. ¿Para qué seguir preocupándome? Ser padre era vivir de preocupaciones hasta el final de una vida y, cuando unas terminaban, otras aparecían sin dejarme descansar.



—Por fin —dijo Jake dejándose caer sobre los cojines que había tirados en una pared, al lado del televisor.

Le pasé la cerveza que había comprado ese día y brindamos con los botellines. Necesitaba ese momento en el que estaba con mi amigo sin pensar en nada más que tonterías. Con él reía y podía ser yo. Era una de las cosas buenas que tenía dormir en el *Camp*, que tenía más tiempo libre para hacer lo que me gustaba y me ahorraba los viajes hasta Carballo.

—Eli está agotada.

—No me extraña, vaya día. Pero ¿has visto lo tranquila que está con Vicky? ¡Joder! Parece que la hipnotiza.

Tenía razón.

Las miraba a lo lejos y me gustaba que Eli disminuyese su ritmo. Seguían dándome infartos cada vez que se tropezaba por correr de forma caótica e inestable, sin mirar dónde pisaba. Vicky se transformó en la valeriana para mi hija.

—Sí, Vicky le gusta.

—¿Y a quién no le gusta Vicky? —preguntó dándome un codazo con el que casi me tira la cerveza—. ¡Perdón, tío! Es que hablar de Vicky me pone...

Nunca había repetido tanto el nombre de una tía. Jake era un chico que podía tener a la que quería y cuando quería, pero se cansaba rápido de todas al cumplir su objetivo. El polvo. Sabía cómo hablarles y manejarlas a su antojo. Vicky aún no había pasado por su cama y eso para él se convirtió en un reto.

—A mí, no.

—Tú estás mal de la cabeza. Vicky es... una diosa. Te juro que los dos primeros días solo quería follármela, pero no es como el resto de las tías. Tiene algo que no sé qué es. ¡Joder! Nunca me había puesto así de tonto por una tía y lo sabes.

—Te gusta por eso; si te la follas, pierdes el interés.

—No, con Vicky, no. Con ella me río y puedo hablar de todo. ¿Tú crees que...?

—¡Venga, Jake! ¿A quién te follaste el sábado? ¿Pensabas en Vicky?

Se delató a sí mismo con una sonrisa ladeada.

Los sábados para nosotros eran días de la suerte porque siempre pillábamos. Esperábamos a la última noche para no tener problemas con las alumnas. Sabíamos que se marchaban el domingo y que podíamos olvidarnos de ellas. Nos ahorrábamos el romanticismo e íbamos a lo que teníamos que ir: un buen polvo. Y estaba de puta madre. A mí me gustaba así, sin complicarme la vida.

Y no éramos tontos.

Sabíamos a quién escoger, porque, durante la semana, ellas se acercaban mucho a nosotros. Jugábamos con ventaja por ser los instructores. ¿Quién no quiere tener algo con su instructor o profesor de lo que sea? A mí, de pequeño, me ponía mi profesora de matemáticas.

—A Kelly.

Puse los ojos en blanco. A Kelly me la follé el año anterior, cuando tenía dieciocho. Dijo que no era virgen y la creí. Había vuelto sin saber que la primera semana yo nunca dormía en el *Camp*. Parece ser que no le importó y que encontró en Jake un buen sustituto para despedirse.

—¿Ves? Vicky te gusta porque te da largas.

—Te aseguro que con ella sería diferente. Me jode que Elvis también vaya detrás, pero no me extraña. Tengo que hacer algo pronto...

Si había algo que me gustase de Vicky, era su forma de tratar a Jake. Él podía ser muy pesado y aprovechaba cualquier momento para abrazarla. Lo hacía porque estaba cachondo y creía que así caería. Dudo mucho de que ella no se diese cuenta del bulto. No sé qué narices comían los de su país, pero estaba claro que la tenía grande. Eso no parecía ser suficiente para Vicky, que se lo quitaba de encima con mucha gracia.

—No te lo crees ni tú. En octubre te marchas y...

—Y podría llevármela. No tiene ningún compromiso con nadie. Me imagino con ella viajando de un lugar a otro. —Miró hacia el techo, como si allí estuviese escrito su futuro con Vicky—. Solo ha estado en Ámsterdam, puedo enseñarle el mundo entero.

—A ti no te gusta, estás obsesionado.

—¡Es que es perfecta, joder! ¡Perfecta!

Levantó la mano que tenía libre y, junto a la que sujetaba la cerveza, dibujó unas curvas femeninas. Intentó simular las de Vicky, pero se excedió con la silueta de reloj de arena. Ella, tenía buenas proporciones sin ser exageradas. La había visto pasear por la playa en pantalón corto y con el sujetador del bikini. «¿Cómo podía tener ese cuerpo comiendo tan mal?». Eso fue lo que me pregunté después de sentir el cosquilleo de mis partes bajas, las que empecé a notar con más frecuencia. Y tampoco hacía deporte, daba largos paseos por la orilla que parecían ser suficientes para mantener los kilos a raya.

A veces, metía los pies y los hundía cuando las olas arrastraban la arena de un lugar a otro. Sí, me fijé. No sabía nada de ella y la espiaba desde lejos para conocerla. Me preocupaba que Eli estuviese con una chica demente, pero Vicky no era así.

Por eso estaba molestándome escuchar a Jake, por la forma que tenía de hablar sobre ella, de la chica que cuidaba de mi hija cuando yo estaba ocupado con mis obligaciones.

No quería que pasara nada entre ellos. Me preocupaba que se desestabilizase emocionalmente por culpa de mi amigo o que tuviese un corazón frágil y que Jake se lo machacase dándole falsas esperanzas sobre viajes por todo el mundo, cosa que no se creía ni él. Sonaba egoísta y lo era, pero cada uno tirábamos hacia nuestro terreno y a mí no me convenía que Jake y Vicky tuviesen algo. ¡No, joder! Vicky con Jake, no. No la imaginaba en ese plan y juraría que a ella no le gustaban esos aires de chulo que él mostraba sin pudor.

Pero podía estar equivocándome y solo se reprimía con la excusa de que era un compañero. Quería saber si el sábado anterior fue conocedora de los ruidos que dominaron la última noche de los alumnos. Sobre todo, si escuchó los gritos de Jake con Kelly. Recuerdo que ella gritó mucho cuando me la follé. Malditos y benditos sábados.

Esos días, acostaba a Eli temprano para ponerme con lo mío y nuestra habitación estaba alejada de los sonidos preocupantes, pero los sábados no pasaban desapercibidos para nadie. No es que el *Camp* se convirtiese en Sodoma y Gomorra; simplemente es que nos gustaba pasárnoslo bien y éramos jóvenes.

¿Qué había de malo?

¿Y a Vicky? ¿Le gustaría también eso?

No niego que me lo pregunté varias veces y todas ellas terminé con un «no» rotundo que venía a camuflar las dudas, porque, en el fondo, no lo sabía.

No sabía nada sobre ella.
Y quería saberlo todo.
Por curiosidad.

13. *Sinsentido*

VICKY

No tenía ni idea de cómo comportarme con los niños, pero con Eli no fue necesario hacerlo de ninguna forma especial.

Siempre me pregunté si era normal que los adultos les hablasen poniendo vocecita de dibujos animados, como si el tono influyese en su cerebro. No me imaginaba empleando un tono de voz tan pedante y supuso un alivio que a Eli no le importase. Era una niña demasiado inteligente para tener solo siete años y me encantaba cada vez que me buscaba por el *Camp*. A veces, se quedaba conmigo y, cuando se aburría, salía a corretear con Nube. Y había otros ratitos que me gustaban incluso más: los silencios que se llenaban con alguna ocurrencia de ella. Tenía una imaginación prodigiosa.

—¿Quieres escribir o dibujar?

Llevaba demasiado tiempo mirándome sin decir nada y quería saber lo que pasaba por su cabeza. Cuando estaba en el despacho, cogía una silla y se sentaba al lado de mi escritorio, frente a la ventana. Me encantaba descansar la vista mirando el mar y observar sus gestos. Nube dormitaba bajo la silla y siempre abría un ojo cuando notaba algún movimiento. La cuidaba y era casi tan lista como ella. Fue imposible no mirar atrás y preguntarme cómo hubiese sido mi crecimiento teniendo la mascota que tanto pedí a mis padres. Un ser diminuto que no habla, pero que mantiene vivo el sentimiento de amar desinteresadamente. Adoptar a un perro o gato, pasó a formar parte de mi lista de pendientes para cuando regresase a Madrid.

—No me gusta dibujar.

—¿Y escribir?

—Mi papá dice que escribo tonterías.

—¿Qué?

Abrí los ojos como platos porque, aunque yo no fuese madre, no me imaginaba que otro ser humano pudiese decir eso a un niño.

Aritz me parecía cruel si de verdad dijo eso. A los niños había que motivarlos para que nunca tiren la toalla, y, cuando hacen las cosas mal, restarle importancia porque nadie nace sabiendo; de eso trataba la vida. El crecimiento es un aprendizaje continuo. Pruebas y errores acumulados. Aciertos contados con una o dos cifras. La vida en sí es descubrir lo que nos depara y disfrutar mientras podemos.

—Dice que tengo que mejorar la caligrafía y hacer frases con más sentido.

—¿Qué? —repetí y ella se encogió de hombros.

Se giró para mirar por la ventana y yo me quedé con un sentimiento extraño que me removía por dentro. ¿Qué clase de padre decía eso a su hija?

Desde que lo conocí, le escuché hablar varias veces de sobre Eli. No puedo negar que la quería. Todo lo dijo con orgullo. Se le hinchaba el pecho como a un pavo con cada frase que

tuviese el nombre de Eli entre medias. Hasta cuando se enfadaba con ella, la quería, por mucho que se empeñase en fruncir el ceño y cruzar los brazos para parecer alguien a quien temer. Fracasaba. Babeaba por y para su hija. Era un amor incondicional, así que dudé de lo que estaba diciéndole Eli. ¿Mentía? ¿Aritz tenía dos caras? ¿Existían dos verdades opuestas?

Contuve la risa cuando hablaba de lo mucho que se parecía Eli a él, y más de una vez pensé que el único parecido era el blanco de los ojos. Físicamente estaba claro que había salido a la madre y en la personalidad... Me explotaban los oídos oyéndole relatar los motivos por los que eran idénticos. Podría definirles como polos opuestos. Eli era el calor de la mañana y Aritz el frío de una noche de invierno. Ella agua en el desierto y él la piedra con la que tropiezas y te mueres. Quería ser menos cruel con las comparaciones, pero Aritz estaba tan ciego como casi todos los padres que luchan por buscar parecidos inexistentes. Esa lucha eterna que empieza desde que los bebés salen al exterior, cubiertos por un manto de sustancias desagradables; justo ahí da comienzo a la batalla de los parecidos:

«Que si de nariz para arriba ha salido a mí, que si los ojos son de sus abuelos, que si esa sonrisa es clavada a la mía, que si...».

No podía con eso, con los parecidos irrazonables. Un bebé no se parece a nadie, porque no tiene dientes, apenas abre los ojos y está más arrugado que una pasa. Es agotador. Ser madre o padre debe de ser agotador cuando añades tonterías a las cosas importantes. ¿Qué importaba a quién se pareciese? Tenía que ser ella, con su personalidad y con sus ganas de comerse el mundo. ¿Qué esperaba? ¿Que se convirtiese en su copia? ¿En su «mini-yo»?

—¿Te gusta escribir?

Se giró para mirarme y afirmó con timidez. Eso me bastaba. Abrí un cajón y saqué varios folios. Busqué los pocos rotuladores de colores que tenía, pensando en comprar algunos más y coloqué una silla frente a mí.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa.

—A mí me encantan las frases sinsentido. ¿Y si escribes lo que quieras mientras yo trabajo? Dentro de media hora tengo que volver a la tienda.

Sus ojos se iluminaron y se bajó de su silla para subirse a la otra. Estaba ilusionada y me hizo pedacitos con su emoción.

Nube se reincorporó dando los pasos justos para colocarse debajo de la otra silla y seguir durmiendo. Cosas de perros.

—¿Y después? —preguntó pensativa.

—¿Después de qué?

—¿Qué hago con esto? —dijo cogiendo los folios.

—Podemos juntar todas las hojas que vayas escribiendo y hacemos tu primer libro.

—¿Mi primer libro?

—¡Sí! ¿No quieres tener tu primer libro?

Golpeó un folio con el rotulador, dejando puntitos aleatorios que quedaban bien. Parecían estrellas y daban personalidad al blanco. No podía parar de sonreír y me encantaba que lo hiciese de esa forma tan suya.

—Me gusta. ¿Puedo llamarlo como quiera?

—Por supuesto.

—Sinsentido.

Quería comérmela a besos porque una parte de mí, supo que estaba repitiendo la palabra que le dije sin saber exactamente la profundidad que tenía. Pero me pareció ideal. Todas sus ideas y

pensamientos eran genialidades. Tenía que ser ella y no iba a dejar que se contagiase de la personalidad que tenía el mustio de su padre.

—Me encanta. ¿Empezamos?

No respondió, colocó el rotulador azul que tenía en la mano muy cerca del folio y se detuvo unos segundos para pensar lo que iba a escribir. De vez en cuando, la miraba de reojo y sonreía hacia mis adentros por sus caras de concentración.



Los sábados solían ser días completos y agradecía terminar de trabajar a media tarde. No podía quejarme de eso, de mis horas libres. Rascaba minutos y el tiempo pasaba demasiado rápido.

Empecé a descubrir partes de mí que desconocía, enterradas bajo una capa de responsabilidades. La culpa la tuvo ese tiempo libre, el que nunca tuve. ¿Qué haces cuando te sobra? En mi caso, pensar.

Pensaba tonterías como que los humanos habíamos nacido para cargar con cosas y lo que más pesaba estaba dentro de nuestra cabeza o entre las costillas, hacia la izquierda. Lo malo es que esas cargas solían durar más y, a veces, no conseguías despojarte de ellas. Yo cargaba con varias, pero hubo una que pesaba más que el resto, la que apareció tras la muerte de mi abuela. Era la carga de no saber si había hecho suficiente. No por ella, ni por su cuidado. Asumí desde muy joven que era inevitable que todos los seres vivos tuviésemos fecha de caducidad. No era eso. Me refería más bien a mí, al no saber si pude hacer algo más o si desperdiicé años porque no sabía gestionar las cosas como hubiese hecho otra persona. Las cogí así, según llegaron. Pero ¿podría haber actuado de otra forma?

¿Y si no me hubiese empeñado en cuidarla sola porque creía que era mi responsabilidad? Quizás así, hubiese tenido tiempo para lo que dejé de hacer. Como salir a comprar un vestido que no me hacía falta o dejar pasar la tarde tomando un café en cualquier cafetería. Los demás lo hacían, pero yo no, porque tenía que estar con la abuela y evitar que deambulase sola por Madrid. ¿Pude hacerlo? ¿Pude cambiar mi vida?

Y me lamentaba porque el tiempo no vuelve. Odiaba a las personas con exceso de optimismo que recalcan que no importaba el pasado ni el futuro, que había que vivir el presente para que los nuevos recuerdos nos hiciesen felices. ¿Y qué había de esos recuerdos que ya teníamos? Los que no podían borrarse ni pintar de blanco para crear un nuevo paisaje. Estaban ahí y siempre formarían parte de nosotros.

Pero el mundo no dejaba de girar y yo estaba en un pequeño pueblo de Galicia intentando encontrar ese algo sin saber lo que buscaba. Iba a tientas, esperando una señal que no fuese divina.

Las tardes de los sábados comenzaban con una llamada a Nieves para resumirnos la semana. Hablábamos durante más de una hora. Siempre. Los audios dejaron de ser suficientes cuando empezaron a sobrepasar los cinco minutos.

Las novedades fueron pocas. Allí en Madrid, las cosas no eran muy diferentes a lo que solían ser y Nieves seguía su vida. Me alegraba tener una amiga como ella, que me quisiera tanto y tan bien. Y por tanto me refería a que solo Nieves era capaz de coger una de las pocas plazas libres para venir a verme y pasar una semana haciendo surf, cuando odiaba el deporte tanto como yo. Su motivación fue comprobar que eran reales esos torsos desnudos que me cansé de ver.

Hasta lo bonito cansaba si lo veías a todas horas.

Ignoraba si en el *Camp* existía alguna competición en la que resultase ganador aquel que pasase más horas sin camiseta. La cosa estaba demasiado igualada y todos los días había un trasiego de abdominales por la tienda o el comedor. No negaré que al principio me ruborizaba si la vista se me perdía hacía unos recovecos bien trabajados, pero aprendí a ignorarlos y me resultaron indiferentes. Nieves quería ver con sus propios ojos esa competición de la que tanto hablaba para dar un justo veredicto.

La llamada solía transcurrir en la playa, dando paseos por la orilla mientras el mar me hacía cosquillas en los pies. Nunca viví nada parecido, mi soledad y yo. Caminaba sola por necesidad, porque pasé de vivir cuidando a una persona mayor a estar rodeada de un montón de jóvenes con ganas de pasárselo bien. Necesitaba huir. Encontrar intimidad.

Caminaba hasta una zona rocosa donde rompían las olas y las personas se convertían en pequeños puntos negros, como si fueran las estrellas de la Tierra, sin brillo y muy sólidas. Me sentaba sobre una piedra grande y apretaba las rodillas contra mi pecho. Imaginaba que me fundiría completamente y que me transformaría en una roca más. Eso deseaba. Deseaba que mi vida fuese más sencilla. Como la de una piedra.

Tras mi paseo, volvía al *Camp* para cenar. Los sábados eran de barbacoa saludable y estoy segura de que había sido una idea de Aritz porque la única proteína que había era pollo. ¡Pollo! El resto, montones de verduras que Mari sazonaba para darles vida.

Intenté adaptarme a un ambiente que no era mío y me encontraba bien, pero tenía claro que Razo estaba siendo un lugar de paso, que volvería a Madrid para intentar comenzar de cero. No era como ellos ni nunca lo sería. El surf no me llamaba, aunque aprendí mucho sobre el tema. Prestaba atención en las clases teóricas como si fuese una alumna más. Me encantaba empaparme de conocimientos, saber nociones sobre la marea o la fauna marina. Pero no le encontraba sentido a lo de subirme sobre una sobre una tabla para coger una ola que duraba pocos segundos.

Ni siquiera su visión de vida coincidía con la mía. Lo de quedar con tíos que había conocido en una aplicación era un juego de niños comparado con lo que sucedía en el *Camp*. A veces, temía por el otro edificio que no veía y por el que intentaba no pasar a ciertas horas. Los ruidos llegaban hasta el nuestro y escuchaba música para que mitigase la nitidez de lo que estaba pasando. No es que se quedasen cortos los de nuestro edificio, pero, en el otro, dudaba de si habían contratado una semana en un *Surf Camp* o si estaban pasando las vacaciones en un Club de Intercambio.

Y me sentía culpable porque yo era quien organizaba las habitaciones. Separaba a los chicos de las chicas; se suponía que era lo correcto. Eran jóvenes con las hormonas revueltas. Todo eso les daba igual, pasaban de una habitación a otra y... No sé más. Lo que sí sé es que, donde estaba yo, en la planta de arriba, se lo pasaban muy bien.



—¿Vas a estar mucho rato?

Me llevé la mano al pecho cuando Aritz apareció de la nada como un fantasma. Estaba en el comedor. No había nadie. Pertenecía del grupo de los aburridos y silenciosos que apreciaban la calma. Anne y Kat me habían hecho compañía hasta que decidieron marcharse a la habitación

para descansar. No se lo creían ni ellas eso de descansar, pero me despedí y me quedé tirada sobre unos cojines viendo una película de superhéroes. Del resto, ni sabía dónde estaban ni quería saberlo.

—Hasta que termine la película. ¿Necesitas algo?

—Tengo que solucionar un problema. ¿Puedes encargarte de Eli si se despierta?

—Claro. No te preocupes.

Me dedicó una sonrisa a medias porque a él, eso de las completas, le resultaba excesivo y solo aparecían con sus amigos, cuando llevaba varias cervezas en el cuerpo y no controlaba los músculos faciales.

—Gracias.

—¡Aritz! —grité antes de que desapareciese por la puerta.

Él se giró asustado y yo me sentí ridícula.

—¿Sí?

—Espero que no sea muy grave.

—¿Perdón?

—El problema.

—¡Ah! Gracias.

Otro «gracias» soso y sin más. Estaba claro que, entre él y yo, las cosas nunca serían como con el resto. Dudaba de si se debía a lo que sucedió al principio, que estaba ahí, enquistado, o simplemente que nuestros caracteres eran tan opuestos que colisionábamos si decíamos algo más que lo básico.

Nos mordíamos la lengua cuando opinábamos de manera diferente por no crear conflictos entre nosotros. Era una especie de falsa calma que maquillaba la realidad. Nuestra realidad fue simple: a él no le gustaba yo y viceversa.



Estaba aguantándome el pis porque no soportaba perderme unos minutos de la película. Odiaba imaginarme qué pudo pasar o inventarme los diálogos de ese espacio de tiempo. Pero ¿quién no aprovecha las publicidades que duran siete minutos? Te da tiempo al pis, a prepararte algo de picar y, si te apuras, ves el horóscopo del día siguiente. Yo no quería ver horóscopos ni comer nada, pero mi vejiga amenazaba con estallar.

Corrí hasta el baño unisex que solo usábamos los empleados del *Camp* y, para mi desgracia, estaba ocupado. Podría esperar, pero ¿cuánto? No lo sabía. El otro baño no se encontraba muy lejos y, al ser de los alumnos, contaba con más retretes. Eso me aseguraba no tener que salir fuera para mear en una esquina como hacía Nube.

Entré, abrí la puerta que estaba abierta y levanté la tapa del inodoro. Sujeté los extremos del vestido para no salpicarme y, con la mano libre, me bajé las bragas.

Gruñido.

Se me cortó el pis.

Otro más fuerte.

El corazón bombeaba más rápido.

Jadeos.

No podía pensar. Juro que lo intenté, pero el primer gruñido me había dejado en blanco y

estaba ahí, pidiendo a mi vejiga que decidiese mi destino.

El pis que prometía salir a chorro empezó con gotas tímidas. Tenía miedo de que se percatasen de mi presencia y tendrían que ser ellos los que estuviesen preocupados. Yo no. Pero seguía sin acostumbrarme, porque no era lo mismo escuchar a Nieves y Denis follar como conejos mientras Alan me hacía perder el sentido. No. No era lo mismo. Estaba teniendo una retransmisión de lo que parecía ser una mamada cuando intentaba orinar rápido y en silencio para no perderme la película. La del televisor.

Tardé demasiado y llegué hasta el final. Sí. El momento exacto en el que todo sale. La explosión. El fin del mundo. Y lo primero que vino a la cabeza tras el silencio y las respiraciones entrecortadas, fue que tenía que salir como un ninja para no ser vista. Creí que... No sé. Cosas mías. Lo normal. Creí que él la compensaría y que después tocarían los gemidos de ella. Esa era mi oportunidad y...

Mi condena.

—¡Joder! —gritó Aritz cuando nos chocamos al salir.

Las manos me temblaban e instintivamente, me tapé la boca con ellas para que no se me saliese el corazón. Quería vomitarlo y quería gritar, pero no hice nada de eso.

Me quedé petrificada viendo a la chica que estaba con él. No era otra que Julia, una alumna de Valencia que apenas tenía dieciocho años según su documento de identidad. Y vale, que sí, que el amor no tiene edad y todas esas chorradas, pero Julia era una alumna con la mayoría recién cumplida y Aritz un monitor con treinta y dos años y una hija de siete que dormía a unos metros, ajena a lo que hacía su padre cuando ella soñaba con unicornios. ¿Se suponía que eso era normal?

Intentó recolocarse el miembro bajo el pantalón, pero seguía erecto y... se notaba demasiado lo que acababa de pasar. Lo miré. Claro que lo miré. Tenía dos ojos y no era imbécil.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó como si el baño fuese suyo.

—¿Y tú qué crees? Mear.

Lo miré y fruncí el ceño.

—Tienes que usar el otro —dijo con un enfado visible.

—¿Este solo es para follar?

Salió sin más. De golpe. Las palabras volaron y no me arrepentí. Julia se reincorporó para escaparse del surrealismo que estábamos viviendo y la paré cuando cruzó por mi lado.

—Límpiate aquí —dije señalando la comisura de su boca—. Todavía tienes esperma.

Observé cómo sus mejillas se enrojecían y giré para ver la expresión de Aritz. Noté la vena de su cuello hincharse, estaba conteniéndose demasiado y provoqué que estallase. Busqué la pelea y... encontré el barro. Me metí de lleno, con los ojos cerrados.

—Julia, ¿te has corrido o solo se la has chupado? —Aritz me agarró el brazo y solté a Julia, que miró suplicándome. No necesité palabras para saber que lo que había pasado, fue una acción egoísta—. Nunca se la chupes a un tío que no te haga disfrutar primero.

—¡Joder! ¡Para ya! —gritó él y Julia salió corriendo dejándonos solos.

Éramos dos bombas que estaban explotando. Yo con motivos, y él creyendo que también los tenía. Falso.

Miré su mano, aún sujetaba mi brazo, aunque ya no hacía presión. Podría haber tirado para zafarme, pero me mantuve ahí, inmóvil, observando cómo subía y bajaba su pecho desnudo, forzando una respiración que parecía doler. O eso quise creer, que le dolía, que le carcomía por dentro haber arrastrado a Julia hasta un baño sucio para que se la chupase.

—Vicky.

Un nombre. El mío. Sonó ronco y me gustó. Los sentimientos se mezclan cuando estallas y la onda expansiva destroza tus cimientos emocionales.

Dejé pasar los segundos, como si fuesen suficientes para ver las cosas de otra forma. Y no lo eran. Seguía pareciéndome igual de sucio y egoísta.

—¿Solucionaste tu problema? —pregunté con sorna y ganas de buscar más problemas.

—Te dije que te encargases de Eli.

Busqué su punto débil y fue él quien encontró el mío. Descubrí que no había estallado todavía, que fueron pequeñas explosiones que avisaban de la grande. Tiré de mi brazo y lo miré fijamente, deseando que esa mirada lo rebanase en pedacitos. Pero no lo fue, ahí estaba, sin ningún tipo de arrepentimiento.

—¡Es tu hija! ¡Cuídala tú, imbécil! ¿Te crees que estás en la mansión Playboy? ¿Que estoy sorda? ¿Que no se te oye gritar como si fueses un cerdo en una matanza?

Corrí hacia mi habitación porque no quería escucharle más. Hablar con una persona así era una pérdida de tiempo y estaba demasiado nerviosa como para tener una conversación coherente.

Dejé la película a medias y me olvidé hasta de la sudadera que había dejado en el salón. Solo quería cobijarme bajo las sábanas, hacerme un ovillo y dormirme rápido. Sabía que sería difícil, que lloraría en silencio para que nadie me escuchase y que me preguntaría porqué los adultos se complicaban tanto cuando la vida debería ser más sencilla.

Y no lloré por Aritz. Lloré por la rabia, por los recuerdos, por la soledad y por lo que creía que era injusto. Lloré porque escuché el golpe de su puerta cuando se cerraba y pensé en Eli, en lo que merecía, en que no quería que creciese viviendo algo parecido a lo que viví yo de pequeña.

Porque mi vida no la merecía nadie.
Y porque ella se merecía todo lo bueno.

14. Arrepentirse

ARITZ

La noche fue una mierda. Una mierda bien grande. Me acosté sin sueño después de tener una discusión con Vicky.

Eli dormía abrazada a su reno, el que la regalé por Navidades y que, en cuestión de minutos, decidió que sería su favorito. Olvidó al búho con el que llevaba catorce meses durmiendo, y ese mismo día pedí que tuviese la misma facilidad para olvidarse de los chicos cuando se hiciese mayor.

Nube apenas levantó un poco el cuello al notar mi presencia y, tras comprobar que era yo quien estaba en la habitación, cerró los ojos. Eli la tenía tan agotada que caía rendida por las noches. Dormía a los pies de mi hija y no me importaba, a pesar de que me restase espacio para estirarme en condiciones.

Besé su frente y cerré los ojos.

No quería pensar en nada y así lo hice. A la media hora tuve que levantarme para ir hasta la ducha porque me sentía sucio. Nunca me había sentido así un sábado por la noche y eché toda la culpa a Vicky.

¡Joder! Ella no tenía que aparecer. No fue la primera persona que me cruzaba después de hacer algo parecido. El *Camp* no era un convento al que retirarse haciendo votos de castidad. Era verano, se llenaba de jóvenes con ganas de pasarlo bien y la falta de ropa hacía el resto. ¿Y yo qué culpa tenía de que Vicky tuviese algún problema con el sexo? ¡Joder! Me miró como si acabase de cometer una atrocidad, pero Julia no era menor. ¿Por qué narices se puso así? No tenía sentido. Nada lo tenía.

Me duché, salí de allí sintiéndome más mierda y me acosté de nuevo con Eli. Dormía tan profundamente que quise contagiarme. La miraba en la penumbra y me pregunté en qué estaba fallando como padre. Solo intentaba seguir siendo un hombre en verano. Nada más.

¿Tan difícil era de entender?

Le mentí. En su cara. Pero ¿qué pretendía que hiciese? ¿Que le dijese que cuidase de mi hija para que me la chupase otra? No era tan gilipollas. No podía decir eso a Vicky cuando no teníamos ninguna confianza. Y eso fue un problema, porque me convertía en un hipócrita.

No teníamos confianza, pero, aún así, prefería que Eli estuviese con ella. Me gustaba mucho verlas juntas. Sabía que le hacía mucho bien y me jodía estar así. Me perturbaba la idea de que pensase que no estaba siendo un buen padre cuando me rompía los cuernos por mi hija.

En el *Camp* tenía ayuda, pero el resto del año la responsabilidad era completa. Aprovechaba esos tres meses sabiendo que, hasta el siguiente año, mi vida se sumiría en una rutina que empezaba a pesarme. Hasta que Eli se dio la vuelta en la cama, colocó su cabeza sobre mi pecho y el peso se marchó de golpe. Tuve esa sensación que no cambiaría por nada del mundo: el sentirte importante para alguien tan pequeño. Le importaba. Lo sabía por cómo me miraba con

esos ojos admiración absoluta o en nuestras absurdas peleas que siempre terminaban con las cosquillas. Hasta por la forma tan bonita de encajarse en mi pecho, porque sentía que era el lugar más seguro del mundo.

Y pensé. La cabeza me hizo *click* y el corazón me dio un vuelco. La imaginé de mayor, en cómo sería, qué amistades tendría o qué chicos serían los que robasen su corazón. Pensé como padre, algo que tendría que haber hecho antes de tomar decisiones equivocadas.

Quise levantarme otra vez, salir y llamar a la puerta de al lado. Pedirle disculpas a Vicky y decirle que la entendía, que estaba claro y que había sido un gilipollas.

Aprendí una lección complicada. No quería que mi hija llegase a ser como Julia y que se la chupase a un instructor u otro tipo de superior a cambio de nada o que creyese que era afortunada por probar el miembro de alguien más adulto.

Deseé que Eli quisiera ser como Vicky. Que rechazase a un Jake o a un tío como su propio padre y que se relacionase con todos, pero que entendiese lo que sería una buena opción. Necesitaba que se sintiese querida y valorada cuando escogiese estar con otro hombre o mujer, me daba igual cuál de los dos, pero que la quisieran durase lo que durase. Tenía ese instinto paternal de sobreprotección y solo deseaba lo mejor para mi hija.

Toqué la pared. Ella dormía en la contigua, su cama estaba pegada a la nuestra y, si daba un golpecito, podría escucharme. Me imaginé entendiéndonos por esos toques. Mis disculpas sonando rítmicas y a ella aceptándolas. La imaginación era poderosa y la realidad cobarde.

Cerré los ojos y dormí por agotamiento.



Desperté con Eli sobre mi estómago.

—Papá, tengo hambre.

Miré el reloj y era la hora de levantarse. No había clases y ese día no tenía que llevar a nadie a la estación. Vicky seguía siendo comprensiva y me regalaba tiempo para que lo aprovechara con Eli.

—Dame un minuto, que me visto.

Frunció el ceño y no pensaba dar explicaciones por ese cambio tan repentino en mi vestimenta.

Salíamos a desayunar tal y como nos levantábamos. Ella con su pijama de verano y yo con el bañador. Dormía solo con eso y no necesitaba otra prenda. Hasta ese día.

Cogí una camiseta gris del armario y me la coloqué mientras Eli abría la puerta. Dejó salir a Nube, que estaba impaciente por mear. Se marchaba hasta la parte trasera, hacía sus necesidades y después se reencontraba con nosotros en el comedor para exigir su comida.

No pude evitar tensarme cuando vi a Julia sentada con otras dos chicas. No hubo un «buenos días», porque ella agachó la cabeza. ¿Qué sentí? Ni puta idea. No sabía cómo sentirme. Si estaba bien esa distancia o si debía darme vergüenza porque era yo el que tendría que agacharse.

Acompañé a Eli a la mesa de bufé que preparaba Mari todas las mañanas y me miró con ojos de cordero degollado. Me gustaba que desayunase lo más sano que había: avena, fruta de temporada y un yogur. Su alimentación era importante y en su colegio había tendencia al sobrepeso. Pensaba en esos padres y creí que no se preocupaban por la salud de sus hijos.

Ese día daba igual lo que comiese. Pensé en otras cosas más importantes.

Afirmé cuando señaló la cesta en la que había varios procesados envueltos en plástico y cogió una pequeña napolitana de crema y un cruasán relleno de chocolate. Me sentí un gilipollas. A mí hija le brillaron los ojos como nunca con esos dos paquetes en las manos.

—Gracias, papá.

Me abrazó sin soltar lo que parecía ser su tesoro y Nube irrumpió pidiendo la comida. La ignoré unos segundos para preparar algo que no había hecho nunca.

Cogí un vaso de leche y eché un par de cucharadas de cacao. Llenas.

—Toma.

—¿Es para mí?

—Sí. Siéntate. Voy a poner la comida de Nube.

Cogió todo y caminó hasta una mesa sin perder la sonrisa. Agradecí que hubiese escogido la que estaba más apartada de Julia. Mi hija, salvándome sin saberlo.

Me acerqué hasta el comedero de Nube, que estaba al lado de la puerta de la cocina y la vi entrar, a Vicky.

Nos miramos fugazmente. O fue ella quien miró así. Yo reparé en su vestido corto y en el pelo, que lo llevaba aún mojado. Deseé que mirase de nuevo y me dedicase una sonrisa que no merecía. No lo hizo, estaba claro. Se acercó hasta la mesa del bufé, se preparó un café rápido, cogió tres paquetes de bollería industrial y dio un beso a Eli en la cabeza antes de salir por la otra puerta.

Me dolió. Una hostia sin manos.

Otros días se sentaba con nosotros. Buscaba la normalidad y yo callaba mientras hablaba con Eli de tonterías. Me gustaba eso, pero nunca lo dije.

—Papá.

—Dime, cielo.

—¿Por qué Vicky está enfadada conmigo?

—No está enfadada contigo.

—Se ha ido.

Miré y... sus ojos estaban enrojecidos, aguantando las ganas de llorar.

—Está enfadada conmigo —dije para liberarla de cualquier culpa

—¿Qué has hecho? —preguntó juzgándome con la mirada, antes de saber cuál era mi delito.

—No me he portado bien con ella.

—¡Pídele perdón!

—¡No grites!

Seguía ahí, con sus ganas de llorar y la mirada llena de rabia. Todos estaban pendientes y no quería que Eli gritase otra vez. Gritar no estaba bien. Ni siquiera lo estaba con razón.

—Tú siempre dices que tengo que pedir perdón cuando hago daño.

Sonreí. Odiaba que repitiese mis palabras. Sobre todo, cuando las utilizaba en mi contra.

—¿Me prometes que no vas a venir corriendo a interrumpir la conversación? —Eli afirmó exageradamente con la cabeza—. ¿Y que recogerás el desayuno cuando termines y ayudarás a Mari hasta que vuelva?

—Vale.

—Vale, no. Tienes que decir «lo prometo».

—Te prometo que no te molestaré y que, cuando termine, ayudaré a Mari.

Le di un beso y salí de allí con el vaso del café. No sabía a dónde se había marchado Vicky, pero estaba seguro de que iba a encontrarla.

No hizo falta buscar mucho para saber que se dirigía a una parte en la que apenas se veía el *Camp*. Solía ir allí cuando tenía ratos libres. Me preguntaba si habría descubierto un tesoro o si encontraba en ese sitio algo que no tenían los demás. Debía de ser su lugar favorito.

Corrí. Tapé el café con la mano para que no se desbordase y sentí el calor en la palma. Me daba igual. Quería llegar. Sabía que la alcanzaría, porque sus pasos eran cortos. También que estaba escuchándome, y que, aún así, no se detenía porque no quería verme.

Siguió caminando como si fuese invisible para ella.

—Vicky —dije al llegar a su lado.

No hubo respuesta. Ni siquiera giró su cara para mirarme. Caminó hasta las piedras y estuve a su lado manteniendo una distancia prudencial.

—¿Puedes irte? Me gustaría desayunar tranquila.

—Solo quiero hablar.

—Yo no.

—¿Podemos desayunar juntos en silencio?

Lo hizo. Paró en seco y me miró tres segundos, que para mí fueron suficientes. Después puso los ojos en blanco y sonreí. No se por qué, en otra ocasión ese gesto me hubiese molestado, pero, tal y como estaban las cosas, fue la mejor reacción que pudo tener.

Los ojos en blanco no eran un «no». Yo los traducía a un «vale» sin ganas o a un «idiota» sin mucha dureza.

Negó con la cabeza para sí misma y se acomodó en una piedra alta, donde no llegaba el mar, pero sus pies eran salpicados por la espuma. Y me descubrí a mí mismo, sentado a su lado y mirando sus pies como un perturbado. Me entretenía ver cómo movía los dedos y dibujaba formas imaginarias. Pensé que eran constelaciones infinitas y otras chorradas que es mejor no repetir.

Dio un sorbo a su café, más oscuro que el mío. Tampoco me había fijado antes en ese detalle. No lo hice ni aunque se hubiera sentado al lado de Eli, cuando solo nos separaban unos centímetros. Lo que me preocupaba en ese momento era que mi hija comiese la avena.

Así era yo.

Se mordió el labio de arriba cuando rompió el envoltorio del cruasán y dio un bocado. Cerró los ojos. Lo saboreó. Sentí que deslizaba la lengua para limpiar los restos del chocolate entre sus dientes. Y me miró.

—¿Quieres? —dijo ofreciéndome uno.

—Yo...

—¡Ah! Ya, que es una marranada.

Noté su ironía en cada letra.

Las ganas de demostrar que no era tan mala persona me pudieron y quise hacer cosas que en otras circunstancias no habría hecho.

—Sí —respondí tendiendo mi mano para que me diese el cruasán.

Fue un roce que me gustó. Su mano chocando fortuitamente con la mía. Una descarga espontánea. Un gesto que no pasó desapercibido, porque la vi con otros ojos. Yo a ella.

Ni me miró mientras masticaba. Comí en silencio y acepté la mitad del que le quedaba. Me jodía, pero Jake tenía razón en que Vicky no era como las demás. Su enfado seguía presente, pero, aún así, estaba compartiendo el desayuno conmigo.

Así era Eli también.

Nunca la había observado tan de cerca, a unos centímetros. Lo hice. Me fije en el pequeño

lunar que tenía justo debajo de la oreja. Aparecía cuando apartaba los mechones que le molestaban. También reparé en su nariz, que tenía la punta redonda y un poco hacia arriba. Deseé en ese momento que su pelo fuese más claro y que sus ojos verdes cambiasen al azul que tenía Eli.

Estaba claro. Quería Vicky se convirtiese en otra persona que no era.

—Deja de mirarme como Jake.

Me asusté. Lo dijo sin más. Sin cambiar la expresión. Mirando al infinito, como si ella encontrase el punto en el que todo termina.

—No te miro como Jake.

—Ya, claro.

—No te miro como Jake —repetí más alto.

—Por lo menos, Jake es divertido y cariñoso.

No sé si me molestaba más que estuviese dejándome como una seta o que hablase ignorándome.

—Yo también lo soy.

—¿Con quién? ¿Con la afortunada del día?

Apreté la mano contra una piedra. Vicky estaba a la defensiva y no quería perder los papeles, porque no había ido para eso. Sabía que teníamos una conversación pendiente y que con los gritos perdería mi oportunidad.

—No quiero discutir. Escupe todo lo que quieras, pero no voy a discutir. Solo quiero hablar contigo.

—¿Quieres o te lo ha pedido Eli? —preguntó mirándome.

Y me dejó mudo.

Me miró para ver si era capaz de mentir a la cara. No voy a negar que Vicky era una de las chicas más inteligentes que había conocido nunca, pero empezó a intimidarme.

—Eli. —Fue decir su nombre y giró la cabeza otra vez—. Quería hablar de lo que pasó ayer, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Con palabras?

—¡Joder, Vicky! No puedo si huyes y me ignoras.

Giró la cabeza hacia mí.

En ese instante, deseé que me ignorase. Nunca me habían mirado así, como si me hurgasen por dentro. Vicky tenía esa habilidad de actuar sin pensar y de hacer sin hablar para poner tus pensamientos patas arriba. Sin proponérselo. Lo hacía con todos y a todos les gustaba. Era como la chispa del mechero, la que sale antes de la llama.

—Te escucho.

—Siento lo de ayer.

Esta era la única parte clara que tenía de la conversación. Que quería pedir disculpas. Pero ¿y lo demás? ¿El relleno? No me había imaginado hablando con ella así, los dos solos, alejados del resto.

—Vale.

¡Joder! ¿No podía parecerse menos a Eli? Sus respuestas, sus gestos. Estaba creándome las mismas dudas que me creaba mi hija. Y no quería. Me dije que tenía que ser yo y decirle lo que rondaba por mi cabeza sin importarme si seguía pensando que era un tío de mierda que solo utilizaba a las alumnas.

—Debí decírtelo.

—Sí.

—No soy tan malo como crees.

—No creo que seas malo.

—¡Venga ya, Vicky! Veo cómo me miras. No, perdona. Veo cómo me ignoras.

—¿Y cómo me ignoras tú? ¿Eso lo ves?

Dejé de mirarla y lo hice por cobardía. Odiaba discutir, aunque fuese sin gritos. Me recordaba a mis discusiones familiares, las del principio. Y no quería eso, quería vivir tranquilo.

Pero ¿cómo hacerlo si tenía razón?

—También. Pero lo hago porque te caigo mal y no me gusta incomodarte. Quiero que estés bien aquí. Con el resto congenias, pero conmigo no.

—Porque el resto no me ha juzgado.

Vi ese rencor. Seguía sin olvidar nuestro comienzo. Tenía esa espina clavada que no había llegado a sacar. Quizás por comodidad o porque el problema no era ella.

—Pensé que eso ya estaba hablado.

—¿De qué sirve hablarlo si luego hacemos como si la conversación no hubiese existido?

Miró al mar, dejándome solo con mis pensamientos para que me diese cuenta de que también en eso tenía razón.

—Tienes razón. Lo siento otra vez.

Deseé ser Jake por unos minutos, decir alguna frase ingeniosa para hacerla reír y abrazarla disimuladamente sin que ella me rechazase. Pero no era él, era yo mismo y no tenía nada que ver, a excepción de que me costaba dejar atrás algunas cosas, como pasármelo demasiado bien sin pensar primero.

—Mira. Debí decirte la verdad, pero no sabía cómo. Con Eli mi vida social se limita al *Camp* y aprovecho los veranos. Sé que puede parecerte reproachable, pero no obligo a ninguna. No...

—¿Te crees que conservo mi virginidad hasta el día de la boda que nunca tendré?

—Yo...

—Que no folle aquí no quiere decir que sea una mojigata. Te entiendo. Sé cómo te sientes. — La miré y... noté una conexión. Creí que era verdad eso, que me entendía y que sabía por lo que estaba pensando. Fue un segundo lo que duró. El que necesité para recordar que ella no era madre soltera—. Yo también tenía que pedir a una amiga que me ayudase con mi abuela cuando quedaba con los tíos que conocía en aplicaciones para echar un polvo.

—¿¿¿Qué???

—¡Joder! No me mires así. ¿Te crees que no tengo necesidades?

—Sí, pero...

—Mi abuela tenía alzhéimer y no podía dejarla sola. ¿Existe otra manera de relacionarte desde casa?

—¿Alzhéimer?

Frunció el ceño como si no entendiese la pregunta.

—¿No dijo nada mi tía?

Pensé que...

No pensé nada. Mari apenas hablaba de su familia y lo poco que sabía era que a su madre no le gustó nada el cambio de vida que hizo. Deduje que era como mis padres, clasista por naturaleza. Intuí que la dejó de lado y que ella mendigaba amor en las pocas visitas que hacía a la capital. Quisiera decir que fue por lo que me contó, pero mentiría. Yo mismo me hice mis propias conjeturas.

También habló de Vicky sin mencionarla. Dijo que su sobrina era muy cabezota, pero que la justificaba por la edad.

Y la vi. Vi a esa Vicky cabezota. Demasiado. Tanto, que seguí pensando lo mismo, que Mari utilizó la excusa de la muerte de su madre como oportunidad de mendigar el amor que nunca tuvo, que quería que Vicky abriese los ojos y que por eso la trajo. Pensé muchas cosas sin tener certezas y estaba equivocándome. Otra vez.

—Mari no habla mucho de su pasado.

—¡Ah! —exclamó y vi la sorpresa—. Vale, no pasa nada. Mi abuela tenía alzhéimer y yo no quise meterla en una residencia. Ella nos acogió a mi madre y a mí cuando mi padre nos abandonó—. Callé porque nada estaba siendo como esperaba. Yo solo quería pedir perdón por lo que había pasado con Julia y me encontré con demasiada información que no podía gestionar en ese momento—. No sé ni por qué estoy contándote esto. Te pediría silencio.

—No se lo diré a nadie.

—Pues no hay más misterio. Quise cuidar a mi abuela. Ella me cuidó a mí. Era lo lógico, ¿no? Pero fue difícil hacer lo que se supone que tendría que hacer a mi edad. Tengo amigos a los que casi no veo y Nieves, mi mejor amiga, fue la única que hizo esfuerzos para que no me perdiese ciertas cosas. Ya sabes, lo que hacías tú con Julia, pero con la balanza más equilibrada.

Sonreí. Ella también. Fue corto. No por algo gracioso. En realidad, no tenía ni puta gracia, pero me gustó su forma de hacerse valer.

—Lo sé, sé lo que estás pensando.

—No, no lo sabes.

—Se me fue la pinza. Julia es la primera desde hace...

—¡Eh! Ni se te ocurra —dijo cortándome.

—¿Qué?

—Que no quiero saber tus intimidades sexuales.

—Tú...

—Yo te he dicho que también tengo mis necesidades. No estoy dándote detalles.

Volví a reír.

—Tienes razón. Pero...

—Pero ¿también se puede hablar conmigo? —preguntó completando mi frase.

—Sí.

Ella. Así era ella. Sonreía contagiándome. Me hizo sentir más estúpido y no quería sentirme así. Necesitaba ser la persona que estaba siendo, pero menos capullo con Vicky. Juro que no necesitaba tener más y nunca podría ser más, pero verla tan de cerca me hizo desear cosas que no deseaba con otras.

—Solucionado —dijo risueña y miró el mar—. Podemos empezar otra vez.

—No grito como un cerdo.

Me dio un codazo y puso los ojos en blanco, pero la hice reír. Podía hacerla reír sin ser Jake y darle mi mejor versión. Esa que aún no había visto.

Hablamos. Lo hicimos de verdad. Dejamos atrás el compromiso del principio, el que ambos firmamos por llevarnos bien. Esa vez iba a ser diferente. No por Eli, sino por mí, porque descubrí que teníamos demasiados paralelismos y que ella podía entenderme mejor que otro. Vicky sabía lo que era tener ciertas responsabilidades cuando eres joven.

Y pensé en Mari. Nunca dejaría de tenerle respeto, porque ella era lo más parecido a una hermana mayor. Nos cuidaba a todos como mejor sabía y siempre estaba cuando la

necesitábamos. Pero algo había cambiado y no podía verla igual.

Huyó.

Lo hizo sin pensar lo que se la venía encima a una adolescente. Ni siquiera se planteó volver cuando su madre empezó con el maldito alzhéimer. No lo entendía. No me entraba en la cabeza que le resultase tan sencillo marcharse de Madrid.

No entendía nada.

Pero estaba encontrando piezas que me faltaban.

Y podía juntarlas.

15. *Las respiraciones hablan*

VICKY

Los lunes fueron los «días bipolares», porque se acumulaba el trabajo o nos lo quitábamos de golpe. Había ratos de mucho estrés con las llegadas de los nuevos alumnos y en otros momentos la calma era tan excesiva que podíamos escuchar nuestras respiraciones.

Lo hice. Parecía ridículo, pero me concentraba y fantaseaba con su interior. A Kat se le oía un leve gorgoteo. Llegué a pensar que tenía problemas respiratorios, quizás sinusitis o algo del estilo. Era casi imperceptible, pero estaba ahí.

Leo tosía alguna vez, sobre todo cuando daba caladas largas al cigarro rubio que se metía en la boca. Lo hacía en sus ratos libres para matar el aburrimiento. Era el único que fumaba en el *Camp* y se notaba que tampoco lo hacía con frecuencia. Parecía un pasatiempo, una costumbre o una forma de olvidar. Tosía porque no sabía fumar y el humo se le colaba por otro lado. Luego hacía esfuerzos para recuperar la respiración, dándose unos toques en el pecho y apagaba la colilla contra el suelo asfaltado sin haber fumado la mitad.

La respiración de Eli era un parque de atracciones. Podía sonar como un vendaval. Fuerte. Muy fuerte. Tenía una respiración que, sin ser profunda, te calaba dentro. Esa respiración no duraba mucho, eran instantes que terminaban respirando de forma entrecortada o más ligera. Y, a pesar de esa respiración tan extraña, me preocupaba más ese momento que dejaba de oírla. Dudaba de si permanecía segundos sin respirar o si su respiración era tan débil que no llegaba a mi oído. Le pasaba cuando estaba escribiendo conmigo y tenía que mirarla para comprobar que su pecho se hinchaba. Ella me devolvía esa mirada y seguía respirando, ajena a mis miedos.

Aritz también respiraba de una forma especial. Lo de él era más preocupante que los anteriores juntos. Respiraba como si viviese ahogado. Sí. Eso era. Como si se estuviese ahogando en mitad del océano. En silencio. Sin llamar la atención. Como los chicos que se caían de la tabla y tardaban segundos en salir. Buscaban el aire que les faltaba y que no llegaba. Esa respiración suplicante que se escucha desde la orilla, pero en la nada. Así respiraba Aritz. Sin abrir la boca exageradamente y sin tener las pupilas dilatadas. Hinchaba mucho su pecho. Rápido. Muy rápido. Lo soltaba de golpe y volvía a hincharlo. Aritz se ahogaba por dentro, en su propio cuerpo.

Nunca me había percatado de las respiraciones ajenas y, tal vez, si no hubiese pasado horas muertas, jamás habría visto esos pequeños detalles de las personas. Llevaba demasiado tiempo sin relacionarme y sentí que salía de nuevo del cascarón. Asomé la cabeza y el exterior me sobrecogía. El mundo era amplio y las personas diversas. ¿Qué había visto yo? Pensé en lo poco preparada que estaba para vivir. Pasarle mal no era sinónimo de madurez. Pasarle mal no se asemejaba a vivir la vida más rápido que los demás. Pasarle mal significaba sobrevivir, agarrarte a lo que tenías y dar gracias cada vez que caminabas.

Sobreviví.

Me faltaba vivir. Pero ¿cómo hacerlo si no sabía ni por dónde empezar? Pensé que... fijándome en los demás, podría conocer un poco lo que me rodeaba y entenderles. Ponerme en su pellejo, aunque nunca fuese el mío.



Quería organizarme. Hacerlo bien. Adelantar el trabajo de esa semana para tener más tiempo libre. Venía Nieves y necesitaba pasar el tiempo con ella para recargar mi batería, que estaba agotándose. La echaba mucho de menos porque sus abrazos eran más reconfortantes que los que me daban en el *Camp*. No es que los otros fuesen incómodos, me gustaban y los agradecía, también los buscaba, pero los abrazos de Nieves eran como el calor de una chimenea en invierno.

Hablar con Aritz y solucionar nuestras diferencias me ayudó para despejar mi mente. No quería estar siempre a la defensiva porque me ignorase la mayor parte del tiempo. O nos ignorásemos. No lo sé. Creo que todo era algo tan mutuo como inocente. Actuábamos sin darnos cuenta de que nos hacíamos daño sin querer.

Fue bonito estar con él. Compartir tiempo en mi lugar personal. No me incomodó su presencia y los silencios fueron agradables.

Me escuchó. ¿Podría resultar excesivo decir que pocas veces me sentía escuchada? Porque no era lo mismo oír que escuchar. Había una fina línea que separaba una cosa de la otra. Oír es demasiado sencillo cuando conservas la audición. La vida es una sucesión de ruidos, golpes o melodías. Oímos sin darnos cuenta de que hay personas que merecen ser escuchadas. Él lo hizo, me dejó hablar, preguntó cuando no sabía algo y, aunque no profundizamos más, sentí su comprensión.

—No puedo creermelo que tengas casi todo —dijo Anne cuando estábamos comiendo.

Después de la comida, tocaban los viajes para recoger a los nuevos alumnos. En ese *Camp* había gente más adulta. No me refiero a personas de la tercera edad, sino que la mayoría tenían más de veinticinco.

Me pregunté si con ellos las cosas serían igual que con los más jóvenes y si los ruidos nocturnos cesarían o aumentarían en cuanto a volumen. Pensé en Nieves, en si se convertiría en uno de esos animales que sufrían cambios a medianoche.

Sí. Pasaría. Era mi mejor amiga y la conocía demasiado.

—Seguiré estando y cumpliré con el horario de la tienda.

—No seas tonta. Yo puedo quedarme cuando esté libre —añadió Kat.

Me relajaba eso, el compañerismo, que entendiesen que necesitaba estar con mi mejor amiga la única semana de verano que podría estar con ella.

—¿A qué hora llega? —preguntó Leo.

—A las 17:05. La recoges tú junto con otros dos chicos de León —respondí.

—Te la cuidaré.

—Más te vale —dije en tono amenazante y todos rieron.

Estaba bien estar entre ellos. Se comportaban como una gran familia en la que todos se ayudaban y ponían las cosas fáciles. Me gustaba mucho. Y me hubiese gustado más si me sintiese integrada. No era culpa de ellos lo que estaba pasando: había algo en mi interior que por mucho que intentase ignorar, aparecía para recordarme que en octubre volvería a Madrid y que esos lazos dejarían de estar. Tenía miedo de que estuviesen demasiado prietos, de hacerme

ilusiones con algo que nunca tuve y que desapareciese con la caída de las primeras hojas que anunciaban el otoño. Era un baño de realidad.



—¡Vicky! ¡Vicky! ¡Vicky!

Nieves estaba regalando un espectáculo bochornoso. Juraría que hasta Eli se tapó la cara para no verla.

Vino hacia mí corriendo y se olvidó de coger su maleta. O no. Puede que esperase que Leo ejerciese de botones y que se la llevase hasta su habitación. Tonto él, la sacó de la furgoneta y me miró divertido.

Puse los ojos en blanco mientras Nieves me destrozaba las costillas con el abrazo. Había traído una maleta enorme, aunque le había repetido hasta la saciedad que no era necesario. Iba a regalarle una de las sudaderas que teníamos en el *Camp* para que se abrigase por las noches si salíamos a dar paseos por la playa. ¿Hacía falta algo más? Poca cosa. Unos pantalones, camisetas de tirantes o bikinis tampoco abultaban tanto. ¿Para qué traía esa maleta que, por la cara de Leo, parecía llevar piedras?

—Vas a matarme.

—¡Estás morena! ¡Tú! No puedo creérmelo. Enséñame las tetas —dijo levantándose la camisa.

Me apuré para sujetarla y escuché las risas de Eli, que estaba muy cerca. Tan cerca que lo lógico fue presentarlas.

—Eli. Esta es Nieves.

—¿Tu amiga de Madrid?

—¡Anda! Pero si soy famosa —dijo Nieves poniendo ese tono tan ridículo.

—Puedes hablarme normal —contestó Eli tendiendo su mano.

Reí. Fue más por la cara de Nieves, que no se esperaba esa reacción a pesar de estar avisada. Le había hablado de Eli, de lo especial que era y siempre respondía lo mismo: «como todos los niños».

No. No todos lo eran. Ni tampoco los adultos. Cada uno tenemos una personalidad y todos somos importantes, pero hay algunos que tienen la suerte de ser como un faro que guía a los demás cuando están a la deriva. Eli tenía ese poder. Era el faro que iluminaba la costa para que todos llegasen seguros.

—¡Jake! —grité, porque me pilló por la espalda y besó mi nuca.

Me abrazó por detrás y vi la mirada de Nieves. Sabía perfectamente lo que estaba pensando. Por más que le hablase de los del *Camp*, creía que exageraba. Y no, les describí tal cual eran, sin filtros. Lo hice y no quiso tomarme en serio.

A Jake lo adoraba y no me importaba su exceso de cariño ni que me apretase fuerte porque así podía notar mis tetas. Sabía qué decirme para no incomodarme y sacarme varias sonrisas mientras intentaba quitármelo de encima.

—¿Eres la amiga de mi princesa?

—Eso parece —respondió ella y le tendió la mano—. Encantada, soy Nieves.

Jake sonrió descaradamente y me soltó para coger su mano. Tiró de ella y le dio dos besos que consiguieron ruborizarla. Así era Jake. Un conquistador nato.

—¿Te gustan los perros? —preguntó Eli señalando a Nube.

—Sí...

Mentira. No le gustaban. Es más, sentía pánico. Decía que todos eran horribles bestias que habían caído a la Tierra para dominarnos junto a los gatos y creía que se abalanzarían sobre ella como si fuese una pata de jamón.

—Se llama Nube. Te dejo cuidarla.

—Gracias —respondió.

Eli corrió hacia Aritz y él nos saludó con la mano desde la distancia. Estaba liado con los alumnos que habían llegado.

Por la mañana, se había interesado en el reparto para liberarme del trabajo y llevarlos hasta su habitación, cosa que me correspondía a mí. Supongo que fue una manera de redimirse por lo que había pasado con Julia.

—Ven. Te llevaré a tu habitación.

—¿Y la maleta?

—La maleta la llevas tú.

Jake seguía ahí. Riéndose. No sé de qué exactamente, si de Nieves o porque solo quería caer bien a mi amiga. Jake era como una fábrica de sonrisas.

—La llevo yo.

—¡Ay! Gracias —contestó poniendo la mano sobre su brazo—. Es que estáis todos tan fuertes...

¿Qué podía hacer con ella?

—Llévala a la cinco de aquí —dije señalando el mismo edificio en el que dormía yo.

Jake afirmó y se adelantó.



Sé que Nieves esperaba otra cosa. Creía que sería como estar en Hawái y el *Camp* no tenía nada que ver con ese tipo de vacaciones. Ni parecido. No había hibiscus adornando cuellos ni camareros preparando piña colada. Las habitaciones eran funcionales y el ambiente olía a sal de mar. Belleza simplificada.

—¿Y mi llave de la habitación? —preguntó Nieves cuando entramos.

—Toma —dije alargando la mano para darle una.

Empezó a reírse y me contagió.

—Venga ya. Vaya mierda de broma. Dame la de verdad.

Intentó devolverme la llave, pero no se la cogí porque era la suya, la de verdad.

—Es la llave de la taquilla. La número tres, como tu cama.

—¿Estás quedándote conmigo?

—No. Mete tus cosas en la taquilla.

—Pero ¿cómo voy a meter mis cosas en esa mierda de taquilla? —preguntó señalando las seis taquillas que estaban en el otro extremo de la habitación—. ¿Tú has visto la maleta que he traído?

Reí. Me reí mucho por cómo la señalaba.

—Te dije que no trajeses tanto, porque no vas a necesitarlo. Aquí la gente se pone casi siempre lo mismo.

—¿Y si salimos y conozco al hombre de mi vida? ¿Quieres que vaya como una pordiosera?
Era imposible dejar de reír con ella. No tenía remedio.
—Deja lo que vayas a usar en la taquilla y te guardo la maleta en mi habitación.
—Vale —respondió no muy convencida—. Pero dame la llave de la puerta.
—Te repito que no hay llave para la puerta.
—¿Y si se mete algún perturbado y me viola?
En ese momento, pasó Leo por el pasillo y frenó en seco.
—¿Quieres dormir conmigo para estar tranquila?
Nieves se ruborizó otra vez y me eché a reír, porque sabía que todo era una broma.
—Aquí no pasará nada. Y, si hay algún perturbado, es mejor que las puertas no estén cerradas
—dije guiñando el ojo a Leo.
Él se marchó y miré a Nieves, que intentaba recuperar el color de sus mejillas tras el corte de Leo.
—Oye, pues... no me importaría dormir con él.
Puse los ojos en blanco. Nieves no tenía remedio, pero me gustaba tal y como era. Tan espontánea y sin filtros. Tan ella. Mi mejor amiga estaba cerca y empecé a encontrarme mejor. Era triste, pero desde que murió la abuela, pasó a convertirse en mi persona favorita.

Solo la tenía a ella.

16. *Solo está buena*

ARITZ

La amiga de Vicky podría ser el perfecto ejemplo de lo que esperaba cuando la vi a ella llegar por primera vez al *Camp* y no quise juzgarla antes de tiempo porque ya me había confundido demasiado con Vicky. Sería un imbécil si me ocurría lo mismo con su amiga, pero no podía negar que ella no tenía nada que ver y que su actitud parecía ser la de una persona a la que le gustaban las cosas hechas.

«¿Dónde piensa que está?». Fue lo primero que me pregunté cuando la vi. Salió corriendo de la furgoneta y dejó a Leo solo con una maleta gigante de la que no tendría que encargarse. Me alegré de que no llegase a ser tan gilipollas y se la colocase al lado. ¿Qué se creía? ¿Que íbamos a llevársela? Pues sí. Y Jake fue un estúpido haciéndolo.

¿Y esos gritos de loca? A ella no le importó, pero el resto nos giramos, porque nunca habíamos oído gritar a nadie así. Los pulmones le debían funcionar a las mil maravillas. Eso fue lo único que tuve claro. Y que mentía. Eli dijo que la amiga de Vicky le había mentido, que no le gustaban los perros, pero que aseguraba que sí. Eli pillaba las mentiras mucho más rápido que cualquier adulto. Era algo que me hacían sentir orgulloso de mi hija, su capacidad para darse cuenta de cuándo la estaban engañando.

∞∞∞

—Está buena —dijo Jake sacándome de mis pensamientos.

Era un martes tranquilo. No tenía nada que ver con las primeras semanas. Ya no había tantos jóvenes y los que venían se interesaban más por el surf que por otras cosas.

Jake y yo aprovechamos que Eli estaba entretenida intentando hacer posturas de yoga con Kat para salir a la playa con nuestras cervezas. Solíamos sentarnos en un banco de piedra y mirábamos al mar y a los que estaban dentro. Imaginábamos el movimiento que habríamos hecho para coger la ola o criticábamos al tonto del turno. ¿Quién dijo que eso era cosa de chicas? Yo me lo pasaba increíble criticando con Jake. Y no éramos crueles. Creo.

—¿Quién? —pregunté mirando a mi alrededor.

—La amiga de Vicky —respondió señalándola con la cabeza.

Caminaban por la orilla y no la había visto. Iba con Vicky, y, por sus gestos, parecía que se lo estaban pasando bien.

Compartí alguna frase con Nieves. Nada del otro mundo, pero me sirvió para darme cuenta de que, a pesar de sus excentricidades, era una chica divertida.

Vicky se sentía muy cómoda a su lado y se reía más que con nosotros. No es que me incluyese en el lote de personas con un gran sentido del humor, porque no era como el resto, pero

cuando Vicky bromeaba con ellos, sentía que no estaba dando todo lo que podía dar. Unas horas con Nieves bastaron para confirmar mis sospechas. Parecía otra, como si se sintiese más liviana y menos presionada por encajar.

—No está mal —respondí mirando a dos tíos peleando por la misma ola.

—¡No me jodas, Aritz! Está buenísima. No puedes negar la realidad.

La miré disimuladamente y sí, estaba buena. Era bastante más alta que Vicky y sus curvas lucían proporcionadas. Tenía buenos pechos y le gustaba vestir ligera de ropa. Presumía de cuerpo llamativo, nada que no hiciésemos el resto de los que estábamos allí. Excepto Vicky, que se cubría más. Si se ponía la parte de arriba del bikini, llevaba pantalón y si decidía ponerse las bragas, arriba llevaba una camiseta para no enseñar más carne de la que consideraba necesaria. Pensé que era ridículo esconderse, porque allí todos nos habíamos visto el cuerpo, incluido el de Mari. El pudor y Vicky parecían ir de la mano.

—¿A ti no te gustaba Vicky? —pregunté para joderlo un poco.

—Y me gusta, pero yo no voy a negar que su amiga esté buena.

—Lo que tú digas.

—¡Venga, tío! Si sabes todo lo que estoy esforzándome con ella. Creo que le gusto de verdad y que por eso se está haciendo la difícil.

Solté una carcajada. Jake parecía estar convencido de lo que decía. Pensé que no podía ser eso, pero también podía equivocarme.

Recordé mi charla con Vicky y tenía pensamientos recurrentes. Dijo que quedaba con chicos que conocía en aplicaciones porque no tenía tiempo para la vida social. Ahora tenía tiempo y... ¿por qué narices se negaba? A Jake, Elvis, Leo y algunos alumnos que se pillaron por ella. Ninguno era feo y follar, follábamos todos. Vicky lo sabía. Nadie iba a juzgarla porque echase un puto polvo en su habitación. Dijo que tenía sus necesidades, pero en el *Camp* no las estaba cubriendo. ¿Eso que podía significar? ¿Que Jake tenía razón?

—Y, mientras te lo pone difícil, estás pensando en follarte a su mejor amiga.

Obvio que estaba imaginandoselo y que lo intentaría. Jake no era de los que se quedaban a esperar. Actuaba.

—No tenéis remedio —escuché a Anne por la espalda y me sobresalté.

Venía con Kat, que había terminado su clase.

—¿A que está buena? —preguntó Jake para que le diesen la razón.

Anne y Kat se miraron entre ellas y negaron con la cabeza. Estaban más que acostumbradas a ese tipo de conversaciones. Jake solía bromear con que teníamos suerte de que estaban juntas porque, si no, habría menos tías para él.

—Es demasiado —respondió Kat.

—¿Cómo que demasiado? ¿Demasiado potente? —preguntó él, con su sonrisa socarrona.

—Eres imbécil. Está bien, pero como conjunto está mucho mejor Vicky.

Miré a Kat, pensaba exactamente lo mismo que ella.

Vicky era un conjunto de muchas cosas y, con los días, pude verlo. Tenía buen cuerpo y el moreno que había cogido le sentaba francamente bien. Sus ojos se veían más claros y grandes que nunca. Era preciosa, pero no había sido capaz de verlo por gilipollas. A eso, tenía que añadirle una personalidad única, la que tampoco vi.

Su amiga estaba buena, pero, al hablar, sabía que nunca sería lo mismo y que no habría ese conjunto de cosas.

—En la escala del cero al diez, ¿qué le dais a Vicky y qué le dais a Nieves?

—Pero ¿tú eres tonto? —dijo Anne dándole una colleja cuando se sentaba a su lado.

—¡Joder! ¡Pareces un tío pegando!

—¿Y cómo se supone que pegan las tías? —preguntó Kat dándole otra.

Me reí. Era verlas y conseguían sacar una parte de mi personalidad que estaba enterrada. Culpabilizaba a varias personas de ese cambio que sufrí con el tiempo y a base de palos, pero también dependía de mí.

A mis padres les culpaba de mi mal humor por el poco apoyo que tenía en ellos y por sus habituales reproches. Mi madre no era como él, pero tampoco ocultaba que no estaba satisfecha con mis elecciones. Lo disimulaba por Eli y ya está.

Cuando tus padres te critican constantemente, te apagas sin darte cuenta. Eso me sucedió, que iba dejando que mi humor me amargase. No lo hice queriendo, fue inevitable. Pasó y me arrepentía de no haber sido más fuerte. Creí que volvía a ser el que fui en Galicia, pero el cambio era un espejismo y recuperaré mi peor versión al quedarme solo con Eli.

Pero... ¡joder! ¡Yo no era así!

—Trae. —Kat me quitó el botellín de la cerveza y le dio un sorbo antes de sentarse con Anne

—. ¿De verdad que nunca os habéis planteado algo más serio?

—Yo con Vicky, pero no quiere. —Soltamos una carcajada los tres. Jake parecía molesto—. Lo digo en serio. La llevaría conmigo a todas partes.

—¿Y tú crees que querrá algo contigo después de lo que está viendo? —preguntó Anne.

—¿El qué?

—¡Joder, Jake! Pareces tonto. ¿Te crees que no lo vemos? Eres el que menos disimula.

—Si estuviese con ella, me olvidaba de las demás. Lo juro.

Volvimos a reír. No se daba cuenta de su actitud. Jake era un poco corto para esas cosas.

—Si de verdad te gustase, dejarías de follar con cualquiera —respondió Kat.

—¿Y si hablo con ella? Le digo que lo que ha pasado estos días no es nada serio.

Volví a reír, pero de vergüenza.

—Mejor ni lo intentes —contestó Anne—. Yo creo que Vicky está bien así. ¿Es que te piensas que todas las mujeres necesitan un hombre a su lado?

—¿Es como vosotras?

La colleja que le dio Anne me retumbó en los oídos.

—¡Joder! ¡Vas a matarme! —gritó frotándose la nuca.

—Ahora dime que pego como un hombre.

Con ellos, no sabía si reír o asustarme por la intensidad de sus acciones.

—Tampoco he dicho nada malo. Lo has insinuado tú.

—No he insinuado nada de eso. Me refería a que ella no necesita tener una relación. Está bien así, sola. Pero, si le gustasen las chicas, estoy segura de que no le faltarían candidatas.

—Estás muy callado tú —dijo Kat sacándome de mis pensamientos—. ¿No te gustará a ti también?

—¿A mí? —pregunté ofendido—. Ya sabes el tipo de tías que me van.

Negó con la cabeza y me sentí gilipollas.

Lo hice para protegerme. Las tías con las que solía pasar un rato no tenían nada que ver con Vicky; se parecían a Nieves, estaban buenas y ya está. No quería pasar la noche con ellas ni mucho menos tener conversaciones profundas. Quería correrme. Solo eso. Placer. Descargar. Subirme el pantalón y pensar en otra cosa. Pero, desde que pasó lo de Julia, me planteé mi papel en el mundo. ¿Esa sería mi rutina durante los siguientes años? ¿Follarme a las alumnas? Dudé

hasta de mí mismo, dudé de lo que hice a las chicas que conocí después de tener a Eli, dudé de ser buena persona y dudé porque no sabía si de verdad quería lo que estaba haciendo. Yo no era así. Me convertí.

Y fue Vicky quien me llevo a plantearme muchas cosas. ¿Qué podía contestarla a Kat? Sabía que, si dejaba dudas, me insistirían en algo que no sabía ni yo.

Me gustaba y lo negaba, pero me gustaba. Lo que no sabía era de qué forma. Si solo me gustaba porque ella estaba abriéndome los ojos y se llevaba bien con Eli o porque había algún sentimiento que desconocía.

No lo sabía,
pero sí sabía que no estaba preparado para averiguarlo.

17. Falsas apariencias

VICKY

—¿Puedo confesarte una cosa?

—Dime —respondí mirando un escaparate donde había muchos jabones artesanales.

Nieves me suplicó volver a la civilización y era miércoles. Sabía que llegaría ese momento, pero no que sucediese tan rápido. Pensé que le bastaría con las vistas que había en el *Camp* y que se recrearía con los abdominales durante unos días. Pero no. Solo necesitó dos horas para decidir que los abdominales perfectos eran los de Aritz.

Quise desaparecer o quedarme sorda. Me habló del recorrido que haría con su lengua por cada uno de los recovecos que había en esas seis onzas de chocolate y, después de escucharla, me costó mirar a Aritz sin que los ojos me traicionasen. Creo que se me escapó una sonrisa y que fue por imaginarme la lengua de Nieves ahí. ¿No podía habérselo ahorrado? Ella se iría el domingo, pero yo seguiría en Razo. Viéndolo.

El primer día sirvió para contarnos las novedades que ya sabíamos, y el segundo para dar un paseo por la playa y enseñarle el pueblo. Sabía que no era lo suyo porque las dimensiones de Razo se reducían a un montón de casas distribuidas en un perímetro más bien pequeño. Tenía dos restaurantes, a los que solía ir con Anne y Kat cuando queríamos comer algo diferente, el O Cordobés y la Tasca O Codo. También había otro al que no íbamos, porque lo frecuentaban los alumnos y los monitores del otro *Camp*. No es que nos llevásemos a matar, pero preferíamos guardar las distancias.

Mi lugar favorito era la panadería Seoane, la única que había. Me alegraba que lo fuese para no tener que escoger entre dos o más. Allí me escapaba cuando quería un cruasán o una empanada.

Expliqué con toda mi ilusión esas cosas a Nieves y no pudo reprimir un bostezo forzado. Lo hizo con la boca bien abierta, para que no pasase desapercibido, y, después, preguntó si al día siguiente podía llevarla hasta la civilización para comprarse un champú decente, porque el del *Camp* iba a destrozarle el pelo. Así, tal cual.

No entendía que la belleza de ese sitio era el entorno rural y que lo poco que había lo hacía grandioso. Nieves era incapaz de sentarse más de un minuto callada y observar el mar. La nada. El infinito. No apreciaba algo que nunca vería en Madrid. Y creí que yo también era así, que seguía teniendo esos trocitos de ella, que necesitaba edificios y gente a mi alrededor para sobrevivir. Pero no. En Razo las cosas estaban cambiando y ya no sabía lo que me gustaba. Si era una mezcla de ambas cosas o si todavía no había encontrado el lugar del que sentirme parte. Pero ¿Nieves? Nieves no, sabía lo que quería. Nieves necesitaba urgentemente el champú para su pelo y la tía Mari nos dejó su furgoneta para que la llevase a Carballo.

Resultó sencillo aficionarme a esa Peugeot blanca del 2009 que se utilizaba también para el traslado de los alumnos. En Madrid tenía el Clio que compró la abuela y pasé miedo cuando

Mari me dejó la furgoneta por primera vez. Creía que me estrellaría contra algo, que el volante o los pedales estarían más duros y que, desde esa nueva perspectiva, haría eses en la carretera como si hubiese bebido unas copas de más.

Nada de eso.

Me encantó. ¡Qué digo! Me sentí poderosa llevando la furgoneta de la tía. Siempre me pregunté por qué se compraría aquel vehículo tan grande estando soltera y si el *Camp* tuvo algo que ver.

Entendí la verdad. La furgoneta te daba cierto poder. Yo lo sentí. Sentí que cogía el timón de algo. Que era la dueña de una porción de lo que me rodeaba y que podía coger las riendas durante el tiempo que pasaba al volante.

—No te lo tomes a mal. Anne es una instructora estupenda y hace todo lo que puede, pero no creo que me ponga de pie sobre esa tabla. No es lo mío.

No lo podía en duda y por eso me hizo gracia. La razón por la que añadí a Nieves en el grupo de Anne es porque ella se encargaba de los que no tenían experiencia. Debí crear otro para la ocasión, un grupo de los que no tenían ni ganas.

Pero no lo hice y ya era demasiado tarde.

—Te entiendo. Tampoco es lo mío.

—Pero a ti te gusta esto. Si no llegas a estar tú, me muero de asco.

Nieves podía llegar a ser demasiado sincera y dramática con sus explicaciones.

—Me gusta ahora, para la situación que estoy viviendo. Pero no sé si lo elegiría como lugar permanente.

Llevaba varios días sin llorar, cuando al principio lo hacía a diario. A veces, eran unas lágrimas, y otras me inundaba la pena, porque sabía que, cuando regresara a Madrid, la casa de la abuela se me quedaría grande. Podía decir que era mi casa, pero una parte de mi cerebro se negaba a aceptarla como tal. Mi cabeza explotaba al pensar en esas cosas.

Todo era un caos. Mi interior empezó una guerra y parecía que nunca terminaría. Me reía cada vez que Kat decía que envidiaba mi tranquilidad.

Falsas apariencias.

Lo que mostraba era superficial y poco importante, pero lo que me guardaba para mí solo se lo enseñaba a quien me conocía de verdad, a Nieves. La única a quien podría dar mi interior sin miedo a que lo tirase en una hoguera.

Y, aún así, sentía que no me conocía del todo porque escondía cosas.

¿Quién nos conoce de verdad? Piénsalo.

No la parte buena, sino la parte más interna y amarga de nosotros, esa que tenemos todos, pero que no somos capaces de admitir, porque enseñar una parte puede significar rechazo. Es más práctico mostrar el envoltorio que nos recubre.

—Ya... —respondió sin estar convencida.

Dejamos la conversación y entramos en la tienda.

No quería caer, pero caí. Los jabones artesanales tenían algo que los hacía más especiales que el resto. El olor, la mezcla y la forma de llevarte a otro lugar sin moverte.

Compré un jabón solido de chocolate porque me recordaba a las tardes de domingo, cuando mi madre preparaba chocolate caliente. Era diferente a otros, porque le añadía un poco de canela. Y el jabón también olía a esa canela. A mis recuerdos. A los bonitos. A los que no quería olvidar. A los que me ayudaban para seguir adelante cuando tenía un día malo.



—Esto sí que es una tarta —dijo después de lanzar un gemido exagerado.

Entramos en una cafetería que me había recomendado Leo, donde tenían tartas de todo tipo. Nieves escogió una Red Velvet y yo la de manzana. ¿Por qué? Recuerdos. Aquel día primaron los recuerdos. La abuela preparaba la mejor tarta de manzana que había comido nunca.

Lo que más me gustó de la cafetería fue su inspiración francesa. Las sillas y mesas eran de forja y había muchas flores adornando la estancia. Las paredes tenían un papel de rayas blancas y rosas. Fotografías antiguas rompían esa monotonía. Estaban enmarcadas con marcos ornamentales dorados. Del techo colgaban varias jaulas vacías con la puerta abierta.

Libertad. Pensé que simbolizaban la libertad.

—Llevaré un trozo a Eli. Seguro que le gusta —dije señalando mi tarta.

Podría colarle a su padre que el principal ingrediente de la tarta era la manzana y que la crema estaba hecha con leche. Pura proteína. O que las nueces picadas eran buenísimas para el corazón. No sé. Seguro que me inventaba algo creíble para que pudiese darse ese capricho.

—Ese diablo te ha robado el corazón.

—¿Diablo? ¿La llamas diablo por ser lista?

—No. La llamo diablo porque me mareo solo de verla. ¿De verdad que siempre es así?

La hiperactividad de Eli no pasaba desapercibida, pero no era justo, porque también tenía momentos tranquilos y nadie parecía darse cuenta. Siempre resaltaban lo mucho que se movía o lo floja que tenía la lengua y eso se llamaba sinceridad. Eli era una niña demasiado sincera y el mundo no estaba preparado para algo así.

—No, te he dicho que no. Cuando está conmigo en el despacho, se sienta y escribe. Puede estar una hora o algo más.

—Es imposible imaginarme a Aritz como padre soltero de esa criatura.

—¿Por qué no dejas de cuestionarlos a todos? ¿Nuestra vida es perfecta?

Dejé muda a Nieves con mi réplica. Era rara la vez que me enfadaba hablando y la pillé desprevenida. Estábamos de acuerdo en la mayoría de las cosas. En pocas ocasiones discrepábamos y, cuando lo hacíamos, el respeto siempre estaba presente. Pero sentí que estaba juzgando algo que no conocía y que tenía que defenderlos.

—No. Tienes razón. Es que...

—¿Qué pasa?

—Supongo que suena egoísta, pero si les critico te gustará un poco menos estar aquí y... Ya sabes.

—¿Ya sé? No, no lo sé.

—Volverás.

Me hizo gracia y a la vez me inspiró ternura.

—Me guste o no, volveré a Madrid.

—¿Estás segura? —preguntó y afirmé—. Está bien. Lo siento. Siento estar criticando todo esto, pero ya sabes que vine por ti y por ver a los tíos sin camiseta.

Volví a reírme y nos relajamos las dos. No servíamos para estar enfadadas.

—Pues ya sabes que no miento. Esa es mi visión diaria.

—Tienes una suerte...

—Me encantan los días de tormenta para verlos con más ropa —bromeé.

—Sigo sin entender por qué rechazas a Jake de esa forma. ¿No te da pena?

—No —respondí tajante—. Y ya te lo expliqué: no quiero tener nada con ningún compañero ni alumno. No lo veo, lo siento. Me da igual que los demás follen como desesperados.

—¿Y si fuese Alan?

Me tensé. No quería hablar de él, porque...

Dolía mucho y a veces lloraba por algo que fue fugaz y que formaba parte de un pasado no tan lejano. Lo hacía cuando cerraba los ojos y me imaginaba su cuerpo. Sabía que no volvería a verlo, pero dejé que me marcara la última noche y su recuerdo seguía presente.

Fue inteligente y se encargó de que no lo olvidase nunca. Mi último pensamiento antes de dormir era él. Su cuerpo. Su cara. Sus cicatrices. Todo aquello estaba grabado en mi cabeza y era imposible sacarlo.

—Nadie es Alan.

—No, nadie es Alan. Aún no me creo que fuesen *gigolós*.

Miré a mi alrededor por si nos escuchaban. Carballo era un lugar pequeño y temía encontrarme con alguien.

—Un trabajo no te define. Eran buenas personas y nos ayudaron.

—No. No nos ayudaron. Nos dieron un viaje increíble que no vamos a olvidar nunca.

Sonreí. Tenía razón, pero el problema de no olvidar ciertas cosas hace que siempre las compares con otras, como cuando Jake me abrazaba por que sí, pensaba en los abrazos de Alan que no tenían nada que ver. Él también me pillaba desprevenida por la espalda, pero transmitía una electricidad fuera de lo común y después, mucha calma.

¿Por qué tuve que sentir? ¿Por qué no pisé el freno a tiempo? Eso era lo que me daba miedo. Sentir algo más que placer, algo que me llevase a dudar de mis convicciones, que diese la vuelta a mi mundo y que me dejase tocada porque no había nada que hacer.

Con Alan podía hablar sin palabras. ¿Y con Jake? Jake no paraba de bromear. Sabía que era su forma de conquistar a las chicas. Caían como fruta madura y él aprovechaba su carisma. Pero ese carisma no tenía el mismo efecto.

El «efecto Alan» era lo contrario.

Devastador.

18. Hueca

ARITZ

La semana estaba siendo rara desde el lunes, justo cuando llegó la amiga de Vicky. Nieves no tenía la culpa, porque era normal que quisiera estar con ella. Ni la tenía Vicky, que cumplió con su trabajo y me ayudó con Eli. Seguía ocupándose de ella por las mañanas mientras yo me dedicaba a lo mío.

Las espiaba cuando regresaba al *Camp* para cambiarme el traje, darme una ducha y quitarme la sal antes de ponerme otro seco. Nunca nos metíamos directamente en el agua con las tablas. Primero hacíamos ejercicios sobre la arena para calentar y era incómodo hacerlo con el neopreno mojado. Tenía justo media hora y apenas me daba tiempo a volver, ducharme y secarme. Después, daba clase al siguiente grupo. En ese breve espacio de tiempo que tenía, aprovechaba y pasaba por la tienda o la oficina para verlas. Sí, a las dos. Intentaba que no me viesen. Me gustaba pasar desapercibido y fijarme en los detalles.

Mi momento favorito era cuando pillaba a Vicky observando a Eli. No sé qué pretendía encontrar, la miraba con atención y sonreía contagiándome. Me hubiese quedado horas, pero tenía clase y no quería ser descubierto.

¿Y por qué estaba jodido esa semana si todo parecía ir bien?

Su tiempo. El que le pertenecía. Lo usaba para estar con Nieves y apenas nos dirigíamos frases de cordialidad cuando nos cruzábamos. No es que antes fuese diferente, porque apenas hablaba con ella, pero había esperado que, desde el último domingo, nuestras conversaciones cambiaran a mejor.

Pero no. No sé si dimos pasos atrás o yo estaba siendo demasiado egoísta. Ni Vicky ni su tiempo eran míos.

¿Qué fue de aquel propósito de empezar de cero? ¿Para ella no tenía ningún valor? ¿Haríamos lo mismo que hicimos al principio?

Estaba rayándome mucho e hice cosas que en plenas facultades mentales no haría. Como esa noche, cuando acosté a Eli y me olvidé de que era sábado.

Otro sábado cualquiera hubiese aceptado la proposición de alguna alumna. Esa semana tuve varias, y la de Gina, una estadounidense que vino a pasar sus vacaciones a España, me atrajo de sobremanera. Tenía veintiséis años y estaba tremenda. Rubia y ojos azules que me recordaban a los de la madre de Eli. Se diferenciaban en que Gina tenía unos pechos enormes y la vista se me iba a ellos cuando paseaba por el *Camp* en bikini. Se insinuó en varias ocasiones y no dudó en mostrar sus armas. Juraría que el día anterior le vi un pezón intencionadamente y no fue un descuido como ella dijo.

La rechacé. Era la primera vez en mi puta vida que rechazaba a una chica así. No sé por qué lo hice y tampoco me arrepentí mucho.

¿Y qué hacía en vez de acostarme con ella? Espiar a Vicky y a Nieves.

Surgió sin querer. Salí a recoger las necesidades de Nube y estaban viendo el televisor con el volumen bajo. La ventana se encontraba abierta, se las escuchaba con claridad y no pude luchar contra las ganas de saber de qué hablarían dos chicas como ellas.

Allí estaba, apoyado bajo la ventana, esperando que nadie me viese.

Como un puto perturbado.

Robé secretos y me sentí como un mierda. Escuché cosas demasiado personales sin que nadie me hubiese dado permiso. Cosas íntimas y dolorosas. Hablaban sobre la abuela de Vicky, concretamente del deterioro y de los días que no se acordaba de nadie.

Fue duro escuchar que, a veces, Rita —creo recordar que dijo ese nombre— pensaba que era una niña o un bebé y que tenía que encargarse de ella como tal. Aseguró que no le importaba y que daría todo lo que le quedaba si pudiese abrazarla una vez más. Estuve a un segundo de marcharme, pero cambiaron radicalmente de conversación para no llorar y me quedé más tiempo.

Ojalá me hubiese marchado.

Hablaron sobre los chicos. Creí que descubriría alguna mentira de Vicky y me sorprendí al confirmar que lo de las aplicaciones de internet era cierto. Me costaba aceptar que una chica como ella necesitase algo tan frío. Pero, como dijo, también tenía necesidades. Ni entró en detalles íntimos ni le dio importancia a ninguno. Y fue raro. No sé, la veía como una chica tímida y enamoradiza. Nada era lo que parecía a simple vista.

El plato fuerte llegó con un comentario de Nieves.

—No ha estado mal, ¿no?

—Si obviamos que solo me he puesto de pie durante dos segundos un día... No, no ha estado mal.

Rieron y quería reír, pero me arriesgaba a que me escuchasen.

—Pero eso ya lo sabíamos.

—¿Sabes qué le ha faltado a mi semana?

—¿El qué?

—Un polvo con Aritz.

Hubo un silencio y pensé que escucharían mi respiración. Fueron tres segundos hasta que Nieves rompió a reír.

No lo sabía. Había notado algo, pero pensé que eran bromas de las suyas. A Nieves me costaba mucho pillarle el punto y dudaba de si decía las cosas en serio.

¡Joder! ¿Un polvo conmigo?

—No creo que te pierdas nada.

Y justo ahí, se me cruzaron los cables. ¿De verdad creía Vicky que podía ser tan malo en la cama? ¿Solo por lo que pasó con Julia?

—Yo creo que sí. Lo veo muy... ¿varonil? ¿Y has visto qué manos tiene? Dicen que cuando las tienen tan grandes, la polla....

—¡Eh! No sigas.

Jodió. Nieves estaba hinchándose el ego y Vicky cortó en la mejor parte.

—¿Por qué? ¿No será que no quieres que te lo quite?

—¿A mí? Puedes hacer lo que quieras. Aritz no me sirve ni para un polvo.

Dejé de escuchar porque, si me quedaba, terminarían descubriéndome. Tuve que levantarme con cuidado para pasar desapercibido y caminé hasta la arena. Quería gritar. ¡Joder que si quería! Vicky no sabía lo que era capaz de hacer en la cama y estaba menospreciándome como hombre. Había algunas cosas que no me diferenciaban del resto y el orgullo herido era una de ellas. Podía

soportar insultos y golpes, pero no una humillación sexual. Eso es lo que era: una humillación.

Cuando tocaban mi fibra sensible, actuaba sin pensar. No pretendo justificar mis actos, solía pensar las cosas en frío y actuaba después, pero ahí... Ahí se me fue la cabeza y me olvidé de todo. No pensé ni en quién era Nieves. Solo quería demostrarle a Vicky que se confundía y que yo era un hombre muy válido sexualmente.

Dejé pasar un tiempo prudencial. Esperé premeditadamente para que creyesen que era una casualidad. Una casualidad que busqué al acercarme a ellas.

—¿Nieves?

Alzaron la vista. Se encontraban en el mismo lugar y parecían sorprendidas de verme allí. No saludé, simplemente fui directo.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar a solas?

Su cara de sorpresa me ayudó a no echarme atrás. Ella miró a Vicky como si esperase su permiso y Vicky se limitó a mover un poco la cabeza. Nada más. Fue un gesto casi invisible.

—¿Me esperas?

—Sí. Si tardas y no estoy aquí, ven a mi habitación.

Ya está. No hizo falta más. Di la mano a Nieves para ayudarla a levantarse y, cuando estuvo de pie, la sujeté por la cintura. Quería que quedasen claras mis intenciones y que lo viese Vicky. Fui un gilipollas. Pero ¿quién no ha hecho gilipolleces?

La llevé al garaje, porque allí había un sofá viejo donde se sentaban algunos alumnos para ponerse el traje. El motivo de escoger ese sitio fue porque tenía la llave y porque no quería que le contase que la follé en un lavabo. Eli estaba durmiendo en nuestra habitación y en la de Nieves seguramente estuviesen follando otros.



Follamos. Hice todo lo posible para que recordase el polvo y que lo disfrutara. Sabía perfectamente qué tenía que hacer para conseguirlo. Busqué su placer antes que el mío, pero, cuando vi que estaba casi al límite, tuve que coger velocidad porque no llegaba. Eran las consecuencias de echar un polvo por orgullo.

La besé en la boca y esperé a que se recuperase para levantarme.

—Voy a darme una ducha —dijo cuando estaba cerrando la puerta del garaje.

—Yo también.

Así. Sin más. Vi cómo se marchaba y no tuve dudas de que había disfrutado.

Misión cumplida.

Caminé hasta el baño de los instructores para meterme bajo el agua y quitarme su olor. Salí sin secarme y volví al lugar donde había escuchado la maldita conversación.



Vicky seguía en el mismo sitio. La sentí. Nos separaba una pared que parecía un mundo. Pasaron diez o quince minutos cuando Nieves entró de nuevo y me tensé.

—Pensaba que te habías marchado a la cama.

—No. Salió el programa ese de postres que veía con la abuela y se me fue el tiempo.

Escuché los pasos rítmicos de Nieves. Se acercó más. Estaba muy cerca y temí que me descubriesen. Iba a largarme otra vez, pero necesitaba saberlo todo. Quería escucharla decir que había sido el mejor polvo de su vida.

—¿No vas a preguntarme?

—¿Quieres que te pregunte?

Me parecía surrealista que Vicky no tuviese curiosidad por lo que había pasado entre nosotros. ¿Tan poco le importaba?

—Me sentiría mejor contándoselo a alguien.

—Pues desembucha, ya sabes que soy todo oídos.

Escuché un suspiro de Nieves y me preparé para un «¡*Menudo polvo!*!». Yo hubiese dicho eso de ser ella. Esas dos palabras aderezadas con miles de halagos hacia mi polla.

—Tenías razón, ha sido una mierda.

Se me cortó la respiración y tuve un amago de levantarme para decirle cuatro cosas. «¿Ha sido una mierda?». Eso era una puta mentira. Se había corrido y gritó. Si Vicky no la escuchó, fue porque me molesté en taparle la boca. Gritó, gimió y se retorció de placer.

—¿Algo más?

¿Cómo que algo más? ¿Qué pregunta era esa?

Nadie podría entender lo que me costaba callar cuando escuchaba mentiras. Nadie. Nieves estaba mintiendo, Vicky se lo creía como si hubiese dicho una verdad, y yo, yo quería decirles barbaridades.

—No sé cómo explicarlo. —Hubo un silencio largo y estaba mordiéndome las uñas porque no sabía lo que iba a decir—. Me he corrido. —¡Sí! Empezó a ser sincera y me calmé un poco—. Sabe dónde y cómo tocar para que te corras. —Quería darme golpes en el pecho como un orangután. Dijo justo lo que necesitaba escuchar—. Pero después me he sentido vacía. ¿Me explico? Nunca me había sentido tan vacía después de correrme. Estaba como hueco. No tiene nada dentro. Nunca había estado con un tío tan... Es difícil explicarlo. No había sentimientos de ningún tipo. Ni siquiera sexuales. Te juro que disfruto más con el succionador de clítoris que me regaló mi madre.

Escuché las risas de Vicky y ya está.

Me largué de allí. No tuve valor para hacer nada. Di un paseo por la playa y, en el momento en que pude pensar, pensé en que todo era una mierda.

Hueco.

Dijo que estaba hueco.

Y que no tenía nada dentro.

19. Cuando de verdad quieres...

VICKY

Hay un momento exacto en el que te das cuenta de que quieres a alguien de verdad, y es cuando se marcha. Justo ahí, al despedirte, eres consciente de lo mucho que te importa.

Lloras como si lo perdieses para siempre, aunque solo sean días, y sufres porque echarás de menos sus abrazos diarios. Esa persona te importa tanto que podrías vivir sin despegarte de ella. Te hace enfadar y reír a partes iguales. Saca lo mejor y lo peor de ti. Te dice las cosas buenas y no tan buenas, aunque duelan.

Ese hilo que te atrapa cuando la otra persona siente lo mismo. Es mutuo y es increíble. Es intenso y es doloroso.

Lloré y sufrí
porque Nieves se iba al día siguiente.

20. *¿Y si tenía razón?*

ARITZ

Estaba tan jodido que no pude dormir. Intenté no despertar a Eli y, cuando salió el sol, me levanté.

—¿Papá?

—Duérmete. Es pronto.

—¿Dónde vas?

Me había puesto la ropa y mi idea era marcharme.

—Tengo que ir al taller para reparar unas tablas.

Fue una excusa que había preparado por si llegaba ese momento. El *Camp* tenía suficientes tablas como para no echar de menos las dos que iba a llevarme.

—Pero, papá... es domingo.

—¿Quieres venir conmigo?

—En el taller me aburro.

—Luego te veo —dije dándole un beso antes de irme.

—¡Espera! ¿Desayunamos juntos?

—Es muy temprano. Duérmete.

—Después. Porfi...

No podía decir que no con ese «porfi».

Acepté porque, a esas horas, solo estaba despierta Mari y no me importaba fingir con ella y con Eli durante un rato.

—Papa, ¿por qué estás triste?

Estaba mirándome mientras comía la bollería procesada que le permitía comer los domingos, y yo la ignoraba para mirar por la ventana, justo donde habían estado Nieves y Vicky la noche anterior. Y las imaginé hablando. Riéndose de mí.

—No estoy triste.

—Estás triste. O raro.

—Te prometo que no, pero tengo cosas que hacer.

No mentí. Ni siquiera sabía cómo estaba sintiéndome. Triste o raro no me definían. ¿Qué podía responderle a mi hija?

—Hoy se marcha la amiga de Vicky.

—Lo sé.

Puede que se tratase de otro de los motivos para irme, que se iba. No quería despedirme de ella después de lo que sucedió por la noche. Ella no era Julia y no agacharía la cabeza. Estaba claro, sería yo quien lo hiciese y no quería más humillaciones.

—¿Estarás aquí cuando se vaya?

—No lo sé, pero, si no estoy, ¿puedes despedirte por mí? —pregunté y ella afirmó con la

boca llena—. Gracias. ¿Quieres que te traiga algo de casa? —Negó y le sonreí.

Terminamos de desayunar y, antes de irme, la acompañé hasta la habitación para acostarla de nuevo.



La reparación de las tablas no me llevó más de una hora y, al terminar, fui a una cafetería para hacer tiempo. No quería regresar pronto, tenía que seguir pensando en todo, aunque no hubiese dejado de hacerlo durante la noche. Algo estaba fallando y necesitaba saber el qué y el porqué.

Cuando sucedió lo de Julia, entendí a Vicky y tuve que darle la razón, pero lo del día anterior era mucho más complicado.

«Hueco».

Esa puta palabra estaba atormentándome, porque si era cierto...

¿Cuándo me quedé hueco? ¿De pequeño o al quedarme solo con Eli?

Me negaba a lo segundo, sería como culpabilizar a mi hija y ella no era culpable.

Pero ¿y si tenía razón con que no tenía nada por dentro? ¿Quería seguir siendo así?

Ser o no ser, esa parte inconfundible que nos caracteriza. Mi verdadera personalidad me abandonó, se fue sin mí porque debió agotarse en mi cuerpo. Mi esencia consideró que yo no era la persona idónea para tenerla y me dejó como una palabra que intentaba olvidar.

Seguía equivocándome.

Esperaba cambiar.

Pero ¿la esencia puede recuperarse después de tantos errores?

21. *Un segundo*

VICKY

Estaba muy triste porque, al irse Nieves, me quedé coja. El domingo fue un día de despedidas y promesas. Nos prometimos cosas que nunca cumpliríamos, pero que necesitábamos prometerlas... o no seríamos nosotras. Lloramos como si nos separasen para siempre y armamos un escándalo que seguramente alguien grabó con su móvil. Pero ¿qué íbamos a hacer?

Ella y yo. Mi otra mitad. Mi medio limón. Mis ganas de reír y llorar por nada. Se iba. No me quedaba sola porque nunca había estado con tanta gente, pero me sentí medio huérfana cuando vi que se alejaba en la furgoneta de Leo.

Apuramos los últimos minutos como nunca porque él había prometido que llegaría justo a su hora. Ni le faltaría ni le sobraría. Que estaría todo bien y podría quedarme tranquila cuando se marchase.

Pues no. No me quedé tranquila. Le escribí al móvil durante todo el trayecto y, aunque solo habían pasado unos minutos, teníamos muchas cosas que contarnos.

∞∞∞

El lunes intenté centrarme de nuevo y lo conseguí a ratos.

Fue Eli quien me sacaba de ese estado melancólico con sus continuas ocurrencias. Pensó que sería buena idea que yo escribiese una hoja de su «libro». Dijo le hacía ilusión tenerla entre sus papeles y lo hizo tan emocionada que casi me rompo. Accedí porque era ella, pero le pedí tiempo para estar más despejada porque quería hacerlo bien, aunque se tratase de cosas *sinsentido*, como nosotras llamábamos a todas las frases que ponía y que a mí me resultaba inspiradoras. Ella contestó con un «vale» precedido de una sonrisa.

¿Por qué era tan maravillosa?

Mi día pasó recibiendo a los nuevos alumnos y escuchando el discurso motivador de Carlos. Ya lo sabía de memoria, pero me gustaba verlo los pocos ratos que podía hacerlo. Apenas aparecía por el *Camp*, así que bromeé con él diciéndole que parecía que había que pagar para que nos deleitase con su presencia.

Es cierto que Carlos siempre estaba cuando había asuntos importantes, pero confiaba tanto en nosotros que nos daba mucha libertad. Demasiada diría yo. Si el *Camp* hubiese sido mío, los sábados de descontrol no existirían. ¿Cómo narices empezó eso?

Decidí olvidarme del tema. Solo estaba de paso y tampoco tenía tanta confianza con él como para decirle lo que me parecía el *Camp* esos días por la noche.



Llegó el martes y me levanté bien, dispuesta a vivir la misma rutina antigua afrontando que no vería más a Nieves. No tendría por qué ir mal, ya lo había hecho y estaba cómoda. Era un trabajo ameno y se me pasaba el tiempo volando con las gestiones. Siempre había alguien a quien llamar o facturas que cuadrar cuando no eran las nóminas de todos.

—Voy a cuidarte.

Me asusté y miré a Eli.

Dábamos un paseo con Nube por la playa. El mar estaba demasiado en calma y solo había un par de alumnos que intentaban subirse a la espuma. El resto estaba haciendo yoga con Kat y la mayoría de las tardes era mi tía quien se encargaba de la tienda.

—¿Qué?

—Ya no está tu amiga, pero yo también lo soy y voy a cuidarte.

¿Esa niña era real? Siempre decía alguna palabra que me dejaba a cuadros o rompía mis esquemas. No eran propias para su edad.

—Lo sé.

—Pero no te mueras.

Cada frase me descolocaba más que la anterior.

—¿Por qué dices eso?

—Mi mamá murió y no quiero que te mueras tú.

Temblé. Ella se dio cuenta y me cogió la mano.

Tenía mis dudas acerca del tema. Pude haber preguntado por la madre de Eli, pero no lo hice. No lo vi apropiado. Era algo tan personal que prefería que nadie me dijese nada o, en todo caso, que lo hicieran los implicados. Y a una implicada la tenía diciéndome que no quería que me muriese. ¿Cómo tenía que tomármelo para no atragantarme?

—No voy a morirme, cariño.

—¿Me lo prometes?

Tenía mi mano cogida y cada vez apretaba más. Esperaba una promesa, la mía, la de no morirme.

—Te prometo que haré todo lo posible para que no pase. Pero las vidas o muertes no dependen de una persona.

—¿De Dios?

Tenía el reto de explicar a una niña que yo era la persona menos creyente del planeta.

—Tampoco, pero, a veces, nos ponemos muy malitos y hay accidentes. No podremos evitarlo.

—¿Eso es lo que pasó con mi mamá?

—No lo sé. No conocí a tu mamá.

—Papá dice que está ahí —dijo señalando el cielo—. Y que me cuida desde muy lejos para que no me pase nada.

—Pues si te dice eso, estoy segura de que es cierto.

Miré a la playa. Aritz estaba a unos metros, hablando con Paola, una brasileña que residía en España. Reían y, por los gestos, imaginé lo que pasaría después. Dudaba mucho de que esperasen hasta el sábado. Eli también los miraba con atención, y ojalá hubiese tenido el poder

de leer mentes para meterme en la suya.

Después de escuchar a Eli, entendí los motivos de Aritz para ser cómo era.

¿Se puede superar la muerte de la madre de tu hija? No. Lo que estaba haciendo Aritz era poner parches para mitigar el dolor.

Sabía lo que era. Perder esa parte de ti y coger pedacitos de otros. No conseguía superar mis pérdidas, y mis pérdidas me hacían ser especial de otra forma. Me sentí unida a él. Era como el otro lado del espejo. Mi reflejo. Mi yo en hombre. Solo nos diferenciábamos en que no tenía una hija de la que ser responsable.

Fue curioso cómo una frase pudo cambiar la forma de verlo. Entendí su mal humor, su desconfianza y sus continuos cambios de personalidad, como los que tenía esos días. Existían momentos en los que parecía ser un hombre cercano y otros en los que no había ni quien se le arriase. Esos días solo me centraba en Eli para que ella estuviese bien.

¿Y de Aritz? ¿Quién se preocupaba de Aritz estuviese bien?

Sentí pena. No era una persona de sentir ese tipo de compasión que estaba sintiendo, porque mi vida tampoco había sido fácil, pero sentí pena.

∞ ∞ ∞

—¡¡¡NUBE!!! —gritó Eli cuando mis pensamientos me llevaron demasiado lejos.

Miré a mi alrededor y lo vi. Demasiado tarde.

—¡Agárrala!

Fue un maldito segundo.

Reaccioné por impulso cuando un dóberman corrió hacia nosotras. Eli agarró a Nube y me tiré encima de ellas para protegerlas. Me hice una bola y escondí mi cabeza. No pude hacer otra cosa. No hubo tiempo.

—¡AH!

Noté el primer mordisco en mi espalda. Tiró y sentí un desgarró. Dolía demasiado, pero tenía que aguantar por Eli.

—¡AH!

El segundo se estaba alargando. Volvió. Atacó. En la misma zona. Notaba sus dientes. Estaba mareándome y...

—¡Vicky! ¡Vicky! ¡Vicky!

Gritaban mi nombre y me desmayé.

Un segundo.

Todo sucedía en un segundo.

Desperté, en otro segundo.

22. *No dejes que se muera*

ARITZ

—¡ELI! ¡¡ELI!!! ¡JODER! ¡JODER! ¡JODER!

Corrí como no había corrido nunca. Estaba a unos metros, pero parecieron kilómetros.

No fui consciente del momento exacto ni el motivo, pero escuché el grito de Eli y después el de Vicky. Miré en el instante que Vicky cubrió a Eli y a Nube con su cuerpo, antes de que un perro enorme se abalanzase sobre ellas.

Deseaba que el tiempo retrocediese, pero era imposible. Tenía que hacer algo cuanto antes, pero, cuando llegué, el dueño del perro consiguió que la soltase.

Y vi sus dientes, llenos de sangre. La mía se heló.

—¡Lo siento! —le escuché dirigiéndose a Vicky—. ¿Está usted bien?

Quise matarle por la pregunta estúpida y por dejar a ese perro suelto en la playa, pero estaba tan cabreado y fuera de mí que me centré en lo que único que me importaba.

—¡Llamad a la Policía! —grité antes de llegar para que Jake y Anne se encargasen—. ¡Eli! ¡Eli!

No sabía cómo actuar. Vicky estaba echa una bola y debajo tenía a Eli y a Nube. Me mató no saber si ese perro las había mordido también. Necesitaba verlas para comprobar su estado.

Vicky temblaba con la camiseta desgarrada y llena de sangre. Tenía un reguero que se deslizaba hasta sus piernas. Nube lloraba bajo ellas y a Eli no podía escucharla.

—Ya está. Ya está, Eli —susurró Vicky—. Estamos bien. Tranquila, ¿vale? Estamos bien.

Me agaché para estar más cerca de ellas.

—Vicky, ¿puedes moverte? No pasará nada.

Fui un gilipollas, porque ya había pasado, y yo, en vez de ocuparme de mi hija como tenía que hacer, estaba tonteando con una alumna para quitarme de la cabeza lo del sábado.

—Eli, voy a soltarte.

—¡No! ¡No te vayas!

Me relajé después de escuchar a mi hija. Estaba ahí y parecía estar bien.

—No me iré, cielo. Pero tengo que soltarte.

Intentó estirarse. Había mucha gente alrededor y pedí que dejaran espacio.

Eli y Nube salieron. Quise abrazarla, pero se aferró a Vicky dejándome en un segundo plano.

—¡No te mueras! ¡No te mueras, por favor!

Me quité la camiseta y presioné la espalda de Vicky. Tenía muy mala pinta.

—No voy a morirme —respondió con un hilo de voz.

—¡Prométemelo!

La cogí en brazos y se quejó. Eli estaba a mi lado y Nube venía detrás de nosotros. Había un caos general del que salí. No pude pensar ni fijarme en nada, solo en Eli, Vicky y Nube.

Observé a Eli de reojo. La sangre que había en su ropa no era suya y caminaba bien. Estaba

asustada y lloraba por lo que había visto. Y Vicky... Vicky estaba muy mal, la herida era tan profunda que acabé cubierto por su sangre y se desmayó antes de llegar al *Camp*.

—Despierta. Despierta, Vicky —pedí.

—¡Papá! ¡Papá! ¡No dejes que se muera! —gritó.

Me tensé.

Eli se encontraba a salvo y, si estaba a salvo, no había sido gracias a mí, sino gracias a la chica que tenía en brazos. No sabía ni qué responderle a mi hija. Solo quería llegar al puto coche para llevar a Vicky a un lugar seguro. Tenían que curarla porque yo no podía hacerlo.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado? —preguntó Leo corriendo hacia nosotros.

—Un perro. Jake y Anne están con el dueño —dije acercándome al *parking* mientras me seguían—. Me la llevo. Vigila a Eli.

—¡No! ¡Quiero ir con vosotros!

—Tienes que quedarte. Te prometo que la cuidaré —respondí y miré a Leo—. Tráeme camisetas y sudaderas grandes. Luego las pago.

Corrió hacia la tienda y salió con Mari. Estaba muy alterada y no encontré palabras para disculparme. No fui yo quien dejó a Vicky así, pero detrás de los nervios y el enfado, se escondía una gruesa capa de culpabilidad.

—¡Vicky! Cariño... Despierta, por favor.

La tocó en la cara y abrió unos segundos los ojos antes de cerrarlos otra vez.

—¿No han llamado a la ambulancia? —preguntó Leo.

—No. La llevo yo. Ábreme la puerta —dije sin soltarla.

Le indiqué en qué bolsillo estaban las llaves de mi coche y metí a Vicky en el asiento del copiloto. Leo colocó la ropa en los asientos traseros y cogí la camiseta que tiró al suelo para ponérmela.

—Estoy bien. Eli, estoy bien —susurró despertándose otra vez.

Eli lloraba. Me jodía dejar a mi hija así, pero sabía que no había tiempo que perder, que tenía que marcharme cuanto antes para que alguien curase las heridas de Vicky.

La ambulancia tardaba en llegar a Razo y sabía que la mejor opción era llevarla a Carballo en mi coche. No teníamos hospital, pero allí podrían curarla si no estaba demasiado grave.

—Cuídala —dije a Mari en referencia a Eli antes de subir al coche.

—No, cuídala tú —respondió refiriéndose a su sobrina.

Arranqué el coche y salí de allí sin pensar en nada más. Intenté ir rápido pero seguro y no abroché el cinturón a Vicky para no hacerle más daño.



Si alguna vez deseé estar en el lugar de otra persona, fue justo en ese.

La carretera parecía interminable y vigilaba a Vicky para asegurarme de que estaba despierta. Rogué cada puto segundo que me cambiasen el cuerpo para soportar el dolor que ella estaba soportando. Era yo quien tendría que haber protegido a mi hija y no ella.

Quise hablar y decirle mil cosas, pero la única pregunta que tenía en la punta de la lengua era que si estaba bien.

¿Cómo iba a preguntarle eso? ¡Joder! ¡Claro que no estaba bien!

—Estoy manchándote el coche —murmuró bajito.

Ni siquiera había reparado en eso. No importaba y solo quería que ella estuviese bien y que no se durmiese. Nada más. El maldito asiento me daba igual, el coche me daba igual y todo lo que no tuviese que ver con su bienestar me daba igual.

—No pasa nada. ¿Puedes presionarte la herida con la camiseta?

Hizo un movimiento con el brazo y gimió de dolor.

—¿Eli está bien?

—Sí. Y Nube. Las dos están bien. —Suspiró y cerró los ojos—. Vicky, por favor. No te duermas. Aguanta.

—Háblame.

No abría los ojos y yo... era la primera vez que vivía algo así. ¿De qué podía hablar si estaba nervioso y bloqueado?

—Vicky...

—No hables de esto. Háblame de otra cosa.

Faltaban cinco minutos o menos para llegar, y sabía que podía hablar de algo. Necesitaba encontrar la forma de hacerlo, de deshacerme del nudo que tenía en la garganta.

—De pequeño no era así.

Fue lo primero que se me vino a la cabeza y no sabía si parecía una estupidez.

—Así, ¿cómo? —preguntó con los ojos cerrados.

—Tan serio o frío. No sé. De esa forma que me ves. Te juro que no era así, era más divertido. Tenía amigos y me gustaba quedar con ellos, pero mis padres se mudaron. Perdimos el contacto y todo se torció ahí. Las cosas cambiaron, ¿sabes? Yo cambié y a veces me miro en el espejo sin reconocerme. Sé que parece una estupidez. —La miré y seguía teniendo los ojos cerrados—. ¿Vicky?

—Te escucho.

—Empecé a practicar surf y me di cuenta de lo mucho que me gustaba. Descubrí que quería dedicarme a eso, pero estudié una carrera por mi padre.

Me quedé ahí, porque hablar de mi familia no era tan sencillo.

—Sigue.

—Estamos llegando.

Quedaba un minuto, pero no pude hablar más del tema. Era complicado hablar de mí mismo y de mis sentimientos. No tenía la misma facilidad que tenían otros para contar sus problemas.

Y llegamos.

Ni me molesté en aparcar en condiciones. Dejé el coche en la puerta y salí corriendo para coger a Vicky. Ella intentó levantarse sola. No podía. Se tambaleó, pero llegué a tiempo y la sujeté antes de que cayese contra el suelo.

—No hagas nada, pero no te duermas.

Entré con ella en el ambulatorio. La persona que se encargaba de anotar las entradas se dio cuenta de que lo nuestro era una urgencia y me indicó que la colocase sobre una camilla.

Me negué a separarme de ella cuando se la llevaron. Poco importaban las amenazas de que llamarían a Seguridad. Estaba dispuesto a pelearme con todos porque no iba a permitir que le sucediese nada malo. Así se lo dije a Blanca, una de las enfermeras que conocía y a la que veía casi todas las mañanas, porque su hijo iba a clase con Eli. No era Gus, era Rubén, otro de los muchos peligros que había en su colegio.

—Tenemos que llevarte al hospital.

—¿Es grave? —preguntó ella más despierta.

El médico había estado examinando su herida y por su expresión entendí que allí no podían hacer mucho por Vicky.

—No es una herida superficial. Necesitas una atención que no podemos proporcionarte.

—Voy con ella —dije cuando un celador sujetó su camilla.

—No puedes entrar en la ambulancia —me avisó Blanca.

—Iré detrás.

—No hace falta. Estoy bien. Casi no duele ya —dijo, porque le habían enchufado una buena dosis de calmantes via intravenosa.

La miré y ojalá hubiese tenido el valor de decirle que no me iba a separar de su lado.

—Iré detrás de la ambulancia. Sea lo que sea, llámame al móvil. ¿Lo tienes?

Afirmó y corrí hasta el coche. No podía perder de vista la ambulancia y memoricé su matrícula. Tuve miedo de que sucediese algo por el camino y no poder ayudarla. Todo fueron miedos, y yo un hombre que quería adelantarse a los acontecimientos.



Entré en el coche y vi la mancha de sangre. Tres segundos en los que mi cabeza intentó hacer cálculos sumando la cantidad que había ahí, en la arena y en la camiseta que había usado para presionar y que tuvieron que tirar en un cubo de residuos.

Esa sangre pudo haber sido de Eli.

Vicky tenía todo lo que a mí me faltaba, ese instinto natural que yo solía camuflar con la sobreprotección y el cariño. Ella estuvo esa puta tarde a su lado. Ella. Ella fue la que puso en peligro su propia vida para salvar la de Eli. ¿Y yo? ¿Qué mierdas era yo? Iba a ser el que vivía preocupado porque una chica había dicho que estaba hueco siendo ¿verdad?

Arranqué el coche y me prometí que la cuidaría lo mejor que pudiese si todo quedaba en un susto. Dije en voz baja que nunca estaría sola y que mis ratos libres los utilizaría para intentar ser mejor hombre. Juré que olvidaría esos putos sábados y que dejaría de comportarme como un adolescente en celo.

Quería ser mejor.

Pero me preocupaba no haber llegado a tiempo.

23. *Es mi mujer*

VICKY

Quería dormirme. Quería dormirme, pero sabía que no tenía que hacerlo. Pero quería dormirme porque ya no dolía tanto y solo pedía despertarme cuando todo hubiese pasado. Sentir que había sido una pesadilla para olvidarme de los últimos minutos o retroceder a la semana anterior, cuando Nieves estaba conmigo y el mundo parecía un lugar más aceptable.

Si no me dormí fue gracias a Saúl, un técnico de emergencias sanitarias según sus palabras, pero, para mí, Saúl fue mucho más que eso. Nunca podré agradecerle todo lo que hizo para que me encontrase cómoda en una situación horrible.

Iba conmigo en la ambulancia y su función era la de cuidarme. Tenía mucha experiencia para los treinta y poco que aparentaba. Se le notaban los siete años en la carretera durante el trayecto hasta el hospital. Hubo partes del camino en los que había baches y todo el interior se movía, pero él mantenía la calma y el orden.

A mí también me mantuvo.

Consiguió que no me durmiese hablándome sobre su inminente boda en Vigo. Hasta sonreí cuando relató a su manera el baile sorpresa que había preparado para su novia, una bailarina profesional de salsa. Saúl dijo que él solo movía el brazo para levantar el cubata cuando salían de fiesta. Sonreía, yo, en una ambulancia, con un trozo de espalda colgando después de que me saborease un dóberman.

¿Podía ser más surrealista?

Saúl consiguió que me olvidase de todo, pero cuando se marchó y me dejaron en un *box* después de pasar por la puerta de Urgencias, los recuerdos se me apelotonaron y me agobié. Quizás influyó el olor tan característico que tienen los hospitales. ¿Sabes cómo huele un hospital? Yo sí. Pasé demasiado tiempo dentro cuando la abuela enfermaba. A veces, tenía que esperar en la cafetería porque ella estaba en su rehabilitación o le hacían pruebas que duraban horas. Odiaba el olor porque lo relacionaba con la muerte y, en ese momento, era yo quien estaba en una camilla esperando un diagnóstico. Sabía que no sería tan grave, pero... existían mil complicaciones y no tenía el don de la inmortalidad.

Pero mantuve la calma. Respiré como me había enseñado Saúl.

Se acercó una enfermera a comprobar el gotero. Todo estaba en orden y preguntó si necesitaba algo.

Negué. Me encontraba bien. O casi bien. Y lo que necesitaba, ella no podía dármelo.

Quería olvidar esos recuerdos que venían con el silencio. Al perro. La cara de terror de Eli cuando me vio. La mancha que le dejé a Aritz en el asiento. Todo. Quería que eso no existiese. Perdía la batalla porque la mente es muy poderosa. Casi caigo. Estaba mareándome y perdiendo el control. Iba a llorar cuando empecé a escuchar mi nombre. Gritos que venían desde fuera. A lo lejos.

Me asusté. Creí que alguien vendría para hacerme daño, pero escuché la voz más nítida y me alegré de que fuese Aritz quien estuviese tras la puerta. Esa alegría duró poco, hasta que dijo una mentira.

«*Es mi mujer, tengo que estar con ella*».

Casi me da un infarto, pero volví a la realidad y entendí que lo había dicho para poder entrar. Y entró, pero con la mandíbula tensa.

—¿Es su marido? —preguntó la enfermera.

Miré a Aritz y puse los ojos en blanco por no reírme.

Tenía un aspecto deplorable. A mí me limpiaron la herida, la taparon con gasas y me vistieron con un camisón después de quitarme los restos de sangre.

¿Y Aritz? Tenía una camiseta nueva del Moon Surf Camp llena de sangre por cogerme en brazos, un bañador horterero también con sangre seca y unas chanclas negras.

—Sí, pero puedes esperar fuera —mentí mirándole a él.

—Prefiero estar contigo.

La enfermera negó con la cabeza y nos dejó solos.

—No hace falta que estés aquí.

Estaba asustado y sentí pena, pero no la suficiente como para que me ablandase.

—No voy a marcharme.

Fue lo único que pudo decir antes de que el doctor Ruiz entrase por la puerta. Se presentó educadamente y me preguntó lo que había pasado. Aritz se mostró incómodo cuando relaté lo que sentí. Torcía el gesto y me contagiaba sus nervios.

—Está bien. Voy a inspeccionarla. Usted salga fuera —dijo mirando a Aritz.

—Me quedo.

—Tiene que salir.

—Me quedo —insistió desafiándolo.

—Sal. Por favor. Quiero que salgas.

—Pero...

—Pero nada. Vete a la cafetería. Te llamaré.

Dudó. Estaba asustado. Seguía sin tener suficiente pena por él y había perdido demasiadas cosas como para perder también el orgullo.

No quería que estuviese allí, porque debajo del camisón no había nada. Tuvieron que quitarme hasta la ropa interior y solo me tapaba una fina tela blanca con topes rojos.

¿Qué iba a ver? Todo. Me iba a ver desnuda cuando el doctor me quitase los apósitos que me colocaron en Carballo, esos que taponaban la herida. ¿Cómo iba dejar que me viese desnuda y en ese estado? No quería su compasión. Ni siquiera cuando me retorcí de dolor. Pensaba que la herida estaba dormida y que no notaría nada, pero me equivoqué. Era doloroso e indescriptible. Intenso y punzante. Dolía tanto que pensé que iba a desmayarme.

—Es una mordedura fea, pero no tienes que preocuparte. ¿Sabes si tienes puesta la antitetánica?

—Sí. Esa sí.

—De acuerdo. Te pondrán una contra la rabia, pero primero buscaré a la doctora Prieto. Hace unas suturas perfectas y las necesitarás.

—¿Y ya está?

—No, pasarás unos días dolorida y tienes que descansar. Después te explicarán todo. Lo importante es coser eso cuanto antes.

Afirmé y el doctor colocó apósitos nuevos y me tapó con el camisón.

Salió por la puerta para buscar a la doctora que iba a coserme como si fuese un botón y estuve sola dos segundos exactos, porque Aritz entró sin llamar.

—¡No puedes entrar así!

—Yo...

—¡Joder! ¿Es que no te das cuenta? Tienes que respetar mi intimidad.

Lo miré e... intenté no tener pena. Me funcionó, pero no era fácil si Aritz estaba delante mío con los ojos vidriosos. ¿Había llorado? ¿Iba a hacerlo?

—Por favor. No miraré. Solo quiero estar contigo.

Tuve que ceder porque lo dijo de una forma tan triste que era imposible negarse. También porque no quería tenerlo ahí, deprimido y deprimiéndome más.

—Me llevarán a otro lugar para coserme y ponerme la vacuna de la rabia. Te pido por favor, que, si quieres estar, cambies esa cara. Soy yo la que tiene un trozo piel colgando.

Se frotó la cara y suspiró llevándose la mano al cuello. Pensé que, si se hubiese aclarado la garganta, parecía un actor antes de interpretar a su personaje, en ese momento en el que tienen que cambiar de personalidad y ponerse en la piel de otro.

Entró un celador rompiendo el silencio que se había instalado en el ambiente y que empezaba a molestarme. Me cubrió con una sábana y me llevó hasta otra consulta donde una experta en suturas intentaría dejarme lo mejor posible. Aritz permaneció a mi lado durante todo el trayecto. Parecía más sereno, pero sabía que solo eran las apariencias.



—¿Señorita Torres? —preguntó una mujer de unos cuarenta años que había entrado.

—Sí.

—Soy la doctora Prieto —dijo estirando su mano para saludarme—. Mi compañero me ha comentado lo sucedido. Lo lamento mucho. —Movié y miró varios papeles. Allí estaría el informe. El mío—. Veamos qué podemos hacer.

Se acercó a la camilla y tuvo la bondad de mantener mis partes cubiertas con la sábana.

Aritz apartó la vista durante ese segundo para no incomodarme y, cuando se dio cuenta de que estaba tapada, miró. A mí. A los ojos. Se olvidó de mi espalda y me miró haciéndome olvidar todo el dolor que sentía.

—Está bastante feo, pero haré lo posible para que quede bien —dijo interrumpiendo mis pensamientos—. Te pincharé con lidocaína en la zona y después no notarás nada.

Saber que dejaría de sentir dolor me aliviaba. Temía por el pinchazo. Nunca me habían pinchado en una zona que estuviese tan mal. ¿Y si era insoportable?

No quería mirar, pero lo hice y sentí que me moriría lentamente. No era lo que imaginaba. Fue peor. Mucho peor. Estaba horrible.

—¡Eh! —dijo Aritz cogiéndome la mano—. Mírame a mí.

Toda la seguridad que creía tener desapareció de un plumazo al mirar la espalda. Debí hacer caso a Saúl, que repitió varias veces que no mirase hasta que me cosiesen la herida. No lo hice y noté un infarto al ver ese trozo de carne colgando. Sabía que era malo porque dolía mucho, pero en mi imaginación las cosas no parecían tan desagradables.

Apreté la mano de Aritz cuando noté los pinchazos. Dolían a morir, pero, al poco rato, por

arte de magia, dejé de sentir. Qué bien estaba cuando no sentía.

—Voy a ello —dijo ella con una voz pausada.

Tomé aire y noté la presión de la mano de Aritz.

—Estoy aquí.

Sabía que estaba, pero el saberlo no ayudaba a quitarme la imagen de la cabeza. Me pregunté cómo haría la doctora para arreglarlo. Obviamente, también me preocupaban las cicatrices, pero esa parte la asimilé en el momento que el dóberman tiró de mi piel. Era inevitable darse cuenta de que quedaría algo para siempre. Una marca. Un recuerdo.

—Su hija tiene mucha suerte de tener una madre como usted.

—Yo...

—Sí. La tiene —interrumpió Aritz.

Quería sacarme del apuro y me hundió un poco más.

Callé. No quería hablar ni decir mentiras y, desde ese instante, tampoco mirarlo. Cerré los ojos esperando que aquel momento cogiese velocidad. Tenía que marcharme del hospital.

Noté una opresión. Angustia. Falta de aire. Se me estaba haciendo pesado estar entre esas paredes, como si cargasen una mochila nueva en mi espalda y quitasen otra. Era un lugar lleno de contradicciones y lleno de dolor. Mucho dolor.

∞∞∞

—Bueno, ya está todo —dijo antes de despedirse—. Usted no olvide lo que le he explicado para las curas de su mujer.

—Seguiré todos los pasos —respondió Aritz.

No quise discutir. Tenía claro que él no iba a ser quien me curaría la espalda.

—Muchas gracias, doctora —dije yo, mientras Aritz empujaba la silla de ruedas hasta la salida.

Aritz me llevó hasta el *parking* con ella y me ayudó a sentarme en el asiento después de taparlo con una toalla que sacó del maletero. Agradecí que siempre llevase ropa de cambio en una bolsa y pude ponerme unos pantalones suyos y la ropa que había cogido de la tienda del *Camp*. Todo me estaba grande y parecía que iba a desaparecer bajo las capas de tela, pero me gustaba esa sensación. Quizás fue porque era lo que necesitaba en ese momento.

Desaparecer.

Aritz también se cambió y fue mejor para mi vista verlo sin la ropa llena de sangre. Las cosas malas son menos malas si no las ves.

—Mañana te compraré ropa —dijo cuando ya estábamos en la carretera.

—¿Qué?

Estaba pendiente del móvil. Tuve que llamar a mi tía para decirle que estaba bien. Algo cansada y dolorida, pero seguía viva y era lo que importaba.

—Para reponer la tuya.

—¿Qué me estás contando? ¿Que me vas a comprar una camiseta, un pantalón y unas bragas? Pero ¿tú te oyes?

No respondió y me fastidió. Miraba a la carretera concentrado. Dudé en si se estaba pensando la respuesta o no tenía ninguna para darme.

—Para. Aritz, para —pedí.

—¿Qué pasa?

—Para y déjame sola.

—No voy a dejarte sola.

—¡Que pares! —grité enfadada.

Odiaba que no me hiciesen caso. Lo odiaba con todas mis fuerzas, porque nunca fui una chica exigente.

Necesitaba estar sola. Conmigo. Alejarme de todos para asimilar lo que había sucedido en la playa, porque nadie me dejó.

Pude morir. Sí. Pude morir y, lo peor de todo, era sentir que no me hubiese importado.

¿Cómo de importante era para mí mi propia vida? ¿Quién me echaría en falta en esos momentos? No sé. Supongo que eran preguntas que puede hacerse cualquiera a lo largo de su vida. Si el morirte importaría. Si habrías dejado una huella o eres una de los millones de personas que pasan desapercibidas. Sin pena ni gloria. ¿Cuál era mi huella? ¿Me importaba dejarla? ¿Me importaba seguir de verdad o tenía que empezar a darme valor?

Necesitaba pensar en esas cosas.

SOLA.

Porque estaba sola.

24. *¿Cuántas cosas no vemos por orgullo?*

ARITZ

Juro que intenté ser mejor. Quería serlo para ella. Aguanté en el hospital. No podía dejar que creyese que era débil. Necesitaba estar a su lado, pero, sobre todo, necesitaba que me necesitase.

Quería que parase el puto coche y yo no pensaba detenerme en cualquier sitio. Tampoco iba a dejarla en la gasolinera en la que estacioné para comprar algo comestible. Era de noche, deduje que tendría hambre y que necesitaba recuperarse.

Sentí vergüenza cuando le dieron una mierda de zumo embotellado. ¿Creían que era suficiente? Insistí a los médicos que la dejaran en observación porque había perdido mucha sangre, pero ellos consideraron que no hacía falta y que podíamos marcharnos. ¡Joder! Ellos no vieron todo. Un puto zumo. Un puto zumo le dieron. ¿Quién se repone con un puto zumo?

Pensé que necesitaba azúcar y compré todo lo que nunca hubiese comprado: barritas Twix, Tigretones, Panteras Rosas, una bolsa de patatas fritas y dos botellines de zumo de naranja procesado, como el del hospital, pero prometiendo en letra blanca que no tenía azúcares añadidos, porque bastante azúcar había en la comida. No lo consideraba como la cena ideal, pero los sándwiches tenían un color sospechoso.

—¿Dónde vas?

—No voy a parar en cualquier sitio.

Estaba enfadada. Ella no se molestaba en ocultarlo y podía entenderla.

Me desvié del camino para llevarla a la Cala Bens. Había estado en un par de ocasiones y pensé que sería un buen lugar para que se tranquilizase. Era de noche. No había nadie cerca y teníamos intimidad. Apagué el motor e intenté salir rápido del coche antes de que sucediese lo que me imaginaba.

—¡Ay!

—Quieta.

La sujeté. Se hizo daño. Tenía demasiados puntos y los médicos repitieron hasta la saciedad que tuviese cuidado con los movimientos. No hacía caso. Era rebelde y orgullosa como Eli.

—Puedo.

—No, no puedes. Podrás. Ahora déjame ayudarte.

Cogí la bolsa con lo que había comprado antes de cogerla. No quería hacerle daño.

—No soy de cristal —dijo cuando la llevaba hasta un banco de piedra.

Quería sonreírla, pero estaba tan preocupado que no pude hacerlo.

—¿Estás bien aquí?

—Sí. Puedes irte.

Me senté a su lado contradiciéndola.

No estaba sordo, la escuché, pero no iba a marcharme.

—Toma —dije tendiéndola la bolsa.

—¿Qué parte de que quiero que me dejes sola no entiendes?

—Dime la razón, y, si es convincente, me voy.

No quería mirarme. Sabía que tenía parte de culpa, pero... Yo qué sé, existían las segundas oportunidades y esperaba que Vicky me la diese.

—Quiero pensar en silencio.

—Vale, pensaremos los dos en silencio mientras comemos lo que he comprado.

—¿Por qué eres tan cabezota? No me debes nada.

—Te debo la vida.

—¿Tú eres tonto? Hice lo que tenía que hacer y no me arrepiento. Lo haría de nuevo.

Cogí su mano y se zafó. Solo quería tocarla para comprobar que la persona que tenía delante era real y que existía.

—No pienso marcharme. Si quieres que me calle, me callaré.

Nos desafiamos. Fue algo desigual, porque con ella tenía la sensación de que siempre caía. Pero gané mi partida cuando puso los ojos en blanco. Se resignaba. Me aceptaba. Me dejaba sonreírle y vi cómo ella aguantaba las ganas de hacerlo.

—¿Qué has comprado?

—Mierdas. Pero ya sabes que en una gasolinera no hay mucho para elegir. Lo siento.

Miró lo que había dentro y dejó escapar una sonrisa. Caí rendido a sus pies. ¿Por qué? No lo sé. No sé lo que estaba pasándome con Vicky.

Sacó un Pantera Rosa y el zumo.

—Pues sí. Sí que has comprado mierdas. Hacía años que no comía esto.

—Pensé que te gustaría.

—También podías haber metido golosinas.

— ¿Estás quedándote conmigo?

—Pues claro. —Nos miramos y reí. No tenía ni puta gracia, pero me gustaba que tuviese ánimo para bromear—. Pero me gustan más las golosinas que esto —respondió antes de dar un bocado al Pantera rosa—. ¿Quieres?

Hubiese dicho que no porque todo gritaba «obstrucción de arterias», pero intentaba ser alguien mejor para Vicky.

—Sí —respondí cogiendo su mano.

Fue queriendo. Necesitaba tocarla, tener una excusa para hacerlo. La encontré y era perfecta. Invisible. Ella no dio importancia a un gesto que significaba mucho. Mordí y, para ella, tuvo gracia. No sé el qué, pero me gustaba pensar que estaba bien conmigo, que, a pesar del momento, se sentía cómoda y perdía las ganas de estar sola.

Abrió todos los paquetes porque Vicky era así. Probaba, me daba un trozo y yo comía encantado. No porque me gustase —solo se salvaban los Twix—, sino porque ella también estaba comiendo.

Alguna risa llenó los silencios cuando me manchaba de chocolate y señalaba las comisuras para que me limpiase. Eran momentos de complicidad cortos, pero estaban presentes.

Cuando terminamos de probar todo, respeté su silencio a pesar de que significaba que daría demasiadas vueltas a lo que había pasado.

Tenía que aceptarlo, pero jodía.



—Podemos irnos.

Llevábamos más de media hora sin decir nada y sin mirarnos. Miento. La observaba de reojo cuando creía que no iba a verme. Quería estudiar sus gestos y comprobar si respiraba.

Fue una gilipollez que necesitaba hacer para estar tranquilo.

—Espera —dije antes de que se reincorporase.

Me levanté y volví a cogerla en brazos para llevarla hasta el coche.

Apretaba la mandíbula cada vez que se movía, porque pensaba que se haría daño. Era demasiado cabezota y no se dejaba ayudar. Pensé que esa parte se debía a que siempre fue ella quien cuidaba de los demás.

No era justo y yo también fui un egoísta. Vicky perdió a una persona importante en su vida y lo único que hice fue darle otra responsabilidad con Eli. No creo que viniese a Galicia buscando ese tipo de responsabilidades nuevas, y aún así, las asumió. Sin pedir nada a cambio.

Y no lo vi. Estaba tan ciego que no lo veía.

¿Cuántas cosas no vemos por orgullo? ¿Y por egoísmo?



Había demasiada gente en el *parking* del *Camp*. Avisamos de la hora aproximada de llegada, pero no esperaba ese recibimiento. Tampoco creo que a Vicky le gustase ser el centro de atención por lo que había sucedido. Hubo aplausos innecesarios con los que percibí que se agobiaba y sonreía solo por compromiso. La entendí. A mí tampoco me gustaban esas cosas.

Carlos también estaba esperándonos en primera fila. Le informé de lo sucedido mientras estábamos en el hospital. No traía buena cara y se le veía preocupado por Vicky. Fue de las pocas veces que llegué a verlo así, tan humano, tan destrozado. Era un hombre excesivamente optimista y me preguntaba si se trataba de una fachada para ocultar su parte amarga. A esas alturas, estaba claro que todos la teníamos.

—¡Vicky! —gritó Mari cuando apagué el motor.

—Estoy bien. No os preocupéis —respondió ella.

Eli estaba escondida detrás de Kat, como si hubiese hecho algo malo. Le sonreí para que estuviese tranquila y no se movió.

Fui directo al otro lado para coger a Vicky. Estaba tan tensa que ni siquiera se molestó en intentar salir sola. Sabía que tenía que ser así, pero yo también empecé a sentirme agobiado. No quería que ella estuviese mal y me centré en llevarla dentro, olvidándome de todos los que nos rodeaban. Vicky necesitaba dormir y yo que lo hiciese.

—Gracias —dijo después de dejarla en la cama.

Hicimos una parada en el baño y dejé que se asease. Esperé en la puerta, porque insistió demasiado y no quería que se enfadase conmigo, pero cuando ya no sonaba el agua del grifo, entré sin llamar. ¡Joder! Me fulminó con la mirada. ¿Es que no lo entendía? No quería que se moviese tanto, pero ella no se daba cuenta.

La cogí en brazos y la metí en la cama. No quiso quitarse la ropa y a mí me gustó que llevase

mi pantalón para dormir. Lo sé. Otra gilipollez.

—¿Te traigo algo?

—No.

Escuché dos golpes en la puerta y nadie entraba. Me acerqué y abrí por si acaso. Era Eli quien estaba detrás. Venía sola, abrazada a su reno.

—¿Qué pasa, cariño?

No me contestó. Miraba a Vicky.

—Eli. Ven.

Me aparté de la puerta y caminé hasta la cama. Vicky sonreía estando echa polvo para no preocupar a Eli. Daba miedo lo generosa que podía llegar a ser.

—¿Te duele mucho?

—No, estoy bien.

—Pero no puedes moverte.

—Sí que puedo, pero tu papá es muy dramático y no me deja.

Reían y me contagiaron. Podía ser lo que ella quisiera y, si era dramático, lo seguiría siendo hasta quedarme tranquilo.

—Ha sido mi culpa.

—No. Ha sido culpa de un señor que tenía que llevar a su perro con una correa porque era muy grande. Nadie más ha tenido la culpa, ¿vale?

—¿Puedo dormir contigo?

—Cielo... la cama es pequeña.

—Pero puedo dormir en el suelo. —Me miró a mí y me deshice con mi hija—. Papá, ¿y si traemos el colchón? Quiero cuidar a Vicky.

Miré a Vicky. Estaba entornado los ojos sin que Eli se diese cuenta. Entendí que era yo quien tenía que ocuparse de mi hija y que ella necesitaba descansar.

—Si necesita algo, nos lo dirá.

Eli nos miraba a los dos, y los dos sonreíamos cansados.

Era tan cabezota como Vicky y temí por el momento de la lucha dialéctica para seguir insistiendo. Yo también estaba echo una mierda, pero no quería Vicky lo notase.

—Toma —dijo dándole su reno—. Para que no estés sola. Si te encuentras mal, da golpes la pared y vengo corriendo. Te lo prometo.

—Lo haré.

Estaba muy jodido. No quería marcharme. Lo de llevar el colchón a su habitación me pareció una idea cojonuda y ojalá hubiese dicho que sí para quedarme tranquilo.

Me acosté pegado a la pared,
coloqué la mano
y esperé unos toques que no llegaban.

25. *Aritz siendo Aritz*

VICKY

La noche había sido horrible y, si dormí algo, fue por el cansancio. El efecto de la lidocaína pasó por completo y los calmantes parecían no ser suficientes para el dolor punzante que no quiso abandonarme ni un solo segundo. Se aferró a mi cuerpo y yo tendría que acostumbrarme a ello durante unos días.

Envié un mensaje a Nieves para contarle lo sucedido e insistió en llamarme. Quería detalles y no estaba para dárselos. Le pedí espacio por primera vez. A mi mejor amiga.

Mentí. Mentí a todos diciendo que me encontraba bien. Era la única forma de que me dejaran respirar. Necesitaba estar sola porque Aritz no me dejó cuando se lo pedí. Estuvo bien ir a la cama con él y comer todas las mierdas que trajo, pero eso no era lo que quería en ese momento. Quería soledad. Estar yo y mis pensamientos en un lugar tranquilo. Solo pedía unos minutos para mí y, aunque entendí que estaba preocupado, me hubiese gustado que respetase mis necesidades.

Intenté concentrarme, pero era imposible porque escuchaba su respiración y me ponía nerviosa. Se ahogaba. Aritz seguía ahogándose. Dolía más escucharlo respirar que la cicatriz.

¿Cómo iba a pensar en condiciones? No pude.

Pero cerré los ojos, y cerrando los ojos siempre venía Alan a visitarme. Usaba su recuerdo para sentirme bien. Era reconfortante viajar a un momento así, en el que todo tenía otro sentido y las cosas malas dejaban de ser tan malas. Fue lo único que me ayudó a no pensar en lo que había pasado.

Escuché la puerta y me sobresalté.

Era Aritz, cómo no. Se excedía con sus atenciones y estaba perdiendo mi libertad. El día anterior, no me dejó ni salir del coche para decirme que había arreglado todo y que, hasta que me recuperase de las heridas, Carlos se encargaría del papeleo y que las horas de la tienda ya estaban repartidas entre Mari y Kat. Incluso Leo se ofreció para hacer turnos en sus ratos libres. Era demasiado.

Y agradecía que se preocupasen, pero me hacían sentir peor. Como una carga. Yo no quería ser una carga y, aunque estuviese dolorida, podía moverme.

—¿Qué es esto?

Traía una bandeja llena de comida que no podría comer.

—El desayuno.

—Aritz, puedo ir a desayunar como todo el mundo.

—El médico dijo que tenías que descansar.

—También dijo que tenía que moverme. ¿Olvidaste esa parte?

Sonreía. El muy tonto sonreía.

—Vale, pero hoy descansa. —Puse los ojos en blanco porque discutir con él era como hacerlo con una pared. O no me escuchaba o no quería escucharme—. ¡Eh! No te muevas.

—Tengo que ir al baño.

—Te llevo.

—¡Aritz! —grité apartando sus manos cuando intentaba cogerme—. Te juro que estoy teniendo una paciencia abismal, pero acabaré enfadándome.

—Por favor.

—Ni por favor ni leches. ¿Es que no lo entiendes? Comportándote así, lo único que consigues es que no deje de pensar en lo que sucedió ayer.

Aproveché que se había quedado bloqueado para levantarme sola y, poco a poco, salir de la habitación. Tenía el baño enfrente, a tres pasos desde mi puerta, y sabía que podía llegar sin mostrar lo mucho que me dolía. Dolía horrores, pero era un dolor necesario que no pensaba exteriorizar. No. No iba a flaquear ni a darle más motivos para que se comportase de esa forma tan agobiante.

Sabía que, cuando saliese del baño, estaría esperándome otra vez. Y estaba. «Por si acaso» dijo, y ese «por si acaso» que me enfadó, también consiguió que me olvidase del estado tan deplorable que tenía mi pelo. Me había visto en el pequeño espejo antes de salir. Un precioso espejo con un marco de conchas que se caían poco a poco sin que nadie hiciese nada por restaurarlo. Así estaba yo, como el marco del espejo. Parecía que me había pasado un tren por encima. Juro que nunca me había visto tan mal.

Caminé sola hasta la habitación, donde había colocado el desayuno encima del pequeño escritorio que tenía en una esquina y que nunca utilizaba.

—¿Tortilla? ¿Tostadas con tomate? ¿Macedonia? ¿Avena?

—Tienes que reponer fuerzas y comer proteínas.

¿Podía ser más él?

La bolsa de mierdas del día anterior fue un espejismo si miraba el desayuno.

Me senté y cogí el café para beberlo a pequeños sorbos. En ese momento era lo único que necesitaba, altas dosis de cafeína en vena. No negaré que la bandeja era visualmente llamativa y estaba claro que se había levantado antes para prepararla. Su sello era inconfundible. Pero en ese instante, mi cuerpo solo quería el café.

—¿No te gusta? —preguntó al ver que solo cogía la taza.

—Sí, Aritz, me gusta. Estoy esperando a que me lo des tú. ¿Puedes masticármelo?

Estaba siendo muy complicado tratar con él. Nuestra relación como compañeros cambiaba constantemente. A veces pensaba que solo nos llevábamos bien por Eli, porque era un continuo tira y afloja. Hacíamos esfuerzos por llevarnos cordialmente o nos ignorábamos si veíamos que las conversaciones serían inexistentes. Y sí, también hablábamos o teníamos momentos de complicidad. Pero ¿eran reales o por compromiso? ¿Hablábamos solo cuando era necesario demostrarnos que podíamos hablar? ¿Queríamos hacerlo?

Costaba asimilar lo que dijo Eli. Lo de su madre. Me escocía aquel «no quiero que te mueras», porque para mí la muerte, la mía propia, no tenía importancia.

«Mi mamá murió y no quiero que te mueras tú».

Yo no era su mamá, era la chica que estaba con ella durante el verano. Ni siquiera podía decir que la cuidaba. Me encantaba estar a su lado y me daba la vida. Era mucho más divertida que la mayoría de los adultos y siempre me hacía pensar. Pero esas palabras fueron las que me ayudaron a no cerrar los ojos cuando solo quería dormir. Pensé en que no podía fallarle tan pronto y en que, aunque no se lo había prometido como tal, tenía que hacer lo posible para salir adelante. Por ella. Porque me importaba. Me importaba tanto que aguantaba los constantes

cambios emocionales de su padre.

—Lo puedo hacer.

Lo miré. No sabía si estaba de broma o era verdad eso de que podría masticarme la comida y a esas alturas esperaba cualquier cosa.

—¿Podrías comportarte como un ser humano? No sé, tampoco es difícil.

—Estoy haciéndolo.

—No. Lo que estás haciendo es agobiarme y hacerme sentir peor.

—Lo siento, pero...

—Pero ¿qué?

Sacarle sentimientos a Aritz era como tirar del extremo de una cuerda y que en el otro estuviesen cuatro hombres forzados contra ti. Estoy segura de que, cuando me habló en el coche, dijo de más porque pensó que iba a morirme. Y tampoco dijo tanto.

—La salvaste. Tú.

—Vamos a ver. Hice lo que hubiese hecho cualquier persona. Fui yo quien estaba con ella, pero estoy segura de que Mari, Kat o Jake harían lo mismo.

—Pero era yo quien tenía que estar con ella y estaba a unos metros haciendo el gilipollas. ¿Lo entiendes?

—Si llamas hacer el gilipollas a tirarle los trastos a Paola...

No estábamos teniendo una conversación divertida, pero tuve que reírme por el surrealismo de todo. Seguía pensando que era un dramático.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. Como tampoco tiene gracia que seas mi sombra. En una hora tienes que estar con los alumnos y a mí me encantaría recuperar la privacidad.

—Tengo que curarte la cicatriz.

—¡Y una mierda! Se lo pediré a mi tía.

—Mari no sabe cómo hacerlo. Yo sí.

Acepté. La técnica de Aritz para conseguir las cosas consistía en el desgaste. No paraba hasta que dejabas de darle negativas.

—Me ducho. A solas —maticé para que no hubiese malos entendidos—. Y después haces las curas.

—Bien.

Estaba harta de discutir y tuve que ceder. En parte. Solo en parte.

—Con una condición. —Me encantó ver cómo se le borraba la sonrisa y arqueaba la ceja esperando mis reglas, las que pensaba ponerle—. Vas a parar.

—¿El qué?

—Todo esto —dije señalando la bandeja—. Necesito recuperar una vida normal y tú no estás comportándote normal conmigo.

—¿Y si antes no era normal?

—¿Cómo que si antes no eras normal?

—Me refiero a que si antes no era yo del todo.

—¿Estás diciéndome que has sido un falso?

—¡No! No exactamente. —Lo miré y.... quería que me explicase a qué se refería con que no había sido normal—. Nada, déjalo. Te curo eso y prometo no agobiarte.

Ese era Aritz. El que dejaba las cosas a medias.



Me duché y dejé que me curase. Hice todo tipo de esfuerzos para que no notase lo mucho que me dolía. Y miré. Me había dicho que no lo hiciera. Pero ¿cómo no iba a mirar mi propio cuerpo? Había visto la piel colgando y me preguntaba si los puntos eran suficientes para sujetarlo todo. Y sí. La piel seguía en su sitio y la enorme cicatriz en forma de «L» también. Había otras dos más pequeñas que no me preocupaban tanto, pero la grande...

La grande fue otra cosa. La grande hablaba sola. Decía que ahí había pasado algo duro y que, cuando pasaban cosas duras, eran necesarios los recordatorios. Que no bastaba con los emocionales, los que estaban en tu cabeza. Tenías que tener una marca en el cuerpo para acordarte siempre. Durante la toda una vida.

¿Y si intentaba transformar ese recuerdo y decirme que estaba ahí porque seguía viva? ¿Y si estaba viva porque tenía que estarlo? ¿Y si era una forma de abrirme los ojos?

Había demasiadas preguntas nuevas para las que tampoco tenía respuestas, pero entendí que iba siendo hora de que cambiasen las cosas.

Desde lo de la abuela, seguía sin valorarme, sin saber si era una persona o un ente que vagaba por la Tierra.

¿Y si solo tenía que pensar en vivir y buscar mi felicidad?

No sé, podría aprender.

Pero necesitaba ayuda.

26. No siente lo mismo por mí

ARITZ

Era horrible cuidar a Vicky por el simple motivo de que no se dejaba. Cumplí con mi parte, porque necesitaba ver a diario su cicatriz. No me consideraba un hombre controlador, pero quería asegurarme de que curaba bien.

Los dos primeros días conseguimos que llevase un ritmo normal, y ella, cabezota como nadie, insistió en volver a su rutina de trabajo. Carlos cedió en parte y la dejó estar en el despacho por las mañanas. Mi único consuelo pasó a ser que allí podría sentarse y no se movería.

Pedí a Eli que estuviese siempre a su lado por si necesitaba algo y ella respondió que no hacía falta que se lo dijera, porque iba a cuidarla.

A Mari le recordé que tenía que llevarla un café cada dos horas. Sabía que era su rutina y no quería que se levantase para prepararlo. Vicky se dio cuenta de ese pequeño detalle y, entre clase y clase, me fulminaba con la mirada cada vez que pasaba para comprobar que tenía el café listo.

Al cuarto día, le llevé a la cama el cruasán de la panadería que tanto le gustaba y por el que madrugué con la intención de que lo comiese recién hecho. También parecía odiarme por eso. ¿Por qué estaba poniéndomelo tan difícil?

Solo quería cuidarla.

Pasó la semana, despedimos a un grupo y entró otro nuevo. Vicky volvió su trabajo en la tienda y sufría viéndola cada vez que se estiraba para colocar algo. Corría hacia ella para hacerlo yo y se enfadaba. Conmigo se enfadaba por todo. No quería recordarle el mal momento, pero... ¿qué podía hacer?

Salía sin querer y no fui el único que no podía evitar esa protección, porque Nube también cambió su comportamiento desde aquel día. No dejó de proteger a Eli y, al mismo tiempo, estaba pendiente de Vicky. Ladraba a cualquier desconocido que se le acercase y tenía que pedirle silencio chistándola. Nube obedecía y se tumbaba a su lado. Cambió. Dejó de ser mi perra dormilona para estar más alerta que nunca. Y me sentí orgulloso de ella. Era la única que me entendía de verdad y me ayudaba. Solo podía confiar en Nube para el cuidado de Vicky, porque el resto aceptó que hiciese cosas que no tenía que hacer. ¡Joder! Eran unos inconscientes.

Y mi vida dejó de ser la que era sin importarme.

Olvidé totalmente mi faceta como hombre soltero. Ni siquiera me apetecía tontear. Sé que mi comportamiento decepcionó a muchas, pero de sobremanera afectó a Eva, una alumna que repetía desde hacía cuatro años y sus mamadas fueron increíblemente buenas. ¡Joder! ¿Qué coño pasó? Ni se me ponía dura cada vez que se acercaba para decirme alguna tontería o rozarme de forma descarada. Era hablarme y pensaba en si Vicky tendría hambre o si necesitaría algo. Escuchaba a Eva, le daba largas y seguía con mis obligaciones. Era eso o ir a comprobar que Vicky estaba bien.

Vicky. Siempre era Vicky. Nunca pensé tanto en una mujer. A excepción de Eli, que ella era

una niña y mi mundo. Me preocupaba mucho lo que me estaba pasando, porque la última mujer con la que tuve tanto interés fue su madre.

Quise controlar mis pensamientos, pero lo peor de todo era que me encantaban y por eso no hice nada, solo intentar separar mis sentimientos. Me gustaba y me gustaba que me gustase, pero tenía que dejar de visualizarla como la persona que salvó a mi hija para verla como mujer que me atraía. A pesar de su actitud y a pesar de sus continuos rechazos, que no fueron sentimentales porque yo no era Jake.

En el momento que separé todo, comprendí que mi alrededor se complicaba más. Sabía que ella no sentía lo mismo por mí. No necesitaba ni preguntárselo. No era tonto, podía percibir cuándo una mujer tenía interés. Se notaba en la forma de mirarme o de hablar. Pero ¿qué interés iba a tener si me follé a su amiga? ¡Mierda! Y lo de Julia también fue una cagada. Solo con dos, me coroné como el hombre con el que ninguna chica como Vicky tendría una relación seria. Demasiada mujer para tan poco hombre.

Y, como no pensaba delatarme, fingí.

Fingí que solo me importaba lo que había pasado y que estaba preocupado por su cicatriz, que también era verdad. La limpiaba, la curaba, veía su evolución diaria y mejoraba. También el gran hematoma que había alrededor estaba adquiriendo un tono amarillento. Parecía ir bien, y a mí me gustaba curársela porque era el momento del día en el que estaba más cerca de ella. Y el único con el que me sentía útil.

—Lo tienes mejor.

Se dio la vuelta para comprobarlo y después se miró en el espejo. Suspiró.

—Sí, espero que me quiten los puntos el martes.

Pensé en el martes, en que ese día era como un aniversario fatídico. El anterior fue extraño y ese no tenía pinta de ser muy diferente. Las cosas habían cambiado hasta en las cosas cotidianas. Todo por el maldito miedo.

Vicky no había vuelto a pisar la playa a pesar de que intenté convencerla en varias ocasiones. En todas se enfadó conmigo y no lo entendía. Dijo que quería normalidad. ¿La normalidad no significaba hacer las mismas cosas que hizo antes? Se contradecía demasiado y me volvía loco. Antes pisaba la playa, pero dejó de hacerlo. ¿Por qué? Sabía que era el miedo. Cuando pasaba cerca, apartaba la vista e intentaba pensar en otra cosa. Y fue una putada porque, al no pisar la arena, tampoco iba a su sitio preferido, donde se escapaba cuando quería estar sola.

¿Y por qué me jodía que no fuese a su sitio favorito?

Porque cuando regresaba después de estar, se encontraba mejor. Yo también tenía sitios de esos en los que me escondía cuando sentía saturado.

Pero ella, ¿cómo iba a escapar si no pisaba la playa?

—Yo creo que sí. —Rodeé la cicatriz con la yema del dedo y percibí cómo se tensaba, pero no se quejó—. ¿Te duele mucho?

—No.

—Puedes decírmelo.

—No me duele. Es como un hormigueo.

Nada raro. En el hospital nos avisaron de la pérdida de sensibilidad temporal. Podía tardar semanas o meses en recuperarla. Pero Vicky y la paciencia no se llevaban bien.

—¿Te apetece que mañana salgamos de aquí?

—¿Qué?

Se dio la vuelta para mirarme. No es que tuviese un maravilloso plan en mi cabeza, pero me

parecía buena idea sacarla del *Camp*.

—Eli, tú y yo. Mañana es domingo y después de comer son los traslados. Tú libras y nosotros también. Había pensado que podíamos ir juntos a otro sitio.

Se bajó la camiseta en silencio. Me dejó con la palabra en la boca y salió del baño sin decir nada. Tuve que seguirla, porque no quería quedarme sin la respuesta.

—Voy a trabajar —dijo dando pasos firmes por los pasillos—. Y tú tienes clase en diez minutos.

Sabía que tenía clase y que era la última de la semana. No me apetecía demasiado, pero tenía que cumplir con mis obligaciones. Por la tarde tampoco podría verla mucho. Había actividad de fotografía en los alrededores y me tocaba a mí, al igual que preparar la barbacoa para la cena. Ese día iba a estar complicado pasar ratos con Vicky.

—¿He dicho algo malo? Solo quiero que salgamos del *Camp*.

—No, no has dicho nada malo. Lo pensaré.

—¿Tienes otros planes?

—¿Te importaría dejar de insistir?

—Vale.

No es que tuviese ningún trastorno y cambiase de opinión cada segundo, pero en ese momento era complicado razonar con ella y pensé en dejarlo para el día siguiente cuando estuviésemos solos. Discutir no era buena opción con Vicky, prefería que viniese porque le apetecía estar con nosotros.

¿Y cómo conseguirlo? Eli. Eli no fallaba. Era convincente y sabía que a ella no se lo negaría. Utilizaría a mi hija para conseguir el objetivo, pero ¿qué otra cosa podía hacer?



—¿Qué hacéis aquí?

Había terminado con el primer grupo. Iba a cambiarme antes de empezar con el segundo. Iba. Esa era mi intención hasta que pasé por la tienda para ver a Vicky y vi a mis padres en la puerta hablando con Eli.

—Hijo. —Mi madre se acercó para darme dos besos y yo miraba a mi padre esperando alguna explicación—. Estás empapado.

Se habían marchado de vacaciones y no sabía nada de ellos por la diferencia horaria. Mis padres no enviaban mensajes de texto y no recibí ninguna llamada durante el tiempo que duró su viaje. Eso solo significaba que no había sucedido nada grave. ¿A qué se debía entonces esa visita repentina? ¿Por qué no estaban en Bilbao?

—Tu madre ha insistido en que quería estar con Eli.

Miré a Vicky, porque parecía incómoda. Me pregunté si mis padres habrían hablado con ella o la habían ignorado como solían hacer con la gente que no era de su clase.

—Ya hablamos de eso.

—Hijo...

Sé que mi madre quería mediar, pero nuestro último encuentro fue una mierda y pensaban que lo solucionarían todo con las bolsas de regalos que habían dado a Eli. Odiaba que lo hicieran, que quisieran ganarse el cariño de su nieta con dinero.

—¿Y la empresa? —pregunté a mi padre.

—Está Pascual —respondió mi madre—. Tenemos que hablar...

—Sí, tenemos que hablar. Ahora mismo tengo clase.

—¿Podemos llevar a Eli de paseo por Carballo y luego volvemos?

Miré a Eli, porque era ella quien tenía que decidir si quería quedarse o irse con sus abuelos, pero ella se encogió de hombros.

—Eli, yo no te voy a obligar.

—¿Puede venir Nube?

Mis padres reprimieron sus emociones para que sus gestos no les delatasen. Los animales no les gustaban y no querían decírselo a Eli.

—Por supuesto —respondió mi madre dejándome atónito.

Eli volvió a encogerse de hombros antes de decir un «vale» con la boca pequeña. Me marché cabreado, porque no me gustaban esos imprevistos. Mis padres lo sabían, pero no les importó lo que su hijo creyese o necesitase. Por eso discutíamos tanto, porque nunca me tenían en cuenta.

Y siempre pensaba que eso cambiaría.
Que eran mis padres y que me querrían a su manera.

27. *He cogido el aire y está muy rico*

VICKY

Sentí mucha pena cuando Eli se marchó con sus abuelos, que aparecieron por la mañana de imprevisto, mientras Aritz daba clase a un grupo. Por su cara, ni se lo esperaba ni le hizo gracia.

A mí tampoco.

Ricardo y Olaya se presentaron. Bueno no, no se presentaron, me trataron como a un fantasma e intenté mantener los modales. Eli tomó las riendas y les dijo que yo era su amiga. Me saludaron con la mano desde la distancia, por si tenía una enfermedad contagiosa.

No quería juzgarlos, pero, por el poco tiempo que los vi, fui encajando muchas piezas. Sumé eso a lo que ya sabía y fue suficiente para entender el carácter frío y distante que tenía Aritz.

¿Cómo podían ser sus padres tan desagradables? Los dos.

Ricardo no lo disimulaba, pero Olaya sí, y eso para mí era peor. No sé, prefería ver a las personas sin envoltorios, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Las que fingían y mostraban siempre la mejor cara me provocaban mucha desconfianza.

Y no había hecho más que empezar.

Por la tarde, hubo tensiones en el *Camp* debido a una discusión entre ellos. Los padres de Aritz querían pasar unos días con Eli como todos los años, pero su relación no pasaba por el mejor momento, y Aritz estaba tan saturado con esa tensa conversación que pensé que iba a explotar en cuestión de segundos. Pero no lo hizo porque todos cedieron, hasta la pobre Eli, que aceptó marcharse con sus abuelos con la condición de llevar a Nube.

La parte buena es que pasarían dos semanas cerca, visitando las ciudades de Galicia y haciendo turismo rural. Podría ser motivo para bajar la guardia, pero no bastó para tranquilizarlo. Aritz cambió. Como si mudase de piel antes de tiempo y la nueva tirase demasiado. No se adaptó y se encerró en sí mismo. Pasó la noche ausente, mirando el teléfono, porque esperaba la llamada de Eli. Se habían prometido llamarse a diario para contarse las cosas del día, como hacíamos Nieves y yo. No lo escuché, pero sentía curiosidad por saber de qué hablaría un padre con su hija durante tanto tiempo.

∞ ∞ ∞

—¿Vamos?

Tomaba el café de sobremesa mientras pensaba en mis asuntos pendientes de Madrid. El *Camp* se iba vaciando con los traslados de los alumnos y no tenía nada que hacer.

—¿Dónde?

—Fuera. Te lo dije ayer.

No me acordaba. Los imprevistos, las obligaciones y otras tantas cosas consiguieron que me olvidase de la propuesta «familiar» de Aritz.

—No está Eli.

Quizás no debí decirlo y me arrepentí al terminar la frase.

Se le torció el gesto. Le afectó mucho que sus padres se la llevasen de vacaciones así, tan de repente. Pero ¿qué iba a hacer yo? No era mi culpa y tampoco sabía qué tipo de problemas tenían ni hasta dónde llegaban. Entendí que, si él y Eli cedieron, sería porque tendría arreglo. Remiendos para descosidos, de los que sostienen las relaciones rotas. Si no tiras fuerte ni lo rompes, pueden durar bastante.

—Vamos tú y yo.

Dudé.

Dudé porque me apetecía mucho escapar de allí. Desde que sucedió el incidente en la playa, apenas había salido del *Camp*. Un par de días para dar un paseo hasta la panadería y comprarme esos cruasanes que me volvían loca.

Pasear por la playa parecía misión imposible. Los recuerdos se sentían recientes y pesaban demasiado. El miedo se instaló muy dentro y dolía como si estuviese enraizado. Era un miedo agudo e intenso, de ese que sabes cuándo llega, pero ignoras cuándo se marchará.

—¿A ti te apetece o lo propones por compromiso?

—¿Piensas que haría algo que no me apetece?

—Pues no lo sé. Tampoco nos conocemos tanto, ¿no?

Arqueó la ceja y yo puse los ojos en blanco porque no le había dicho nada raro. Para mí, el conocer a una persona iba mucho más allá que pasar tiempo con ella. Podías estar con alguien unas horas y conocerlo más que a otros con los que compartes días, meses o incluso años. Eso era lo que me sucedía con Aritz, que habíamos estado muchísimo tiempo juntos, pero, en el fondo, éramos dos desconocidos obcecados en conocerse.

—Podemos probar. Intentarlo por tercera vez. Dicen que a la tercera... Ya sabes.

Reí. No sé. Reí porque sí y porque no era un genio con las explicaciones.

Tenía la sensación de que Aritz nunca tuvo conversaciones más allá de las triviales. Solo lo veía hablar con Jake o Kat. Cuando éramos más, se limitaba a ser un mero espectador.

—Vale. Voy a por el bolso.

Lo dije con la boca pequeña, pero acepté.

—Te espero en el coche.



Quería abortar misión antes de subir al coche y tenía mis motivos. El principal fue que, aunque la limpieza había sido exhaustiva, quedaba un cerco como recordatorio de lo que me había pasado. No sé si me fastidiaba más el recordatorio o haberle estropeado el asiento con mi propia sangre.

—¿Quieres subirte de una vez?

—¿Y si...? ¡Mierda! Es que me da mucha rabia ver esto —dije señalando la mancha.

—A mí me la suda.

—Aritz...

—Sube o te subo.

¿Por qué siempre terminaba cediendo? No sé. En la mayoría de las cosas, era muy floja o,

quizás, solo quizás, necesitaba que insistiese de esa forma para ver sus ganas. Dicen que por las ganas es cuando estás segura de que alguien quiere hacer algo por voluntad propia o por complacerte. Buscaba sus ganas y las encontré.

Subí y fue liberador hacerlo. Me arranqué uno de los muchos miedos incrustados, de un tirón rápido y casi indoloro, como cuando te haces la cera en una de esas zonas que no duelen tanto.

—¿Adónde vamos?

—Ahora verás.

—¿Me lo parece a mí o estás haciéndote el misterioso?

Lo miré y sonreía. Eso era un «sí» enorme. Se estaba haciendo el misterioso y no sabía si el misterio en él significaba algo bueno o malo. Aritz era Aritz. Él. Impredecible. Extraño. ¿Y he dicho raro? Era demasiado raro.

Pero ¿existe alguien asquerosamente perfecto?

Cuando solo tenía el trauma de estar prácticamente sola y podía ir a mi refugio en la playa para pensar —y lo hacía mucho—, pensaba en las imperfecciones, en que yo era imperfecta y llena de grietas profundas —por no decir que estaba hecha añicos—, pero me permitía cuestionar muchas cosas o personas sin saber sus razones. No sé. Cometía el mismo error que todos, el de juzgar. Caía. Era fácil caer. Es demasiado sencillo creer que haces mejor las cosas, cuando, en el fondo, metes la pata de la peor manera: juzgando.

Lo hice. Sin querer. Pero juzgué y me arrepiento.



El primer misterio de Aritz lo resolví unos minutos después, cuando estacionó el coche en Carballo. Caminamos unos metros y me llevó a una tienda de golosinas que había en la calle principal. No dije nada y esperé para ver qué narices cogía él en una tienda en la que, supuestamente, todo maltrataba las arterias hasta niveles insospechados. Fue divertido verlo rebuscar en una estantería donde estaban todas las bolsas de fritos. Leía las etiquetas y me cercioré de que estaba calculando las calorías. La búsqueda parecía dar frutos y eligió una bolsa de palomitas sin sal que tenían pinta de no saber a nada. Después, abrió la nevera que había al lado del mostrador y sacó una botella de agua. ¡Agua! Ni siquiera gastó un segundo de su tiempo en coger un zumo sin azúcar o una Coca Cola Zero. ¡Agua!

—¿A qué estás esperando? —preguntó cuando cerró la nevera.

Juraría que la dependienta estaba tan aturdida como yo por el comportamiento tan inusual de mi acompañante. Compartíamos entretenimiento y el entretenimiento se llamaba Aritz.

—¿Yo? Ya he cogido el aire. Muy rico. Cero calorías.

La dependienta se echó a reír, pero no fue la única. Aritz estaba de mejor humor y se unió a las risas improvisadas.

—Venga. Coge —dijo señalando las decenas de botes que había, repletos de dulces que él no comería ni aunque llegase el Apocalipsis.

—¡Qué presión! —respondí cogiendo una bolsa de plástico y las pinzas que me ofrecía la dependienta—. Oye... ¿tú no tendrás una lista de lo que engorda cada cosa?

Reímos los tres y Aritz me dio un beso en la sien como si me hubiese metamorfoseado en Eli. Quise pensar que la echaba de menos y resté importancia a un gesto cargado de cariño.

Me acerqué a los botes y arrasé sin piedad. Las golosinas me volvían loca.

Cuando estaba en Madrid y la abuela seguía viva, los sábados por la noche me sentaba frente al televisor y comía hasta reventar. Devoraba los dulces con nocturnidad y alevosía después de acostarla. No era un gran plan, pero lo echaba de menos. A ella también.

—Sé cuáles son tus favoritas.

—Ah, ¿sí?

—Moras negras.

Demasiado obvio. La mitad de la bolsa estaba llena de moras negras. Tampoco hacía falta ser una persona inteligente para adivinarlo.

—¿Y las tuyas?

—Ninguna.

—¡Anda ya! Estoy casi segura de que comías golosinas cuando eras niño.

Me miró con dudas. Estaba planteándose si confesarme ese tremendo secreto: sus golosinas favoritas de cuando era niño.

—Esos —dijo señalando un bote.

—¿Las nubes?

—Los llamo algodones de azúcar y me gustaba quemarlos con un mechero.

Se me escapó una risotada. Lo dijo así, como si contase el mejor truco culinario para que el arroz quedase en el punto perfecto. ¿Quemar nubes? De locos.

Llené una bolsa de nubes, de las rosas alargadas, con el interior blanco. Por ver su cara. Por probar algo nuevo. Porque sí. A veces, hay que hacer las cosas por eso. Porque sí.

—¿Qué haces?

También pedí un mechero negro a la dependienta. El resto eran de colores brillantes y a mí me gustaban los discretos. No se trataba de un objeto que quisiera guardar, pero ni él ni yo fumábamos y no me imaginaba haciendo una fogata frotando dos ramas para quemar las nubes. Porque iba a probarlas. ¿De verdad pensó por un segundo que no querría probar semejante «receta»? Me moría de ganas, jolín. Quería saber si existía alguna diferencia entre una nube esponjosa y una chamuscada. Y, sobre todo, si eso era comestible.

—Experimentar —respondí.

Negó con la cabeza y me apartó cuando busqué la cartera para pagar.

¿Podía ser más ridículo? Había llenado dos bolsas de golosinas y nubes, comprado un mechero y una botella de batido de chocolate con la esperanza de morir por un coma diabético en minutos. Y él... me daba vergüenza repetir lo que había cogido él. ¿Y pagaba?

Cedí. Nunca fui una gorrana, pero no quería montar el numerito de «pago yo» con alguien como Aritz. Aritz no era Nieves y Nieves solo había una.

La echaba de menos.
Y me hacía mucha falta.

28. *Mi lugar favorito*

ARITZ

Mereció la pena llevarla a la tienda solo por ver su sonrisa. Era la única persona en el mundo capaz de hacerme ver esa bomba de azúcar como algo más que caries y colesterol. Había un mundo detrás de los dulces y quería verlo con sus ojos. No era adicta ni los ingería a diario. Se daba un capricho con el que disfrutaba y le provocaba pequeños momentos de placer. Eso estaba bien.

Con Vicky pude ver cosas que antes no veía. Me enredaba con sus razonamientos, que rozaban la estupidez. Hasta lo estúpido tenía sentido si era ella quien lo explicaba.

—¿Adónde vamos? —preguntó por segunda vez el mismo día—. ¿Vas a decírmelo o vas a seguir haciéndote el interesante?

La miré y estaba muy divertida. Me imaginé todas las suposiciones que estarían pasando por su cabeza. Ninguna idea sería muy loca.

—A mí lugar favorito.

Tosió. Casi se ahoga. Estaba atragantándose con algo y me asusté. Pensé que se le había metido una sustancia extraña en la garganta, pero empezó a reír como una loca y la miré confundido. ¿Qué narices le pasaba?

—¿Cuál es la gracia?

—Que no puedes decir eso y dejar el resto a mi imaginación.

—¿Y en qué lugar me imaginas?

—¿Un club de alterne?

Intenté...

Intenté que no nos matásemos en la carretera. Creí que iba a pisar el freno sin querer. Iba a hacerlo, pero reaccioné y todo quedó en nada.

¿Un club de alterne? ¿Eso pensaba de mí? ¿Que un club de alterne era mi lugar favorito y que iba a llevarla allí? No quería enfadarme y respiré. Quizás fue mi culpa por ser tan hermético o por callarme. Podría haberle dicho el sitio la primera vez, pero mi intención era mantenerla entretenida con el misterio. La imaginé dando vueltas a su cabeza para adivinarlo, en vez de pensar en la cicatriz, y eso me gustaba.

Pero ¿un club de alterne? ¿No podría haber dicho algo más normal?

—No. Nunca he estado en un club de alterne.

—¡Venga! No pasa nada por reconocerlo. Casi todos vais por probar.

—Y no me importaría reconocerlo si hubiese estado.

La miré. Seguía dudando y eso me jodía más.

¿Que me gustase el sexo era sinónimo a tener que buscarlo en cualquier lugar? Jake lo mencionaba en ocasiones, pero lo hacía de broma, porque él sí que había estado en varios. Yo mismo fui quien lo llevó. Lo dejaba en la puerta, me largaba a cualquier bar que estuviese abierto

para tomar una cerveza y, a la hora y media, volvía a por él. Pero no entraba. Nunca.

Mi caso no tenía ningún misterio. No lo necesitaba ni me atraía la idea de pagar a una mujer. Me gustaba más que ellas quisieran hacer las cosas conmigo por voluntad propia y no con un billete por delante.

—Vale.

—Siguiente sitio.

—¿Qué?

—¿No hay ningún lugar más que creas que es mi favorito?

Si pregunté eso fue porque necesitaba escuchar otro sitio y no quedarme con el club de alterne como lugar de referencia. Me valía hasta un alcantarillado. Así de simple.

—No sé.

¡Joder! ¿De verdad? ¿No había más?

—Vale. Pues no vamos a un club de alterne y has perdido tu oportunidad de descubrirlo antes. Tendrás que esperar.

Frunció el ceño y apretó los labios como Eli cuando se enfadaba. Aliñó la expresión cruzando los brazos. Era perfecto incluso eso, y me hubiese reído de no ser que el «club de alterne» seguía ensombreciéndolo todo.



El faro de Laxe se había convertido en mi refugio e iba allí a menudo. Incluso en invierno. Podía parecer raro, pero necesitaba apartarme de todo hasta cuando estaba solo. Lo hacía para pensar o buscar soluciones a problemas inexistentes.

Recuerdo el día que a Eli se le movió el primer diente. Los nervios me traicionaron al tener que lidiar con ese acontecimiento, el primero de tantos cuando tienes un hijo, enlazas situaciones nuevas y te preguntas si podrás con todas o si darás la talla. A mí me preocupaba hacer lo correcto en cada ocasión. Y en busca de la inspiración para ser el padre del año, me venía al faro donde siempre encontraba soluciones. Incluso para saber cómo comportarme cuando mi hija perdía su diente.

¿Qué hacía llevando a Vicky a mi escondite?

Ni puta idea. Un escondite es algo privado, pero iba a dejar de serlo. ¿Y qué pensaría ella de que se tratase algo tan simple y no un club de alterne? No lo sé, pero iba a descubrirlo.

—Vaya.

La miré de reojo. Fue un «vaya» sin más, que dijo cuando estábamos sacando las bolsas de azúcar y una toalla que siempre llevaba en el maletero.

—¿Decepcionada?

Me armé de valor para mirarla fijamente. Quería sinceridad con la respuesta y la mejor forma de descubrir que alguien te dice la verdad es mirándole a los ojos. No falla.

—Pues no. Me tranquiliza mucho que no sea un...

Tapé su boca antes de que mencionase esas palabras que me costaba olvidar. Pero lo que sí había olvidado sin querer era la cicatriz que seguía limpiando a diario. Hice un movimiento demasiado brusco y ella se quejó en bajito.

—¡Joder! ¡Lo siento!

—No pasa nada, no me duele tanto —respondió apartándose de mí.

—Soy imbécil.

Y me sentí ridículo, porque no sabía qué decir para salir del apuro. Me quedaba en blanco cuando metía la pata y me callaba para no parecer más imbécil de lo que era.

Al lado de Vicky parecía alguien insignificante e intentaba no cagarla cada segundo. Ella tenía un interior inmenso y... ¡Joder! ¿Por qué había tardado tanto en darme cuenta de lo perfecta que era? No perfecta como decía Jake, porque para mí Vicky no significaba el gran polvo de ese verano. Era más y eso daba miedo. No podía pensar ni actuar de la misma forma que él, pero sí que podía tener celos cada vez que le veía abrazarla o hundir la nariz en su cuello. ¡Yo! ¡Joder! ¡Celos! Y lo peor de todo, celos de Jake. ¿Existe algo peor que sentir celos de tu amigo por una chica que nunca tendrás?

—¿Quieres parar con el dramatismo? Pareces una telenovela.

Tuvo gracia. Era su forma de liberarme de las culpas.

—¿Puedo llevarte en brazos?

—¿Tú tienes algún trastorno? —Negué con la cabeza y sonreí—. Pues no, no puedes llevarme en brazos, porque puedo andar y esto no es nuestra noche de bodas. Así que, si me haces el favor, compórtate.

Lo que ella no sabía era que me hubiese ayudado el simple acto de cogerla en brazos. La única vez que lo hice fue cuando le mordió el perro y quería quitarme el recuerdo amargo en mi lugar favorito.



Caminamos hasta una zona de piedras que me recordaba a la que iba ella en Razo. No se encontraba muy lejos. Apenas veíamos personas y aquello nos proporcionaba intimidad.

Nos sentamos, hizo una mueca de dolor y me contuve para que no repitiese eso de que era un dramático. Abrió las bolsas de chucherías en silencio y miró el mar. No era selectiva, comía las que salían al azar y, con cada chuchería, cambiaba el gesto.

—Vamos allá. ¿Tú sabes si hay alguna estación de bomberos cerca? —preguntó sacando el mechero y me reí.

Negué y vi cómo abría la otra bolsa para coger un algodón de azúcar. Dudó en el momento que salió la llama y lo acercó. No lo suficiente para hacerlo bien, porque, como todo, tenía su truco y el truco no era otro que quemarlo de verdad.

—Lo haces mal —dije cuando se llevó el algodón de azúcar a la boca.

—Será que no tengo la vena pirómana tan desarrollada como la tuya —respondió poniendo los ojos en blanco.

No pensé. Me levanté para sentarme detrás de Vicky. Ella no hizo nada para apartarme. Parecía que estaba cómoda y me relajé.

—Se hace así.

Saqué un algodón de azúcar de la bolsa. Se lo ofrecí, ella lo cogió y yo agarré sus manos. Se tensó, ahí sí, pero lo esperaba. No le di mucha importancia. ¿Para qué? Que no me rechazase era todo un logro, porque no quería que me tratase como a Jake.

—Prométeme que no vas a quemarme la mano.

Reímos. Reírse a su lado era lo más sencillo y bonito del mundo.

Eli y Vicky parecían dos gotas de agua por sus ocurrencias y sus esfuerzos para transformar

las cosas negativas en algo positivo. Yo no podía, no era tan fácil. Sobre mí pasaba una nube negra que no podía disipar.

—Te lo prometo —susurré.

Se tensó más y me gustó provocarle tensión. Que sintiese algo distinto a la indiferencia.

Aproveché que estaba en desventaja para olerle el cuello disimuladamente. Me gustaba el sitio. Era perfecto. Su forma se acoplaba a la mía y encajábamos. Eso quería pensar, que encajábamos, que dejaba de ser un tipo rancio y que me veía como algo más. Pero ¿en qué momento de mi vida dejé de serlo? ¿O seguía siéndolo y no me daba cuenta? ¿Y si estaba equivocándome?

Vicky me gustaba más de lo que quería llegar a creer. Yo no era un libro abierto como ella y, desde lo de la madre de Eli, me dije que nunca sentiría nada que no fuese un cosquilleo entre mis piernas. Con Vicky tenía una mezcla de emociones y el cosquilleo subía y bajaba por todo el cuerpo.

Pero ¿era un cosquilleo real o solo de gratitud por haber salvado a mi hija? Tenía dudas, pero quería descubrirlo y no iba a tirar la toalla sin haberlo intentado.

—Esto es peligroso —dijo cuando apreté su pulgar para que encendiese la llama.

—Confía en mí.

Se relajó y me dejó hacer. Dejé que el algodón se quemase a escasos milímetros de nuestros dedos. Lo incendié, porque así es como tenía que ser.

—¡Dios! ¡Está ardiendo! —gritó cuando giraba el algodón.

—Tranquila. La llama sube. Ahora se apagará.

Esa chuchería no era un tronco de madera y en cuestión de segundos estaba preparada. Me acerqué y soplé para enfriarla un poco. También para pegarme contra su mejilla y ver cuál era la distancia aceptable para Vicky. Me dejó con dudas porque no se apartó, pero tampoco hizo nada. Yo qué sé. Podría haberse girado para acortar la distancia de nuestras bocas. Eso hubiese estado bien. Más que bien.

—Pruébalo.

—¿Qué? ¡Está chamuscado!

Y era verdad, pero así es como estaba más rico.

—Pruébalo —insistí.

Masticó sin ganas. Esperaba gemidos y sonidos extraños como los que hizo cuando la llevé por primera vez al cruasán.

—¿Y bien? ¿Te gusta?

—Te lo diré cuando te comas uno.

Era lista y nadie podía negarlo. Sabía cómo captar mi interés. Lo hacía sin darse cuenta o queriendo; me daba igual, porque le funcionaba.

Y sé que lo hizo para retarme. Esperaba alguna negativa o una frase de las mías, porque había hecho de criticarme un *hobby*. Unos días atrás le hubiese dado ese gusto, pero llevaba días actuando sin pensar. Saqué otro algodón y lo quemé yo mismo. Lo hice rápido, como cuando era un crío. Lo quemé en segundos y solo uno me bastó para darme cuenta de que había olvidado la última vez que lo hice. ¿A los diecinueve tal vez? ¿Fue cuando empecé a ser infeliz por estudiar algo que no me gustaba?

Lo comí en dos bocados. Estaba jodidamente bueno y no aceptaba una opinión distinta. La primera sensación fue el regusto amargo que se disipaba al notar el dulzor del azúcar.

Después... Lo de después era tocar el cielo.

—¡Dios! ¿Estás cachondo?

Si no hubiese terminado de comerlo, estaría atragantándome con el algodón.

—¿Y tú estás loca?

—¡Ha sido un jadeo! ¡Te he escuchado!

Me relajé. Estaba bromeando. Vicky casi siempre bromeaba.

Estar detrás de ella tenía sus cosas buenas y malas. Lo bueno era la cercanía y, lo malo, que no podía ver sus gestos. No sabía cuándo iba en serio y cuándo quería tomarme el pelo.

—¿Vas a decirme de una vez que está mucho más rico que esas moras? —respondí al ver que cogía una de la bolsa.

—Reconozco que está bueno, pero nunca superará a las moras negras.

Me levanté y me senté a su lado para ver una cosa que no entendía. Se notaba que le gustaban mucho, pero pasaba demasiado tiempo con ellas en la boca y hacía movimientos extraños. Sus carrillos cambiaban de forma constantemente. Quise salir de dudas.

—¿Qué haces con ellas?

—Quito los puntitos y la dejo desnuda antes de tragarla.

Nunca nadie podrá dar una explicación tan morbosa como la que dio acerca de una chuchería. Nadie.

—¿Y eso cómo es?

—Con la lengua. Lo haces despacio. No puedes morderla, porque te la cargarías.

Me provocó una curiosidad que se convirtió en reto. ¿Había algo mejor? Que alguien te provoque las ganas de intentar lo que nunca harías.

Saqué dos, una para ella y otra para mí, y me quedé mirando como un tonto todos esos puntitos negros que tendría que quitar antes de «desnudarla». La comimos a la vez y me enseñó con los dientes cómo había quedado su mora antes de tragársela. ¿Cómo coño lo había hecho? No podía sin masticarla.

—Es práctica. Eso no se coge comiendo avena.

Estaba cachondo. No pude hacer nada para evitar empalmarme allí. Tan de repente que me asusté. La imaginé haciendo otras cosas más obscenas. ¡Joder! Era hábil con la lengua y yo un hombre que la deseaba.

—Podemos hablar.

—¿De verdad crees que a la tercera va la vencida? —preguntó haciéndome reír.

—Habrà que intentarlo.

Mi respuesta fue suficiente. O eso creo, porque sacó otro algodón de azúcar y lo quemó sola haciéndome creer que era una señal para darnos una tregua.

El algodón era la nueva pipa de la paz.

Sabía que le gustaba tanto como a mí.

Y que era orgullosa por no reconocerlo.

29. *Damen*

VICKY

Echaba muchísimo de menos a Eli y los lunes en la oficina no eran lo mismo sin ella. Se encargaba de que las cosas aburridas dejaran de serlo y me había acostumbrado demasiado rápido a tenerla enfrente o a escuchar su respiración. Era divertido verla frustrada durante los dos segundos que le duraban los momentos de tensión. Pasaba cuando quería escribir algo y no encontraba la forma de expresarlo en el papel. A veces, rompía los silencios preguntándome si una palabra se escribía de una forma u otra para después decirse a sí misma: «Lo sabía».

Me reía. Me hacía reír lo que no estaba escrito.

No se daba cuenta de lo inteligente que era con y sin faltas de ortografía. ¡Por favor! ¡Tenía siete años! A esa edad, probablemente yo habría intentado ser la versión femenina de Picasso dibujando sin mucho éxito, pero ella escribía demasiado bien. Hasta su letra era mejor que la mía, cuando escribía rápido por falta de tiempo y me limitaba a dejar apuntes que solo yo podía entender. Era lo más parecido a la letra de un médico cuando hacía recetas, pero ella... ella se esforzaba de verdad para que la «f» tuviese una abertura perfecta o que todas las «a» fuesen del mismo tamaño.

∞∞∞

—Nieves...

—¿Qué pasa ahora?

—¿Estás trabajando?

—No, entro de tarde.

Nieves y yo seguíamos con nuestra rutina de llamadas diarias, y no todas eran iguales. Las más frecuentes fueron las informativas. Nos contábamos cada segundo y todo era importante, hasta la nueva marca de tampones que habíamos descubierto y que «entraban mejor».

—¿Tú crees que Eli estará bien con sus abuelos?

Escuché una risa y me molestó.

La conté que el día anterior, Aritz llamó a Eli cuando estábamos comiendo golosinas mirando a la nada. Ella nos dijo que estaba pasándose bien y sonaba a verdad. Sus abuelos la habían llevado a Vigo unos días y allí había estado en una feria. La imaginé comiéndose el algodón de azúcar, el de verdad. También la hablé de las nubes quemadas. Esas que le gustaban tanto a Aritz. Ella reía y yo, por primera vez en mi vida, le oculté algo.

Siempre consideré a Nieves como una extensión de mi cuerpo. No teníamos secretos entre nosotras. Sabía que ella me lo contaba todo y yo le correspondía. ¿Para qué demonios, si no, nos llamábamos a diario? Confiaba en ella lo que no confiaría en nadie, pero sin querer o queriendo,

omití la parte en la que Aritz se sentó detrás de mí y me pegué a su pecho porque estaba muy cómoda. Fue raro, lo primero que pensé es que no estaba tan vacío o hueco como ella dijo. Estaba segura de que dentro de Aritz había un mundo, pero él decidía a quién y cuándo abrir las puertas.

Su actitud conmigo no cambiaba y por eso seguía demasiado presente lo que sucedió en la playa. La cicatriz estaba mejor de lo que esperaba gracias a sus cuidados y deseaba que me quitasen los puntos cuanto antes. Lo que llevaba mal era la cicatriz estaba dentro y, con Aritz en su papel de dramático, no tenía pinta de mejorar. Y era contradictorio, porque no me molestaban las atenciones; me molestaba el motivo.

¿Hubiese sido diferente si ese dóberman no hubiese pensado en mí como su nuevo menú?

Por supuesto. Él seguiría su vida y nunca me habría llevado a su lugar favorito. Jamás sabría que le encantaban las nubes chamuscadas y, mucho menos, hubiese tenido ese contacto.

¿Cómo contar esas cosas a Nieves cuando ella lo tenía idealizado como el hombre más insensible del planeta? ¿Cómo hablarle de mis contradicciones sin que creyese que tenía algún tipo de trastorno? No podía y por eso se lo oculté.

—Tienes el instinto maternal a flor de piel.

—¿Eres tonta? Ya te hablé de ellos y...

—Sí, no hace falta que lo repitas. Son unos monstruos terroríficos.

Escuché carcajadas detrás del auricular. Estaba claro que Nieves no lo entendía y tampoco podía enfadarme con ella.

—Vale. No me estás ayudando y me aburro.

—¿Me llamas solo porque te aburres?

—Pues sí, es lunes y hoy solo toca trabajo de oficina. Hasta después de comer no llegan los alumnos nuevos.

Volví a escuchar su risa y decidí despedirme de ella. No me dio lo que necesitaba. Yo qué sé. Podría haberse inventado una historia surrealista que me hiciese darle vueltas a las cosas unas horas. Por lo menos hasta por la tarde.

No era nada bueno inventarse las cosas, pero lo hacía cuando pasaba demasiado tiempo pendiente de mi abuela y mi vida no tenía más emoción que bajar a comprar el pan aprovechando que estaba entretenida con las telenovelas turcas. Yo fantaseaba con historias que no habían pasado y no veía nada malo en ello.

Solo quería evadirme.



Sin preverlo y sin mentiras, la tarde cambió. Dio una vuelta, una pirueta con muchos riesgos o un salto mortal. Si hubiese escogido una opción, me habría decantado por la última. Sentí una opresión en el pecho que no me dejaba respirar. Creí que me daría un infarto, que todo terminaba ahí y que ya solo vería la luz que me llevaba al «otro lado».

Lo miré. Me miró. Sonreía y yo estaba tan bloqueada que los músculos faciales se negaron a colaborar. No es que no me apeteciese verlo, pero...

—Vicky.

Estaba tomando un café sobre el césped, apoyada en una de las paredes del *Camp* que hacían muchas veces de respaldo. Me gustaba sentarme allí porque podía ver todo: la playa, el *parking*

y, si me esforzaba, veía la panadería.

Kat llegó con los últimos alumnos y cuando bajaron... Creí que se trataba de una broma, que estaba equivocándome y que no era él, sino uno que se parecía demasiado.

Hasta que se acercó con su maleta y dijo mi nombre.

—Tú...

—¡Ey! —nos interrumpió Kat—. Este es Damon, el que había alquilado una de las habitaciones individuales.

Todo giraba más rápido. Mi mundo empezaba a ser una farsa y yo, que estaba perdida, me encontré en un abismo del que no podía salir.

¿Damon? ¿Qué coño estaba pasando? ¿En qué momento Alan se había convertido en Damon?

Me levanté tirando parte del café y me manché las manos. Tuve suerte de que no quemase. No habría sido agradable que mi cara se convirtiese una de las habituales en las urgencias sanitarias de Galicia. Ya había tenido bastante y esperaba no repetir ese verano.

—¿Estás bien?

Me aparté. Fue un impulso. Uno malo.

Alan quería tocarme, pero me aparté, porque, con una sola palabra, el significado de lo nuestro había cambiado tanto que no podía ignorarlo. Dejé de estar con un hombre con el que compartí algo más de palabras y me encontré frente a un desconocido.

¿Quién era? ¿Alan o Damon? ¿Damon o Alan?

—Sí. Sí —respondí sin mirarlo a la cara, chupándome los dedos que se habían manchado con el café—. Soy una torpe.

—Vicky...

—¿Os conocéis? —preguntó Kat.

Quería enterrar la cabeza bajo tierra para no tener que contestar esa pregunta. No sabía ni qué decir. Conocer, conocía a un Alan. Ese Alan era un *gigoló* con el que pasé unos días inolvidables junto con Nieves y Denis.

Un momento.

¿Y Denis? ¿Denis quién era?

No podía hablar de ninguno de ellos; cuando relataba mi viaje a Ámsterdam, siempre omitía ese pequeño gran detalle. Lo sustituía por unas rutas turísticas de pago que sonaban mejor.

—Sí, nos conocimos en Ámsterdam.

—¿En Ámsterdam? Eso no nos lo contaste —dijo Jake.

Estaba tan bloqueada que ni le vi venir.

Me rodeó por el cuello, porque, desde lo que sucedió, Aritz le dijo que si me daba los abrazos por la cintura le cortarían las manos. Así, tal cual. Estaba tan preocupado por mi cicatriz que tenía miedo de que su amigo me reventase los puntos de un abrazo. Se olvidó mencionar lo de separar su paquete de mi espalda, eso era lo que más notaba cuando Jake me rodeaba.

Pero le hizo caso y cambió los abrazos bajos por otros altos mucho más peligrosos. Tenía miedo de que bajase una mano para tocarme las tetas mientras me besaba en la coronilla. Podría pasar, porque dejaba colgando los brazos y, si no pasó, fue por mi habilidad para quitármelo de encima.

—¿El qué? —pregunté haciéndome la estúpida para salir del embrollo.

—Que habías conocido a un chico.

—Deja tus celos, Jake. Por mucho que la sobes, no va a caer.

Jake se apartó y se frotó el cuello. Me alegraba de que Kat replicase sin adornos. A mí no me salía. Yo era muy directa, pero Jake era tan divertido que me dolía ser brusca y optaba por los rechazos envueltos de cariño.

—Coincidimos en un restaurante y estuve aconsejándola.

Fue una buena jugada de ¿Alan? No sabía ni cómo llamarlo.

—Sí. Me alegro coincidir contigo otra vez. Trabajo aquí. Solo este verano.

—¿Solo este verano? —preguntaron Kat y Jake a la vez.

Me agobié y no quería.

—No es ninguna novedad, ¿no? Ya lo hablamos al principio.

Se miraron entre ellos y parecían decirse algo con los ojos, como hacíamos Alan y yo cuando nos quedábamos en silencio. En ese momento también estábamos mirándonos, pero, si quería decirme algo, no lo entendía.

Dejé de entender su mirada. De golpe. Sin saber por qué.

∞ ∞ ∞

Alan me siguió hasta su habitación, que estaba a dos puertas de la mía. No se lo dije, porque tampoco tenía mucho sentido hacerlo. Intenté tratarlo como un alumno más y le expliqué las cosas más básicas.

Resultaba ridículo hacerlo.

—Bueno. —Abrí la puerta de la habitación y dejé que entrase él primero—. Los privilegios de pagar más que el resto se resumen a una habitación para ti solo, baño propio y poco más. ¡Ah, espera! —respondí acordándome de algo que olvidaba porque casi nunca alquilaban la habitación privada—. Tienes llave para ti.

Rozó mi mano cuando le di el llavero gigante y la aparté para que nuestro contacto físico se redujese a la mínima expresión.

—Vicky, puedo explicártelo.

—No tienes que explicarme nada.

¿Qué cambio noté? Sobre todo, el de nuestra comunicación, mucho más fluida que la que tuvimos en Ámsterdam, y eso tenía que agradecérselo a todos los alumnos que habían pasado por el *Camp*.

—Quiero hacerlo.

—Si tienes frío, aquí tienes una manta —dije dándome la vuelta y estirándome hasta el altillo del armario para cogerla.

Noté su mano en mi costado y sentí un escalofrío.

—¿Qué te ha pasado?

Estaba paralizada. No pude contestar, porque no esperaba que estuviese tan cerca de la cicatriz. Esa nueva que no conocía. La que no llegó a tocar.

Cerré los ojos y lo recordé. A Alan, a su forma de tocarme, que era igual a lo que estaba sintiendo, porque...

Su nombre había cambiado.

Pero no sus manos.

30. *Mi cicatriz*

ARITZ

Los seguí.
Pasé el día en el taller arreglando unas tablas y casi no había estado con ella. La eché de menos. No tanto como a Eli, pero noté que me faltaba y resultó preocupante.

Llegué, quería proponerle dar un paseo antes de que llegase Carlos, pero mis planes se truncaron cuando salieron los últimos alumnos de la furgoneta que traía Kat. Todo podría parecer normal y haberse convertido en un lunes cualquiera, de no ser porque uno de los alumnos se acercó a Vicky con demasiada confianza. Le sonreía y ella parecía haber visto a un fantasma. No tuve claro si lo conocía. No se dieron besos ni tuvieron ningún acercamiento que me sacase de dudas. Llegué a pensar que se había quedado prendado de Vicky nada más verla, como debió pasarle a Jake.

Y llego él, Jake, a quien mataría de no ser mi colega y mi mejor amigo en el *Camp*. Pero ya estaba cansado de verlo con ella y de la forma que tenía de tocarla. Me molestaba mucho. Sabía que era así, pero no se daba cuenta de que parecía un desesperado. Un desesperado que me ayudó a respirar. El tío miró a Jake, pero no movió ni un dedo ni habló. Podía significar que no tenía nada con ella. Debió bastarme, pero no bastó. Todo estaba bien hasta que lo acompañó a su habitación. Fingí que iba a la mía sin que me viesen ellos. Objetivamente, parecía un acosador y un imbécil, las dos cosas juntas.

«Vicky, puedo explicártelo».

Un disparo o un ruido atronador. Sonó a que ahí había algo más de lo que me hubiese gustado. Jodió y era solo el principio, un preludio de lo que vendría después.

Me armé de valor para pasar delante de ellos, como si tuviese que hacerlo. Necesitaba ver lo que sucedía dentro de la habitación, y lo que vi me encendió tanto que podría haberle roto la mandíbula. Si no lo hice, fue gracias al autocontrol que estaba trabajando.

El cabronazo rozaba la cicatriz que consideraba casi mía. Ella la llevaba y yo me encargaba a diario de que estuviese bien. Era mía en parte. Podía decirlo en voz alta.

Vicky estaba estirándose para coger una manta y el tío, al que no conocía, tocó su espalda. Demasiado cerca. Justo al lado de esos puntos que tendría que quitarse al día siguiente. Tuve ganas de entrar y arrancarle la mano para que la bajase. Lo hubiese hecho de no ser por los tres segundos que empleé en tranquilizarme. Y pensar. Joder que si pensé. Ella no lo apartaba. Dejó que la tocase como una puta obra de arte. Eso era Vicky, una puta obra de arte que no estaba al alcance de cualquiera, pero sí de él.

Iba a largarme, pero no pude. La rabia lo impidió. Me consumía.

—Un dóberman me mordió en la playa.

Lo dijo como si no hubiese tenido importancia, pero gracias a ella, Eli y Nube estaban bien. Me molestaba que lo explicase así, pero podía llegar a entenderla.

—Yo nunca lo hubiese permitido.

Lo odié sin conocerlo. Estaba juzgándome. Decía que él no lo habría permitido. ¿Es que yo lo permití? ¡Joder! Sabía que tenía parte de la culpa. Pero ¿era necesario que me lo restregase por la cara un desconocido?

—¡Aritz! ¿Necesitas algo?

Debí hablar en voz alta o respirar demasiado fuerte. Vicky me miró y...

—En quince minutos empieza la charla de Carlos.

El subconsciente me ayudó a salir del apuro.

Miré al tío y noté que nos entendíamos. Él me retó. Por eso no quitaba la mano. Estaba probándome y yo seguía empeñado en demostrar que tenía ese falso autocontrol.

—¡Ah, sí! Gracias por avisarme —lo miró a él—. A... Damon, el dueño del *Camp* hace una charla de bienvenida. Informará de cosas importantes. Van todos.

—¿Y tú?

—Yo también, pero estaré apartada con el resto del equipo.

—¿Hablamos luego?

Vicky suspiró. Estaba dudando. Quedó una charla pendiente entre ellos. Lo capté al instante. No era tan estúpido como para no darme cuenta a esas alturas de que tuvieron algo.

—Vale. Pero después de cenar.

Por mi cabeza pasaron miles de suposiciones y necesitaba imaginar todas las posibilidades de que quedasen a esa hora, por la noche, después de cenar, a oscuras. Lo peor que podría pasar sería que el encuentro se desarrollase en una de las dos habitaciones. La de Vicky y la suya eran privadas, y la de él también tenía un baño. ¡Joder! Podrían estar con la puerta cerrada y... Hasta la maldita cama era más grande que la del resto. Y muy cómoda. Lo sabía porque esas habitaciones siempre estaban vacías y alguna vez abusé de la confianza de Carlos para meter allí a las alumnas. La jodí. Pensé en la de veces que había utilizado aquel colchón con chicas que no me importaban. Disfruté y ellas también lo hicieron.

¿Y después? Después no hubo nada, porque estaba hueco, como dijo la amiga de Vicky.

Maldije todos los recuerdos y todas las estupideces que pasaron por mi cabeza. Maldije también mis ideas e incluso mi forma de ser. Quería rebobinar el tiempo hasta el instante en el que decidí que no me importaría nada más que disfrutar del momento porque era muy joven para pensar en responsabilidades. Lo malo de rebobinar tanto sería que no hubiese conocido a la madre de Eli y que ella no existiría. Pero deseaba no haber usado la habitación privada con vistas al mar que podrían usar Vicky y el nuevo.

Celoso. Sí. No me importaba seguir reconociendo que estaba teniendo un problema con los celos. Me ponía enfermo ser así, pero solo podía pensar en que un tío de ojos azules no tuviese las mismas intenciones que tenía yo con ella.

Damon estaba bien. Tendría mi edad y se notaba que hacía deporte. Esperaba que el surf se le diese mal y verlo hacer el ridículo delante de Vicky. Pedí que estuviese en la lista de Anne para reírme de él y su torpeza en la tabla. Rogué que...

¡Joder!

Suplicaba que Vicky rectificase y le dijese que no tenían nada de qué hablar. Nadie me escuchó o estaba siendo demasiado tonto. Ella se apartó, yo respiré aliviado, él se quedó en su habitación y todo quedó para un después en el que no estaría presente.

Y era una putada no saber qué iba a pasar.

31. Sigo siendo el mismo

VICKY

No tuve tiempo de asimilar nada. Tampoco quería pensarlo y me concentré en el discurso de Carlos. Presté más atención que nunca pese a saberlo de memoria y solo lo hice para no tener que mirar a ¿Alan-Damon?

Noté sus ojos siguiéndome, esperando que lo mirase también de la misma forma que nos mirábamos en Ámsterdam, cuando sabíamos que lo que estaba pasando era algo único e irrepetible. Algo percedero. Algo que no volvería a pasar y que estaba pasando, pero de otra forma. Mutó y las mutaciones podían ser buenas o malas. Nuestra mutación parecía inclinarse por lo segundo.

Tuve sentimientos encontrados porque lo recordaba a diario y lo echaba de menos. Pensaba en él siempre que cerraba los ojos para recordar sus besos, su forma de tocarme o su cuerpo. Todo. Cada centímetro y recoveco. Cada curva y lunar. Cada relieve de sus cicatrices. Necesitaba tener en mi cabeza esa sensación de haber vivido una historia que muchas querrían vivir, pero también necesitaba que se tratase de solo eso, una historia, un sueño, algo sin base sólida. No quería que nada sustentase lo que sucedió en Ámsterdam.

Él quería hablar y yo quería desaparecer antes que tener una conversación que nunca me había planteado. Fui a Galicia intentando ordenar mis ideas; estaba sola, había perdido a mi abuela y necesitaba encontrar un nuevo rumbo. Creía que empezaba a tener seguridad y, cuando bajé la guardia, entraron nuevos miedos.

Un dóberman se encargó de recordarme que seguía viva y que el dolor siempre estaría presente. Da igual cómo se manifieste, si es algo físico o si se esconde entre los resquicios de tu cabeza para salir cuando crees que lo olvidaste. Ese dolor que se incrusta en tus entrañas y que, por mucho que lo intentes, no puedes sacarlo porque significaría perderte a ti misma. El dolor forma parte de la vida y tenía que aceptarlo. Seguir hacia delante porque la persona más importante que tenemos a nuestro lado se encuentra frente al espejo.

Así estaba yo. Aceptándome. Aceptando mis cosas malas para seguir adelante. Buscando motivaciones que me permitiesen vivir algo mejor y olvidándome de los compromisos sentimentales, porque estaban ligados al sufrimiento evitable. O eso creía, que había cosas que podían evitarse. Huía de ese algo más y tenía a un hombre viniendo a por algo que no podía darle.

—¿Hablamos?

Lo miré y vi esa seguridad que le caracterizaba. En Ámsterdam demostró ser un hombre con las ideas claras. No se dejó arrastrar por mis dudas o miedos, como hacía yo. Él fue quien me sacaba de los bucles.

¿Por qué me metía en uno?

—Aquí no.

Estábamos fuera, hacía buen tiempo a pesar de que casi todos llevábamos la sudadera puesta. Las noches en Razo solían ser frescas y los que esperaban venir a un sitio con temperaturas tropicales pasaban frío. Galicia no era Hawái. Galicia no eran las Islas Canarias. Galicia era un lugar mágico que tenías que amar con sus cosas buenas y malas. Con sus días de tormentas y su tiempo cambiante. Galicia era especial y lo estaba viendo, pero a otros les costaba ver esa parte.

Habíamos cenado unos sándwiches muy ricos que preparaba Mari los lunes. Algo rápido con lo que llenar el estómago para despedirse pronto. Muchos llegaban cansados del viaje y se acostaban temprano.

Miré a mi alrededor: tenía cerca a Kat, Aritz, Leo y un pequeño grupo de alumnos. No eran muchos, pero la conversación que iba a tener no parecía ser apta para todos los oídos. Cada uno estaba a lo suyo, algunos hablando y otros simplemente miraban el cielo en soledad. Ese era uno de mis pasatiempos favoritos y lo hacía casi todas las noches. Mirar las estrellas y esperar a la fugaz sin haber pensado antes en mi deseo. No había visto ninguna y seguía sin tener el deseo en la cabeza porque, ¿qué podía desear una chica como yo? Lo que deseaba era imposible y nunca tuve grandes aspiraciones.

Aun así, quería mi estrella fugaz, la que me pertenecía.

—¿Damos un paseo?

Comencé a caminar sin responderle, algo que hacíamos en Ámsterdam, hablarnos sin palabras, con gestos. Seguíamos entendiéndonos y tenía que aprovecharlo.

Me llevé las manos a la espalda, porque sabía que las buscaría y no podía dejar que me viesan agarrada a él. No el primer día. No cuando, en parte, me sentía engañada. Cogió mi brazo para detenerme, justo antes de llegar a las escaleras que conducían a la playa, a unos metros de donde el dóberman se ensañó conmigo.

—Demasiado cerca —dije dándole la vuelta para comprobar que el *Camp* era visible.

—Vicky, desde allí no nos escuchan.

Utilicé los segundos que nos quedamos en silencio para pensar en si me importaba tanto que nos viesan o no. A esas alturas, algo debían de sospechar. Nunca me había apartado con ningún chico. Nunca. En todo ese tiempo que llevaba, menos los que ya tenían pareja, la tía Mari y yo, habían hecho lo que les daba la gana en cuestiones amorosas sin importarles el qué dirán el resto. Iba siendo hora de que a mí tampoco me importase.

—Vale. ¿Nos sentamos? —pregunté señalando un banco de piedra.

Esperé a que se sentase él para sentarme en el otro extremo, pero decidió hacerlo justo en el medio, limitando la distancia entre nosotros.

—Quiero explicártelo, pero para eso necesito que dejes de mirarme como si hubiese asesinado a alguien.

Me reí. No sé por qué. A mí me hizo gracia. Si lo miraba así, era con razón. Me había mentido y no tenía motivos para hacerlo. Él no me debía nada.

¿Qué sentido tenía mentir a una persona que no formaba parte de tu vida?

—¿Y qué quieres que haga? Ya no sé ni cómo llamarte.

—Damon. —Reí irónicamente y sin ganas—. Vicky, escúchame.

—Estoy escuchándote y estoy riéndome. ¿Qué esperas que haga? ¿Que lllore?

—Alan es mi nombre para la agencia y te conocí por eso. Yo no sabía lo que iba a pasar después.

—¿Y qué se supone que pasó después?

—Que no eras como el resto.

Dejé de mirarlo, porque en el fondo sí que quería ser como el resto. Me había pasado gran parte de mi vida viviendo de forma distinta y no por decisión propia. Vino sin más. La vida tienes que cogerla tal y como llega, a veces con un envoltorio precioso, y otras, la inmensa mayoría, sin ningún adorno.

Mi vida no tenía adornos, pero quería un lazo rosa para camuflar el deterioro.

—Gracias por recordarme mis problemas.

—¡Eh! Mírame —dijo acercándose a mí. Estaba tan cerca que notaba su respiración. Cerré los ojos de forma instintiva porque sabía que, de cruzarme con los suyos, sería demasiado débil para no caer—. Por favor.

«Por favor».

Había olvidado lo convincente que podía ser cuando se le metía algo en la cabeza y lo fácil que le resultaba llevarme a su terreno. Dos palabras que parecían ser suficientes. Pero no. Aguanté. Intenté aguantar.

—¿En qué más me has mentido? —pregunté sin abrir los ojos.

—Te juro que en nada más. No te he contado cosas de mi vida, pero tú tampoco lo has hecho de la tuya.

Tenía un tono de voz con el que sabes que es imposible que te mientan y lo peor de todo es que deseaba que lo hiciese para enfadarme con él. Quería buscar ese hilo suelto del que tiras y dejas el bajo de la camiseta destrozado. Esa era mi intención, destrozarlo cualquier cosa para que no fuese a más. Él no tenía que estar allí y yo no tenía que darle tantas vueltas a la cabeza. Pero ¿cómo tirar del hilo si no había por dónde agarrar? Decía la verdad. Yo le conté cosas, pero también me guardé otras para mí. ¿Qué sentido tenía habérselas contado si no volvería a verlo? Ninguno.

—Vale, pues no necesito que me cuentes más.

—Vicky... Mírame.

«Aguanta, aguanta, aguanta...».

Quería hacerlo. Lo intenté. Era difícil y se convirtió en un imposible cuando sus dedos rozaron mi cara. Recordé los días tan especiales que vivimos juntos y recordé todo lo que sentía, porque, al cerrar los ojos, era verlo a él, a Alan.

—Ya no eres Alan. ¿Qué quieres?

—Sigo siendo la persona que estuvo contigo en Ámsterdam.

Abrí los ojos. Lo vi. Vi sus intenciones y controlé las mías. Me levanté dispuesta a marcharme, pero quise bajar por las escaleras y frené en seco. La arena me quemaba. Me ardían los pies si pensaba en pisarla. Los recuerdos me aplastaban y terminaba bloqueándome. No podía. Lo intenté. Pero lo malo de intentarlo tantas veces es que terminas creyéndote que nunca podrás y eso fue lo que me sucedió a mí.

—¡Eh! —me llamó y alcé la vista—. ¿Qué pasa, pequeña?

Lloré. Bajito para que no me escuchasen desde el *Camp*. Lo hice porque era la primera vez que alguien me preguntaba tan directamente algo que estaba doliéndome mucho. También porque con él sí que era capaz de sincerarme. Dejó de ser Alan, pero Damon me transmitía confianza para decir las cosas sin sentirme juzgada. La percibí por su forma de abrazarme. Tan firme y delicada. Tan protector. Lo hizo sin dudar y justo en el momento que lo necesité: me rodeó con sus brazos y sentí que todo iba a ir bien.

—No puedo —respondí sollozando—. Desde que me mordió...

—Siempre puedes. Eres más fuerte de lo que crees.

Lo miré. Sonreía de una forma embaucadora con la que podías creerte todo. Si en ese momento me hubiese dicho que era capaz de volar, lo habría intentado, me hubiese tirado al vacío, aunque me estampase contra el suelo.

—Han pasado dos semanas y...

No dejó que terminase la frase. Me cogió del culo para elevarme, haciéndome parecer un koala. Tuve que rodearle por el cuello y apretar mis muslos contra su cintura.

—Y vas a poder.

Temblé y Damon me apretó más fuerte contra su cuerpo para tranquilizarme. No podía. Enfrentarte a tus miedos sin ninguna preparación es como caer de cabeza en una piscina sin saber nadar. Cerré los ojos mientras esperaba no ahogarme y noté cómo apoyaba su frente contra la mía.

Un paso. Otro. Sentí que bajaba esas escaleras. Noté cómo pisaba la arena y el pulso se me aceleró. El corazón parecía querer salir del pecho para sobrevivir, porque dentro se estaba asfixiando. Y lo peor de todo es que, pese a ese sentimiento de locura momentánea, lo que nos rodeó podría definirse como tranquilidad. No había nada más revuelto que mi interior. Solo escuchaba su respiración, el sonido del mar y unas voces a lo lejos.

Quise gritar y llorar más para que me sacase de allí, pero no lo hice porque, aunque la cabeza estaba diciéndome que no podía, el corazón repetía que tenía que confiar.

—Vicky, abre los ojos.

Volví a llorar. Estaba paralizada. Me sujeté muy fuerte.

—Va a venir, va a venir, va a venir...

No podía pasar por lo mismo. Girar la cara y ver el peligro corriendo hacia mí.

—No voy a dejar que te pase nada malo, pero te soltaré para que te des cuenta de que sí que puedes hacerlo.

—Damon...

Murmuré Damon sin querer y me gustó. Sonaba bien. Decir Alan era como fundir mantequilla, un nombre perfecto para alguien que se dedicaba exclusivamente a satisfacer las necesidades de otras mujeres. Damon, no. Damon era más él. Ese hombre al que toqué sus cicatrices con los ojos cerrados y que me gustaron al tacto. Damon era el que estaba quitándome los miedos y el que insistía una y otra vez para que abriese los ojos.

Decidí confiar porque quería poder.

—Puedes —dijo cuando abrí los ojos y me encontré con los suyos.

Me olvidé del lugar que estaba y lo besé despacio, dejándome llevar. Coloqué los pies sobre la arena, desafié a mis propios miedos y los vencí gracias a una persona que me ayudaba a ver las cosas de otra forma muy distinta. En ese momento fui consciente de las muchas veces que había batallado sola y lo ligera que me sentía si me dejaba ayudar. El «puedo con todo» tuvo otro significado. Podía, pero no tenía nada de malo apoyarme en otra persona las veces que «poder» costaba más.

—Gracias —musité contra su boca cuando nos separamos.

—Siento no haberte dicho mi nombre, pero te juro que nunca pensé que me iba a pasar esto contigo. Yo... —Por primera vez, vislumbré la inseguridad en Damon. Le costaba continuar la frase e intuí que no sería bueno lo que me dijese después—. No pude ser Alan después de conocerte.

Estaba confundida. Era eso o fallaba el idioma.

—No te entiendo.

—Contrataron mis servicios y no pude prestarlos.

«Los servicios». Malditos servicios. Seguía sin saber todo lo que podía hacer Alan con mujeres desconocidas. Tuve la tentación de cotillear y buscarlo en las páginas, pero haberlo hecho habría significado manchar lo que tuvimos.

—¿Por qué?

—Cerraba los ojos y te veía, pero no era tu cuerpo lo que tocaba.

Mis pulmones se llenaron de agua. Me ahogué con mi propia respiración. Nunca me habían dicho cosas así, porque huía de ellas. Evitaba llegar a ese momento en el que uno declara sus sentimientos al otro.

¿Qué podía responder? Yo no sentía eso. O sí. No lo sabía. Quizás lo sentía y lo negaba. Admitirlo sería como hundirme en el mar con kilos de plomo atados para no salir a flote nunca.

—Alan, yo... —Me equivoqué por los nervios, por la boca que se quedó seca o por las palabras encajadas en algún lugar—. Perdón. Damon. Sí, Damon —pronuncié ese Damon tan claro como pude—. No puedo darte más que lo que tuvimos en Ámsterdam.

—Siempre dices que no puedes.

Miró a su alrededor para demostrarme que estaba equivocada, que unos minutos antes había dicho que no podría estar sobre la arena, pero allí me encontraba, pisándola sin miedo.

—Esto es muy diferente y apenas nos conocemos. No sé qué buscas, pero si es duradero, conmigo no es posible.

Me rodeó y sentí ese escalofrío que sentía con él. Dolía y me gustaba a partes iguales. Era como hacerse un tatuaje. Sufres, pero ves que ha merecido la pena, porque tienes lo que querías en tu cuerpo. Eso me pasaba con Damon. Dolía su cercanía y, a la vez, sentía que merecía la pena.

—¿La sientes ya? —preguntó susurrándomelo al oído—. La conexión.

¿Qué podía decir?

Si decía «sí», mentía, y si decía «no», también. Era contradictorio, pero no existía una respuesta para esa pregunta. ¿Cómo sabe una persona que huye de relaciones que tiene conexión con alguien? ¿En qué punto se encuentra ese «algo más» cuando te has pasado la vida escapando de cualquier sentimiento que se aleje del simple placer?

—No lo sé.

Respiré aliviada con el «no lo sé» cargado de sinceridad. Estaba segura de que Damon notaría que era cierto, que no mentía.

—Lo sabrás.

Nos miramos y no necesitamos más palabras entre nosotros. Existían muchas más cosas de las que hablar, pero podíamos hacerlo poco a poco, sin saturarnos. La información delicada tenía que distribuirse en pequeñas dosis.

Había tiempo.

Una semana.

Una semana para nosotros y luego nada.

32. *Joderle*

ARITZ

—Lo sabía.

Miré hacia arriba y Kat me ofreció el botellín de cerveza que necesitaba para digerir todo lo que estaba pasando delante de mis narices.

Se sentó conmigo, justo en la zona estratégica que no estaba iluminada y donde Nube nunca hacía sus necesidades. La escogí porque ellos no me verían y yo podría verlo todo. Odiaba no poder escucharlo. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Seguir a Vicky y al nuevo?

¡No, joder! Yo no era un acosador ni estaba enfermo.

—¿El qué? —pregunté después de dar un trago largo.

—Todo.

—¿Y qué es todo?

Nunca he captado las indirectas y Kat era muy buena lanzándolas. También las directas, esas que dejaba caer y que, por mucho que me fastidiase, en el fondo, me ayudaban. Por eso nos llevábamos tan bien. Su forma de ser que se acoplaba a la mía y me sentía cómodo con las conversaciones.

—Que había algo entre ellos y que a ti te gusta Vicky.

—¿Qué? ¡No! —reí como si hubiese escuchado una broma—. A mí no me gusta nadie, ya lo sabes. Soy de una noche.

—¿Por qué no dejas de engañarte?

Me olvidé de la pregunta y me centré en apretar el puño.

Acumulé demasiada rabia, pero no podía dejar de mirar lo que pasaba entre ellos. El nuevo estaba robándome mi puto papel en la historia. Tenía que ser yo quien cogiese en brazos a Vicky y la bajase hasta la playa para quitarle sus miedos. No lo hice, no se me ocurrió y, si se me ocurrió, pensé que me rechazaría. Era absurdo. El día anterior tuvimos un acercamiento y no se apartó. Fui yo. Estaba en un lugar cómodo y preferí mirarla a la cara para ver sus gestos. No intenté acercarme de nuevo, porque esperaba que ella también quisiera.

Bajé la mirada. Estaban besándose y eso no tenía nada que ver con lo que tuve que soportar cuando Jake la sobaba.

—Los coches bonitos no sirven de nada si los dejas en el garaje sin gasolina.

—¿Qué? —Miré a Kat—. ¿De qué me hablas?

—Tú eres un coche de lujo, pero estás estacionado y así no vas a llegar a ninguna parte. El Damon ese ha pisado el acelerador, pero nadie lo ha visto venir.

—Ayer la llevé fuera y...

—Y fuiste en primera. ¡No me jodas, Aritz! Sabes hacerlo mejor. Si metes primera y no cambias de marcha, el coche se muere.

Nos reímos. Tenía su gracia. Kat era única comparando a las personas con coches. Lo único bueno fue que me comparó con uno de lujo, pero dijo que no tenía gasolina. ¿Podría ser más

parecido a lo que dijo la amiga de Vicky? Que estaba hueco.

Pero tenía la sensación de que no podía hacer mucho más, que Vicky tenía un muro conmigo porque se dejaba llevar por las apariencias y, porque aquel «hueco», pesaba mucho más que llevarla al faro y pasar la tarde juntos.

—Según tú, ¿qué tendría que hacer ahora? —pregunté señalándolos con el botellín.

—Joder te —respondió con esa sinceridad tan suya—. Te han adelantado, está buenísimo, parece cariñoso y atento. Si no fuese una lesbiana enamorada, se lo arrancaría a Vicky.

Solté una carcajada porque su forma de expresarse me hacía gracia. También para camuflar todo lo malo que estaba pensando. Que no era poco.

—Ya...

—Pero te joderás esta semana. Él se marcha y tú te quedas. De ti depende lo que pase después.

—¿Me dices que no haga nada mientras el otro está comiéndole la boca?

—¿Por qué eres tan hipócrita? ¿Qué narices has hecho tú todo el tiempo que no ha estado nadie? ¿Follarte a las alumnas? Sé realista y compórtate como un adulto.

Maduro era. Eso no podía rebatírmelo ni Kat ni nadie, pero...

Los observé detenidamente y jodía ser realista. Ver cómo se abrazaban y se miraban a los ojos. El Damon ese no tenía nada que ver con Jake. Jake podía decir que era la mujer de su vida, pero se notaba que solo buscaba un polvo, porque siempre le gustaron las cosas difíciles y Vicky se convirtió en un reto. Pero para el otro no era un reto, era mucho más. Se había pasado toda la puta tarde mirándola cuando Carlos estaba con su charla semanal. Juraría que no se enteró de nada. Lo único que hizo fue esperar a que Vicky le correspondiese sin éxito. Y yo fui tan imbécil que creí que no pasaría nada porque ella había huido de él.

Me equivoqué.

Bajé la guardia y, como decía Kat, me adelantaron.

∞ ∞ ∞

No pude dormir.

Cerraba los ojos y los veía besándose. Agradecí que estuviesen lejos para no tener imágenes nítidas. Seguía en el mismo sitio cuando volvieron de la playa y Vicky me dedicó un «buenas noches» al pasar por mi lado. Nada más. Cada uno se marchó a su cama y, cuando me metí yo en la mía, toqué la pared porque ella estaba al otro lado. Pensé en pasarme por el forro los consejos de Kat y llamar a su puerta. No lo hice y me jodí solo en la habitación.

Llamé a Eli como todas las noches e incluso ella notó que me pasaba algo. Le dije que me encontraba cansado y necesitaba escuchar su voz. Se limitó a contarme el día a su manera, haciéndome reír con sus locuras. Al terminar, después de mandarnos millones de besos, pasó el teléfono a mi madre. Nada del otro mundo. La relación seguía tensa, pero habíamos llegado al acuerdo de que me informaría de los planes a diario para que yo diese mi visto bueno. Eso hizo y nos colgamos. Tras la llamada, volví a tocar la maldita pared. Pensé en dar unos golpes para que Vicky percibiese que estaba ahí. ¿Y qué hice? Nada.



Al día siguiente me desperté pensando que, tal vez, aún no estaba todo perdido. ¿Por qué me engañé de esa forma? No lo sé.

—Toma.

Vicky desayunaba con Kat y conmigo. Nada diferente al resto de los días y eso era bueno. Todo cambió cuando llegó él para darle una bolsa de algo. Lo odié más. ¿Por qué tenía que joderme el momento? ¿Por qué? ¡Joder! ¿Por qué?

—¡Damon! ¡Has traído *stroopwafel*!

Se tiró en sus brazos y deseé ser Damon.

Era un regalo ver cómo a Vicky se le iluminaban los ojos de esa forma. Y la sonrisa. ¡Maldita sea! Tenía una sonrisa increíble cuando vio lo que había dentro de la bolsa. ¿Qué era? Ni puta idea. Pero quería ir a Holanda o al fin del mundo y traerle un camión lleno.

—Tengo más en la maleta. Luego te los doy.

A esas alturas, solo pensaba mal de él y estaba seguro de que su intención era que Vicky entrase en su habitación para cobrárselo. Nunca me había caído tan mal un desconocido. Mal de no soportarlo. No había hablado con él y, cada vez que abría la boca, quería pegarle un puñetazo para que la cerrase.

—¿En serio? —lo miró risueña y nos ofreció a nosotros—. Probadlos. Están riquísimos.

Lo acepté porque necesitaba que Vicky dejase de verme como el tío obsesionado con la alimentación sana. Seguía viéndome así, a pesar de que el día anterior casi tuve que pedir cita al dentista y al cardiólogo.

—Sí que está bueno. ¿Cómo decías que se llamaba? —preguntó Kat.

—*Stroopwafel*.

Stroopwafel. Lo pronunció tal cual. La palabra formaba parte de su vocabulario de forma natural. Me pregunté cuántos habría comido con el tal Damon.

—Está bueno—dije para aportar algo a la conversación.

Reí cuando Vicky puso los ojos en blanco. Me gustó. Había complicidad entre nosotros.

Damon se sentó a mi lado, frente a Kat, en el único sitio que quedaba libre, aunque yo esperaba que lo ocupase Anne. Lo malo es que ella siempre se quedaba unos minutos más en la cama y aquel día no fue diferente.

Lo miré de reojo cuando se marchó a la mesa del bufé para coger su desayuno, no muy diferente a lo que tenía yo delante. Era un falso. Estaba seguro de que se infló a comerse dulces cuando se conocieron para ganarse a Vicky. Yo también lo estaba haciendo en esos momentos, pero a mí se me veía venir.

—¿En qué grupo estás? —preguntó Kat.

—Elvis —respondió él.

¿Podía tener peor suerte? No estaba con Anne como deseaba, sino con Elvis, que era el que más nivel tenía de todos los que estábamos allí y muchos venían de lejos para perfeccionar su técnica con él. ¿Qué significaba? Que el tío que tenía al lado sabía de surf.

La que no lo sabía tanto era Vicky. Había algo raro en la historia que tenían entre ellos. Cuando Damon mencionó a Elvis, estaba sorprendida y se quedó muda, sin saber qué decir. ¿Por qué, si era ella quien formaba los grupos? No tenía ningún sentido. Ninguno. Existía un punto

débil en su historia y estaba dispuesto a encontrarlo.

Kat dijo que tenía que joderme.

Pero ¿qué clase de imbécil sería si desaprovechase una oportunidad?

33. *Que me trague la Tierra*

VICKY

Tení la sensación de que, por mucho que quisiera, el mundo no estaba hecho para mí. Me quedaba grande. Buscaba un sentido a todo sin encontrar un rumbo. Pero ¿alguna vez tuve un camino marcado? Esa era la pregunta que estaba haciéndome después de besarme con Damon por la noche.

Le pedí espacio, uno amplio. No quería que me viesan con él como si se tratase de mi pareja. No. Eso no. No lo éramos, pero, por Damon, hubiésemos estado pegados durante todo el día, como hicimos en Ámsterdam. Y no podía darle nada sin descubrir primero si quería tener ese tipo de contacto. Las ganas de besarlo permanecían intactas, pero ¿qué pasaría después? Que vendrían las consecuencias. Él se marcharía y yo seguiría igual de confundida que siempre. ¿Y quién tenía la culpa? Nadie. O sí. Quizás podría echársela a mi padre.

Con su marcha, las cosas cambiaron en mi interior. Mi forma de ser y de pensar cambió radicalmente por culpa de las decepciones. Perdí todo, incluso a mi madre. ¿Sabes del miedo a tener algo porque piensas que lo perderás en cualquier momento? Eso me sucedía a mí. ¿Para qué tener algo que no durará? Lo de Damon no iba a durar. Lo sabía. No tenía ninguna duda. El problema era el riesgo de que él llegase a sentir algo más o que me confundiese. Podía no perder nada y podía perderme a mí misma. Más de lo que ya estaba.

¿Merecía la pena por cuatro besos y dos polvos?

Lo bueno es que era un hombre adulto y tenía sentido común a pesar de insistir cuando quería algo. Respetó mi espacio y me sorprendió en el desayuno. ¡*Stroopwafel*! ¿Por qué era tan atento? Parecía de mentira, de esos hombres a los que nunca encontrarás defectos. Un príncipe azul que fue rana en algún momento de su eterna vida. Mencionó de nuevo lo de las conexiones y llegué a creer que tenía alguna tara en la cabeza, que había visitado a una médium que le dijo que conmigo tendría una historia sobrenatural y vino a Razo para comprobarlo. Algo de eso tenía que ser. No encontraba otra explicación para que tuviese interés en mí.

Sabía que practicaba varios deportes y que el surf estaba entre ellos, pero lo que no me había dicho era que tenía tanta experiencia. ¡Estaba en el grupo de Elvis!

Y quise matar a Nieves porque ella sabía todo. TODO. Damon conservaba su número de teléfono de cuando lo contratamos, a él y a Walter. Sí, Denis se llamaba Walter y Nieves no lo sabía porque lo que hubo entre ellos sí que terminó. ¡Pero me había fallado! Esa amiga que me lo contaba todo me falló para darme una sorpresa. ¿Sorpresa? Menuda mierda. Esas cosas se avisan. Pude acabar en el hospital de un infarto por la maldita sorpresa. La perdoné después de una larga charla en la que intentó convencerme de que solo tenía una vida, como si no lo supiera o me creyese un gato con siete. Hablamos y hablamos. Quería que abriese los ojos, que le diese una oportunidad, que Damon estaba muy interesado en mí y que, si había viajado hasta Galicia, sería porque significaba algo. Durante la noche le di vueltas a eso y lo malo de dar muchas

vueltas a las cosas es que siempre terminas en el mismo punto.



La mañana estaba siendo tranquila y dejé adelantado mucho trabajo. Preparé un café y me acerqué a la playa para ver a los grupos el primer día. Aproveché que no estaba Eli, porque, con ella, no podía escaquearme.

Paré justo en el último escalón. Creí que no pisaría la arena y que lo del día anterior había sido un espejismo o un sueño. Eso no pasó. Pisé la arena y entendí que, si lo estaba haciendo, era gracias a Damon. Sin él no hubiese podido.

Damon. ¡Qué raro se me hacía llamarle Damon! Lo divisé en el momento exacto de subirse a una ola y... Era la excepción que confirma la regla. ¿Podía no ser tan ridículamente perfecto? El surf nunca sería lo mío, pero él sobre la tabla parecía alguien poderoso. Me recordaba a la primera vez que lo vi en el hotel, con traje. Damon destilaba poder y no le había preguntado cuál era su trabajo de verdad. Tenía miedo de hacerlo, por si superaba al de *gigoló*. Llegué a imaginarlo como un narcotraficante de esos chungos que mataban a gente. En las películas y en los libros estaban macizos. Como él.



Nos mirábamos.

Parecíamos dos quinceañeros que se rozaban a escondidas por miedo a que sus padres los castigasen sin el móvil. Eso era lo que estábamos haciendo mientras veíamos a Kat dar una de sus clases extras. Insistí a Damon para que se apuntase, pero él se negó alegando que prefería estar conmigo tirado en el césped.

—¿No quieres una clase particular de yoga? —preguntó Jake dándome un susto.

—¡Jake! ¡Casi me matas! —respondí entre risas.

A él le daba absolutamente igual con quien estuviese para besarme en el cuello. Diría que podría molestarme, de no ser que terminó siendo una costumbre. Él era así, con todos. Conmigo un poquito más, porque seguía buscando aquel polvo imposible.

—¿Eso es un sí?

—Eso es que lo intentes con otra.

Le guiñé el ojo y lo entendió. Hizo lo de siempre. Besarme en la sien y largarse para buscar otra de las muchas «víctimas» que encontraría durante la semana.

—Es un cerdo —susurró para que no le escuchase nadie.

—¡Damon! No lo conoces.

—Ni quiero.

Negué con la cabeza para no discutir con Damon sobre Jake.

Con Jake había que tener paciencia, pero era una persona que merecía mucho la pena como amigo. Lo que me reía con él no estaba escrito y siempre tenía bromas preparadas para arrancarte una sonrisa. Cuando no estaba tirándome los tejos, se preocupaba de que estuviese bien. Era muy muy muy generoso. Damon no iba a darse cuenta de eso si lo único que hacía era pegarse a mí y aislarse.

Me agarró el meñique para distraerme y funcionó. Solo unos segundos. Hasta que otra persona vino para interrumpirnos.

—¿Estás preparada?

—¿Para qué?

Aritz esperaba que descubriese el misterio, pero él no sabía que, teniendo tantas cosas en la cabeza, algunas no terminaban de asentarse.

—Los puntos. Es dentro de media hora.

—¡Mierda! ¡Es verdad! —exclamé mirando el reloj cuando eran las cinco—. Se me había pasado completamente. Iré a por la mochila.

—Voy con vosotros —dijo Damon sujetándome del brazo.

—No. Quédate. Solo voy a quitarme los puntos y vuelvo.

Aproveché el silencio para correr hasta mi habitación, quitarme las chanclas, ponerme unas zapatillas y coger la mochila con toda la documentación. Cuando salí, Damon y Aritz seguían en el mismo sitio. Parecían dos estatuas de buen ver que no tenían la posibilidad de hablar, porque estaban hechas de granito.

—¿Vamos? —preguntó Aritz.

Afirmé con la cabeza.

Pensaba despedirme de Damon con la mano y se adelantó a mis intenciones abrazándome de una forma casi erótica con la que sentí vergüenza ajena.

—No tardes.

Quería que la tierra me tragase. Las mejillas me ardieron y deseaba correr hacia el coche de Aritz para desaparecer. Sentí que Damon estaba meándome encima para marcarme. ¿Podría haber algo peor que eso? Sí, que no me molestase.

Subí al coche y comenzamos el breve trayecto que nos separaba hasta Carballo.

—Esto es precioso —dije observando la naturaleza que nos rodeaba.

—Eli también piensa lo mismo.

Lo miré. Estaba concentrado en la carretera y la música sonaba bajito. No estaba mal escuchar a Depeche Mode, aunque no se encontrasen en mi lista de favoritos.

—Y tú también lo pensarías si estuvieses en el asiento del copiloto.

No contestó, pero juraría que lo escuché bufar.

Lo dije porque lo pensaba. Aritz miraba el asfalto y se perdía lo mejor de aquel camino verde. Olía a pino, eucalipto y naturaleza, aderezado con la humedad. Paz. Algo que buscaba y estaba ahí, cerca. Tan cerca que lo tocaba con la punta de los dedos.

—¿Qué pasa?

Se detuvo en el camino sin dejarme digerir su repentino mal humor.

—¿Puedes conducir?

—¿Qué?

—Que si puedes conducir. Quiero darte la razón.

Pensé que, al ser vasco, tenía un humor particular que me costaba entender, pero también había pensado que lo vería partir troncos con la cabeza y no había tenido esa suerte.

—Vale.

¿Qué iba a decirle? No sería yo quien se lo negase.

Salimos del coche y me sentí extraña al sentarme en su asiento. Tuve que levantarlo y acercarme a los pedales, porque era más pequeña y no llegaba. Escuché una risa de Aritz y lo fulminé con la mirada. Bueno, no llegué a tanto, pero lo intenté.

—Disfrute de las vistas, señor.

Arranqué el motor y, antes de salir a la carretera, lo miré.

Estaba sonriendo. ¿Por qué no podía ser siempre así? ¿Tanto le costaba? Sabía que era mucho pedir que tuviese conmigo la misma relación que tenía con Jake o Kat, pero me conformaba con eso, con que sonriese más.

No duró nada, el camino fue corto para mi gusto. Iba demasiado callado y me costaba iniciar una conversación. Con Aritz todo era contradictorio, casi tanto como mi propia vida.

—Ahora entiendo por qué Eli nunca me responde cuando pasamos por el bosque.

—Y yo entiendo por qué no valoras el camino. ¡Joder con las curvas!

Reímos los dos y me sentí mejor.

—Hablo en serio. Eli se queda mirando fijamente y parece que no me oye.

—Quizás seas tú quien no la escuche.

Probablemente no era la frase más acertada y menos cuando estaba yo al volante.

Noté sus ojos acechándome y esperé con nervios las palabras hirientes a modo defensiva por cuestionarlo. No llegaban y el silencio era peor.

Cogí el volante con más fuerza, como si, al hacerlo, pudiese protegerme de algo.

—¿Por qué lo dices?

Dudé de si hablarle con sinceridad o callarme para no meter la pata. Pero si quería que Aritz confiase en mí y dejase de tratarme como alguien frágil por lo que pasó con el dóberman; tenía que demostrarle que yo iba a tratarle como una persona adulta.

—Eli me contó que le gustaba escribir, pero que no lo hacía porque le dijiste que solo escribía tonterías.

No quise ni mirarlo. Apenas faltaban cuatro minutos para llegar al Centro de Salud donde me llevó Aritz por primera vez.

—Y crees que soy un padre horrible.

—¡No! No he dicho eso. Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero creo que, si a Eli le gusta algo, deberías motivarla. No sé si me explico.

—Te explicas muy bien.

No hubo más. Tampoco se enfadó. Parecía que no le daba importancia a mi comentario y no sabía si eso significaba algo bueno. ¿Le daba igual? ¿Su propia hija?



Todos se conocían en el Centro de Salud y eso no pasaba en Madrid. Me gustaba la sensación familiar que parecía pertenecer a los lugares pequeños como Carballo. Aritz saludaba a todos y se detuvo junto a una mujer. Hablaron de los niños y de los libros que tenían que comprar para el siguiente curso. Ella se acordaba de mí, pero yo había decidido borrar la mayor parte de los recuerdos de aquel día para que no me hiciesen daño. Entre ellos, estaba su cara y la de las personas que conocí antes de que aliviasen el dolor.

—Podéis pasar —dijo ella cuando alguien la avisó por teléfono.

—¿Puedo entrar contigo?

Me gustó que Aritz pidiese permiso primero. Se lo di, porque me había visto en peores condiciones, llena de sangre y medio desnuda. No era el caso. Iba vestida, solo tenía que

levantarme la camiseta y la piel estaba en su sitio. Él me había limpiado la herida a diario durante dos semanas. ¿Qué iba a ver diferente? Nada. Y no era una consulta con mi ginecóloga, iban a quitarme unos puntos.

—¿Qué tal? Me alegra verte así.

Le di la mano al doctor y me lamenté de no recordar su nombre (ni su cara). Yo debía de ser un caso raro, de esos que nadie olvida y que sirve para explicar las batallas de cierto día. Me imaginaba a los sanitarios contando hazañas entre ellos y hablando de mí con frases del estilo: «*¿Te acuerdas de la que vino aquel verano con la espalda colgando por culpa de un perro?*».

Yo era esa. La de la espalda colgando.

—Bien. Pero sigo notando la piel rara.

—Te echaré un vistazo.

Aritz permanecía en un segundo plano dejándome mi espacio y cierta intimidad. Era muy agradable estar con él. Me sentía incómoda en esa estancia y él consiguió que la experiencia no fuese del todo traumática. No era un hospital, pero tampoco un lugar muy agradable. La sala olía a antiséptico y tenía frío por culpa del aire acondicionado.

Caminé hasta la camilla como me indicó el doctor. Me tumbé dejando descubierto el lado de la cicatriz y suspiré.

—Está perfecta. Ha cicatrizado muy bien.

—¿Y la sensibilidad? ¿Será siempre así? —pregunté preocupada.

Esbozó una sonrisa que me transmitió mucha calma.

—Tranquila, irás recuperándola. Te recetaré una crema para suavizar la cicatriz y que se note lo menos posible. Tienes que darle tiempo, esto no es un arañazo.

Me dejó en la camilla y preparó una mesa con todo lo necesario para quitarme los puntos. Se notaba que una persona metódica y eso estaba bien, pero seguía estando nerviosa y tenía ganas de llorar. Las aguantaba porque no quería que pensasen que era una floja, pero echaba mucho de menos a mi madre y a mi abuela. La situación habría sido muy diferente si ellas estuviesen conmigo, porque dirían cualquier cosa para animarme. Era la primera vez que me veía siendo la paciente y todo parecía tener más importancia.

—Trae.

Aritz cogió la silla que había en la consulta para sentarse frente a mí. Me pidió la mano y yo dejé escapar una lágrima cuando cogí la suya para aferrarme a ella. Cerré los ojos unos segundos e imaginé que era mi madre quien estaba conmigo. Era duro no recordar su olor, pero había pasado tanto tiempo que, de no ser por las fotos que guardaba la abuela, la recordaría tan borrosa como nuestra vida.

¿Por qué no pudo ser más fuerte? ¿Por qué no fui suficiente?

Apreté la mano de Aritz en el momento que sentí el primer tirón hacia arriba, justo antes de cortar el punto. El doctor lo hizo mucho cuidado, pero yo estaba demasiado sensible y nerviosa. Era como si me quitasen algo que no volvería nunca más. Me pregunté si quedaría alguna parte de mí y de mis pedazos, de los que pertenecían a otras personas pero que habían juntado como si fuesen los míos, o si no sería tan malo perderlo todo para empezar de nuevo.

Ese podía ser el truco y el motivo por el que seguía estancada.

¿Y si tenía que perder para ganar?

¿Y si todo se reducía a la nada?

34. Enseñar las cartas o esperar

ARITZ

La cicatriz estaba bien, pero ella no. Nunca había visto a un adulto mostrarse tan vulnerable como se mostró aquel día. Podría ser que no presté mucha atención a ese tipo de cosas y que los sentimientos ajenos no me importasen tanto como me estaba importando Vicky. Pero podría ser también que fuese más especial que el resto y que siempre hubiese aparentado ser fuerte cuando estaba rota.

Aquel día no pudo más.

Seguía queriendo ser yo quien llevase los puntos en el cuerpo para que ella no tuviese que pasar el mal trago que estaba pasando. Fue un día distinto a otros en los que también acudí al ambulatorio por el mismo motivo. Se había convertido en un lugar que frecuentaba con Eli por culpa de las caídas. Le pusieron puntos, no tantos como los de Vicky, pero Eli solo tenía cinco años cuando la cosieron por primera vez después de darse un golpe en la barbilla al caer contra la mesa. Corría como una loca en el taller. Siempre.

Ni lloró.

Eli parecía ser de hierro y la consulta médica un lugar al que acudir asiduamente en busca de ayuda. La eduqué bien en ese sentido. Nuestras visitas fueron rápidas y, al salir, dábamos un paseo como si nada hubiese pasado.

∞ ∞ ∞

—¿A dónde vamos?

No habíamos hablando mucho después de la consulta. Fuimos a una farmacia a por la crema que le recetaron, y, tras dudar en varias ocasiones, pensé en llevarla a un sitio para que pensara en otra cosa.

—A mi taller.

Quiso decir algo y cerró la boca.

No las tenía todas conmigo. Para mí, el taller solo era un lugar entretenido y me arriesgaba a que para ella se convirtiese en el plan más aburrido del mundo. Me arriesgué después de recordar un comentario que hizo cuando íbamos por la carretera. Quise darle algo para pensar y que, con un poco de suerte, cambiase su opinión hacia mí.

—¿Aquí trabajas? —preguntó cuando estaba metiendo las manos en los bolsillos para buscar las llaves.

—Sí. En invierno. En verano vengo solo para reparar las tablas del *Camp*.

La miré y me eché a reír con sus caras. Vicky era muy expresiva y le costaba horrores controlar los gestos. En ese momento, juraría que estaba pensando en si el taller era un lugar

seguro o se le caería el techo encima cuando entrásemos.

Mi taller no era gran cosa, pero, por el precio que pagaba, tampoco podía pedir más. Estaba situado en la planta baja de una casa antigua. La pintura color borgoña llevaba mucho tiempo desconchada y se veía el cemento que había debajo. La puerta necesitaba un cambio de bisagras, porque estaban oxidadas. Chirriaba cuando la abría y en cualquier momento se caería con un portazo. Por no hablar de las contraventanas de todo el edificio, que tendrían que cambiarse con urgencia. El dueño cometió el error de no utilizar ningún tratamiento para la conservación y la madera se caía a trozos. Muchas veces pensé en hacerlas yo mismo y siempre me consumía la falta de tiempo.

—Necesita una capa de pintura —dijo rascando en la pared para demostrarme algo que ya sabía.

—Las apariencias engañan.

Dejé que entrase primero después de encender la luz.

Pensé que estaba bien, recogida y sin trastos. Solo había una tabla en medio, preparada para pintar cuando tuviese unas horas libres. Contra una pared se encontraban unas maderas ya cortadas y lijadas, con el plano sujeto en una de ellas. Me llegó un encargo para octubre y pensé que podría adelantar algo en los ratos que me escapaba del *Camp*. Las herramientas estaban en sus cajas y, excepto por el serrín que había en el suelo, parecía un lugar que apenas se usaba.

Puedo confesar que tenía una vena maniática. El desorden me ponía nervioso y de mal humor. No siempre fui así, pero a raíz de ciertas cosas que sucedieron, decidí que controlaría todo lo que estuviese a mi alcance.

Controlar es una de las muchas formas que tenemos de privarnos. Controlando te limitas a vivir a cuentagotas por miedo a que se trunque lo que planificaste. El control ajeno te hace perder el tuyo propio. Dejas de ser quien eres para convertirte en un puto robot que se tortura cuando lo que crees que tenía que ser de una forma no sale como esperabas.

Eso me sucedió. Mi vida se reducía a controlar.

—No te imaginaba haciendo esto —dijo cuando tocó una estantería que hice para colocar algunos libros que coloreaba Eli—. ¡Perdón! ¿La has hecho tú?

Solté una carcajada que me costó reprimir. Pensaba que se había equivocado y que la estantería podía ser comprada. Eso fue un halago. Yo no era como mis padres, que pedían los muebles montados y colocados en el salón para no tener que mover ni un dedo. A mí me gustaba todo el proceso, ver un tablón evolucionar y martillear el último clavo hasta decir que aquel proyecto había salido de mí.

—Sí. Los muebles los hice todos. También ese escritorio para enanos —bromeé señalando el lugar en el que Eli pasaba las tardes conmigo.

Era muy divertido verla tan curiosa. Dejé claro que nunca había estado en un taller, por la forma que miraba todo, tan al detalle, haciéndome sentir medio desnudo.

—Es precioso.

—Eli piensa que es horrible.

Se giró y me miró esperando que rectificase. Pero ¿qué quería escuchar? Estaba diciendo la verdad: mi hija pensaba eso de la mayoría de las cosas que hacía para ella.

—Seguro que lo dice para fastidiarte. Ya sabes...Tú haces lo mismo.

—Te equivocas —repliqué agachándome para coger uno de los cuadernos en los que Eli escribía y dibujaba—. Toma.

—No puedo, es de ella —respondió rechazándolo y me reí—. ¡Eh! No tiene gracia. Los

diarios son algo privado.

—Mi vida está acabada como esto sea un diario —respondí levantando el cuaderno.

Fue la frase lo que llamó a la puerta de su curiosidad y me arrebató el cuaderno rosa para descubrir los motivos.

La miré disfrutando del espectáculo que me regalaba con sus caras.

—¿En serio?

Abrió el diario por la página en la que estaba escrito todo con mayúsculas:

EL PITO DE GUS ES RARO Y PEQUEÑO

Afirmé con la cabeza y pasó a la siguiente.

NADIE A BVISTO EL PITO A MI PAPA

—¡Eli vive engañada!

La rodee con mis brazos para arrebatarle el cuaderno y tener contacto con ella. Olvidé los consejos de Kat. Damon me importaba poco o nada, y Vicky parecía estar cómoda conmigo.

—Deja de pisotearme el orgullo.

Nos miramos durante una fracción de segundo. Me gustó tanto su mirada que quise creer que nunca había mirado a Damon de la misma forma.

—Te prometo que lo que está escribiendo en el *Camp* no tiene que ver con tu pito.

No quería devolverle el cuaderno porque tenía intención de retenerla el mayor tiempo posible. Hacía demasiado que no abrazaba a una chica de esa forma y necesitaba que el reloj explotase en ese momento.

—Me alivia saber que mi hija no se ganará la vida hablando de mi pito.

Su sonrisa duró. Eso bastaba. Estaba cómoda y yo también. Los polvos con las alumnas del *Camp* se convirtieron en algo insignificante al desenterrar cosas que creía muertas. Se zafó de mí para mirarme. Deseaba que perdiese la cabeza y que tuviese las mismas ganas que tenía yo de lanzarme a su boca.

—Lo siento. No sabía que Eli escribía estas cosas. —Volvió a reírse y paró de golpe—. Y gracias por acompañarme al médico. No tenías por qué hacerlo.

—Gracias por dejarme. Mari insistió para ir ella, pero le dije que era mi cicatriz.

—¡Oye! —Me pegó un puñetazo flojo y reí—. ¿Cómo que tu cicatriz?

—¿Cerveza?

—¿Intentas cambiar de conversación?

—No, pero si vamos a hablar de mis cosas, quiero tomarme una.

—Vale, pero ¿dónde tienes el alijo de los domingos?

Miró hacia todos lados buscando un escondite. Fue Eli quien le contó de la existencia de un lugar en el que su padre escondía las marranadas que solo comía un día a la semana.

—En ese mueble —respondí señalando el que había al lado del pequeño frigorífico que abrí para sacar un par de cervezas—. Detrás de los botes de espárragos.

—¡Dios mío! ¡No me extraña que no lo encuentre! —Apartó los botes y sacó los Lacasitos que tanto le gustaban a Eli—. ¿Tú quieres espárragos?

Negué con la cabeza y sacó más Lacasitos, decidida a que las caries se asentasen en mis muelas. Pero se lo robé para que me pusiese los ojos en blanco.

—¿Nos sentamos?

Señalé el viejo sofá de dos plazas que estaba al lado. No era muy cómodo, pero me servía para que Eli durmiese un rato cuando estaba cansada y lo único que hacía era bostezar. Lo compré de segunda mano a precio de risa. Era feo y el tapizado verde gritaba antigüedad.

—Solo si me juras que no es tu picadero —dijo señalando una mancha.

—Es de Nube. Si tuvieses perro, entenderías lo mucho que cuesta quitar el vómito.

Pensaba que sería más escrupulosa, pero no le importó sentarse encima del cerco que me fue imposible eliminar, porque no usé el producto adecuado. Ese día me enfadé tanto que grité y dije a Eli que Nube no volvería a subirse a ningún lado. Incumplí mi palabra después de escucharla llorar durante media hora. Juró que, si Nube dormía en el suelo, ella también lo haría.

Era un blando con mi hija.

Lo mejor del sofá en esos momentos, era el tamaño. Al ser tan pequeño teníamos que estar prácticamente pegados. Cuerpo con cuerpo. Vicky se quitó las zapatillas para subir los pies y pensé que podría ponérmelos encima. Ella no era tan espontánea para el acercamiento físico y tuve que resignarme. Jodía mucho descubrir que su interés se alejaba mucho al que sentía yo por ella.

Abrí la bolsa de Lacasitos y me comí cuatro de golpe. Estaban buenos. Era una guarrada que me negaba a comer habitualmente.

—¿Tu cicatriz?

Alzó la ceja esperando una respuesta convincente.

—Sí, mi cicatriz.

—¿Y por qué se supone que es tu cicatriz?

—Porque estoy cogiéndole cariño y me esfuerzo para que sea la más bonita del mundo.

Casi se atraganta. Estaba bebiendo la cerveza y empezó a reírse en el peor momento. Tosió. Me apuré a darle golpes suaves en la espalda y esperé a que se recuperase.

—¿Estás bien? —pregunté y no respondió.

Dejó el botellín en el suelo y se levantó un poco la camiseta para mirar la cicatriz. Estaba en una zona donde no llegaba a vérsela del todo por mucho que intentase girar el cuerpo y la cabeza.

—Es horrible.

—¡Eh! Te prohíbo que hables así de mi cicatriz.

—No hace falta que me animes, tengo dos ojos y la veo. Aritz, quiero que dejes de tratarme como si me pudiese romper en cualquier momento y que olvides lo que pasó. No me debes nada.

—Vale. Pero es mi cicatriz y es bonita. ¿Sabes por qué? —Hizo lo que esperaba, negármelo —. Todos tenemos cicatrices, unas se ven y otras no. Esta es preciosa por lo que significa.

—¿Y qué significa?

—Que eres valiente.

—¡Venga ya! No fui valiente. Ni siquiera lo pensé cuando pasó. Actué por impulso.

—Entonces eres el doble de valiente. El impulso de la mayoría sería mirarse el ombligo y tu impulso fue proteger al débil. ¿Sabes lo que cuesta encontrar a gente así? —Nunca había visto a Vicky reírse tanto y estaba haciéndolo conmigo —. ¿Cuál es la gracia?

—Lo de mirarse el ombligo. ¿Lo dices por el concurso de abdominales que tenéis montado en el *Camp*?

—¿Qué?

—No pasa nada, ¿eh? Es muy divertido ver cómo apretáis los musculitos de la tripa para marcarlos más.

—¡Eh! —Le di un codazo para que no se burlase—. Yo no aprieto nada.

—¿Que no? Cada vez que pasa una alumna.

—Estás reconociendo que te fijas.

—Pero ¿cómo no voy a fijarme? ¡Por favor! ¡Vais medio desnudos!

Si su intención era picarme, había que reconocerle su experiencia. No me molestaba en absoluto porque era ella y sonreía, pero tenía ganas de tirarme encima y besarla para que se callase. Tuve que conformarme con que hiciese algo que esperaba al principio: colocar sus pies sobre mis piernas.

Me sentí afortunado. Joder que sí.

—Porque hace calor.

—¿Y movéis las tetas para refrescaros?

—¿Eh?

—El movimiento ese, cuando movéis las tetas —dijo mirando las suyas—. ¿Sabes lo ridículo que es?

—Te doy mil euros si me dices un día que lo haya hecho yo.

Aproveché que dejó de mirarme para pensar y rocé sus tobillos, justo por encima de los calcetines de corazones azules que se había puesto ese día. Por mi cabeza pasaba la idea de subir hasta la rodilla o el muslo y en lanzarme de una maldita vez.

—Vale, tú ganas —dijo justo en el momento en el que iba a mandar todo a la mierda y ver lo que podía pasar entre nosotros—. Es cosa de Jake y Leo, pero por tu dignidad, espero que no lo hagas nunca.

Negué con la cabeza. Perdí todo el valor que tenía acumulado porque estaba bien así.

Me costó decidirme en si ganarme su confianza primero o enseñar todas mis cartas para que Vicky enseñase las suyas.

Pero miré mis cartas y con ellas iba a perder.

Decidí esperar para ganar la partida.

35. Celos absurdos

VICKY

—Aritz.
Giró su cabeza y me miró.

—Dime.

Llevábamos un rato en silencio y había sonado el móvil. Era mi tía, que llamaba preocupada porque tardábamos. Le dije dónde estaba y pareció tranquilizarse con mis explicaciones. Justo antes de colgar, añadió que nos guardaría la cena porque había hecho croquetas y nunca sobraban. Colgué. Volvieron a llamar. Era un número que no tenía guardado y, cuando descolgué la llamada, me encontré a un Damon histérico.

Sonsacó a Nieves mi teléfono y me enfadé. Sé que le dije que regresaría pronto y que solo iba a quitarme los puntos, pero tenía todo el derecho del mundo a cambiar de planes si me apetecía. ¿No? Tuvimos una pequeña discusión y Aritz preguntó si quería volver al *Camp*. Me negué. Estaba bien en su taller y con su compañía.

—Ya sé que no soy ni Jake ni Kat, que soy nueva y todo eso, pero ¿no podrías ser siempre así conmigo?

Suspiró. Entendí que era una persona particular y que le costaba coger confianza, pero estábamos en un punto muy bueno y no quería que nada cambiase.

—¿A qué te refieres?

—A hablarme de esta forma, como si fuésemos amigos.

—¿Quieres que seamos amigos?

—¡Pues claro!

Tenía la sensación de que no le hacía mucha gracia mi amistad, pero yo sentía que nos parecíamos más allá de las apariencias y que podríamos llevarnos bien. No era muy experta en amistades masculinas. Mi amistad más duradera era la que tenía con Nieves, y aún así, creí que sería posible tenerla con él.

—Ser amigos significa que tendríamos que pasar tiempo juntos.

—¿Y tú no quieres?

—Sí que quiero. —Volví a ver una sonrisa de esas tuyas que tanto me gustaban y que tan poco enseñaba—. Me debes una cerveza, una bolsa de moras negras y una visita a tu lugar favorito.

Gruñí. No fue un gruñido elegante, pero gruñí.

—Pensé que esas cosas entre amigos se hacían sin esperar nada a cambio.

—Tú ganas, me conformo con que me lleves a tu lugar favorito.

—Ya estuviste. En las rocas.

—¿Y en Madrid no tienes ninguno?

Pensé. Pensé demasiado. Quería sorprenderle con algún lugar y me quedé en blanco.

Nunca lo tuve.

Eso era una de las cosas que me faltaban en Madrid, encontrar un sitio en el que me sintiese bien. Ese espacio al que escapabas cuando las cosas no van como te gustarían. Pero no tenía nada, solo los lugares que estaban empañados por los recuerdos de otras personas.

—Pues no. ¿Irías hasta Madrid para ver mi lugar favorito?

—Pues sí —replicó y me reí—. Y no me creo que no lo tengas.

—Créetelo. De no ser por Nieves, mi vida sería demasiado aburrida.

Nos quedamos en silencio de nuevo. Dudaba en si le había molestado o le gustaba tanto como a mí esos ratos en los que no nos decíamos nada. El silencio. La calma. Él jugaba con mis calcetines y yo miraba la estantería que hizo.

—Siento lo que pasó con Nieves. No tenía que...

—¡Eh! Te dije que no quería detalles de tus intimidades.

—Y no te daré detalles. Solo quiero que sepas que, si pudiese volver atrás, no tendría nada con ella.

Quería tomármelo bien, pero fue confuso y no sabía si me gustaba o me molestaba su arrepentimiento por lo que tuvo con mi mejor amiga. ¿Qué quería decirme con eso?

—Es una pena.

—¿Por qué?

—No sé. Nieves es guapa y seguramente mucho mejor que cualquiera de las alumnas que te has tirado.

—Tampoco hubiese tenido nada con ellas.

A esas alturas, no me imaginaba a Aritz siendo tan diferente. Permanecía en mi retina la imagen de él, recién salido del baño después de disfrutar de los placeres orales. ¿Y decía que no hubiese tenido nada con ninguna? Dejé pasar esa conversación. ¿Para qué discutir si estábamos bien? Hablamos de cosas banales y me convenció para que comiese un bote de espárragos con él. ¿Por qué acepté si odiaba los espárragos? Pues porque él también odiaba todo lo que tuviese azúcar e hizo esfuerzos por mí. Fue justo.

La sorpresa llegó cuando antes de montar en el coche, preguntó si quería llevarlo. Me encogí de hombros y acepté pensando que quería seguir disfrutando de las vistas nocturnas. Fue un trayecto cómodo y lo hicimos en silencio, escuchando las noticias que daban en la radio.

∞∞∞

Al llegar al *Camp*, me arrepentí de volver.

Ojalá hubiese pasado por mi cabeza la idea de dormirme en el taller de Aritz. Volví tan relajada que, encontrarme a Damon con cara de amargado me llevó a un estado de nervios. Estaba en uno de los bancos que había fuera, frente al *parking*, con los brazos cruzados y mirando el móvil. Bueno, hasta que llegué y me miró a mí. Pero ¿qué mosca le había picado?

—¿Te doy la crema antes de cenar? —preguntó Aritz y afirmé.

Tuvimos una conversación sobre el tema y no compartía algo de lo que me había dicho bajo su punto de vista —que mi cicatriz era suya—, pero como era bastante raro y me gustaba nuestra nueva amistad, acepté sus cuidados. ¿Qué importaba unos días más? Ya lo había hecho durante dos semanas.

—Quiero hablar contigo —dijo Damon parándose justo en la puerta.

—Dame unos minutos. Voy a dejar esto y cenar —respondí alzando la mochila.

Crucé el umbral y Aritz siguió mis pasos. Entramos en mi habitación, saqué el bote de crema que había comprado en la farmacia y, cuando me levanté la camiseta, apareció Damon.

Ojalá no lo hubiese hecho. Fue muy cutre. Miraba a Aritz con odio y sin disimular. Giré para ver la reacción de Aritz y tenía la crema en la mano. Nada más. Sentí vergüenza con la actitud de Damon. Era tóxica y no podía permitir que intentase controlarme.

—¿Necesitas algo?

—Te he dicho que quiero hablar.

—Y yo te he dicho que tengo que cenar.

Se marchó sin responder y se me apretó el nudo de la garganta. Ese que aparece cuando te quedas sin palabras después de vivir una situación tensa.

Aritz se encargó de romperlo.

—Levanta un poco más.

Hice caso y levanté la camiseta por encima del sujetador.

—Lo siento. No sé qué le pasa —dije cuando pude recuperarme.

—No se lo tengas en cuenta. Tendrá problemas con el casino.

—¿Qué casino?

—El suyo. Tiene un casino. Se lo dijo a Kat.

—Ah.

Sabía que teníamos que contarnos demasiadas cosas y que si no lo habíamos hecho era por mi culpa. Sí, podía asumirlo. Pero ¿entraba dentro de la normalidad que no me dijese que era dueño de un casino? ¡Madre mía! ¡Un casino! ¿Qué narices hacía trabajando de lo otro? No tenía sentido. O sí. Podía acertar con eso de los problemas ocultos o que se tratase de una tapadera para las drogas y...

¡Yo qué sé!

—¿No lo sabías?

Dudé con la respuesta, pero estaba tan cómoda con su amistad que, decidí ser sincera en parte. Tenía que omitir que Damon era gigoló. ¿Cómo iba a decirle eso?

—Damon y yo tuvimos un rollo de cuatro días en Ámsterdam. No sé muchas cosas de él. Le conté que venía aquí a trabajar en verano y apareció de la nada. Ni siquiera tenía su teléfono.

Dejó de darme crema durante unos segundos y cuando giré la cabeza para ver qué pasaba, continuó con su «tarea». Despacio. Con suavidad. Tal y como hacía cuando me limpiaba. Aritz parecía metódico curando las heridas. Pensé en lo que dijo, en que era su cicatriz y podía ser cierto porque, de depender de mí, no la hubiese proporcionado semejantes atenciones.

—Ya está.

Fue él quien bajó mi camiseta. Me devolvió la crema e iba a marcharse sin decir nada.

—¿Cenamos? —pregunté.

—Vale.

Un «vale» que sonó a un «no me apetece mucho». Lo escuché así. Que aceptaba por resignación. Como si no le quedase otra opción. Podía entenderle y ponerme en su pellejo. Querría cenar tranquilo y con Damon merodeando se le atragantaría la comida. Fui una egoísta, pero aquel día me encontraba más cómoda con Aritz y quería cenar a su lado. Alargar una tarde que fue bonita y que alguien había empañado de forma infantil.



Me cepillé los dientes y al terminar, salí al jardín. Damon se encontraba en el mismo banco en el que estaba sentado cuando llegué. Pensé en lo tonto que era por no relacionarse con la gente que había en el *Camp*. Había personas estupendas con las que tendría más cosas en común que conmigo.

—Ya estoy.

—¿Quieres hablar aquí?

Me sorprendió con su actitud. Parecía más relajado y su expresión no tenía nada que ver con la que había visto unos minutos antes. Quise creer que se dio cuenta de su comportamiento tóxico y que quería rectificar. Pero podían existir otras razones mucho peores para un cambio de comportamiento tan brusco.

—No. Mejor damos un paseo.

Estaba cansada, pero no me apetecía que escuchasen nuestras conversaciones. Bajamos a la playa para caminar por la orilla. Noté la tensión que había entre ambos y lo difícil que estaba siendo hablar. Las palabras no fluyeron, pero acercó su mano para coger la mía y no me aparté. Dejé que la cogiese, no por sumisión, le dejé porque me apetecía y por mi ridículo sentimiento de creer que le importaba. Su mano entrelazada a la mía era todo y nada, pero tenía un significado bonito: que estuvo.

Que estaba.

Nos alejamos del *Camp* y cuando no había nadie alrededor, se detuvo para abrazarme como solo él sabía hacerlo. Ese abrazo intenso que me dejó con ganas de más. Ese más que también me dio en forma de beso. Fue imposible rechazarlo. Damon estaba besándome haciéndome olvidar sus enfados tontos.

—Lo siento. Te echaba de menos.

¿Sabéis lo difícil que es que alguien diga las palabras mágicas? «Lo siento». Juntarlas parece delito para la mayoría. Casi un castigo. O una condena. ¿Por qué es tan difícil disculparse? No lo sé, pero él lo hizo y no fue la primera vez.

Y nos miramos. Recordé todo lo bonito que habíamos vivido juntos. Besé a Damon porque era mucho mejor que discutir con él.

—Te alejas.

—Damon, tenía cita con el médico para quitarme los puntos. Me olvidé.

—Pero tardaste.

—¿Y? ¿Dónde está el problema? Te recuerdo que te has presentado en el *Camp* sin avisar y siendo otra persona.

—Soy el mismo, solo ha cambiado el nombre.

—Yo también soy la misma, pero ahora no estoy en Ámsterdam de vacaciones.

Lo entendió y me gustó. No quería malos entendidos entre nosotros ni comportamientos infantiles. Los dos éramos adultos que podían hablar para llegar a un punto en común. No necesité otra cosa para cerrar aquel capítulo y comenzar otro. Uno más tranquilo en apariencia. Lo malo de las apariencias, es que engañan. No siempre, pero sí bastante.

Sentí sus manos agarrándome por la cintura y deslizándose hasta el estómago.

—¿Me dejas tocar la cicatriz?

Tardé en responderle porque no era fácil decirle lo que pasaba por mi cabeza. Había tocado cada centímetro de mi cuerpo y antes no era así. Damon podía cerrar los ojos y comprobar que dejé de tener la piel que conoció. Tuve miedo y asco. Asco de mí.

—Es fea.

Lo dije con la boca pequeña.

Una parte de mí quería creer lo que dijo Aritz por la tarde, que estaba esforzándose para que se convirtiese en la más bonita del mundo. Sonó a tontería y terminó siendo algo que quería que sucediese de verdad. Necesitaba encontrar la belleza en algo horrible. Lo necesitaba porque podría servirme para otras cosas más incrustadas.

Damon negó y, sin esperar una respuesta, buscó el inicio de la nueva línea que quería recorrer. Me tensé al notar su dedo índice en contacto con mi piel. Fue por el susto, la novedad y el recuerdo. Porque eran sus manos y era mi cuerpo lo que estaba tocando.

Cerré los ojos y lo vi. A Damon podía verlo con los ojos cerrados.

—¿Y si me hubieses conocido aquí?

—Nada cambiaría.

Lo abracé. Mis pensamientos eran mucho más complejos, y Damon nunca se acercaría a la verdad. Lo que me impedía verle de otra forma no era su profesión ni un lugar. Me resultaba indiferente que fuese gigoló o el dueño de un casino —cosa que seguía sin confirmarse— y que estuviese en Ámsterdam o en un *Surf Camp* de un recóndito lugar en Galicia.

¿Cómo hablar de tus fantasmas con una persona con la que solo has compartido intimidad? Así me encontraba. No quería que se sintiese responsable de algo que no dependía de él. Damon, era todo lo que una mujer querría tener a su lado.

Cualquiera que no estuviese tan herida.

Cualquiera que no estuviese en mi piel.

—No es verdad.

—Me gustas, pero no puedo sentir nada más por nadie.

Damon me gustaba por muchas cosas. Con él, descubrí el placer de unas manos ajenas haciéndome estremecer con un simple roce y la calidez de un abrazo justo en el momento exacto que necesitaba llorar para recuperarme. Noté lo ligera que me sentía a su lado porque él me aportaba seguridad.

Damon tenía todo lo que no podía tener.

—Quiero ser yo quien te dé la crema.

Abrí los ojos muy fuerte. Quise pensar que me había quedado sorda. Prefería eso a escuchar lo que estaba escuchando.

¿Damon celoso de Aritz por darme crema?

—¿Y qué tiene de malo que lo haga Aritz?

—He visto cómo te toca.

—¡Damon! ¡Por favor! ¿Cómo piensas que está tocándome? Extiende la crema por la cicatriz y ya está. Es imposible hacerlo de otra manera.

Me aparté porque lo dijo de una forma que no me gustó nada. Era como si Aritz estuviese magreándose las tetas mientras me curaba. Y no. Lo que hacía Aritz no era nada sucio.

—Ven. —Volvió a acercarme a él y cedí una vez más—. Quizás tú no lo veas, pero él te mira con ojos de hombre.

Reí. Fue una risa de esas flojas, de las que no te aguantas porque salen solas.

No tenía ningún sentido, pero lo encontré bajo una gruesa capa de desinformación. Lo que le

pasó a Damon es que no tenía datos suficientes y por eso parecía paranoico. Y yo quise quitarle la paranoia. Porque sí, porque estaba cansada de las tonterías.

—No, no es eso y te voy a decir por qué. Aritz tiene una hija de siete años y cuando pasó lo del dóberman, estaba con ella y con Nube, su bulldog. Me tiré encima de ellas para que no las mordiese. Se siente en deuda conmigo. Nada más. Ni me mira ni me toca de forma rara. No es muy difícil ponerse en su pellejo.

Y él cambió. De estar peligrosamente tenso, pasó a la calma más absoluta. Era normal. Todo lo fue. Nuestro alrededor fallaba por lo mismo, por nuestra falta de comunicación y, porque aunque nos entendiésemos con los ojos, las palabras eran necesarias para confirmar lo que no se veía.

Nos besamos de nuevo como si los problemas dejasen de existir para los dos. Justo como quería, como necesitaba, como buscaba desde que pisé Galicia. Necesitaba que no hubiese nada y que mi mundo se convirtiese un lienzo en blanco para trazar algunas líneas en mi vida. Necesitaba encontrar las brochas y pintar cuanto antes.

—Hagamos una cosa. —Me reí. Siempre que decía eso era para, después, salirse con la suya —. Dame solo lo que puedas.

—¿Qué?

—Si solo puedes darme lo que me diste en Ámsterdam, lo quiero.

Eso me gustaba y daba miedo. Era alargar algo especial.

¿Y si en algún momento agrietaba mis muros?

Pero también pensé en mí. ¿Cuánto podría sufrir si salía mal? ¿Podría soportarlo? ¿Acabaría siendo como mi madre?

Y dije «sí» porque la balanza se inclinaba a su favor. La voz interna de mi cabeza repetía que lo que viviría, podría recordarlo de la misma forma que recordaba lo que sucedió en Ámsterdam. Escuché a mi cabeza porque el corazón decía justo lo contrario, y ahí, era donde las cosas dolían de verdad.

Quería encontrar una cura porque empezaba a doler.

Y Damon no estaría cuando sucediera.

Cuando el dolor fuese insoportable.

36. Aléjate de ella

ARITZ

No los vi, pero estaba casi seguro de que Damon tendría lo que yo no tuve por la tarde. Quería ser mi amiga. ¡Joder! Dijo «amiga» sin dudas. Y esperaba algo más que una amistad. A ella no la veía como a Kat ni como a Jake. Acepté creyendo que podía sentir algo si pasábamos más tiempo juntos.

Hubo un desbloqueo de ciertos secretos para propiciar el comienzo de aquella «amistad». Confundí ciertas cosas y pensé que iba bien, pero ni siquiera sentí alivio al saber que solo estuvo cuatro días liada con Damon. Cuatro días le bastaron a él para conseguir parte de lo que yo buscaba. En mi caso había sentimientos y quise ponerme un velo en los ojos para no sufrir pensando que a Vicky lo que le gustaba era el envoltorio: un tío guapo y con mucho dinero saliéndole por las orejas.

¡Sí, joder! Creí que sería una de esas chicas superficiales aprovechadas y me di con un canto en los dientes porque ella no sabía nada de su trabajo. ¿Podía ser peor? Yo, pensando mal para justificar los miedos. El miedo a que ella resultase ser demasiado perfecta e inalcanzable. Lo era. Claro que lo era.



Dejaron de esconderse.

Damon quiso despedirse a lo grande y me adelantó. Otra vez. No lo vi venir, estaba hablando con Mari en la cocina porque quería cambiar algunos platos del menú. Escuché un «buenas noches» cerca que me resultó familiar y la puerta que daba al comedor se encontraba abierta. Giré el cuello por inercia. Pude verlo. Allí mismo. Se besaban dentro del *Camp* sabiendo que cualquiera podría ser espectador.

Vicky no era yo ni ninguno de los que estábamos habitualmente. Ella pasó el verano esquivando tiradas de trastos por parte de muchos. Si tuvo algo con alguien, juraría que nadie lo sabía. Vicky no era de esas. ¿Qué significaba? Lo evidente. Que, pese a todo, Damon le importaba más que el resto.

«Tienes que joderme».

A Kat se le olvidó avisarme de que joderme era más difícil de lo que parecía y que joderme «solo» una semana no mejoraba mi estado de ánimo ni tampoco me ayudaba a conciliar el sueño. Me sentía prisionero de mi propia habitación y salí a correr por la playa cuando vi luz entrando por la ventana. El cielo estaba nublado y amenazaba con llover, pero no importaba. Tenía que salir de allí. Agotarme.

Regresé, me duché y caminé hasta el comedor para desayunar algo. Solo estaban despiertos

Mari y un par de alumnos.

—Buenos días, Mari —saludé cuando la vi en la cocina.

—¿Qué haces levantado? Es muy pronto.

—Me cuesta dormir.

—Ya te he visto por la ventana. ¿Estás bien?

Tampoco tenía tan mala cara como para que estuviese mirándome como a un desgraciado. Sí, estaba mal, pero hubo veces en las que estuve peor y nunca la vi preocupada.

—Sí, voy a desayunar.

Necesitaba dosis de café extra, como solía tomarlo Vicky. Era lo único que podía salvar mi día. Me senté en una mesa cerca de la ventana para que me golpease el aire en la cara y, desde allí, miré el comedero vacío de Nube. Segundos. Minutos. La eternidad.

Me faltaban. Me faltaban mis dos pequeñas. El día podría ser una mierda, pero con ellas cerca las cosas malas no lo eran tanto.

—Aléjate de ella.

Lo vi en la puerta y no tenía ninguna duda de que se acercaría. Estaba claro que Damon tampoco podía dormir y me alegré de que algo le atormentase. No me gustaba desear nada malo, pero a él... ¡Joder! Él era peor que un dolor de muelas y no lo soportaba.

—¿O qué? —pregunté mirándole con todo el odio que sentía en ese momento.

—No la toques más.

—¿O qué? —repetí desafiándolo.

Mari nos interrumpió. Mi autocontrol me permitió seguir sentado, pero sabía que no faltaba mucho para levantarme y partirle la cara.

—¿Os puedo ayudar en algo?

Estaba enfadada y era difícil hacer enfadar a Mari. Aquella mañana lo conseguimos.

—No, gracias —respondió Damon antes de marcharse.

Miré cómo se alejaba por la puerta y reprimí las ganas de seguirle. Mi otro yo le hubiese dicho que podíamos arreglar las cosas fuera. A hostias. Pero mantuve a mi otro yo a raya para que nadie descubriese mi peor versión. Tenía que pensar en otras cosas y despejarme.

Café. Necesitaba más café. Y paciencia, pero eso no estaba en la mesa.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Miré a Mari y estaba con los brazos cruzados. Quería reírme por lo ridículo que era todo. Parecía que iba a regañarme como a un niño y ya tenía una edad para esas cosas.

—Intento desayunar.

—Escúchame bien, Aritz. Recuerda que estamos en el *Camp* trabajando y que Damon es un alumno. No quiero problemas. ¿Me oyes?

—Pues díselo a él.

Iba a marcharme y Mari me detuvo. Sujetó mi brazo y con el tacto percibí el desgaste de sus manos. Nunca las miré así. Eran unas manos llenas de arrugas y de vejez prematura.

—Vicky ha sufrido demasiado y no voy a permitir que la trates como a las demás. Merece lo que no puedes darle.

Me tocó la fibra. Mari no tenía ningún derecho. Estaba desenterrando un pasado que no me pertenecía, que ella inventó y que no me dejaba en buen lugar. Las demás, las que fueron para un rato, también disfrutaron y ninguna estuvo obligada a tener relaciones conmigo. Ellas se ofrecieron y también lo buscaban. ¿Por qué estaba tratándome como si fuese un cabronazo? ¿Y por qué no se molestó en preguntarme cuáles eran mis intenciones?

—No formo parte del pasado de Vicky, así que no me cargues con tus remordimientos.

Nunca me había mirado con tanto odio, pero lo entendí. Disparé en su punto débil porque estaba a la vista. Sé que le hice daño, era mi intención y no me arrepentí de hacerlo. ¿Qué se creía? ¿Que yo quería problemas? Era a Damon a quien tenía que darle la charla y no a mí. Él vino exigiéndome algo que no iba pensaba darle.

Ventaja.

—Vicky no es ella. Recuérdalo.

Cogí el café y me largué.

Quise devolvérsela, pero no podía dejar que nuestra relación se rompiera del todo. Creí que, a pesar del deterioro, podía salvarse. Nos conocíamos de años e intentábamos ayudarnos a nuestra manera.

Pero ¿por qué tuvo que mencionarla?

No era ella. Nunca lo sería. Eli solo tenía una madre y no pensaba en Vicky como la sustituta. Puede que en muchos momentos, al mirarla, me dijese para mí mismo que eran clavadas por los gestos. Puede que también deseara haber conocido a Vicky antes. Y puede que me ganase cuando descubrí la conexión que tenía con Eli y que lo que hizo por ella terminase de engancharme completamente. Pero no fue solo por eso. Vicky no era solo una cosa, era un todo. Con ella aprendí a valorar lo que pasaba desapercibido y gracias a sus consejos intentaba ser mejor padre para Eli.

La parte física tardé en verla porque estaba ciego. Hasta recién levantada parecía una diosa. Salía a desayunar medio dormida e intentaba hacerse un moño por el pasillo sin haberse mirado en el espejo. Y estaba preciosa. Sobre todo cuando nos cruzábamos y me daba los buenos días con una sonrisa soñolienta. Vicky gritaba la palabra hogar.

Vicky no era Sally y no iba a permitir que nadie las comparase.



—¿Puedes echarme la crema?

Estaba en mi habitación, preparándome para la primera clase y Vicky apareció sonriente con la crema. Por un momento, olvidé todo. Ella tenía ese poder. Convertía la tristeza en alegría.

—Ven.

Quería y no. Se había convertido en una necesidad dolorosa. Lo estaba pidiendo ella y me gustó no tener que ir detrás como siempre, pero quizás, significaba que se había tomado demasiado en serio lo de ser mi amiga. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo se cambia una situación que no puedes controlar?

Se levantó la camiseta y observé mi cicatriz. Era mía porque sabía que siendo solo suya, vería una imperfección. Si hubiese estado en mi cuerpo, Vicky se encargaría de decirme que las cicatrices significaban cosas buenas o que daban suerte. La imaginé convenciéndome de que los chicos en el instituto ligaban más con ellas. Ese tipo de frases que se inventaba para hacerme reír. Pero era Vicky quien la llevaba y su forma de mirarla no tenía nada que ver con eso. Tuve que encargarme de demostrarle que su cicatriz, la mía, sería la más bonita del mundo.

—¿Estás bien? —preguntó cuando estaba concentrado.

—Sí.

—Te noto raro conmigo. ¿He hecho algo malo?

Me miró y no podía decir nada de lo que me pasaba. Cobardía pudo ser, o simplemente, que no encontraba las palabras.

—No. Echo de menos a Eli. Solo es eso.

Fue decirlo y dedicarme una de las sonrisas más bonitas que había visto nunca. Ojalá hubiese sido más abierto. Le diría que yo no era el mejor tío del mundo para ella, pero Damon tampoco. Que tenía que alejarse. Que él no la merecía. Que ella merecía más.

Callé. Otra vez.

—¿Puedes pasar por el despacho cuando termines con las clases?

—¿Sucede algo?

—No. Solo quiero enseñarte una cosa.

—Vale.

Quería y no podía.

Ese era el resumen de lo que pasaba.

Porque ella, también tenía que querer.

37. Parecía gris

VICKY

—**N**ieves...
—Acabas de enviarme un audio que dura una eternidad.

—¿Lo has escuchado?

—Me haré vieja si lo hago.

Reí. También me enfadé. En el audio conté todo lo que se me pasaba por la cabeza. Mis dudas, miedos y demás problemas. Ella estaba al tanto de lo de Damon, pero sus pensamientos no estaban de acuerdo con los míos. Y aún así, quería seguir escuchando su opinión, por si alguna vez seguía sus consejos, solo por probar, por ver qué pasaba y porque si salía mal, podía echarle la culpa.

—Damon.

—Pero ¿no tenía clase ahora?

—Sí, creo que ya han terminado —respondí mirando el reloj—. Quiero y no.

—¿Todavía sigues con eso?

—Es que...

—¿Es que qué? ¿Quieres dejar de hacer el tonto y disfrutar? Si tan claro tienes que solo va a durar esta semana, aprovecha, que los días vuelan.

Los días vuelan, no vuelven y todas esas frases que te hacen ser consciente de la importancia que tiene disfrutar cada segundo. La parte teórica la sabía, pero la práctica era la más complicada y suspendía.

Y no era tan fácil. Si lo pensaba bien, podría quemarme si no regulaba la temperatura.

Coloqué en una balanza los pros y los contras de estar con Damon en el *Camp* y me sorprendí al ser consciente de que, con él, no dejaba de ser demasiado débil. Siempre cedía. Siempre buscaba una grieta para colarse. Siempre tenía preparadas las frases que necesitaba escuchar. Siempre se acercaba en el momento más oportuno y yo tiraba por tierra mis planes.

Mis planes estaban vacíos porque lo único que tuve claro desde que murió mi madre es que no tendría ninguna relación estable mientras viviese. Y eso no era malo. Mi tía había pasado de los cuarenta, llevaba varios años soltera y la veía mejor que nunca. ¿Dónde estaba el problema en querer ser como ella? Coger pedacitos suyos como míos. Añadirlos a los que tenía de mi madre y de mi abuela.

Pero ¿y si Damon rompía esos planes? ¿Y si me hacía dudar? ¿Y si yo no era tan fuerte como quería creer? Ojalá, la vida estuviese escrita con un lápiz para poder borrar con una goma las partes que no nos gustan, pero la mía tenía tinta negra y había varios tachones que me recordaban lo que intentaba olvidar.

Si me había salido bien hasta entonces, se debió a que estaba sumergida en un océano donde nunca fui importante. Mi vida giraba en torno al cuidado de la abuela. Apenas tenía tiempo para

conocer a nadie y no me esforcé en ahuyentar al sexo opuesto, al contrario, tuve que buscar la forma de acercarme a ellos para pasar un rato de placer. Tampoco estaba mal hacerlo y era gratis. Solo necesitaba descargarme una aplicación y aceptar conversaciones subidas de tono si alguno me gustaba. No como con Damon, que casi pagamos un polvo a precio de oro.

—Es que me mosquea una cosa.

—¿El qué?

—La sabrías si hubieses escuchado el audio.

Nos reímos juntas.

En el audio le contaba todo al detalle, pero era verdad que me excedí un poco con el tiempo. Estaba en mi descanso, había preparado un café y, mientras lo bebía, decidí grabar eso por si no cogía el teléfono.

—Venga, resume lo interesante.

—Damon estaba celoso de Aritz. —Escuché una carcajada y me contagié. Fue algo surrealista e infantil—. Ya sabes que si hay celos... No quiero un hombre celoso ni para una semana.

—Si está celoso es porque ha visto algo.

—Que no. Te juro que no.

—Es que sigue pareciéndome raro. El Aritz del que me hablaste anoche no tiene nada que ver con el que vi en el *Camp*.

—Ya te lo dije. Le cuesta mucho relacionarse. Mari tenía razón, es buena persona, pero le falta un empujoncito.

—¿No será un hervor?

—¡Nieves!

Quería reírme, pero me molestaba que hablase así de Aritz. Estaba cogiéndole cariño y llegué a entender su sobreprotección o falta de confianza. Existían personas transparentes, pero también otras más grises que guardaban mucha luz.

Parecía gris, pero su interior brillaba con fuerza.

—Vale, tú ganas. Pero lo de Damon... deja de darle vueltas, por favor. Disfruta. Que ese tío cobraba una pasta por lo que te hará gratis.

—¡Nieves! —grité otra vez y miré a mi alrededor.

—Te dejo, que estoy en el trabajo. Llámame por cosas urgentes, como darme detalles y no estas tonterías.

Ayudarme, no me ayudó mucho, pero me reí y eso siempre venía bien.

∞∞∞

—¿Puedo?

Aritz estaba recién duchado y faltaba poco para comer. Le dije que se pasara por el despacho al terminar las clases. Quería enseñarle una cosa que creía que le serviría para estar mejor. Por la mañana, le encontré más raro de lo habitual. No desayunó con nosotros como otras veces y cuando me dio la crema parecía triste. Entendía lo mucho que podía echar de menos a Eli porque yo no era su madre y mis días estaban más opacos sin ella. Para Aritz, tendría que ser muy duro soportar la distancia.

¿Cómo serían sus noches al notar el vacío en su cama?

—Pasa.

Le miré y entendí por qué la mayoría de las alumnas estaban prendadas. Aritz era asquerosamente guapo. Su falta de confianza en los demás le hacía parecer misterioso y uno de esos hombres imposibles. ¿A quién no le gusta lo que no puede tener?

Pero también me pareció triste. Estaba escondido bajo una fachada preciosa. Y solo tenía la culpa él. Sí. Él. Él era quien no quería que lo conociesen de verdad.

—Puedes sentarte —dije, señalando la silla donde solía sentarse Eli.

Nada cambió. Permanecía callado, serio y con pocas ganas de estar donde estaba. Quise darle la vuelta a la situación, o al menos, intentar que su día fuese un poquito mejor con la sorpresa.

Saqué un montón de papeles que tenía guardados en el cajón del escritorio.

—¿Qué es esto? —preguntó cogiéndolos.

—El primer *Best-Seller* de Eli —bromeé.

Dudó. Se lo pensó mucho a eso de mirar lo que había bajo la portada que Eli dibujó. *SINSENTIDO*. Así llamó a su primer gran éxito. Aún faltaban páginas, ella quería escribir «un libro grande para mayores».

—A Eli no le gustaría.

—¡Venga ya! ¿Lo dices después de enseñarme lo que escribe en el taller? Te prometo que aquí —señalé las hojas— no habla sobre tu pito. Tu secreto está a salvo.

Conseguí lo que buscaba. La tristeza parecía disiparse bajo una sonrisa.

—Estás fatal, ¿lo sabes?

—Lo sé, pero no se lo digas a Carlos. Quiero mantener el trabajo.

Volvió a sonreír y miró la portada. Eli tardó bastante en diseñarla. No era una obra de arte, pero se veía el esfuerzo que había puesto. Había dibujado todo el *Camp* y eso llevaba su tiempo.

—¿Así me ve Eli? —preguntó, señalando a un hombre que cogía de la mano a una niña rubia.

—Tienes que valorar el esfuerzo. No tengas en cuenta el tamaño de los brazos ni pienses que tienes las proporciones de un simio. Aprecia todos los detalles que tiene. A ti y a Jake os ha pintado sin camiseta. ¿Qué más quieres?

Dejó escapar otra sonrisa y miró el dibujo. Intenté reprimir una carcajada cuando, con los dedos, quiso medir el tamaño de sus brazos y piernas. No era necesario. Se veía. Los brazos casi llegaban al suelo y parecía la silueta de un mono.

—Y me ha puesto un bañador.

—Recuerda que nadie te ha visto el pito.

Nos miramos. Recuperé al Aritz del día anterior. Al que se abría, bromeaba y se mostraba tranquilo a pesar de que Eli no estaba. Me gustó tener a ese Aritz de vuelta.

No fue mucho tiempo, pero bastó.

Se centró en los papeles y los pasó uno a uno, mirando las frases que había escrito Eli en sus ratitos de inspiración. No eran textos largos, sino palabras sentidas que dejó reflejadas en un papel.

—¿En serio?

Me enseñó una de las hojas donde había un secreto:

A MI PROFE LE GUSTA PAPA

Tuve que encogerme de hombros. Era divertido ver su cara.

MI PAPA ES EL MEJOR DEL MUNDO

NUBE ME CUIDA
MI FAMILIA VIVE EN RASZO
~~VICKY~~ VICKY ES MUY ~~BUENA~~ CONMIGO Y ME SALBVO
QUIERO QUE PAPA ~~JUEGE~~ JUEGUE Y RIA MAS

Estaba ahogándose.

Escuché la respiración y estaba ahogándose. Me sentí mal porque era lo contrario a lo que esperaba. Estaba asfixiándolo y solo quería darle oxígeno para llenar sus pulmones.

—Aritz.

No me miró. Permanecía centrado en el montón de hojas como si no existiera nada más a su alrededor.

—Aritz.

Tuve que levantarme y rodear el escritorio para llegar hasta él. Se encontraba en un mundo lejano al que no podía llegar y me asusté. Fue uno de esos momentos que no sabes cómo reaccionar porque te pillan desprevenida, porque son raros y nunca los has vivido.

La ignorancia es peligrosa.

—Aritz, ¿estás bien? —pregunté tocando su brazo.

Lo encontré. Nos miramos. Dejó los papeles sobre la mesa y recuperó la respiración. Me senté sobre sus piernas para abrazarlo. Lo hice porque era lo que me hubiese gustado que hiciesen conmigo de encontrarme así, tan perdida.

Apreté demasiado fuerte y noté un tirón en la espalda.

—¡Joder! ¡Lo siento! ¿Te he hecho daño?

Su mano fue directa a mi cicatriz.

Conocía el camino de memoria y estaba segura de que podría encontrarla con los ojos cerrados. La tocó con mucho cuidado por encima de la camiseta y el tirón que había sentido se disipó. Me asusté al pensar que de verdad esa cicatriz podía ser más suya que mía. Intenté no mirarla cuando salía de la ducha y él hizo lo contrario. La miraba directamente como si no tuviese relevancia, como si fuese bonita.

Como si de verdad le importase.

—No, tranquilo. Ha sido un tirón, pero no me duele.

Estaba ahí, sentada encima de sus piernas. No dudó levantarme la camiseta y comprobar que decía la verdad.

—Está bien.

Aproveché para levantarme cuando me bajó la camiseta porque todo estaba adquiriendo un tono demasiado íntimo para dos personas que querían ser amigos.

—¿Mejor?

—Sí.

Se notaba. A pesar de que esas hojas removieron sentimientos incrustados, era visible que su expresión había perdido parte de la tristeza.

No creo que de verdad percibiese lo mucho que significaba para Eli. Para ella, era el superhéroe que no habían inventado. Se enfadaba mucho cuando él imponía ciertas normas, pero se le pasaba rápido y, a pesar de su edad, llegaba a entender que Aritz solo quería lo mejor para ella.

Gracias a Eli, pude conocerlo desde otra perspectiva más amable. Por eso no me cerré del todo ni le mandé a la mierda como hubiese hecho con otro. Nunca daba tantas oportunidades a

una misma persona, pero por cómo Eli habló de su padre, creí que merecía la pena seguir insistiendo. Y tenía razón. Lo vi. Vi al Aritz del que me hablaba. Me maravillaba descubrir a ese hombre por debajo del caparazón. Darme cuenta de que también podía romperse y de que era tan frágil como cualquier persona.

Porque todos somos frágiles.

Todos nos rompemos y salimos adelante. Unos tardan más, otros menos, pero nos rompemos de la misma forma. De eso va la vida, de romperse y unir los pedacitos que nos quedan para crecer como personas.

—Oye... Sé que te dije que seríamos amigos y que los amigos hacen planes como el que hicimos ayer, pero Damon solo estará esta semana y no volveré a verlo. —Aritz cambió el gesto, no sé si le molestó o simplemente lo hizo porque no se lo esperaba—. No quiero que pienses que he cambiado de idea. Me gustaría que siguiésemos igual cuando se marche. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

—Pero tienes que seguir curando tu cicatriz —bromeé levantándome la camiseta para que la viese.

Me gustó mucho la forma que tuvo de mirarme después.
Ahí me di cuenta de lo bonita que podía ser nuestra amistad.
Y que iba a poner de mi parte para que durase.

38. *¿Podría bastarme?*

ARITZ

«**T**IENES QUE JODERTE».

Era lo que tenía que hacer. Tenía que joderme y debería de haberlo hecho cuando dijo que solo estaría con él durante una semana y que luego no volvería a verle. Yo seguiría estando y el otro no. Eso tendría que bastarme. Era justo lo que intentó explicarme Kat.

Pero ¿de verdad pensaba que podría hacerlo después de darme lo que nunca me daría nadie? Ella no sabía muchas cosas de mí, y aún así, intentaba entenderme.

Estaba seguro de que, si no podía estar con ella, no estaría con otra.

No. Claro que no iba a joderme. No iba a permitir que ese desgraciado disfrutase de Vicky. No la merecía y yo tampoco, pero iba a cuidarla. Quería cuidarla si me dejaba.

Y hacerla feliz, muy feliz. ¡Joder! Infinitamente feliz.

Pero ¿y si tenía que conformarme con su amistad?

¿Y si eso lo tenía tan claro como el no volver a ver a Damon?

¿Podría bastarme?

39. *Mi caos*

VICKY

La tarde transcurría de forma relativamente apacible. Aritz se marchó con un grupo para hacer fotos en los alrededores, Elvis llevó a unos cuantos a un largo cercano para que probasen el *paddle surf* y Leo estaba dando una clase de iniciación al *skate*. Todo bien, excepto que Damon se quedó conmigo.

Kat se encargaba de la tienda y yo tenía tiempo libre. ¿Por qué tuve esos sentimientos contradictorios con Damon? Quería estar con él, y a la vez, me sentía agobiada de que buscase tanto. Estaba cohibida, pero cuando se acercaba, quería besarle.

Contradicción.

Con Damon viví algo que nunca había pasado con ninguno y llegué a preguntarme si eso podría tener nombre de toxicidad. ¿Podría? Supongo. Y él dijo que se conformaba con lo que le diese. Quería darle mucho, pero no salía nada. ¿Tenía sentido? El desear algo tanto que cuando sabes que puedes tenerlo, cogerlo parece imposible.

∞ ∞ ∞ ∞

—Kat.

—Dime.

—Voy con Damon a dar un paseo por los alrededores. ¿Necesitas algo?

—No. Pasadlo bien.

Nos despedimos como siempre y me acerqué a Damon, que estaba esperando justo donde terminaba el *parking* del *Camp*. Durante la comida, me había suplicado dar un paseo después y por mucho que le insistiese en que se lo iba a pasar mejor con el resto, se negó en rotundo.

—¿Vamos? —preguntó y, sin esperar respuesta, cogió mi mano.

Dejé que lo hiciese. Cerré los ojos en varios momentos para pensar por qué estaba comportándome así. Tenía miedo de encontrar la palabra «inseguridad» en la respuesta. Damon parecía un hombre con las cosas claras, y eso, junto a sus ojos azules, se había convertido en una de mis cosas favoritas. Pero no era fácil estar con alguien así cuando mi cabeza era un caos.

Mi caos.

∞ ∞ ∞ ∞

Pasear por Razo podría resumirse a repetir un trayecto en bucle. Había pocas casas, pero era bonito mirarlas y darte cuenta de que tendrían miles de historias entre sus paredes. Las más

nuevas se encontraban frente a la costa y pertenecían a personas con una segunda residencia. Mi tía me contó que los inviernos en Razo eran fríos y solo quedaban personas mayores que habían vivido toda su vida allí. Ellos, vivían en el interior, en casas independientes de mucha antigüedad. Alguna daba miedo porque parecía caerse a trozos. Resultaba inimaginable que alguien estuviese dentro, pero vivían. Para la gente de los pueblos, ese fue su hogar y refugio durante toda una vida. Allí estaban sus recuerdos, los que crearon a lo largo de los años y valían lo que nadie podría pagar.

Por eso seguían.

—Espera.

Damon paró en seco y me miró durante unos segundos que me parecieron eternos. En ese momento, quise que me besara. Nada más. Quería que fuese él y estaba segura de que esperaba lo mismo.

Seguía hipnotizándome con esa forma de mirarme y me dejaba paralizada. Ojalá las miradas se embotellasen como los perfumes para embotellar la de Damon. Su mirada azul intensa. La decidida. La que deseaba que tuviese siempre porque me hacía sentir que todo iría bien.

—Ven.

Fui y lo besé delante de una casa en la que posiblemente una señora dejase de ver la telenovela para observarnos a nosotros detrás del visillo. También imaginé a un señor en el piso alto, tirándonos un cubo lleno de agua y llamándonos «guarros» a pleno pulmón. Ahí estaba, el poder de mi imaginación.

Me entró la risa y tuve que separarme.

—Pagaría por tus pensamientos.

—¿Mucho? —pregunté con una sonrisilla de tonta.

—Todo lo que tengo.

Me apretó el culo y di un respingo por el susto. No lo esperaba. O sí. En Ámsterdam eso era lo habitual entre nosotros, sobre todo por las noches, iluminados por las luces del Barrio Rojo.

—Nada. Tonterías. Pensaba en si habría señores detrás de las cortinas.

—Me gustan tus tonterías.

Nos abrazamos y pensé en «todo lo que tenía». Concretamente en el casino. Y en que había evitado las preguntas personales desde que llegó y quería cambiarlo, no para confirmar que tenía dinero, sino para normalizar la situación entre nosotros.

—¿A qué te dedicas?

Se separó un poco para mirarme y alzó la ceja.

—¿Quieres saberlo?

—¿Quieres contármelo?

Nos miramos y él levanto mi mano para besar el dorso. Fue algo inocente, pero me gustaban ese tipo de detalles.

—Soy dueño de un casino. Era de mi padre, pero ya no está.

—Lo siento.

Entrelazó sus manos con las mías. Quería decir algo.

—La conexión.

Entendí que se refería a que ninguno de los dos tenía una vida fácil. Lo sabíamos. Callábamos por si las penas del otro dejaban las propias como ridículas. Mi vida fue de todo menos normal, pero sabía que otras personas vivían en peores condiciones y fue por eso por lo que no me quejaba. Ignoraba las penas de Damon, pero con un casino y cobrando una fortuna por polvo,

debían ser menos.

¿Por qué narices trabajaba como gigoló si tenía un casino?

—La conexión —repetí.

—¿Te importa lo del casino?

—¿La verdad? —pregunté y el afirmó robándome un beso después—. Me da un poco igual, como me daba igual lo otro.

—No he vuelto a...

—No necesito que digas más —dije cortándole—. Quiero que hablemos, pero a nuestro ritmo.

Y se transformó. Fue lo que necesitaba, como lo fue cuando era Alan.

Damon también podía ser especial si yo dejaba de poner «peros» a su presencia. No estaba siendo del todo justa. Él vino por mí y actué negándole muchas cosas. Y lo peor, me las negaba a mí misma.

—Vamos.

Dejó de abrazarme para llevarme de la mano por callejones que había entre las casas. Fue sorprendente ver lo bien que se movía sin conocerlo.

—No hay nadie. Esto da miedo.

Se escuchaban maullidos y el canto de los pájaros, pero las ventanas de esas casas estaban rotas como si alguien hubiese entrado a robar. Los animales habían aprovechado los huecos para encontrar un sitio donde cobijarse.

—Cierra los ojos.

—Alan... ¡Perdón! Damon.

—¿Qué?

—Esto está oscuro, huele raro y no hay nadie.

—Mejor. Cierra los ojos.

No los cerré por si hacía lo que estaba imaginándome. Lo vi en su mirada, clara y detallada. Esas intenciones que iban un paso más allá de lo correcto. Pero ¿quién dicta lo que es correcto y lo que no? ¿Por qué unas cosas estaban bien o mal según las personas que lo hicieran? ¿Dónde quedaba el significado de la palabra «igualdad»?

Noté su mano bajando hasta la cinturilla del pantalón, sujeto por una cuerda. Tiró de ella para aflojarlo y agradecí a la goma su resistencia para mantenerlo pegado a mis caderas. Perdí la voluntad y el sentido común porque dejé que se deslizase por el interior de mi ropa interior y que tocase mi centro a la luz del día. En la calle. Sin pensar en las consecuencias.

Negué con la cabeza, pero no sirvió de nada porque, en el fondo, yo también quería. Tuve que sujetarme en sus hombros y reprimir los gemidos. Fue duro. Intenso. Extraño. Y muy real. Pensé que estaba en mitad de un sueño erótico del que despiertas excitada. Te preguntas qué ha pasado y deseas que vuelva a pasar, pero cierras los ojos sabiendo que tuviste demasiada suerte.

Cerré los ojos. Le hice caso y quizás no fue buena idea. Cuando los cerraba, desde que lo conocí y nos despedimos, me acordaba de todo su cuerpo. ¿Qué venía ahora? Algo peor, recordaría todo lo que me hacía sentir sin tenerle delante. Eso era lo que intentaba hacer, que lo recordase.

Me di cuenta cuando ya era demasiado tarde y no había marcha atrás. No tardé mucho en dejarme ir porque Damon sabía cómo hacerlo. Conocía cada punto débil y atacaba directamente, sin darme tiempo a recuperarme entre golpe y golpe.

—¿Qué has hecho? —pregunté cuando aún seguía convulsionando contra su pecho.

Me daba vergüenza mirarlo. Acababa de correrme de pie, contra una casa abandonada, como si fuese una adolescente que no tenía un lugar para intimar con el novio de turno y aprovechaba cualquier rincón en el que hubiese una gota de intimidad. Sin contestar ni dejar que asimilase nada, sacó la mano y se chupó el dedo. Con Damon nunca había visto de todo. Creía que sí, que ya no podría superarlo y, cuando me confiaba, él daba otro salto mortal.

Como en ese momento, al sacar un pañuelo de tela de su bolsillo trasero. Aunque practicara *surf*, él no pertenecía a ese ambiente y se le notaba en todo, incluso en la forma de vestir. ¿Quién demonios lleva un pañuelo de tela?

—Espera.

Tiró de mi cinturilla y volvió al lugar de donde había salido para limpiarme con el pañuelo. Me quedé petrificada. No sabía qué hacer ni qué decir. ¿Estaba pasando?

—Damon...

—Ya está.

Me besó en la boca, dobló el pañuelo y volvió a guardárselo en el bolsillo trasero. Cogió los extremos de la cuerda de mi pantalón e hizo un nudo perfecto.

—¿Tú...? ¡Dios! ¿Eres fetichista? ¿Guardas bragas o cosas así?

Se echó a reír. Ojalá me hubiese contagiado, pero no podía reírme pensando que un chico llevaba mis fluidos corporales en el bolsillo trasero de su pantalón. Convirtió lo que acababa de pasar en uno de esos momentos en los que la cabeza explota y entre las miles de posibilidades que pueden suceder, eliges la peor. Elegí la posibilidad de que Damon se dedicase a satisfacer mujeres porque le gustaba guardarse los fluidos. Coleccionaba fluidos.

Me abrazó, pero ni con eso logró quitarme la imagen de posible fetichista. Visualicé una gran cómoda, de madera de roble y granito, con los cajones organizados, uno para las bragas, otro los tanguas y el restante, de pañuelos como el que llevaba. Lo imaginé ahí, en su casa, eligiendo el que quería oler en ese momento.

¡Dios! ¿Por qué hizo eso?

—Lo lavaré después.

—Júrame que no coleccionas nada.

Me miró, sonreía y yo temblaba por dentro.

—Coches en miniatura. Desde que era niño. ¿Y tú?

No sabía si estaba bromeando o si lo decía en serio. Seguía en *shock*. Esperaba cualquier cosa y él no estaba poniéndomelo fácil.

Pero era verdad. Lo de los coches era verdad.

—Nada.

—¿No hay nada que te guste mucho?

—¿Podemos salir de aquí? Sigue oliendo raro.

Prometo que no fue para cambiarle la conversación, pero el sitio en el que estábamos era un poco desagradable. Hizo que me olvidase durante el tiempo que me llevó a otra dimensión, pero había vuelto a tierra y mis fosas nasales trabajaban a pleno rendimiento.

Cogió mi mano, salimos del escondite y él sonreía sin haberse corrido. No es que fuese una egoísta, pero no me apetecía mucho tocarle sus partes allí.

—¿No hay nada que te guste mucho como para tenerlo? —preguntó de nuevo.

Pensé en la respuesta y no se me ocurría nada. Tener cosas significaba poder perderlas en cualquier momento y eso producía un dolor innecesario.

—Nunca lo he pensado. Vivo el día a día e intento tener los recuerdos justos.

—¿Por qué?

Vi el mar. Respiré. Pasé demasiado tiempo en un lugar cerrado y, sin darme cuenta, pude ver las cosas que necesitaba en mi vida. Libertad. Salir. Ver mundo. Todo lo que me había privado durante mucho tiempo por mis circunstancias. No quería recuerdos materiales, sino recuerdos que pudiese almacenar en mi cabeza.

—Porque el día que nos marchemos, nos iremos sin nada —respondí cuando encontré la frase adecuada.

Nos quedamos mirando el mar en silencio.

Toqué su brazo que me rodeaba, el que tenía lleno de cicatrices por las que nunca le había preguntado. No sé, pensé en que estaría cansado de repetirlo. La gente era curiosa por naturaleza. Lo imaginé agobiado, contando una historia que querría olvidar.

—Un accidente —dejó caer como si escuchase mis pensamientos—. Algo se cruzó en la carretera y no tuve tiempo de frenar. Mi mujer murió. Embarazada. Estábamos esperando una niña.

Frases cortas pueden ser más intensas que una frase elaborada.

Giré sobre mí misma para abrazarle. ¿Qué podía decirle? Nada. Sabía lo que era perder a quien más querías y necesitabas. Las palabras sobran cuando el duelo es traumático. No esperas gran cosa porque nadie va a entenderte y la compasión se convierte en una carga.

—Me recuerdas a ella.

Deseé que hubiese callado.
Porque para él fui alguien que ya no estaba.
Y quería mantener vivo su recuerdo.
Conmigo.

40. *Quiero perderla de vista*

ARITZ

Vicky estaba mal y no sabía cómo cambiar la situación. Tampoco podía hacer mucho porque Damon no se despegaba de ella. Era una puta lapa y deseé con todas mis fuerzas que llegase el domingo para perderle de vista. Quería acercarme y preguntarle si podía ayudarla. Me mataba verla así, tan ausente, como lo estaba yo por la mañana cuando, sin dudarlo, buscó la manera de mejorar mi estado de ánimo y me enseñó lo que escribía Eli durante los ratos que estaba con ella en el despacho.

Se lo debía. Le debía muchas cosas y era difícil dar un paso. No sabía si lo mejor para Vicky era que me quedase quieto. Joderme, joderme, joderme. Casi había asimilado eso, que tenía que joderme, pero no quería que ella también estuviese jodida. Y lo estaba. Por mucho que sonriese entre bocado y bocado, estaba triste. El pesado de Damon no la dejaba ni respirar.

Deseaba que tuviese las mismas ganas que yo de perderle de vista. ¿No dicen que cuando deseas algo con mucha fuerza se cumple? Pues yo quería eso.

—¿Qué crees que tiene que no tengamos nosotros?

Miré a Jake y pensé en responderle que tenía un puto casino. Pero ¿cómo iba a decirle eso? Vicky no merecía que la tratase como a una mujer que buscaba dinero.

—Nada —respondí desviando la vista al mar.

—¿No? —insistió poniéndome en un aprieto.

—¡Joder, Jake! Yo que sé. Tendrá mejores temas de conversación.

—Lo dudo. Es un tieso, y si te fijas bien, ella no se ríe con él.

La miré y estaba preciosa con un vestido corto que no se ponía muy a menudo. Se había recogido el pelo y busqué ese lunar que me volvía loco. No lo encontraba, estaba demasiado lejos y era de noche. Pero sé que estaba ahí y que deseaba besarla.

—Tío. Dime la verdad. ¿Te gusta tanto como a mí o...? Ya sabes.

—Me gusta tanto como para odiarte cada vez que te tiras encima de ella.

Reímos. Nos llevábamos demasiado bien y era difícil pelearse con un tipo como él.

—¿No has vuelto a...?

—¡No! ¡Joder! No tengo ni ganas.

Jake se frotó la cara. Le costaba asimilar que su amigo no tuviese ganas de polvos con otras. Pero ¿qué iba a hacer? Me sentí mejor después de confesarle que me gustaba Vicky.

—Tío. Espero que tengas las llaves del coche a mano por si tienes que llevarme al hospital —dijo levantándose del suelo.

—¿Por? ¿Qué...?

—Vas a deberme una muy gorda.

Quería pararle y también saber qué narices pensaba hacer. Éramos colegas, pero solo nos veíamos en verano y no creí que le importase tanto como para hacer alguna gilipollez.

Lo hizo. Se acercó y, siendo él, agarró a Vicky por la espalda, como hacía siempre, rodeándola bajo los pechos para besarla en el cuello.

—¡Gilipollas! —gritó Damon.

Tuve que levantarme de un salto y correr hasta donde se encontraban para detener la pelea antes de que empezase, porque Jake estaba en el suelo después de recibir un empujón. Fue una movida, pero lo tenía todo tan medido que, antes de caer, soltó a Vicky para no arrastrarla. Y se quedó ahí, en el suelo. Desafiando a Damon en silencio. De esa forma que jodía lo que no estaba escrito.

—¡Damon! ¿Qué estás haciendo?

—¡Es un puto baboso!

—¡Joder, colega! Solo ha sido un abrazo —dijo Jake porque quería ponerle más nervioso.

—¡No te acerques a ella!

—¿Qué? —preguntó Vicky.

Di la mano a Jake y tiré de él para que dejase de limpiar el suelo con su trasero. Aproveché que no lo miraban y me guiñó el ojo. Estaba como una puta cabra.

—Solo quiere sobarte.

—¡Es mi amigo! ¿Es que no te das cuenta?

—Cariño...

—¡No soy tu mujer!

Decir que Vicky estaba enfadada sería quedarse corto. No había palabras para describir su cara. Tampoco la de él, que parecía un cordero degollado suplicando por su vida. Vicky lo miraba tan fijamente que asustaba. No quería que me mirase así nunca.

—Lo siento —dijo Jake y ella dulcificó su mirada.

—Tú no tienes que disculparte. Discúlpame a mí.

Le guiñó el ojo y observé cómo se dilataban las pupilas de Damon. Parecía que en cualquier momento se transformaría en el mismo diablo y escupiría fuego por la boca.

Giré y había un grupo de chicos esperando la pelea para acercarse o grabarla con el móvil y subirlo a las redes sociales. Pero no sucedió. No hubo esa pelea. Damon se controló más de la cuenta y salió detrás de Vicky cuando ella decidió marcharse.

No había sido agradable, aunque reconozco que estuvo bien. Puede sonar a cabronazo, pero me gustó algo que no tenía nada que ver con el imbécil.

¿Y qué me gustó? Que colocase por delante su amistad con Jake. Tampoco eran los mejores amigos, pero Vicky lo valoraba y no dejó que unos celos rompiesen lo que habían creado.

—No creo que sea mal tío, pero me cae fatal —dijo Jake entre risas.

Nos sentamos en la misma pared y chocamos los botellines como si estuviésemos celebrando algo. Anne y Kat nos asesinaban con la mirada desde la distancia. No eran tontas, sabían lo que estaba pasando y, por sus caras, no nos dieron la bendición.

—Vicky está mal.

—No me extraña. Yo también estaría mal con uno así —soltó una risotada que me puso de mal humor—. ¡Joder! Era broma, pero sigo sin entender el rollo que tienen.

—Yo tampoco.

Dejé la conversación después de darle las gracias.

Confiaba mucho en Jake. Fue uno de los pocos que estuvo conmigo en los peores momentos, cuando la madre de Eli me jodió la vida. Muchos pensaron que tuve la culpa de algo que no pude evitar, pero Jake nunca me juzgó, y por eso, me sentía más cómodo con él que con el resto. «A

las duras y las maduras», dicen. Jake y Kat me escucharon y se preocuparon por mí. Los demás hicieron caso a las suposiciones de Mari.

A las mentiras.

41. *Quedé marcada*

VICKY

No sabía qué hacer. Estaba confundida. Rara. Sin ganas de empezar el día porque no me gustaba lo que estaba pasando y deseaba que terminase pronto.

A veces, tenía la sensación de que el control se me escapaba de las manos, se escurría, caía al suelo y me quedaba mirando los pedazos esparcidos mientras el mundo continuaba con su vida. Yo seguía ahí, observando lo que perdía y preguntándome si realmente alguna vez tuve control. Sobre cualquier cosa. Algo mínimo. Y no.

Me equivocaba al creer que podía con todo, que había pasado lo peor y que solo faltaba avanzar. Perder para ganar sonaba demasiado bien, pero las frases no eran universales ni servían para todos. ¿Qué más podía perder si ya me había perdido a mí misma? No tenía nada, pero quería seguir viviendo.

Pero ¿por qué?

∞∞∞∞

—Vicky. Estamos todos fuera.

Era el último día del *Camp* y tocaba barbacoa. Otro sábado tenía que estar pasándolo bien, riéndome de tonterías y comiendo las verduras o el pollo que preparaban Aritz y Mari. Debería, porque todas las semanas se esforzaban y yo solía bromear con ellos de lo plana que se me estaba quedando la tripa desde que llegué. Eran ratitos de risa que me gustaban mucho y los disfrutaba de verdad.

Pero mi estómago estaba cerrado, llevaba así desde que Damon habló de mí como algo de su propiedad. No lo entendía. Dejó de ser la persona que creía que era. Pero ¿qué persona fue? ¿Lo había idealizado?

Conocer a alguien podría ser cuestión de días, meses e incluso años. A Damon creía conocerle, pero no era del todo cierto. Estaba dolida y, al mismo tiempo, tenía una dependencia que no era normal. Fueron sus besos o su forma de tocarme con los ojos cerrados lo que me dejó marcada. Quedé marcada, pero lo peor de todo era que estaba marcada por un hombre que me veía como a la mujer que perdió.

Y debería de haberme dado igual, mis planes con Damon seguían siendo los mismos. Tenía un fin impuesto por decisión propia. Me despediría de recuerdos bonitos y de una persona que me había hecho sentir especial. La vida pasa y te quedas con eso, con los recuerdos.

¿Qué recuerdos me quedaban cuando se marchase si los empañó todos?

Superé que Damon ya no era Alan y me esforcé para que nada cambiase entre nosotros,

aunque en mi interior, algo decía que no podía ser lo mismo. Y aún así, sabiendo que sería diferente, desgasté todas mis esperanzas en mantener vivo un recuerdo que era humo.

Damon fue un recuerdo bonito. ¿Y qué era yo para él? Un fantasma.

Es horrible que te comparen con otra persona porque todos anhelamos a ser únicos para el resto. No es que creyese que las comparaciones eran odiosas porque posiblemente, su mujer fue un ser humano increíble —o no, quién sabe— al que echaba mucho de menos. Pero no era ella y nunca lo sería. Era yo, Vicky, la chica que estaba echa de pedazos, la que cogió trozos de su madre y de su abuela, la rota, la que seguía sonriendo porque creía que, haciéndolo, todo iría mejor. Era yo misma, la que se negaba a creer en el amor, la que colocó un candado sobre un armazón lleno de óxido y tiró la llave en mar abierto para que nadie la encontrase. Prefería que me recordase como la amante de turno o el polvo inolvidable, pero no como una persona que ya no estaba entre nosotros.

—No me apetece salir.

—Vicky... —Mari se acercó a mí y se sentó en la cama. Yo estaba apoyada en la pared, intentando leer una novela de fantasía—. No sé lo que te pasa ni lo que hay o hubo entre vosotros, pero tienes que salir. Mañana se va.

Suspiré.

Puede que tuviese un comportamiento de cobarde. Me había escondido para no enfrentarme a la realidad y huí de Damon el resto de la semana porque no quería discutir.

—No hay nada. Hubo. Fue algo de pocos días que estuvo bien. Nada más.

—No tienes por qué explicármelo si no quieres.

Resultaba extraño estar con mi tía hablando de un hombre o de cualquier cosa. Era mi tía. Pero ¿sabes de esas personas que conoces de toda la vida o te unen lazos familiares y tardas años en establecer un contacto normal? Es lo que me pasaba con ella y, aunque me gustaba, también había partes entre nosotras que estaban oscurecidas por culpa de una nube.

Una negra.

¿Y cómo se va la nube negra? Con la lluvia. La lluvia es necesaria para que vuelvan los cielos despejados. Lo mismo pasaba en las relaciones, cuando hay algo enquistado que no deja que avances. Con mi tía pasaba eso, que teníamos una conversación pendiente y ninguna de las dos parecía querer empezarla para no desatar la tormenta.

Estábamos mejor así, con la nube encima.

—No quiero tener nada más con él.

—¿No quieres?

—Y no puedo.

Nos miramos. Me entendía y a la vez ignoraba lo que había dentro de mí. No podía saberlo porque no estuvo presente en los momentos más cruciales de mi vida.

La necesité a mi lado. Ella no estaba por razones que nunca descubrí y lo respeté.

—No tienes que estar con él si no quieres, pero por experiencia propia, te diría que nunca dejes nada a medias. Cierra el capítulo o sigue escribiéndolo.

Mi capítulo se encontraba en la parte turbulenta de la historia en la que no sabes si matar al personaje principal o convertirlo en héroe después de haber sido el peor de los villanos.

—Vale.

Dudaba en si quería hacerlo.

Las dudas eran una constante y cambiaba de opinión por segundos. En ese momento, decidí que Mari tenía razón y que tenía que hablar con Damon para dejar las cosas claras.



Salí y me sentí observada por todos. Me acerqué a la mesa donde habían sobrado unas verduras y eché unas cuantas en el plato.

—Voy a sacar más —dijo Aritz—, deja esas.

Sonreí y negué con la cabeza. Era un detalle por su parte que quisiera ponérmelas recientes, pero no podría disfrutarlas porque no tenía hambre.

Me marché hasta un banco que estaba libre y sucedió lo que imaginé: Damon vino detrás. Contaba con ello, que vendría al verme y que, seguramente, pidiese todas las explicaciones que se merecía. Él no estaba actuando bien y yo tampoco estaba teniendo un comportamiento ejemplar.

Las culpas fueron de ambos.

—Toma —me dio un botellín de agua y lo cogí.

—Gracias.

Nos miramos a los ojos. Dolía. Me dolía estar así. Dolía mucho.

—¿Quieres hablar? —preguntó y me encogí de hombros—. Intento entenderte. Te lo juro. Quiero hacerlo porque me importas.

Me esperaba que en cualquier momento repitiese eso de nuestra conexión, la que él sentía y yo percibía, pero de forma diferente. Mi idea era la conexión superficial, la física por encima de la química, sin mariposas en el estómago ni hilos rojos que nos uniesen.

—Damon. Sé que lo sabes. Tú y yo no tenemos el mismo plan de vida. Pensaba que lo que sucedió en Ámsterdam era algo único e irrepetible y lo viví como tal, pero te presentaste aquí y...

—¿Y qué?

—Yo no soy lo que perdiste. Soy Vicky.

Decirlo fue como soltar una mochila que pesaba mucho. Noté que mis pulmones se llenaban de aire y podía caminar de nuevo. Iba a dar un paso más y tuve que frenar en seco porque una de las cosas que caracterizaban a Damon es que era impredecible.

—Lo sé.

No. No lo sabía. Estaba segura de que lo dijo porque pensaba que necesitaba escucharlo. Siempre hacía lo mismo y siempre acertaba, excepto ahí.

—Dices que te recuerdo a ella —dolía mencionar a una persona que no estaba y que tampoco conocía—. Tienes que dejar de engañarte. Siempre he sido sincera contigo y nunca he prometido más de lo que podía darte.

—Pero dijiste que podrías darme lo mismo que en Ámsterdam y tampoco lo has hecho.

Tenía razón, no lo había hecho. Pero ¿cómo darle eso después de decirme que le recordaba a su difunta mujer? No podía.

—Porque tú te has comportado diferente. Fuiste posesivo y no soy propiedad de nadie. Me he sentido mal.

Miré las verduras que estaban a mi lado y sin probar. Buscaba en ellas alguna solución para el nudo que sentía en el pecho. No era de amor. Se trataba de una opresión. Me preguntaba el por qué no había puesto más límites después de ver dosis de toxicidad, pero me recordé que era una inexperta en cualquier tipo de relación.

—Lo siento.

Lo miré y yo era demasiado débil. Creía en esas dos palabras pronunciadas con un tono de voz ronco capaz de derretir toda la nieve de Alaska.

—Disculpado.

—Vicky, lo siento de verdad. —Cogió mi mano y le dejó. No podía rechazar eso porque me gustaba su contacto—. Siento que... que piensas que no lo mereces y yo te daría un mundo.

Quería ese mundo.

No sabía si lo merecía o no, pero lo quería. Quería conseguir mi mundo, el propio, el que tenía un camino con muchas bifurcaciones. Una para cada día. Andar en recto era demasiado aburrido para una persona que necesitaba una vida diferente a la que había vivido. Ese mundo lo quería y estaba dispuesta a buscarlo cuando tuviese las ideas más claras.

—No quiero que me den un mundo.

—¿Y qué quieres?

—Nada. Es lo que intento que entiendas. No quiero nada más.

—Sigo sin entenderlo. Estábamos bien y tenemos una conexión increíble.

¡Ahí estaba! ¡La conexión! Apareció como último recurso.

—Damon, no eres tú. Deja de darle vueltas. Soy yo la que no puede darte más. Ni a ti ni a nadie.

Se levantó para colocarse frente a mí y me besó la cabeza. Cerré los ojos y contuve la respiración durante varios segundos. Caería. Sabía que caería. Intenté repetirme que era solo físico lo que estaba sintiendo y luchaba contra cualquier pensamiento que me llevase la contraria.

—Vale. ¿Te gustaría despedirte?

Podía ser una locura o la mejor de las ideas.

El epílogo de nuestra historia, el punto y final.

Y me gustaba hacerlo con Damon. Tampoco tenía nada que perder y sí que podía ganar algo, aunque solo se tratase de un capítulo cerrado. Ese fue el consejo de mi tía, que lo cerrase y no dejase nada a medias.

Era yo quien tenía que elegir la forma de cerrar ese capítulo y elegí la despedida que estaba proponiéndome.

Podía equivocarme.

Pero correr riesgos era la única forma de ganar.

42. Piensa. Siente. Hazlo.

ARITZ

Me relajé demasiado. Tuve que aprender a la fuerza que relajarse demasiado significaba correr el riesgo de perder la siguiente batalla. Las guerras son sucesiones de batallas y tenía que estar preparado para la última, la que tardó en llegar porque disfruté de mi victoria antes de tiempo. Fui un gilipollas que pensó que todo estaba hecho.

—¡Será imbécil!

Jake estaba viendo lo mismo que yo.

—¿En serio? —Leo soltó una carcajada que a mí no me hizo ninguna gracia—. Me debéis veinte pavos. Sabía que caería rendida al de los ojos azules.

—¿Habéis apostado? —preguntó Anne.

Kat me lanzó una mirada de desaprobación.

Fue idea de Jake lo de la apuesta. Pensó que sería divertido ver cómo Vicky rechazaba a Damon varias veces. Al igual que yo, confiaba en que no sucediese nada más entre ellos. Leo, por el contrario, dijo que Damon era un tío muy tenaz. Elvis le había hablado de él durante las conversaciones que tenían en el mar mientras esperaban las olas y aseguró que nunca se había rendido con nada. Leo dijo que Vicky no sería la excepción y tuvo razón. Se marchó con él dentro. No sabía a dónde exactamente. Si se quedarían en el comedor viendo la tele o si se irían a una de las dos habitaciones. No saberlo me mataba y ya no quería continuar con la puta barbacoa. Tampoco podía pedirle a Jake que hiciese de las suyas. Era yo quien tenía que dar un paso si no quería joderme en el último momento.

—Yo no —respondí, desmarcándome de la apuesta.

—A mí no me cae mal del todo ese tío —dijo Leo.

Lo fulminé con la mirada. A esas alturas, todos excepto Vicky, sabían que me gustaba más de la cuenta. Me daba igual. ¿De qué servía esconderme? Estaba luchando por mi sitio. ¿Y tenía que ver cómo Damon se marchaba con ella? ¡Joder! Solo quedaba un puto día para perderle de vista y, aún así, siempre iba por delante.

∞ ∞ ∞

No es que tuviese una actitud muy madura, pero cuando entré en el *Camp* y me cercioré de que ni Vicky ni Damon estaban en las zonas comunes, perdí el sentido común y actué por impulsos. Me aseguré también de que no se encontraban en la habitación de Vicky. Pasé y la puerta no estaba cerrada del todo. Tampoco había luz.

La de Damon mostraba lo contrario: cerrada y con la luz tenue saliendo por la rendija de

abajo. No coloqué la oreja por si alguien me veía, pero sabía que estaban los dos, haciendo... ¡Joder! ¡Mierda! Lo pasé tan mal imaginándolos que me marché hasta mi habitación y cogí el mechero con el que Vicky y yo quemamos los algodones de azúcar el día que la llevé a mi lugar favorito. Para mí, ese mechero era el recuerdo de un acercamiento, de un nosotros y de un futuro si ella quería.

Y no iba a dejar que mi futuro dependiese de otro.

Bajé rápido de la cama cuando el detector de humo comenzó a sonar y apagué el papel que estaba quemando en un vaso de agua. Lo tiré por la ventana para no dejar pruebas y salí corriendo con la intención de seguir el protocolo antincendios.

Llamé habitación por habitación como si hubiese un peligro cerca y el peligro era yo. Elvis y Leo se unieron conmigo. Dejé que Elvis llamase a la de Damon porque tenía que disimular y me alegré de que no tardasen en salir. Significaba que no estarían desnudos del todo, y eso, era mucho.

Lo había parado.

Parecía serena. Mantuvo la compostura y pidió a Damon que saliese con el resto de los alumnos mientras comprobaba las habitaciones. Quería encontrar el posible incendio que no existía. Miré de reojo cuando abrió la puerta de mi habitación y temblé por dentro. Intenté que el tiempo fuese mínimo para que no hubiese ningún olor a quemado. La cerró sin entrar dentro y se marchó a la suya repitiendo el mismo procedimiento.

Saqué a los últimos alumnos, Fiama y Henry. Estaban follando en el baño como si el pitido estridente formase parte de un simulacro y lo que tenía frente a mis ojos era de difícil digestión. Pero ¿quién era yo para criticar algo que también había hecho?

Apagamos las alarmas después de revisar todo un par de veces y la cara de Vicky reflejaba su frustración. Algo iba mal y no sabía el qué, pero encontró fuerzas para pedirnos a todos que nos acostásemos pronto. Sabía que ella no lo haría y me sentía mal. Aquella parte no entró en mis previsiones y me preocupaba. No sé de qué habló con Damon, pero acabó en una discusión y él se marchó a su cuarto.

—¿Dónde vas? —pregunté cuando pasó por mi lado.

—Al despacho. Tengo que revisar algunas cosas.

No se detuvo ni me miró para responderme. Estaba triste y era mi culpa.



Era medianoche y Vicky no había regresado a su habitación. Estaba despierto, esperando el momento en el que su puerta se cerrase hasta el día siguiente. No la escuché. Tampoco creía que estuviese con Damon porque, al mirar por la ventana, giré para comprobar las luces del resto y la suya estaba apagada.

Y me dio la razón. Si de verdad Vicky le importase lo más mínimo, no dormiría en toda la noche. Estaría dándole vueltas a la cabeza como lo hice yo. ¿Tan poco le importaba? ¡Joder! Pero ¿qué narices quería de ella? ¿Follarla? ¿Se había pagado el *Camp* en la habitación individual para follársela? Sonaba hipócrita. Yo. Un tío que no tuvo escrúpulos cuando esperaba mi ración de sexo semanal. Gratis. Sin moverme del sitio. Él pagó un viaje porque una mujer como Vicky lo merecía. Pero merecía más que placer. Algo serio como lo que estaba dispuesto a darle. Quería darle todo y que ella lo cogiese sin permiso.

Di vueltas y vueltas a lo mucho que me importaba, y allí, exploté porque estaba solo y ella también.

No pude más.

Salí de mi habitación, decidido a terminar con todo para que Vicky pudiese descansar.

—¿Vicky?

La puerta estaba abierta y ella se encontraba detrás del ordenador, sumergida en un mar de papeles y con mala cara.

—¿Suced algo? Estoy liada.

Liada con todo y con nada porque las cosas estaban bien, pero no lo sabía.

—Tienes que dejar eso. Acuéstate.

—No puedo. Tengo que descubrir qué es lo que falla antes de avisar a seguridad para que vengan a comprobar los detectores.

Levantó un montón de papeles y dejó de mirarme. ¡Joder! solo quería hablar con ella. Sacarla de aquella espiral en la que se metió por mi culpa.

Cerré la puerta y me miró de nuevo.

No quería que nadie me escuchase decir lo que tenía de decir. Había armado un jaleo importante solo para que Damon no se aprovechara de ella. Pero tenía que pararlo.

—¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar? —pregunté sin sentarme.

—¿No puede ser mañana?

Negué con la cabeza y entornó los ojos.

—No hay ningún fallo.

Escuché su risa irónica y me sentí ridículo.

—¿Estás quedándote sordo? ¿Es que no has oído cómo sonaba?

Piensa. Siente. Dilo. Piensa. Siente. Dilo. El corazón me golpeaba en el pecho y me mordí la lengua en un intento de decir algo que no me convenció.

Piensa. Siente. Dilo. Tenía que hacerlo.

—Fui yo. Quemé un papel en mi habitación para que sonase.

Borré su sonrisa. Abrió los ojos. No pestañeaba. Podría haberla provocado un infarto y pensé que me gritaría primero. Que diría todas las cosas horribles que me merecía por gilipollas.

—Dime que es una broma.

Piensa. Siente. Dilo.

—No. Lo siento.

Se levantó de la silla. Se me pasó por la cabeza la idea de que vendría a pegarme. No es que la imaginase agresiva, pero hubiese sido lo normal después de lo que hice.

Fallé.

Caminó hasta la ventana y se apoyó en el alféizar, tapándose la cara con las manos.

Piensa. Siente. Hazlo. Tenía que acercarme porque no iba a marcharme sin solucionarlo. No podía dejar que creyese que era el tío más horrible que había conocido en su vida. ¡No, joder! Eso no. Tenía que subsanarlo y seguir apostando por la sinceridad.

—Vicky...

Toqué su hombro y ella hizo un movimiento para zafarse. Me rechazó. Fue sutil, pero era un rechazo con todas las letras.

—Vete.

Lo pensé. Pensé en todo lo que podría pasar después de eso. Pensé en que, a partir de ese

instante, no me dejaría tocar la cicatriz para darle crema, que dejaríamos de tener contacto y que nuestra supuesta amistad se convertiría en lo opuesto. Metí la pata, pero ¿quién no la mete cuando siente cosas por otra persona?

Piensa. Siente. Dilo. Saqué todas mis cartas.

—Me gustas. Me gustas mucho.

Ni se movió para mirarme. Creí que estaba conteniendo la respiración y la ira. Las dos cosas juntas. Que estaba contando como yo, antes de mandarme a la mierda.

Me aparté unos centímetros al ver que se giraba sobre sí misma. Quería darle espacio para que no se sintiese atosigada.

—¿Que te gusto? —Me miró de una forma tan fría que podía congelarme—. ¿Y a ti a quién te recuerdo? ¿A la madre de Eli?

¡Mierda! ¿Por qué la sacaba a ella si no tenía nada que ver? ¿A qué demonios vino esa pregunta?

Piensa. Siente. Dilo. No pude.

—¡Joder! ¡Claro que no! No te pareces en nada y me alegro.

Era verdad. Dije la verdad.

Me dio la espalda para ignorarme y volvió a taparse la cara. Esperaba todas las reacciones posibles, excepto esa. ¿Qué podría significar?

Piensa. Siente. Hazlo.

Agarré su cintura y la hice girar de nuevo. Pensaba gastar mi último cartucho. Acercarme a ella y besarla con el sonido del mar en mi cabeza. Lo hice. Disparé sin dudas. Nuestras bocas chocaron y cerré los ojos para que durase. Quería que quisiese. Que me perdonase. Que me diese la oportunidad, aunque no la mereciera.

Y duró. Menos de lo que me hubiese gustado. Besaba tan jodidamente bien que hubiese dado mi mundo por unos segundos más. Era ella. Su boca. Su forma de acoplarse. Su lengua jugando con la mía sin ningún pudor. Era ella hasta en su forma de apartarme cuando lo consideró oportuno.

—Vete.

Me ignoró de nuevo y miró por la ventana. Me daba igual. Después del beso descubrí que no lo tenía perdido del todo. Que tenía que intentarlo. Que podía ser. Que había que madurar lo nuestro, pero que era posible.

—Vicky...

Necesitaba otro. Lo busqué y puede que cometiese un error al no retirarme a tiempo. Ella no quería otro ni tampoco hablar conmigo. Se largó dejándome solo y me quedé tan paralizado que no pude seguirla. Estaba asimilando el sabor de su boca y quedándome con cada movimiento cuando buscaba mi lengua. Fue un beso increíble con una mujer única.

¿Íbamos a terminar así? ¿Cada uno en nuestra habitación sin hablarnos?

Me jodí.

Me jodí bien.

Pero nos habíamos besado y mereció la pena joderse.

43. *No digas nada*

VICKY

La idea de marcharme a Galicia me pareció atractiva en su momento. Parecía el lugar perfecto para encontrar la calma que buscaba cuando mi vida se estaba yendo al traste. Era sitio donde decidí ordenar mis ideas, resolver los problemas y, con un poco de suerte, encontrar mi brújula.

Quería tener un punto de partida para mi futuro. Ese que estaba en el aire.

Iba bien, sentí que iba bien hasta que me di un baño de realidad y fui consciente de lo poco que había vivido hasta entonces. Creía que estaba actualizada hasta que mi burbuja se rompió y pude comprobar que la vida era mucho más que cuidar a una persona dependiente. Había un mundo fuera y nadie me preparó para afrontarlo. No tenía las herramientas suficientes y mi sensibilidad me jugaba malas pasadas. Dudaba incluso en las cosas que tenía claras y cambiaba de opinión como si fuese una veleta en el mar.

¿Qué estaba pasando?

Aritz dijo que le gustaba. No que le gustaba normal, sino que le gustaba mucho. ¿Cuándo se supone que empecé a gustarle si al principio me odiaba? No entendía por qué estaba dejándome el alma para tener su amistad y me venía con ese cuento. ¿Él? ¿El mismo hombre que se tiraba a todas las alumnas que podía?

¿Fallaba yo?

Podría ser también. Podría fallar y mis sentimientos corrían demasiado peligro. Cayeron en picado después de besarme con él. Fue una caída libre, me estampé contra el suelo y volví a levantarme. Así, tal cual. No podía describir lo que estaba sintiendo con ese beso porque nunca me había pasado. Era como recibir una ducha de agua fría en invierno y pedir más porque la necesitas para vivir. No sé si el estómago me subió al pecho o fue el corazón el que se me salía por la boca. Escapé antes de que los órganos me abandonasen a mí.

Huir. Nunca había huido tanto. Se convirtió en una rutina. Algo a lo que recurrir cuando venía el miedo a buscarme y no sabía cómo actuar. Me daba igual que dijese que era de cobardes porque lo veía como una necesidad. El huir primero de Damon y después de Aritz ayudaba para seguir ignorando la realidad y no sufrir en un futuro.

Y tenía que seguir huyendo, de ese beso que estaba envenenado. Nos lo dimos después de que me engañase. Todo fue una pantomima. Todo. Por su culpa casi me caigo de la cama cuando escuché la alarma de incendios. Damon estaba quitándome el pantalón mientras yo intentaba hacer equilibrios para no matarme. No dejaba de besarme en ciertas zonas sensibles demasiado cerca del borde de la cama. No faltó nada para comerme el suelo.

Era mi despedida.

Aritz me negó esa despedida que necesitaba para cerrar un capítulo. Quería estar con Damon por última vez. Reconstruir recuerdos bonitos para no olvidarlos con el tiempo. Eso quería y no

pude porque, después del susto, vino la discusión, el caos y el fin del mundo.

Damon no entendía que yo estaba allí trabajando. Tenía que cumplir con mi deber y en ese momento era el garantizar la seguridad de todos y encontrar un fallo que no existía.



Quería mi burbuja y la encontré en la otra habitación individual que estaba vacía. La cama no tenía sábanas, pero sí un edredón con el que pude cubrirme para no pasar frío durante la horrible noche. Gracias a ese edredón no morí por hipotermia.

Decir que dormí sería ser demasiado generosa. Se me hizo corta por las pocas ganas que tenía de ver el sol. Eso significaba salir de mi escondite, romper mi burbuja y enfrentarme a la realidad. Tenía un hombre del que despedirme y a otro con el que convivir lo que me quedaba de verano. Los dos esperando explicaciones que no se merecían. Ninguno. No. Le di vueltas y ninguno se merecía nada de mí. A los dos les di más de lo que pude y me porté bien con ambos en todo momento. Demasiado bien para lo que vino después.

Pero nada parecía funcionar como yo quería y huir dejó de ser viable cuando el olor a café recién hecho se coló por la rendija de la puerta.

Y maldije mi mala suerte desde primera hora, justo cuando salí y me choqué contra Aritz, uno de mis frentes abiertos.

—¡Vicky! ¿Qué...?

Señaló la habitación. No había colocado el edredón en su sitio. Bastante tenía con mantenerme erguida y caminar.

—No digas nada.

Su voz me molestaba y solo quería mi dosis extra de cafeína para intentar ser persona de nuevo. Necesitaba el café inyectado a las venas y algo que me quitase el horrible dolor de cabeza que me nublaba la vista.

Caminé hasta la cocina y Mari me miró como si mi final se aproximase. No quería eso, me conformaba con la pastilla que pedí y que sacó de un cajón. Le expliqué que no había ningún problema con la alarma y que no era necesario avisar a Carlos. No hizo preguntas y, seguramente, tuviese muchas en la recámara.

Lo agradecí. A veces, me entendía mejor que el resto y me gustaba. Era en esos momentos cortos y ocasionales, cuando sentía que compartíamos la misma sangre.

Me marché hasta la mesa del bufé, preparé mi café cargado, cogí dos cruasanes empaquetados y salí de allí pitando, cruzándome con mi segundo frente cuando casi había conseguido escapar.

—¡Vicky!

¡Vicky! ¡Vicky! ¡Vicky! ¡Vicky! ¡Vicky!

Odié mi nombre.

—No digas nada.

Fue como rebobinar una película y, al empezar de nuevo, el mismo personaje tenía diferencias. El diálogo era lo mismo y el resultado también. Quería marcharme. Descansar de todo lo absurdo. Y a lo absurdo tuve que añadir que Damon no tenía la cara en un estado tan lamentable como la de Aritz o la mía. No. Damon estaba como una rosa. Parecía que había dormido del tirón.

Fue injusto.

Podía ser que era del tipo de personas que no se daban cuenta del daño que hacían, que dormían porque creían tener la conciencia tranquila y su interior estaba abnegado por una capa de maldad. Era eso o que usaba cremas asquerosamente caras para mantener su cutis radiante a todas horas. Quería inclinarme por lo segundo, pero lo otro le pisaba los talones.

Negué con la cabeza cuando me cogió del brazo. No quería que el resto de los alumnos presenciasen nuestro desencuentro el día de la despedida. Bastante tuvieron con lo que sucedió por la noche con la alarma.

Por culpa de Aritz y Damon, el *Camp* se convertiría en una casa de locos.

Llegué a mi «lugar especial» sola. Esas rocas que me servían de asiento siempre estaban esperándome. Apoyé la espalda sobre una grande y miré hacía el *Camp* antes de suspirar. Vinieron recuerdos próximos, de cuando Aritz me siguió aquella mañana, la de Julia. Vino detrás y se quedó conmigo desayunando en silencio, pero no porque quisiera él, sino porque se lo pidió Eli.

Aritz no lo hacía sin estar obligado.

Tampoco podía culparle porque nos parecíamos en ese sentido. Los dos necesitábamos un empujón para hacer las cosas que nos costaban. Miedo, vergüenza e incertidumbre. Me envolvía todo eso cuando la inseguridad comenzó a ser una constante en mi vida. Fueron incontables las veces que Nieves tiró de mí porque me sumergía en las dudas y me quedaba paralizada.

Eli hacía de Nieves cuando le tocaba. Empujaba a su padre para hacer las cosas.

Pero Eli se marchó con sus abuelos y Aritz se quedó en el *Camp* sin saber qué hacer mientras yo desayunaba en soledad. Miraba la espuma y me descubría a mí misma queriendo que viniese a mi lado. Asustándome con mis propios pensamientos al darme cuenta que Aritz me importaba y lo camuflaba de muchas maneras. ¿Qué importaba la amistad con una persona que dejaría de ver cuando terminase el verano? Pero ahí estaba yo, a pico y pala, haciendo un agujero entre las piedras para que Aritz no me tratase con indiferencia. Eso nunca lo había hecho por nadie. Nunca.

Y no le aparté cuando me besó. No le aparté porque, en el fondo, deseaba tener un poquito de eso, de lo que no podía. Deseaba ser como el resto y deseaba vivir en otro cuerpo para actuar de otra forma más racional.

Lloré. Lloré con el café en la mano intentando que no se derramase. Tuve que dejarlo sobre una piedra porque el dolor era más fuerte que mi pulso. Lloré por los recuerdos, porque una de las cosas negativas de tener tiempo para pensar es que no puedes controlar las cosas que pasan por la cabeza y la mayoría son malas.

Pensé en la abuela, en lo mucho que la echaba de menos.

Pensé en mi madre, en que me faltaba, en que nunca fui suficiente para ella.

Pensé en mi padre, en ese que vivía con otra mujer, olvidando que hubo una niña antes que ella, y que esa niña, lo perdió todo.

Pensé en mí y en lo frágil que era, que estaba rota, clavándome mis propios cristales.

Lloré porque lo necesitaba.

Porque llorar también ayuda a levantarse.

Y a seguir caminando, aunque te sangren los pies.

44. Hazlo

ARITZ

—¡Deja eso!
Estaba cogiendo los trajes que necesitaba y Mari intentó detenerme.

—Voy a arreglarlo.

—¿El qué? ¿Es que no ves cómo está? Entre tú y el chico ese...

—¿Qué sabes?

—No sé nada, pero no soy idiota. Tengo una edad para darme cuenta de lo que pasa.

Nos miramos fijamente. Cogí al vuelo una de esas expresiones que tanto odiaba por lo que significaba. Ella seguía sin confiar en mí. Me enfadé por dentro y tuve que hacerlo por fuera para que me tomase en serio.

—¡No es Sally, joder! No es Sally, ¿vale? Sé lo que estás pensando y me da igual. Vicky es mucho más y me importa. No sabes la mierda de semana que he pasado por el otro.

—Está bien —aceptó resignada y suspiró—. Pero como le hagas daño, te prometo que dejaré de funcionarte lo que tienes entre las piernas.

Podría haber reído porque tuvo gracia y Mari no era propensa a gastar bromas, pero no lo hice. Necesitaba que entendiese que se equivocó conmigo y que no era el tipo de hombre que ella pensaba.



El cielo no lucía soleado como esperaba porque las nubes aparecían con demasiada frecuencia, pero me alegraba de que el mar estuviese en calma para llevarla a un lugar en el que esperaba encontrar el punto de unión entre ella y yo. Uno nuevo, porque el antiguo ya no me servía.

Me acerqué a su habitación, donde había permanecido encerrada para no tener que despedirse de Damon. No quería, pero al final lo hizo porque ella era demasiado buena como para no hacerlo. Salió fuera, hablaron de algo y se abrazaron después.

Quemaba. Jodía. Y me aguanté.

Volvió a encerrarse en su cuarto para no cruzarse conmigo.

El *Camp* se vaciaba con los traslados y apenas quedábamos media docena buscando algún entretenimiento para pasar la tarde. Hice mi llamada diaria a Eli antes de seguir con mi plan. También hablé un poco con mi madre y me prometió que la traería de vuelta el viernes. La echaba demasiado de menos.



—¡Aritz! ¡Podría estar desnuda!

Me reí. Con ella sí.

Reconozco que fue de mala educación abrir la puerta sin llamar, pero no quería arriesgarme a que bloquease la puerta de saber que era yo quien llamaba.

—Pero no lo estás. Coge un bikini, nos vamos. Primero te doy la crema.

Me alegraba poder sorprenderla. Estaba mirándome con una de sus expresiones indescriptibles. La idea era sacarla del bucle en el que estaba. Creo que lo conseguí en parte.

—No quiero ser grosera, pero no me apetece ir a ningún sitio contigo y la crema me la he dado yo solita esta mañana.

—Me prometiste que podríamos hacer planes de amigos cuando se marchase el grupo.

Sí. Dije «grupo» por no mencionar a Damon. Sí, también dije «amigos».

—¿Qué?

Abrió la boca y soltó el libro que tenía en las manos. Si mi intuición no fallaba, reprimió sus ganas de estampármelo en la cabeza. Vale que no estaba siendo muy sincero y no pensaba en eso de la amistad. La realidad es que me moría de ganas por pasar más tiempo a su lado.

—Ya está el coche preparado, he metido todas esas guarrerías que te encantan y que también comeré porque están ricas y es domingo.

Se le escapó una sonrisa. Lo sé porque se tapó la boca esperando que no la hubiese visto. Pero la vi. Estaba preciosa cuando sonreía a pesar de que no tenía buena cara. Fui culpable en gran parte, pero intentaba ponerle remedio.

Miró el libro, después la ventana y suspiró.

No dijo nada más. Se limitó a seguirme hasta el coche en silencio tras buscar un bikini de flores que tenía en el armario.

—¿Quieres conducir?

Más silencio. Pero fue un «no». Se subió por la otra puerta sin mirarme, como si no existiese. Colocó su mochila en los pies y se abrochó el cinturón.

Respiré varias veces antes de entrar. Dicen que hay cosas que debes pensar primero. Pensé en ella y pensé en mí. Pensé en las últimas horas y fueron una locura. Quería estar bien. Necesitaba estarlo para que la tarde no se torciese. Me importaba demasiado como para echar a perder la oportunidad. La de verdad. La que estaba dándome sin querer.



Estacioné el coche cerca de la marisma de Baldaio después de un trayecto que no fue del todo malo. De vez en cuando, la miraba de reojo. Quería comprobar que estaba bien y pensé que lo estaba, que acerté al sintonizar un canal de radio en el que se escuchaba música de los noventa. Juraría que tarareaba algunas canciones y que se daba la vuelta para que no la viese sonreír.

Orgullosa. Como yo.

—No hay nadie y va a llover en cualquier momento —dijo cuando saqué las bolsas del coche —. Aritz, ¿estás escuchándome?

—Ponte el bikini y el neopreno —dije sacando los que había cogido prestados.

—¿Qué? Ni muerta.

—Si te lo pones en la playa se te llenará de arena y te costará más.

—¿Tú estás loco? Yo no me pongo el neopreno de otra.

Lo sabía y fui previsor. Vicky no era remilgada, pero los que no estaban acostumbrados al *surf*, tenían reparos en usar un neopreno usado. Y lo entendía, yo me meaba en el mío cuando estaba en el mar, pero era mío y me importaba una mierda.

—Están sin estrenar. Creo que tienes la talla seis. He cogido también la ocho por si no estás cómoda.

—¿Que has cogido los nuevos? ¿Tú estás mal de la cabeza?

—Sí, ¿te lo pones ya?

Puso los ojos en blanco. Me ganó un poco más si es que eso era posible. Me quitó de las manos la toalla y el neopreno, el de la talla seis.

Olió.

¿Podía ser más desconfiada? Lo dudo.

—Nuestra amistad es una mierda —farfulló pensando en alto.

Reí. Eso es lo que me hubiese contestado Eli con su vocabulario.

Sabía que Vicky no lo pensaba, porque de ser verdad, no estaría conmigo. Ella era tan tozuda como mi hija y habría hecho lo posible para quedarse en Razo.

No era su madre ni era ella, pero no podía evitar ver esos parecidos. Y tampoco podía evitar ser un hombre. Se dio la vuelta y miré con descaro cuando se envolvió con la toalla para ponerse el bikini. ¡Joder! Tenía ojos y Vicky... Vicky era perfecta. Tanto que, pedí a la nada que el extremo estuviese medio suelto. ¿Podía ser más simple? Yo, un hombre de treinta y dos años, sintiéndome como un puto adolescente.

Y me aceleré más cuando se quitó la toalla porque nunca la había visto con las dos partes del bikini. Al principio, imagino que fue por pudor, y después, por consejo médico. Dijo que durante los primeros meses no era bueno el sol para la cicatriz y, desde entonces, no se quitaba la camiseta.

—Mírame y te lo pones igual.

Odiaba ponerme el neopreno con el bañador y tenía que quitármelo para estar cómodo. En Razo me cambiaba en mi habitación, pero allí, tuve que ponerme una toalla en la cintura para que Vicky no se asustase.

—Yo no voy a quitarme el bikini —dijo cuando me quedé solo con la toalla.

—Me parece perfecto —mentí.

Dejé de mirarla y me concentré en ponerme el neopreno.

Vicky me sorprendió. Era complicado ponerse los nuevos y más para una persona que nunca se había puesto uno, pero ella lo deslizó con facilidad. Cuando terminó, cogí la bolsa en la que había metido las gafas de buceo para hacer *snorkel* y una bolsa con guarrerías. Si había algo decente, eran las dos napolitanas de chocolate que conseguí de la panadería cuando estaban cerrando. Era una locura verme comprando todo eso y hacerlo sin esfuerzo, sin tener a una niña suplicándome en el supermercado que metiese en la cesta sus bollos favoritos.

¿Cambió? Podría decir que sí.

Caminamos descalzos hasta la playa. Me hacía sonreír cada vez que daba algún salto para sortear las piedras. El camino no era complicado, lo escogí por ella, para que estuviese cómoda y no buscara ninguna excusa con la intención de marcharse. También miré la predicción de olas y no tendríamos sustos si todo iba bien.

—No puedo creerme que esté haciendo esto.

Saqué la toalla de la bolsa y la extendí. Mi idea era hacer un picnic antes de meternos en el agua. Como una cita improvisada.

—Siento lo de ayer —dije dando un bocado a la napolitana.

Tenía que hablarlo con sinceridad. Y fui sincero. Lo sentía de verdad. No debí llegar a tanto. No tenía excusas ni pensaba ponerlas. Pero no sentía haber hecho algo para impedir que Damon se saliese con la suya. Lo de la alarma fue una idea precipitada por falta de tiempo para encontrar algo mejor.

¿Qué podía hacer? Disculparme. Joderme. Y esperar a que me perdonase.

—Casi me matas. Me sentí muy mal, Aritz. No sabía si llamar a Carlos, al del seguro o al de las alarmas. Me llenaste de responsabilidades y no estaba preparada.

Di otro bocado a la napolitana para digerir la conversación. Me costaba saber por dónde llevarla o si era buena idea hablar del beso. Con Vicky perdía toda la seguridad y me convertía en un hombre débil. Tuve miedos que nunca pensé que tendría y era difícil lidiar con los sentimientos.

Sally fue la última mujer por la que sentí algo más allá del simple deseo que sienten dos personas cuando se atraen. Ella me volvió loco en aquel *Camp* y no quería que nos separásemos nunca. Los dos éramos demasiado jóvenes e inexpertos cuando se quedó embarazada por mi culpa. Tenía que haberme colocado el maldito condón, pero me puse demasiado cachondo y solo pensaba en estar dentro de ella cuanto antes. Y fui yo quien le pidió que no abortase porque la quería y quería lo que podíamos tener en común. Por eso, cuando la perdí, cerré cualquier posibilidad de tener algo más serio con ninguna.

Placer. Solo quería placer. Efímero y sin responsabilidad.

—No pensé en las consecuencias. Creía que... ¡Joder! No lo sé, pero lo siento.

Era patético con ciertas conversaciones porque no estaba acostumbrado a ellas. Estar al lado de una persona que me ponía nervioso no facilitaba las cosas. Las complicaba. A su lado me sentía como un crío y me comportaba como tal.

—Perdonado. No vuelvas a hacerlo.

Ni siquiera me miró cuando lo dijo. Me jodió la frase porque no sabía si se refería a lo de la alarma o al beso. Vicky era un rompecabezas y la mayoría de las piezas estaban tan escondidas que no lograba encontrarlas.

No hablamos mucho más y nos centramos en Eli. Le conté que regresaba ese viernes y se alegró. Echaba de menos a mi hija y estaba seguro de que Eli también deseaba verla porque en todas las conversaciones salía su nombre.

En todas.

Una de las cosas que más me preguntaba era que si Vicky seguía durmiendo con su reno. Siempre le decía que sí porque con otra respuesta se hubiese echado a llorar. La realidad es que no lo sabía ni le pregunté para salir de dudas. Me conformaba con que lo tuviese. Era de mi hija y a la vez mío. Fui yo quien se lo regaló a Eli y no me molestaba que se hubiese desprendido de ese peluche porque lo importante eran las intenciones.

Eli adoraba a Vicky.

Y yo sentía algo más.



—¡Venga!

—No puedo.

Estaba preparada en la orilla, pero no daba ningún paso más para meterse dentro. Sujetaba las gafas de buceo y miraba a todos lados sin encontrar una vía de escape. Quería escapar. Buscaba algo, pero por el tiempo, no había nadie en la playa. Se daba la vuelta para mirar la marisma y, después, fijaba su vista al mar.

—Vicky —me acerqué a ella para que se sintiese segura—. Sabes nadar, no hay olas y yo estaré contigo. No pasará nada.

—Hace mucho.

—¿De qué?

—Era muy pequeña cuando mis padres me llevaban a la piscina.

—Dijiste que ibas con tu abuela a la playa.

—Pero no me metía. Solo hasta las rodillas. A ella le daba miedo y a mí también.

La abracé. Estaba temblando. Era un miedo real que no dijo hasta que se vio allí. Vicky tenía muchos misterios, pero había descubierto el motivo de por qué nunca se metía en el mar. Solo paseaba por la orilla para mojarse los pies.

—Solo hasta la cintura. Te prometo que no te pasará nada.

—No sé si estoy preparada para el mundo.

—Lo estás —respondí cogiendo su cara para que me mirase—. Es el mundo el que no está preparado para ti.

Reprimí las ganas de besarla. No era el momento. Cogí su mano y caminé con ella, paso a paso, rogando que las cuatro gotas que estaban cayendo se quedasen solo en eso, en cuatro.

—¡Mierda! ¡Maldito seas, Aritz! ¡Está helada!

Sonreí. No estaba tan fría, pero era océano, caliente no iba a estar. Por algo usábamos el neopreno.

—Si te meas encima se calienta el traje.

—¡Serás cerdo!

Se zafó de mí y me dio un manotazo demasiado flojo. Estaba acostumbrado a los que pegaban Anne y Kat, y ellas, tenían una fuerza real. Lo de Vicky fue casi una caricia, pero me froté el brazo para que creyese que tenía un poder sobrenatural para partir huesos.

—Vale, pues no lo hagas.

Paramos cuando el agua nos cubría la cintura. Entornó los ojos y miró hacia abajo.

—Júrame que no estás haciéndote pis.

Reímos. Volvió esa complicidad que hubo entre nosotros y fui feliz.

—Te lo juro.

—¡Dios! Está lloviendo —dijo mirando al cielo—. ¿No se te ocurría un plan mejor que este? —preguntó entre risas.

—Va a parar.

¡Joder! Tenía que seguir mintiendo para tranquilizarla, pero estaba claro que esas cuatro gotas se convertirían en una tormenta y había que marcharse.

Resistí, necesitaba estar más tiempo cerca de ella y quería quitarle el nuevo miedo que había descubierto sin esperarlo. Era una oportunidad para demostrar que yo también podría hacer cosas importantes y útiles.

—Aquí no pasará nada. Te sujetaré.

Ella cerró los ojos y aproveché para coger su cintura. Levanto la cabeza y, en otro momento, hubiese besado su latido. Lo miré fijamente y me imaginé su pulso, suave y delicado.

—ESTÁ - LLOVIENDO - MUCHO.

Puso énfasis en cada palabra. Bajó la cabeza y abrió los ojos a escasos centímetros de mí. La miré y estaba preciosa.

Piensa. Siente. Dilo.

—De besarte no me arrepiento.

Entreabrió la boca y cerró los ojos otra vez. No sabía si arrepentirme, pero tenía que decírselo porque ya no podía más. No me iba a ir de allí dejando las cosas a medias.

La miré y dudé en si acortar esos centímetros que nos separaban.

—Yo tampoco.

«*No pienses, hazlo*».

La besé. Pegué su boca contra la mía y ella abrió los ojos. Me acerqué más y odié al neopreno por no dejarme sentir su piel. ¡Joder! ¡Qué bien besaba!

Pero llovía demasiado para quedarnos ahí.

Teníamos que marcharnos.

45. *Las alas de tu corazón*

VICKY

Nunca en mi vida había corrido tanto. Corrí como si alguien viniese matarme. Lo hice sobre un camino dudoso, lleno de piedrecitas que se clavaban en los pies cuando daba zancadas para evitarlas. Picaba, pero era peor seguir aguantando la lluvia que, en cuestión de segundos, cogió tanta fuerza que creí que no llegaría al coche. Pero llegué y tuve el valor suficiente de quitarme el neopreno para no empaparle el asiento. Miré por el retrovisor cómo Aritz se quitaba el suyo, olvidando que no tenía nada debajo. Me ruboricé mucho. Estaba borroso y lo vi. Vi su cuerpo desnudo, algo nuevo que no tenía nada que ver con un pasado. No importaron todas esas veces que le había visto por el *Camp* solo con el bañador. Sentí pudor y, al mismo tiempo, estaba excitada por lo que acababa de suceder dentro de agua.

Nos besamos.

Creí que no pasaría y pasó. Intenté buscar mil excusas para no sentir lo que estaba sintiendo y elegí dejarme llevar. Quería probar. Explorar un camino diferente.

Aritz se metió en el coche con el bañador mojado, ese que unos segundos atrás había estado seco, pero se caló en el trayecto de los dos metros que le separaban hasta la puerta.

—Toma —dijo después de estirarse al asiento trasero—. Está seca.

Cogí la manta que me entregó y me tapé. Él hizo lo mismo con una toalla.

—Gracias.

Temblé de frío y de ganas. No sabía qué iba a pasar allí. Nos mirábamos en silencio, esperando a que alguno de los dos comenzase una conversación coherente.

—¿Estás bien?

Afirmé con la cabeza. Estaba muda, sin voz. Mirándole. Observando sus párpados y sus cejas pobladas. Me detuve en sus ojos, más abiertos que de costumbre. Seguían cansados por la noche turbulenta, pero ya no había ningún resto de tristeza. Vi su pelo rizado, que caía perfectamente sobre la frente a pesar de estar chorreando. Pensé en el mío y me quité la goma porque la coleta daba vergüenza ajena. La vi durante un segundo en el espejo retrovisor, antes de apartar la vista para no ver de fondo el cuerpo de Aritz.

Escuché su respiración ahogada y miré su pecho queriendo tocarlo. Lo hice.

—Vicky...

Mi nombre sonaba a súplica.

Me acerqué para perderme en sus besos que sabían a sal. Aritz besaba de una forma que me calentaba el alma y me apretaba el corazón. Lo estrujaba y hacía que bombease con más fuerza, como si estuviese llenándolo.

Al separarme, cerré los ojos porque fui consciente de las muchas diferencias con lo que había vivido con otros chicos, incluido Damon.

Siempre esperaba. Sabía que serían ellos quienes se acercarían para tener el contacto. Me

quedaba quieta durante esos segundos cruciales, asegurándome de que no era yo quien quería.

Quería, pero no.

Con Aritz, no pude evitarlo. Lo hice, me acerqué, busqué sus besos dentro del coche porque los necesitaba. Dejé de pensar en cuándo fue el momento en el que él empezó a sentir cosas por mí. ¿Para qué? También me gustaba y no sabría decir en qué instante cambió todo.

Compartíamos demasiados puntos en común y me asusté. Éramos parecidos sin pretenderlo. Hice hincapié en todas nuestras diferencias para no reconocer lo que nos unía.

—Para —dijo cuando mi mano bajó hasta su entrepierna.

Lo miré y me sentí rechazada. Dolía mucho. Estaba tomando la iniciativa y no salió como esperaba.

—Vale. Lo siento. Ha sido mala idea —respondí colocándome en mi asiento. Me abroché el cinturón y dejé de mirarle—. Podemos volver al *Camp*.

Él lo desabrochó y se acercó a mí. No me besó, pero apoyó su frente contra la mía y suspiró. Fue un suspiro profundo, intenso y agonizante.

—Estás volviéndome loco —susurró—. Pero contigo no lo haré en un puto coche.

Alcé la mirada y me encontré con la suya. Sonreía. Me hizo sonreír también.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

Me rompí por dentro y evité hacerlo por fuera. Fue difícil y bonito a la vez escuchar que le importaba a una persona. Ignoraba de qué forma podría importarle, pero esas palabras bastaban para llenar los huecos que me dejaron algunas grietas.

Sentí dolor.

Con el tiempo me acostumbré a vivir con las grietas y podía salir adelante. Aritz había llenado algunas y tuve que empezar a caminar sin ellas. Importarle a alguien fue el primer paso, pero quedaban muchos más. El camino era largo.

∞ ∞ ∞

—¿Dónde estamos?

Habíamos llegado a Carballo sin incidencias. Apenas pasaron cinco minutos desde que la lluvia cesó y nos dio una pequeña tregua.

Me limité a mirar por el cristal mientras Aritz conducía. No quería distraerle, iba muy concentrado en la carretera y conducía mucho más lento por culpa del temporal. Hubo un tramo en el que las cosas se complicaron y lo noté incómodo, sujetando el volante hasta que sus dedos se quedaron blancos de tanto apretar. La lluvia golpeaba con tanta fuerza que apenas se veían siluetas. Todo perdió nitidez, pero se detuvo a un lado de la carretera donde no corríamos peligro y me relajé. Él también, sus músculos se destentaron y me miró de reojo. Sonreímos a la vez y me hizo sentir un cosquilleo.

Creí que me llevaría de vuelta al *Camp* y me sorprendí cuando aparcó el coche al lado de un edificio. No sabía lo que era y no pregunté porque confiaba. Sentí que podía confiar en él.

Salí del coche envuelta por la manta. Me calcé las chanclas que estaban en el asiento trasero y Aritz se encargó de coger la bolsa y nuestra ropa. La puerta de la entrada de donde estábamos tenía el cerrojo estropeado y parecía oxidado. Pensé en lo poco seguro que era aquel edificio en el que podía colarse cualquier persona que buscara refugio, pero lo seguí a través de un pasillo

que gritaba tosquedad y rogaba una capa de pintura en sus paredes, en las interiores.

Abrió la puerta de uno de los pisos y, cuando vi el mueble de la entrada, no me quedó ninguna duda de que estaba en su casa. Tenía ese toque característico que había visto en el taller. Era un mueble precioso. No había jarrones ni figuras, sino un peluche que sería propiedad de Eli. Me encantaba esa decoración, la improvisada.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó abriendo la puerta de su cocina.

—¿Agua?

Entramos dentro y señaló uno de los taburetes que había frente a la pared para que me sentase. Observé cómo abría la puerta de un armario y sacaba un vaso que fue llenándolo bajo el grifo. Él parecía ignorar que solo tenía la toalla anudada en la cintura, pero yo no, yo me fijaba en cada centímetro de su cuerpo descaradamente. No sé qué me pasaba con Aritz. Era todo tan extraño que no me reconocía.

—Toma —dijo ofreciéndomelo—. Si tienes hambre, puedes sacar lo que quieras del frigorífico y de ese armario —señaló el que tenía a sus espaldas—. Dame un minuto.

Se marchó dejándome sola. Llenó mi cabeza de dudas y de pensar qué estaba haciendo. Odiaba que me dejasen tiempo para pensar. Esos minutos en los que te puedes arrepentir de todo. Son los segundos cruciales en los que cambias de opinión y lo que te parece que está bien, te resulta la peor idea del mundo. Yo estaba en ese límite hasta que escuché el chorro del agua a lo lejos. Solo quería ducharse.

Fue una ducha rápida que nada tenía que ver con las mías. Me gustaba quedarme bajo el agua mucho tiempo y dejaba mi cabeza en blanco. Momentos en los que podía no ser nadie y eso también estaba bien.

Salió con un bañador limpio y el olor a recién duchado, uno de los mejores del mundo. Me ofreció la toalla y ropa que no era la mía.

—Ven —lo seguí hasta una puerta y se apartó—, coge lo que necesites. En el armario hay un secador.

Sonreí para darle las gracias. No sabía ni qué decir y prefería estar callada antes de que la voz me traicionase con alguna estupidez por culpa de las dudas que surgieron en mi momento de breve soledad.

Entré con la intención de ducharme tan rápido como él, salvando la diferencia de que yo tendría que lavarme el pelo. Me metí y nublé la mente mientras el agua caía sobre mi cuerpo. Hasta que me vi frente a su espejo, con el secador en la mano, dispuesta a dejar el pelo lo más decente posible.

Me miré.

Observé mi reflejo en silencio, con el ruido del secador. Esa era yo y veía muchas diferencias. Poco quedaba de la chica que pisó Razo en busca de certezas y motivos para pensar que había algo esperándome en Madrid. Todavía no lo había encontrado, pero no podía ignorar los cambios desde entonces. Como tampoco podía ignorar lo que había pasado esa misma semana con Damon. Él me hizo ver que las apariencias podían engañar.

Damon y yo nos despedimos. No con el polvo como habíamos previsto la noche anterior. Fue un simple abrazo con el que nos pedimos perdón mutuamente. Asumía mis culpas y él asumía las suyas. Él tenía razón en que existía una conexión entre nosotros, pero no iba más allá de la simple física. Por su parte, esa física estaba aderezada de recuerdos. Damon quería subsanar sus errores del pasado, los que creía haber cometido. Se sentía culpable del accidente en el que perdió a la persona que amaba. Se me encogió el corazón cuando me explicó que el motivo de

dedicarse a su segundo empleo no era otro que hacer sentir bien a las mujeres dándoles lo que buscaban. Decía que las que le contrataban, era por un motivo concreto —seguía sin querer saber eso del tipo de servicios que prestaba porque peligraba mi amistad con Nieves— y que él estaba dispuesto.

Era consciente de que no encontraría nadie como su mujer. Hasta que llegué yo y me comparó con ella. Error. Todos somos únicos. Ni siquiera los gemelos idénticos son iguales.

Pero la vida va de perdonar, de reconocer errores y asumirlos, de aceptar y quererte. Quería olvidar lo que no fue tan bueno en nuestra historia. Damon me dio momentos inolvidables y merecía ser recordado como el hombre que me ayudó en una etapa complicada de mi vida.

No hubo polvo ni beso, fue una perfecta despedida con un abrazo que sentía de verdad.



—¡Aritz! —grité al encontrarle frente a la puerta del baño.

No me dio tiempo a decir nada más. El corazón me había explotado del susto y antes de que me diese el infarto, vino él y lo sujetó.

Me besó y ahogué un gemido. Pensé en que en cualquier momento se me caería la ropa que me prestó porque era suya y me quedaba grande. Pero ¿y qué? No importaba.

No recuerdo si fueron minutos o una eternidad. El tiempo se bloqueó y solo deseaba no despegarme de su boca. Me cogió en brazos y caminó por el pasillo, llevándome dos puertas a su izquierda, hasta su habitación. Diría que era preciosa, pero en ese instante ni me fijé en la decoración que tenía o en si estaba ordenada. Le miraba a él, solo a él. Incluso cuando me tumbó sobre la cama no pude dejar de mirarle porque era como un sueño. Tuve miedo de que, al cerrar los ojos, me despertase en otro lugar. Es lo que sucede con los instantes inolvidables, que debes pellizcarte para saber que son de verdad. Reales.

—No puedo darte sentimientos —dije sin querer.

Fue el subconsciente el que habló por mí. No estaba pensando en nada concreto, pero en ese instante, salió disparado y no podía arrepentirme porque era verdad.

—Vale. Yo voy a dártelo todo.

¿Sabes de ese momento en el que nada te importa y asumes las consecuencias porque prefieres que te pase un tractor por encima antes que vivir con las dudas?

Quería tener ese todo, aunque me convirtiese en una egoísta por no darle lo mismo. Nunca había tenido todo y me preguntaba cómo sería tenerlo. Sentir que mis manos estaban llenas e ir recogiendo los sentimientos del suelo porque no me cabían en ellas.

Quería todo porque tenerlo todo no es malo si sabes valorarlo. Lo iba a hacer. Pensaba hacerlo, disfrutarlo y vivirlo al máximo. Por eso, me reincorporé para arrodillarme en la cama. Quería estar a su altura y besarlo.

Colocó la mano en la cicatriz y tensé los músculos por el contacto.

—¿Te duele? —negué con la cabeza porque no era dolor lo que estaba sintiendo. Fue un cosquilleo—. Lo haremos muy despacio.

«Muy despacio».

Lo dijo con la voz rasgada y me rasgó a mí por dentro. Dejó que le diese vueltas a esas dos palabras cuando me tumbó de lado y apartó la camiseta para besarme la cicatriz. Despacio. Como si le perteneciese, porque así lo había decidido él. Como si la echase de menos y la tenía delante.

Mi ropa y la suya sobraban. Nos la quitamos mutuamente. Despacio también. Quería conocer su cuerpo y que él conociese el mío, que sus manos llenas de durezas recorriesen lo que quisieran o necesitasen. Quería ese todo, el que iba a darme.

—¡Joder! —gritó mirando el envoltorio del condón que había sacado—. Dos meses.

—¿Qué?

Estaba allí, tumbada, esperando aquel momento en el que nuestros cuerpos tendrían que fusionarse. No sabía cuánto iba a aguantar porque estaba demasiado excitada y él me provocaba un placer excesivo, pero después de escuchar esos «dos meses», me quedé bloqueada como la tarjeta del móvil cuando te equivocas con el *pin*.

—Que se caducaron hace dos meses. —Reí. Reí mucho. No podía creer que estuviese pasando. Y me reí de él. Estaba muy divertido con el gesto de frustración enmarcando su cara. Pasé de la excitación a la sorpresa y después a la risa en cuestión de segundos—. Lo siento. ¡Joder! Los nuevos están en el *Camp*. Aquí no...

—¡Eh! —le corté—. Te he dicho que no quiero saber nada de tus intimidades con otras.

Reímos juntos y me reincorporé.

—¿Dónde vas?

—A solucionarlo —respondí guiñándole el ojo.

Caminé hasta el salón donde estaba mi mochila y saqué los dos preservativos que tenía para las emergencias. No sé, era feminista con eso y con la mayoría de las cosas. Si a mí me apetecía tener sexo esporádico, ¿por qué no iba a llevar la protección? Tenía que cuidarme.

—Tienes un año —dije enseñándole los dos paquetes—. Cuenta lo despacio que vas.

Se acercó a mí para besarme de nuevo y me los arrebató de las manos.

Fue lo único que hizo rápido. Después, volvió ese «despacio» prometido. Todo iba a cámara lenta y lo sentí. Poco a poco. A él. Noté cómo me llenaba, completándose, cubriendo vacíos que ni sabía que existían. Tratándose como nunca nadie me había tratado, como si formase parte de algo. No sabía de qué, fue un nuevo enigma que tenía que descubrir, pero era bonito.

Significaba que mi vida podía ser más de lo que pensaba.



—¿Qué haces?

Estábamos en silencio. Nos mirábamos y nos abrazamos, como si esperásemos que nos arrebataran lo que estábamos teniendo en ese momento. El de la tranquilidad después de haber compartido un momento íntimo perfecto.

Él se quitó el condón y se marchó a la cocina para traer un par de zumos y unas manzanas. Casi le doy las gracias por no traer botes de espárragos. Con Aritz era posible salir de su casa con una dieta planificada para todo el mes. No fue el caso.

—Dibujo las olas de tu corazón.

Fruncí el ceño. Estaba haciendo formas en el centro de mi pecho y eso de «las olas de tu corazón» me pilló con la guardia baja.

—¿Las olas?

—Piénsalo. Son iguales. Los latidos tienen fuerza, se calman, van y vienen.

Hasta lo más absurdo podía tener sentido y me pareció precioso lo que estaba haciendo. Nadie lo había hecho nunca y me sentí más especial. Acababa de descubrir que mi corazón tenía

olas y Aritz sabía dónde estaban.

—No estoy hueco.

—¿Qué?

—Que no estoy hueco. Os escuché a Nieves y a ti sin querer.

—¿Qué? ¡Aritz! —Me levanté de la cama porque una de las cosas que menos me gustaban, era que me espíasen teniendo conversaciones privadas—. ¡Eso no está bien!

—¡Joder! Ven, por favor —Señaló el vacío que había dejado en el lado izquierdo de la cama para que me tumbase de nuevo. Dudé unos segundos en los que me di cuenta que quería ser sincero y darme explicaciones. Todos merecen esa oportunidad y él no iba a ser menos—. Estaba bebiendo una cerveza fuera y teníais la ventana abierta. Se escuchaba todo.

Pensé. Pensé en la conversación casi olvidada.

—¿Tú...?

—Estabais hiriendo mi orgullo y yo solo quería demostrarte que no era lo que viste. Lo de Julia fue...

—¡Alto! ¿Estás diciéndome que te acostaste con Nieves para demostrarme que sabías follar? Pero ¿tú te oyes?

—¡Sí, joder! Fue lo más estúpido que hice en mi vida y me arrepiento. Pero después... ella dijo que estaba hueco y no podía quitármelo de la cabeza.

Quería odiarle porque había usado a Nieves, pero por otra parte, pensé en las ganas que tenía ella de acostarse con él. Siendo justa, se habían utilizado mutuamente. Fue una relación sexual consentida por ambos. ¿Qué podía decir yo? Poco o nada, pero sentí pena por Aritz. Estaba viendo lo vulnerable e inseguro que era y lo ocultaba bajo esa fachada de hombre distante.

—Yo no pienso que estés hueco.

No pude juzgarle.

Porque yo tampoco era perfecta.

46. *La madre de Eli*

ARITZ

Tení a que decírselo porque me importaba. Sería gilipollas si empezase lo nuestro teniendo secretos. Tampoco sabía si ella quería empezar algo o no, pero iba a intentarlo. Estaba seguro de lo que sentía por Vicky y tirar la toalla no era una opción. A pesar de las caras que puso y de ese segundo en el que dudé de si se marcharía, mereció la pena.

Que ella pensase que no estaba hueco me quitó un peso de encima. Era lo único que estaba jodiéndome. Dañándome por dentro.

—¿De verdad que no te recuerdo a la madre de Eli?

Otra vez. Creía que quedó claro en su momento.

—Te juro que no —la abracé contra mí y la besé por si le quedaba alguna duda—. No tienes ningún parecido. Nada. ¿Por qué preguntas eso?

Suspiró, dudó y se pensó muy bien si contármelo o dejarlo en secreto. Parecía tan malo que necesitaba saberlo, pero no quería presionarla.

—Damon dijo que le recordaba a su mujer y también había muerto.

No era tan catastrófico como pensaba —lo mío, no lo de Damon. Lo de Damon me hizo sentir mal porque nadie merecía vivir una situación tan cruel como esa—, pero me sorprendí porque solo había hablado con Eli y estoy seguro de que se le escaparía a ella. Vicky estaba demostrando que no preguntó a nadie por mí y por mi vida privada, y eso, podría ser tan bueno como malo. Bueno porque esperaba tener sus propias conclusiones y malo porque podía significar que no le interesaba.

—No está muerta.

—¿Qué?

Los «¿Qué?» de Vicky comenzaron a ser habituales.

—Tuve que decir eso. Su madre se marchó a Australia y nos dejó solos.

—¡No puedes dejar que piense que no tiene madre! ¡Eres un egoísta!

Me alteré un poco por dentro e intenté controlarlo para no exteriorizar mi enfado. Acabábamos de tener algo increíble. Yo lo viví así. Hacía demasiado tiempo que no hacía el amor con ninguna mujer. Pasó, y por mí, lo repetiría a diario. ¿Por qué teníamos que discutir en ese momento?

—Jamás dejaré que mi hija piense que no es querida.

—¿Cómo?

Estaba claro que tenía que explicárselo. Ella desconocía mi pasado. No sabía lo que sucedió con Sally ni lo que vino después.

—Era un imbécil y tenía las hormonas revueltas, pero me enamoré de Sally cuando vino al *Camp*. ¡Joder! Un puto descuido, Vicky. Fue un descuido. Se quedó embarazada, ella quería abortar y yo estaba dispuesto a pasar mi vida a su lado. La quería de verdad. Sally continuó con

el embarazo aquí, pero tres meses después de nacer Eli, se marchó a Sidney sin darme ninguna explicación. Elvis me ha dicho que se casó hace dos años con un organizador de eventos de allí. Intenté contactar con ella y me bloqueó. Todos piensan que fue culpa mía, que la obligué a seguir con el embarazo cuando no estaba preparada para ser madre. Juro que no fue así.

Estaba tan callada que daba miedo. Quizás me pasé. Nunca había dicho tanto a una persona. Yo era de actuar para demostrar y hablar se me hizo raro. Me gustaba sentirme escuchado, pero como se parecía tanto a mi hija, pensé que me cortaría en algún momento. Justo ahí fue cuando me di cuenta de que por mucho que se pareciesen, existían diferencias visibles. Ella era una mujer y mi hija una cría.

—¿Por eso solo te llevas bien con Jake y Kat?

—Me llevo bien con todos, pero ellos no me juzgaron y me siento más cómodo a la hora de hablar de mí. Te juro que quiero decírselo a Eli, pero tengo que esperar hasta que sepa razonar con esas cosas. Ella es demasiado buena. No sería justo que creciese pensando algo que no es.

Se recostó sobre mí. Recuperé las pulsaciones que se habían descontrolado por el miedo a que Vicky no entendiese mi postura.

—Ahora entiendo muchas cosas y el por qué respiras como si estuvieses ahogándote.

—¿Cómo? —pregunté girándome bruscamente para mirarla.

—Me gusta escuchar las respiraciones. Todas son diferentes y tienen motivos para ser de una forma. Hasta la tuya. Respiras como si te faltase el aire y es normal, pero tú no tienes la culpa de nada. Si Eli es una niña maravillosa es porque lo has hecho bien.

—Tus padres también lo hicieron bien —dije esperando hacerla sentir mejor y me equivoqué.

Tensó todos los músculos. Se sintió incómoda cuando terminé la frase y era evidente que algo fallaba, pero me callé. Estaba esperando que quisiera decírmelo sin sentirse obligada. No quería tirar de una cuerda tan frágil que podía romperse con tocarla.

Yo no era así. No forzaba ciertas cosas que sí hacía la mayoría. No era un cotilla ni una persona con ganas de descubrir secretos de otros. Tirar y tirar para sonsacar información al resto cuando la confianza tiene un límite y puede perderse si te excedes. No quería que sucediese eso con Vicky, estaba dispuesto a esperar lo necesario para que ella se encontrase cómoda hablando conmigo sobre temas personales.

—Mi padre se marchó con otra mujer dejándonos deudas y mi madre se suicidó años después. —La estreché fuerte contra mí porque le temblaba la voz y porque estaba doliéndome lo que escuchaba. Pensé que iba a bloquearme, pero hice esfuerzos para que ella se sintiese escuchada—. Escribió una carta diciendo que no podía vivir sin él y me quedé sola con la abuela.

Se derrumbó entre mis brazos. Se hizo añicos al terminar. Lloró como nunca había visto llorar a nadie y yo intenté no hacerlo. Quería ser fuerte para Vicky, que encontrase en mí un apoyo con el que desahogarse. Entendí que ella también tenía demasiadas cosas dentro y que las suyas estaban enraizadas.

—Vicky... No tienes la culpa de lo que pasó.

—¡No fui suficiente! —gritó y tuve que apretarla más—. ¡No fui suficiente!

Quería decirle mil cosas y no encontré las palabras porque yo no era un tío que tuviese frases gloriosas. Tampoco era psicólogo ni había conocido a una chica como ella, tan pura y llena de vida, tan marcada y con tantas heridas.

Pero odié.

Odié a su padre porque era un desgraciado.

Odié a su madre porque se cegó por un hombre que no merecía la pena.
Y odié a Mari, por dejarla sola cuando más la necesitaba.

47. *No podía darle lo mismo*

VICKY

Estaba rara y feliz. Hablar con Aritz fue como despojarme de todos mis miedos. Contarle lo que sucedió con mi madre era algo que no creí posible. Solo lo sabían mi tía y Nieves.

Había conocido a muchas personas a lo largo de mi vida y siempre tuve claro que estaban de paso. Contarles mis traumas no entraba en mis planes, y al hablar con Aritz, entendí el motivo de por qué era tan difícil expresar un proceso traumático.

Las personas vivimos situaciones buenas y malas. Nadie vive en felicidad más absoluta, aunque algunos la rocen. Otros —y me incluyo—, tenemos que afrontar situaciones con las que la palabra «malas» se queda corta. Somos los elegidos, los que llegaron tarde a la cola y tuvieron que coger la papeleta que no quería nadie. En ella ponía «DESGRACIAS» y pensamos que no sería tan malo, aunque estuviese escrito con mayúsculas.

¿Cómo hablar de esas desgracias con gente que no sabe lo que son? No todos las viven, y sin vivirlo, es difícil ponerte en la piel de esa persona. Un «lo entiendo» queda falso. No quería que nadie me dijese eso cuando sabía que nunca me entenderían.

Aritz también cogió esa papeleta y me sentí cómoda. Tocó el botón mágico al contarme su desgracia personal. Podía confiar. Se puede confiar en una persona que se abre en canal de esa forma. Descubrió lo que se siente cuando te dejan de lado o que tus explicaciones nunca sean suficientes para el resto. O que ni siquiera intenten escuchar tu versión. ¿Sabes? Eso es lo peor. Todo el mundo tiene una versión que merece ser escuchada. Nos escuchamos mutuamente. Con él, podía ser yo. Eso no sucedió con Damon porque, aunque él también cargase con dramas personales, sentí que fallaba algo entre nosotros y no pude abrirme del todo. Me hizo sentir cómoda, había atracción y podía compartir muchas cosas. Quiso ayudarme, tiró de mí cuando me bloqueaba, pero hasta entonces, no era consciente de que tenía que desbloquearme sola.

Y lo estaba haciendo.

∞∞∞

—Cariño...

Me derretía cada vez que me llamaba «cariño». Yo no podía darle lo mismo, pero parecía conformarse con eso y lo que teníamos funcionaba.

—¿Qué pasa ahora?

Estábamos juntos en la playa, vigilando a los cuatro alumnos que decidieron meterse en el mar por la tarde. Las olas no eran muy grandes y Aritz no estaba en modo vigilancia compulsiva. Se relajó porque era jueves y tenían cierta soltura. Por eso, aproveché para apoyar mi espalda

contra su pecho y dejé que me hiciese cosquillas en el cuello.

A esas alturas, todos sabían que teníamos algo, pero me daba igual. Nadie preguntó, ni siquiera mi tía. Por Aritz descubrí que Kat y Anne estaban encantadas, Jake un poco celoso por no ser él y, el resto, prefería no opinar porque no sabían si lo nuestro sería algo serio o temporal.

—No nos escucharán. Lo haré despacio.

Me sonrojé, como hacía cada vez que mencionaba la palabra «despacio». No me entraba en la cabeza que aquel hombre se tratase del mismo que se follaba a las alumnas los sábados por la noche en cualquier lugar.

¿Dónde demonios estaba escondido ese Aritz?

Y aunque me gustase cómo era conmigo, también me preocupaba el no saber pararlo cuando tuviese que hacerlo.

—Pero sabrán lo que estamos haciendo y no quiero.

Bufó y me mordió el cuello. Le propiné un codazo con el que se quejó.

—Te haría el amor varias veces al día.

Me revolví porque era capaz de excitarme en segundos, y él estaba trabajando. No podía caer en su trampa, que era tentadora. Con Aritz siempre quería ese más, pero prefería aprovechar cuando librábamos los dos para escaparnos a Carballo y hacerlo en su casa. Allí podíamos dejarnos llevar tranquilamente, algo que se complicaría porque solo nos quedaba un día de verdadera intimidad. Eli regresaba y las cosas iban a cambiar entre nosotros, aunque se negase a verlo.

—Luego vamos a tu casa. Podemos dormir allí. Si quieres.

Juraría que estaba notando la erección de Aritz en mi espalda. No me importaba, pero pensé en que, si surgía una urgencia y tenía que levantarse, todo el mundo vería su tienda de campaña.

Y me sonrojé al pensarlo.

Con Aritz estaba recuperando cosas que perdí en la juventud.

Cosas que nunca tuve.

48. Autocontrol

ARITZ

No tenía problemas para madrugar, pero aquel viernes, me jodió excesivamente levantarme antes de tiempo. Estaba muy bien con Vicky. Disfrutaba con ella hasta en los sueños. Solía despertarme varias veces durante la noche y a su lado pude dormir del tirón. Me relajaba mucho cuando apoyaba su cabeza en mi pecho. Aprovechaba para darle un masaje en la cabeza porque me encantaba descubrir el momento exacto en el que se quedaba completamente dormida. Justo ahí, me dormía yo.

Hicimos el amor un par de veces antes de cerrar los ojos y madrugamos para volver al *Camp* en el desayuno. Estaba bien. Todo parecía mejorar a mi alrededor y ese día vendría mi hija para poner el broche.

Había hablado el día anterior con ella y tenía las mismas ganas de verme. ¿Qué más podía pedir? Nada. Además, por lo que me contó mi madre, estaban cerca, en A Coruña. Dijeron que la traerían justo después de que terminase mis clases de por la mañana.

—¿Dónde estáis?

Llamé a mi madre porque era casi la hora de comer y no aparecían por ningún lado. Intenté llamar a Eli, pero su número estaba apagado o fuera de cobertura y me preocupé.

—Cielo... —Me alarmé por cómo sonaba su voz. Sabía que pasaba algo. Pensé en todas las posibilidades y solo se me ocurrían las peores—. Estamos en el aeropuerto. Nos vamos los tres a Bilbao.

—¡Ni hablar! ¡Joder, mamá! ¿Qué coño dices? Ponme con Eli.

—Será lo mejor para los dos. Tú puedes volver a Bilbao cuando termines.

—¡Ponme a Eli! —grité más fuerte.

Estaba solo, pero grité tan fuerte que las personas que estaban a unos metros me escucharon y se giraron para ver qué pasaba. Vicky y Jake vinieron corriendo, pero estaba tan alterado que les aparté. No podía hablar con ellos en ese estado porque se llevarían una ración de mi mal humor: el que se me ponía cuando algo iba mal o me provocaban.

—¿Papá? —preguntó con una vocecita—. Van a meter a Nube en una jaula y yo no quiero irme.

—Mi vida. No te vas a ir a ninguna parte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pásame a tu abuela.

Ella estaba bien excepto por la preocupación que noté en el tono de su voz. Algo lógico y normal para una niña de siete años que no sabe lo que está viviendo a pesar de encontrarse con sus abuelos.

—¿Sí?

—Tenéis una puta hora para traerme a Eli y a Nube. Una hora o voy a la policía para

denunciaros por secuestro.

—¡Aritz! ¿Por qué dices eso? ¡No serás capaz!

—Lo soy y lo sabéis. Una hora.

Colgamos el teléfono sin despedirnos y caminé hasta una de las vallas de madera que había en el *Camp* para pegarle una patada. Necesitaba descargar toda la rabia que tenía acumulada sin matar a nadie. Sabía que me tocaría repararla, pero eso era mejor que partirles la cara a mis propios padres cuando viniesen con Eli y Nube.

Porque iban a venir, lo tenía claro. Mi padre no correría el riesgo de que se extendiese el rumor de que su hijo le había denunciado por el secuestro de su nieta. No. Mi padre era demasiado orgulloso. Más que yo. Intentaba salirse con la suya sin mancharse las manos porque lo primero siempre fue él mismo y su reputación. Su podrida reputación. Ni siquiera le importaba su mujer. Había sido tan cobarde dejándola toda la responsabilidad que ni se había puesto al teléfono para enfrentarse conmigo.

Hablé con Vicky y le expliqué lo que sucedía. Ella se preocupó, pero me dejó el espacio que necesitaba cuando se lo pedí. Me alejé de todos un rato porque necesitaba estar solo. Nadie iba entenderme y la sombra de los reproches siempre permanecía en el aire.

Sabía que, a pesar de querer a Eli, la mayoría opinaba que estaría mejor en Bilbao. Me tachaban de gilipollas por tener estudios y no aprovecharlos. Muchos se excusaban en que venían de familias más pobres y que hubiesen dado todo por tener a un padre con una empresa dispuesto a ponerla en sus manos.

No quería la puta empresa de mi padre, quería que me respetase y ya está. Miento. También que dejase de pensar que le debía algo porque no le debía nada.

Para la mayoría de las personas, el dinero era sinónimo de felicidad. Nadie entiende que no es la cantidad de dinero que tengas, sino de cómo gestionas tu vida. Yo no tuve gran cosa de niño, pero fui feliz estando en mi barrio de siempre, con mis amigos y subido a una vieja bicicleta. No necesitaba más que esos momentos en los que me dedicaba a ser lo que era.

Un niño.

¿De qué sirve el dinero si no tienes tiempo para ti? ¿De qué sirve cuando te quedas solo? Vivía bien con lo que ganaba, que me bastaba para pagar el piso, el alquiler del taller y darle a Eli todo lo que necesitaba. ¿Para qué más? No quería un puto móvil de última generación ni el mejor coche del mercado. No iba a ser más feliz por tener más cosas. ¿A quién iba a engañar? Mi coche de segunda mano tenía la misma utilidad que otros. Me servía y bastaba para vivir.

¿Nos hace felices ser consumistas?

Consumimos para llenar vacíos que nunca llenará el dinero. Ese vacío empieza a desaparecer cuando eres consciente de que ser feliz, no depende de tu cartera. Depende de ti. Mi alrededor no terminaba de entenderlo y yo me cansé de dar explicaciones.

Por eso y por lo de Sally, estaba marcado.



—¡Papá! ¡Papá!

Eli y Nube corrieron hacia mí cuando bajaron del coche. Yo me acerqué y la cogí en brazos. Estaba bien. No sucedía nada malo y no quería preocuparla. Había tenido cincuenta minutos para mentalizarme de que ella era una niña y no tenía que sufrir por los problemas de los adultos.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté cogiendo su mano.

—Una moneda de la suerte para Vicky.

—Vale, ¿por qué no vas a dársela mientras hablo con tus abuelos?

Afirmó con una sonrisa y se marchó corriendo.

Vicky estaba en la tienda. La había despreciado cuando solo quería mostrarme su apoyo y tenía que hablar con ella, pero no estaba preparado en ese momento. Necesitaba hablar con mis padres primero, decirles lo que tenía que decir, y después, estar con Eli. En ese instante, solo me importaba ella.

Me acerqué al coche que alquilaron y mi padre no tenía ninguna intención de bajarse para hablar. Ni siquiera alzó la vista para mirarme. Fue mi madre quien sacó la maleta de Eli antes de acercarse a mí. Me mantuve a una distancia prudencial porque estar cerca de mi padre podría ser peligroso para ambos, aunque nos separase la carrocería de un coche.

—Es tu padre. Y tu hija.

—Es mi hija. Punto.

—Estamos muy preocupados por vosotros. No puedes dejar que siga creciendo en este ambiente. No es sano, Aritz.

Si no grité fue por el único motivo de que había gente cerca y no quería que me tachasen de loco. Mis propios padres estuvieron a unos minutos de secuestrar a su nieta. ¿Cómo no iba a alterarme? Lo extraño es el autocontrol que tuve. Las ganas de tirar una piedra contra el coche se mantenían intactas. Mi padre no salía porque sabía lo que pasaría si mi vaso lleno se desbordaba y no me acercaba por lo mismo.

—No volváis. Te pido que no volváis.

—¡No puedes hacernos eso!

Respiré. Conté. Hice todo lo posible para no contestarle de la misma forma.

—Adiós. Que tengáis buen viaje.

Me di la vuelta y caminé hacia el *Camp*. Quería perderlos de vista.

Mari estaba mirando desde la distancia. Había salido porque ya era la hora de comer y muchos no habíamos entrado. Yo tenía el estómago cerrado, pero iba a entrar para estar con Eli. Fingiría. Actuaría como cualquier padre que ama a sus hijos.

Estaba dispuesto a eso y más.

Porque ella era mi vida.

Mi razón de ser.

49. *Una brecha entre nosotros*

VICKY

Los días estaban siendo muy raros. Eli se convirtió en el motivo de la estabilidad en el *Camp* y yo veía injusto dar esa responsabilidad a una niña.

Había problemas. Muchos más de los que se veían. Tardé en darme cuenta porque viví en una burbuja provisional buscándome a mí misma. No lo veía porque solo escuchaba risas diarias, y los sábados, algún que otro sonido de placer. Era contradictorio en un lugar cuyo lema transmitía altas dosis de buen rollo y diversión. Y la culpa la tuvieron todos por contribuir. Tenían el típico problema que había en las familias cuando la comunicación fallaba y se ponían un velo en los ojos para no verlo. Fingían que se llevaban bien y, probablemente, también era cierto, pero esos pequeños problemas que surgían y no se solucionaban, se acumulaban.

Tuve claro que explotaría. No sabía si ese año o el siguiente, pero todo termina explotando cuando va mal. Es como olvidarte de desinfectar una herida porque piensas que dejándola al aire se curará. Mentira. No cura. Es necesario un antibiótico potente, y ese, venía en forma de conversaciones.

No se trataba solo de Aritz, había más problemas de los que no fui consciente porque nadie me los contaba. Pensé que hablaban conmigo de todo, pero estaba equivocada. Ninguno confiaba en mí porque yo tampoco terminaba de confiar en ellos, ni siquiera en mi tía. Y esa desconfianza se tapaba con sonrisas. Las sonrisas siempre camuflan lo malo.

—Tenemos que hablar.

Aritz se acercó cuando estaba cerrando la tienda y me asustó.

—¿Qué quieres?

No mentiré. Llevábamos tres semanas distanciados. Ni un beso. Nada. Llegó Eli y él se olvidó de que yo también existía. Estaba mal, pero tampoco quería compartirlo conmigo y no podía obligarle. Verle así fue bastante duro. Sufrí en silencio.

Mi tía dijo que Aritz era así, que cuando tenía problemas, se alejaba de todos. También que no podía esperar mucho de alguien como él y que tenía que tener cuidado porque, aunque era una buena persona, podía hacerme daño.

Escuché sin opinar para no contarle las cosas que sabía. Necesitaba escuchar todas las versiones que existían para quedarme con la que creía que sería la verdadera. No me gustaba juzgar y, si lo hacía sin darme cuenta, me sentía mal.

Me equivoqué desde el principio, cuando llegué al *Camp*. Y podía seguir haciéndolo de no ser por Eli. Equivocarse era una de las cosas más sencillas del mundo y lo mejor para evitarlo fue el oír y callar. Al final, el tiempo se encarga de poner las cosas desordenadas en su sitio.

Excepto lo que estaba pasando entre nosotros.

—Hablar. Kat y Anne se encargan de Eli. Había pensado en dar un paseo por la playa. Tengo bocadillos para la cena —dijo levantando la mochila que llevaba.

Me molestó. En ese momento sí. Apenas hablábamos y si lo hacíamos era muy parecido a los primeros días. No tendría que importarme porque le dije que nunca le daría sentimientos, pero me fastidiaba que hiciese planes sin contar conmigo, sin preguntarme si me apetecía o no dar ese paseo con él.

—No. Así no funcionan las cosas, Aritz. No quiero hablar solo porque te hayas levantado con ganas de hacerlo.

—Vicky...

—Llevas tres semanas distante y te he respetado. Respétame a mí.

Me encontré en una encrucijada porque el corazón decía una cosa y la cabeza otra. Al corazón no podía hacerle caso y opté por mi segunda opción.

No era justo. Había estado tres semanas viviendo con dudas. Cuidar a Eli se convirtió en una vía de escape. Siempre intentaba hacerme reír y a su lado el tiempo pasaba muy rápido. Después venía Aritz y reclamaba a su hija haciéndome sentir como un estorbo.

Me cuestioné si hice bien al confesarle mis secretos. ¿Cómo era posible que me ningunease de esa manera después de lo que habíamos vivido?

Y fue él quien empezó todo con un «me gustas» después de hacer sonar la alarma y quien dijo que iba a dármele «todo» para dejarlo en un «nada».

—Lo sé, te he fallado. Necesitaba tiempo y asimilar todo.

—¿Asimilar el qué? Yo no tengo la culpa de tus problemas y tú no la tienes de los míos. Me conformaba con seguir siendo tu amiga y que me hablastes.

—¿Te conformas con que seamos amigos?

—Pues sí. Prefiero que seamos amigos a que me trates con indiferencia.

Dejó la mochila en el suelo y empezó a dar vueltas en círculo. Se llevó las manos a la cabeza y se frotó la cara con brusquedad. Yo aproveché ese momento para alejarme.

Hacía frío. El tiempo en Razo estaba siendo muy cambiante. Llevaba puesta la sudadera, pero aún así, me encontraba destemplada.

—¡Eh! —Noté cómo Aritz me agarró del brazo para que lo mirase—. Yo no quiero ser tu amigo. Quiero algo más.

Observé a mi alrededor. Apenas me había alejado unos quince metros del *Camp* y las ventanas estaban abiertas. Nuestra conversación podía convertirse en un entretenimiento para todos y a mí nunca me gustó ser el centro de atención.

—Vamos —dije señalándole el camino—. Me dices lo que tienes que decir y se terminó.

Sonó tan real que ni me paré a pensar lo que había dicho ni lo que significaba. Caminé, dejándole atrás. Retrocedió unos pasos para coger la mochila y después me alcanzó, cuando estaba bajando las escaleras que daban a la playa.

Fui hasta la orilla y él me siguió. Tenía frío, pero necesitaba congelarme los pies con el agua. No sé, pensé que sentir cierto dolor físico aliviaría otro más profundo.

—Tienes motivos para estar así, pero me importas.

—Vale.

No es que Aritz no me importase, pero pasó tanto tiempo que el dolor se convirtió en indiferencia.

Los primeros días los usé para llorar en mi habitación por las noches. Lo hacía en silencio y a oscuras. No quería que me escuchasen y él estaba al otro lado de la pared con Eli. Lloraba porque no podía hacer nada para que cambiasen las cosas y porque sentía pena por él, por su situación y por su soledad. Aritz estaba muy solo. Intenté en tres ocasiones tener un

acercamiento. Quise hablar y me huyó. Escoció, dolió y cuando pude pensar, decidí que no podía afectarme lo que no controlaba.

—Mírame, por favor.

No quería mirarle. Prefería mirar al horizonte. Los atardeceres en Razo eran preciosos y merecían más la pena que escucharle a él en ese momento. También era mi forma de poner un muro entre nosotros, uno de esos altos, de los que no se pueden saltar.

—Habla.

Se colocó frente a mí y cuando desvié la mirada cogió mi barbilla para que no le huyese. Cerré los ojos unos segundos hasta que me conciencí de que tenía que pasar por eso.

—Sigo sin saber gestionarlo. —Fruncí el ceño porque, si no era más específico, nunca descubriría sobre qué estaba hablando—. Todos piensan que no soy buen padre para Eli y, cuando vinieron mis padres, me sentí juzgado.

—Nadie dijo nada.

—¿Estoy loco si te digo que no era necesario? Las miradas. Me miraban así cuando pasó lo de Sally.

Quería darle la razón, pero no podía, aunque la tuviese en parte.

—¿Y yo? ¿Yo también te miraba así? Me trataste igual que al resto. ¡No! Peor. A Jake y a Kat sigues tratándolos como siempre.

—Cariño... —Me zafé cuando intentó tocarme la cara. No quería hacerle desprecios, pero necesitaba que se diese cuenta de que, con eso, no tenía razón—. Te prometo que no quería hacerte daño.

—Pues lo has hecho.

Estaba ahogándose, lo escuchaba. Su respiración hablaba por él y conmigo no podía ocultarlo.

—Tenía que fingir que todo estaba bien para que Eli no se asustase. Lo odio. Odio tener que hacerlo siempre. Te aparté porque tenía miedo.

—¿De qué?

—De que tú y Eli me vieseis vulnerable.

Y fue el error.

Su gran error.

El estúpido error con el que el mundo piensa que los hombres no pueden ser débiles. Asociar la tristeza a un hombre seguía relacionándose con la poca hombría. Tenían el mismo derecho a sufrir y a estar mal. También a tener a una persona en la que apoyarse para que les ayude en sus momentos más complicados. No era justo para Aritz fingir estar bien cuando no lo estaba y lo hacía por su hija. Y por mí, pero por mí no era necesario. No iba a dejar de gustarme si lloraba o mostraba debilidad.

—¿Es que no lo entiendes? Sabía que estabas mal y quería estar contigo. No tienes que hacerte el fuerte. Nadie te ha pedido que lo seas.

Tragó saliva y cerró los ojos. Lo abrazé. Tenía que abrazarlo en ese momento en el que estaba mostrándose como nunca lo había hecho. Le costaba y sabía lo que pasaba por su cabeza. Yo era así también, tan terca con los sentimientos. Me decía que podía con todo, pero era difícil poder con todo cuando es demasiado. Te acostumbras a poder y la gente piensa que no sufres. Lo haces, pero nunca lo enseñas y terminan creyendo que tu vida es casi idílica, aunque sepan parte de tus desgracias, mayores que las tuyas. Ríes, pones buena cara y te esfuerzas para que tu alrededor esté bien cuando tú misma estás hundida. Evitas mostrar tu parte más sensible porque

es una forma de salir adelante.

Y te consumes lentamente.

—Quiero que estés bien —susurró—. Que lo estemos.

Ojalá fuese tan fácil, pero no lo era. Estar bien dependía de muchos factores. Sin querer ni darse cuenta, Aritz abrió una brecha entre nosotros. No era del todo profunda, pero ahí estaba.

«No puedo darte sentimientos».

La frase se encontraba siempre en mi cabeza y estaba preparada para salir. Quería decírselo y se lo hubiese dicho si no me hubiese besado. La tenía en la punta de la lengua cuando me cogió por la cintura y me dejó llevar. Otra vez. Besar lo me hizo ver lo mucho que lo había echado de menos y lo fácil que era romper mi muro. Quería evitar lo inevitable y no pude porque la vida fue caprichosa.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Cada «lo siento» iba aderezado con un beso. ¿Cómo no perdonarlo?

—No te alejes más —pedí sabiendo que, algún día, yo quien lo hiciese.

Afirmó y vimos juntos el atardecer. Sacó de la mochila una toalla, dos bocadillos y velas. Reí. Era hortera y romántico a partes iguales. Me gustó porque me gustaban las cosas sencillas que llenaban el alma.

Y me gustaba él.
Me gustaba demasiado.

50. *Todos los pitos son iguales*

ARITZ

Con Vicky aprendí a que me importase lo que merecía la pena y a avanzar sin preocuparme por lo que el resto pensase sobre mí. ¿Para qué? Total, no iba a vivir con ellos. Compartía los veranos y nos llevábamos bien. Nada más. Confiaba en que el tiempo colocase las cosas en su sitio para estar mejor de lo que ya estaba.

Entre Eli y Vicky me cegaban. Ellas dos eran pura luz y bondad. Eli gritó eufórica cuando vio nuestro primer beso y Vicky se ruborizó sorprendiéndome con su aparente timidez. ¿Qué podía hacer? Mi hija era así y ella lo sabía. La advertí. Eli era demasiado intensa y la quería mucho. Lo suyo fue un amor mutuo y a mí se me caía la baba cuando estaban juntas.

Mi hobby favorito volvía a ser el de espiarlas en la distancia. Verlas jugar era un puto *show*. Ellas se encargaban de convertir el *Camp* en un lugar más agradable. Carlos se dio cuenta de aquel detalle y vino más que de costumbre. No sé el motivo exacto y quise creer que eso tenía algo que ver. Se quedaba con nosotros charlando cuando terminaba la jornada y compartíamos cervezas. Excepto los sábados. Huía para no saber nada de aquellas noches. A él no le importaba lo que hiciesen el resto y se conformaba con que la gente se marchase con ganas de volver. Pero yo mismo empecé a ver las noches de desenfreno como un despropósito.

Estaba cambiando. Empecé a verlo con más nitidez.

—¿Ya le has visto el pito a mi papá?

—¡Joder, Eli!

Tiré de ella. Estábamos dando un paseo por Carballo aprovechando que teníamos la tarde libre. Creí que Eli había olvidado los putos pitos. Por lo menos del mío.

—Sí, le he visto el pito a tu papá.

Intentó controlar la risa y no pudo. Morí de vergüenza en ese momento porque no sabía ni qué decir. ¿Íbamos a tener una conversación sobre mi polla?

La miré. ¡Joder! Le rogué con la mirada. Estaba suplicando que se callase.

—¿Y cómo es?

—¡Eli! ¡Castigada! —grité cogiéndola de la mano.

—Pero... ¡papá!

Vicky entornó los ojos y después los puso en blanco. Estaba amenazándome y casi me daba más miedo eso a que hablasen de mis partes en plena calle y delante de mí.

Resoplé, solté a Eli y ella se agarró a Vicky.

—Como todos. No te pierdes nada.

Miré a Vicky y no podía creer que estuviese diciendo eso. Dijo que como todas. ¿Cómo todas? Pero ¿cuántas pollas había visto?

—¿Sí? —preguntó Eli cambiando su cara por una de decepción absoluta.

—Sí. Todos son iguales. Unos grandes y otros más pequeños. Feos y aburridos.

—¡Lo sabía! —dijo como si hubiese descubierto la penicilina y se giró para mirarme fijamente—. Papá, no estés triste por tener un pito feo. Para mí siempre serás el más guapo del mundo.

Estaba...

¡Joder! No sabía ni cómo estaba. Mi hija me abrazó para consolarme porque, supuestamente, tenía algo feo entre las piernas. ¿Podía ser más humillante y tierno? Miré a Vicky, que sonreía tranquila. Para ella no había tenido ninguna importancia esa pequeña conversación con mi hija. Hizo que me olvidase del momento, que viese en ella algo que no veía en nadie.

Quería decirle lo perfecta que era.

Todos habían tratado bien a Eli en el *Camp*, pero ella... se convirtió en la persona favorita de Eli. No había vuelto a mencionar a Tere desde que la conoció y yo me lamentaba de cuando dudé de ella. Pensaba en que no sabría hacerlo y resultó que tenía un don innato.

Pero ¿cómo iba a decirle eso?
No quería que creyese que la utilizaba.
Porque me importaba mucho.
Y la necesitaba en mi vida.

51. *No encontré lo que buscaba*

VICKY

Fue premeditado porque no quería fastidiar a Carlos. Era un buen hombre y lo demostró cuando le pedí que no se lo contase a nadie. Necesitaba marcharme sin que me retuviesen, sin que me diesen motivos para cambiar de opinión. De haber avisado, sabía que sería difícil, que se amontonarían conversaciones y explicaciones con motivos que no quería dar porque eran dolorosos. Poca gente entendería mi situación y pensarían que estaba loca por rechazar esa felicidad en la que me vi sumergida.

Fui demasiado feliz, tenía cosas que nunca tuve, reía a diario y me sentía amada. Pero ¿qué pasa cuando te das cuenta de que no puedes tener todo eso? Pasa que tienes que poner tierra de por medio. Huir. Escapar sin mirar lo que dejas. Pasa que llegan días insoportables porque recordar lo bonito también duele.

Viajé a Galicia por un motivo y ese motivo no se encontraba allí. No encontraba esa luz que buscaba. Mi brújula estaba rota y no podía avanzar. Lo que buscaba no tenía forma de hombre ni se llamaba Aritz. Aritz era un parche que me permitía salir adelante por momentos. No siempre. Solo cuando sentía que ya no podía más.

¿Se puede una sentir mal estando bien?

Se puede. Yo estaba mal y nadie lo veía. Seguía teniendo una grieta. Sospechaba que dentro de ella se encontraba mi brújula y no podía sacarla porque era demasiado profunda y estrecha. Era obvio que, si quería cogerla, tenía que agrandarla. Y cuando las grietas se agrandan, corres el riesgo de caer en ellas. Caes en tus propias grietas y ya no sales. Te hundes. Te sumerges en la oscuridad pensando que en algún momento podrás ver la luz de nuevo. Pero la luz no está y desapareces. Por eso, lo mejor para todos era alejarme. Había conocido a personas increíbles y no quería arrastrarles hasta mi oscuridad. Ellos no tenían la culpa y no iba a permitir que mis grietas les aplastas.

∞∞∞

Carlos me llevó de madrugada al aeropuerto de A Coruña. Todo estaba bien atado porque no faltaba mucho para terminar la temporada y le había dejado las cosas hechas. Él vino con más frecuencia para que le explicase el tema de los pedidos, y entre Kat y Mari, podrían llevar la tienda.

Nadie lo sabía. Ni siquiera se lo dije a mi tía.

Y por algún motivo, no me sentía mal.

Ni culpable.

52. *No lo esperaba*

ARITZ

Siento que las cosas sean así entre nosotros. Supongo que estábamos destinados a eso, a tener una historia bonita y complicada.

Regreso a Madrid. Necesito irme. Sé que hubieses hecho todo lo posible para que me replantease las cosas. Solo quiero que sepas que tú no tienes la culpa de nada y que soy yo, solo yo, quien tiene que arreglarlo. No quiero que estés mal, pero quiero que entiendas que, desde un principio, dije que no podía darte sentimientos. De verdad que no puedo, aunque me hubiese gustado probar. Si no lo he hecho es porque no sería justo para ninguno de los dos.

También quiero que sepas que, si tengo que quedarme con algo de este verano, me quedaría contigo y con Eli. Vosotros habéis conseguido que mis días sean mejores y que tenga ganas de sonreír con más frecuencia. Os debo un mundo.

Ahora estaré en Madrid y debo bloquear tu número y el de todos para desconectar. Puede parecerte injusto, pero tengo mis motivos.

Gracias por formar parte de mi vida. Yo sí que veo lo maravilloso que eres. Por favor, no cambies por nada ni por nadie.

VICKY

—¡Joder! ¿Qué cojones es esto? —pregunté a Carlos moviendo la carta.

—Relájate, muchacho. Piensa tres segundos antes de hablar.

Estaba demasiado nervioso como para pensar tres putos segundos. Solo quería saber qué pasaba y qué tipo de broma era la que estaban haciéndome. Porque tenía que ser eso, una broma de mal gusto que no terminaba de entender. Vicky no podía haberse marchado de esa forma, dejándome un maldito papel como despedida. No. Ella no era así. Tenía que haber alguna explicación.

—¿La has despedido?

—No. No la he despedido. Se ha marchado ella y me ha pedido que no contase nada.

¿Era posible?

—¿Cuándo te lo ha pedido?

—Hace tres semanas. Por eso he estado aquí. Me tuvo al día para no perjudicar el negocio. Es muy buena chica.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Quería romper algo, pero estaba en la oficina y había cosas importantes. No era lo mismo que una valla que podría arreglar. Carlos me llamó cuando estaba poniendo el desayuno a Eli. No sospechaba nada. Me pareció extraño que Vicky no estuviese despierta, pero lo achaqué al cansancio de la semana. De vez en cuando, le gustaba remolonear en la cama. Sobre todo los domingos. No era el caso de ese día, los cinco minutos de más no tenían que ver con que no

estuviese presente.

—Solo tiene buenas palabras para todos.

—¿Qué sabes?

—Nada. Lo mismo que no sé nada de vuestras vidas porque son vuestras. Habéis hecho lo que os ha dado la gana durante años y os he respetado porque sacáis el trabajo adelante. Vicky también lo ha sacado y la respeto como a vosotros.

Estaba hablándome tan serio que parecía querer echarme la bronca. Él no entendía que yo estuviese así, nervioso y desesperado. Tampoco lo iba a entender porque no podía darle explicaciones. Era algo mío y de Vicky.

Cogí la carta y me marché de allí. Pedí a Mari que cuidase de Eli mientras daba un paseo hasta las rocas donde Vicky se escapaba para pensar. No sé. Joder. No sé. Creí que allí encontraría respuestas a lo que estaba pasando. A que se marchase de la nada.

Me atormentaba no haberme dado cuenta de sus planes.

Pero ¿cómo iba a hacerlo?

El día anterior habíamos estado en casa. Fuimos después de comer, dejando a Eli en el *Camp*. Quería tener mi momento de intimidad con ella porque era reacia a mantener relaciones sexuales en su habitación. La respetaba y buscaba huecos para escaparnos.

Fue maravilloso.

Los dos en el sofá, quedándonos dormidos viendo una película y haciendo el amor un par de veces antes de volver a Razo porque había barbacoa. Era otro de los increíbles días que pasé a su lado y no hubo indicios de que al día siguiente se marcharía sin decir nada.

Y no podía dejar que volviese a pasar.
Estaba harto de perder lo que me importaba.

53. *El café ayuda*

VICKY

Me gustaban los otoños de Madrid. Finales de septiembre era la mejor época, justo cuando tenías que salir con la chaqueta porque el tiempo cambiaba bruscamente si cruzabas la línea que separaba al sol de la sombra.

Recuerdo los otoños pasados, cuando vivía la abuela y la sacaba a pasear. Le gustaba mucho ir a cualquier parque para ver cómo caían las hojas. Se quedaba fascinada, y a mí, me parecía precioso que tuviese tanta atención en algo. En Razo la entendí, me sucedió lo mismo con el mar. Miraba, hipnotizada por el movimiento. Me perdía en un lugar lejano y tenía la sensación de que el mundo sería mejor.

Pero ese otoño era el primero que pasaba sola y la casa se me echaba encima. Hubo días que me arrepentí por pasar la mayor parte del verano en Galicia porque, tal vez, no era el momento adecuado de escapar.

Al morir la abuela, no asimilé el duelo y me marché a Ámsterdam buscando recuperar todo el tiempo que había perdido en mi juventud. Error. Seguía siendo demasiado inexperta en la vida si no entendía que el tiempo nunca se recupera.

Nunca.

Regresé y, en apenas unos días, me encontraba en un lugar diferente en el que no estaba ella, pero sí muchas personas con las que podía sentirme acompañada. Y cuando no, tenía un trabajo, una responsabilidad, algo que me hizo sentir útil y que se convirtió la manzana envenenada porque sería temporal. Mi vuelta a Madrid estaba prevista, no iba a quedarme allí con ellos y la mayoría ni siquiera vivían en Galicia. Tendría que volver a una casa que era mía, repleta de recuerdos que hacían mucho daño.

Miraba de forma compulsiva todas las fotos que guardaba la abuela. Estaban en cajas de madera, colocadas cronológicamente. Veía mi vida, esa que había pasado y de la que solo quedaban recuerdos metidos en un hogar que seguía teniendo el mismo olor que cuando me marché. No es que me disgustase mucho, pero me provocaba tristeza cuando bajaba a por algo y al volver, creía que estaría la abuela esperándome. Pero no estaba. Fue duro y me preguntaba a diario si podría seguir viviendo así, llorando a todas horas y rompiéndome cada vez que abría la puerta de su habitación para recordar la última noche que la vi con vida. No podía olvidar sus palabras ni el vestido que quería ponerse. Miraba la silla y ya no estaba, como tampoco estaba la abuela en su cama.

Ni en otro lugar.



—¿Estás segura?

Lo mejor de haber vuelto a Madrid era tener a Nieves cerca para desahogarme. Ella decía que parecía un alma vagante cargada de mierda y tristeza.

—No necesito la ropa de la abuela. Donarla ayudará a otras personas.

Seleccionamos todas las cosas de las que iba a desprenderme. En algún momento terminaría por abandonar esa casa, pero quería dar una segunda vida a las pertenencias de la abuela. Que otras mujeres tuviesen un abrigo en invierno me parecía la mejor de las opciones y estaba segura de que ella lo hubiese querido así.

—¿Y Mari? ¿No quiere nada?

—Hablé ayer con ella. Dice que le guarde los cuadros de punto de cruz y el vestido de novia.

—Jo...

—¿Qué pasa?

Agradecía mucho que estuviese ayudándome, pero me ponía nerviosa cada vez que gesticulaba y hacía muecas inexpresivas sin explicarme el motivo.

—Que Mari debería estar aquí, ayudándonos.

—Ya te he dicho que es su última semana de trabajo y que quiero quitarme esto de encima. Si no te apetece seguir, lo dejamos.

—¡No! No es eso. Estoy aquí porque me apetece, pero...

—Pero ¿qué?

—Que nunca está.

Me tensé. No quería tener pensamientos negativos. Era verdad, pero había estado bien con mi tía. Teníamos una relación cordial y hablábamos una vez a la semana. No es que nos contásemos muchas cosas porque apenas estábamos cinco minutos al auricular, pero eso era mucho más que lo que teníamos antes. Nuestro trato en el *Camp* fue respetuoso y ella estuvo presente en muchos momentos, aunque no tuviese nada que decir. Quise traerme la idea de que era una mujer solitaria en el aspecto familiar o que no sabía de qué iba eso de los lazos. Elegí justificarla. Me sentía mejor haciéndolo.

¿Qué sentido tenían los reproches después de tanto tiempo?

—Y no tiene por qué estar. Recuerda que la abuela me lo dejó todo y ahora soy yo la responsable.

Suspiró. Nieves sabía llevarme la contraria como nadie, pero también entendía que, cuando me obcecaba con algo, la mejor opción era darme espacio. Odiaba las presiones. Odiaba sentir que estaba equivocándome. Bastante tuve con juzgarme a mí misma, y de Nieves, solo buscaba su amistad.

—De acuerdo. Conozco un sitio en Tirso de Molina donde venden cajas. Vamos a necesitarlas. ¿Damos una vuelta y las compramos?

—Invito al café —dije tendiendo la mano para cerrar el trato.

—Hecho.

En momentos así, un café es suficiente para que el día cambie a mejor.

Porque la cafeína no cambia tu vida.
Pero todo parece ir bien con una taza entre las manos.

54. Errores del pasado

ARITZ

Tení casi todo claro y estaba deseando terminar el *Camp*.

Conseguí calmar a Eli haciendo promesas que no sabía si eran posibles porque dependían de otra persona que no se encontraba con nosotros. Yo estaba dispuesto a todo, y si decía todo, era que podía volverme loco hasta encontrar una solución.

Le di demasiadas vueltas a lo que había pasado, a lo que sabía sobre ella y a lo que podría hacer para que cambiase de opinión.

Quería mi oportunidad. La de verdad.

Me dio varias, pero necesitaba la oportunidad de demostrarle que quería estar a su lado. Yo quería. Quería que formase parte de mi vida. Me moría por ver de nuevo su sonrisa, que me pusiese los ojos en blanco cuando pensaba que era un estúpido y que me retase a comer ese exceso de azúcar cada vez que tenía un antojo y quería compartirlo. Deseaba verla enfadada cuando era yo quien se encargaba de la comida y escucharla quejarse en cada bocado, repitiendo en voz alta lo insípida que estaba. Y quería ver mi cicatriz. Comprobar su evolución. Tocarla. Besarla.

Quería todo de ella y le iba a dar todo de mí.

—Mari.

—¿Sí?

Me acerqué a la cocina y la encontré tomando un café mientras esperaba a que se cocinasen las empanadas que tenía en el horno.

—Necesito la dirección de Vicky.

Me miró mal.

Mari solía mirarme mal si pensaba que estaba equivocándome con las cosas. El cariño permanecía intacto, pero las discusiones con ella me recordaban a las que tuve con mi padre. Era cabezota, pero no tenía que ver con la cabezonería de Vicky. Con Vicky se podía hablar y razonar, pero Mari insistía en tener siempre la razón sin escucharte. Eso fue lo que nos distanció. También que, sabía demasiado del resto y opinaba demasiado de todos, pero se guardaba sus cosas para que el resto no hiciese lo mismo.

—Olvídate de ella.

—No. Si no me la das tú, haré lo posible para encontrarla por cualquier otro medio.

—¡Aritz!

—Sabes que soy capaz de recorrerme Malasaña. Es ahí, ¿no? Donde ibas en Navidades a verlas.

Sus ojos se llenaron de odio. Presioné en la tecla correcta. Mari no me lo diría por las buenas, pero por las malas, podría sacarla de quicio para recapacitarse. Busqué sus cosquillas y busqué esa conversación que teníamos pendiente. No era algo de ese verano. Llevaba años evitándolo

porque creía que no merecería la pena.

—¿Y luego qué? ¿Le harás lo mismo que a Sally?

Respiré para no gritarle. Contaba con ello, sabía que la mencionaría, que se nos iría de las manos y que acabaríamos perdiendo los papeles. Tenía que mantener la compostura si quería decirle todo lo que había pensado.

—¿Qué le hice a Sally según tú? ¿Quererla?

—¡La dejaste embarazada siendo una cría y la obligaste a tenerlo!

«*Aguanta, aguanta, aguanta*».

—Sally no era una cría y no la obligué. La quería, Mari. La quería tanto que, si hubiese querido ella, le habría acompañado hasta la clínica para abortar. Pero quiso tenerlo y se arrepintió después. ¿Qué me reprochas? ¿Criar a Eli solo? ¿Eso? Jamás hubiese dado a mi hija en adopción porque es lo que más quiero en el mundo.

—¿La quieres? ¿Y por eso le niegas una vida mejor con sus abuelos?

—¿Y tú a quién quieres? ¿Eh? ¿Querías a tu madre cuando la dejaste sola al cuidado de su nieta que era una adolescente? ¿Querías a Vicky? ¡Joder! ¡Las abandonaste cuando más te necesitaban! ¿Y me reprochas a mí que quiera estar con Eli?

Estaba hiperventilando. Ella. Una mujer aparentemente dura, de hierro.

Quería seguir luchando, pero no podía y rompió a llorar. Y la abracé. No dejé de tenerle afecto a pesar de todo lo que envenenó nuestra relación y, para avanzar, había que dejar las cosas claras. Mari no podía juzgar mi vida cuando fue la primera en hacer las cosas mal. Se vendió como una mujer perfecta ocultando sus errores. Vivía considerándose una víctima y había sido el verdugo de Vicky.

Pude atar cabos en su historia.

Vicky vivía en una burbuja y no era capaz de responsabilizar a Mari porque buscaba en su tía el cariño que nunca tuvo. Era ella quien buscaba y no Mari. Y no podía juzgar a Vicky porque yo hice lo mismo con mis padres. Aguanté, aguanté y aguanté. Aguanté tanto que exploté y mi relación con ellos quedó hecha añicos porque no les importaba. Pensé que después de todo, pedirían disculpas por lo que sucedió en el casi secuestro de Eli, pero seguía sin recibir esa llamada y ya no quedaban más oportunidades.

—La quiero, Aritz. Pero me recordaba a su madre.

Parecía más calmada cuando lo dijo. Se sentó en uno de los taburetes metálicos que había frente a nosotros e hice lo mismo a pesar de que me sentía mejor estando de pie, pero lo hice porque quería hablar con ella, aparcando los reproches y encontrar un punto en común para entendernos. Empezar de nuevo y hacerlo bien.

Estaba dispuesto a perdonar.

—No solo era mi hermana, era mi mejor amiga. Crecimos juntas y siempre quise ser cómo ella, pero se enamoró de un desgraciado y... —intentó terminar la frase, pero el llanto regresó y esperé, como hice con Vicky. Tenía que darle el tiempo que necesitase. Era la primera vez que se abría con algo personal—. Me marché, Aritz. Lo hice porque mi hermana cambió. Estaba irreconocible, y cuando se divorciaron...

—Te escucho.

—Parecía un fantasma. Viajé a Madrid para verla y no podía soportarlo. Necesitaba alejarme y aquí tenía mi vida. Después se desmoronó todo. —Me miró buscando una compasión que no podía tener—. ¿Qué podía hacer?

—Estar con ellas. Solo eso.

Lloró más y me sentí culpable mal porque no me gustaba causar dolor a nadie. Mari estaba llorando lo que no había llorado en años.

Elvis entró en la cocina y con la mano le indiqué que nos dejase solos. La conversación tenía que seguir y necesitábamos privacidad.

—¿De verdad hubieses acompañado a Sally? —preguntó buscando cambiar la conversación.

Cambió de tema. Había sido suficiente para ella, y a mí, por el momento, me bastaba.

—Por supuesto. La quería mucho, pero no puedo perdonarle que nos abandonase sin ninguna explicación.

—Creía que...

—Que la obligué a tener a Eli —dije terminando su frase—. ¡No, joder! Claro que no. Quiero a Eli más que a nada en el mundo, pero quería a Sally. Nunca la hubiese obligado.

—¿Y quieres a Vicky?

—Mucho. Muchísimo.

Nos miramos unos segundos y apreciamos la sinceridad mutua. Fuimos totalmente sinceros y el abrazo que nos dimos lo confirmó.

Ella colocó una semilla podrida en el *Camp* queriendo o sin querer, pero todo el mundo comete errores, ¿verdad? Y un error no tiene que definirnos para siempre.

Quedaban muchas cosas por sanar. Habíamos dado pasos hacia delante para que nuestra relación cogiese otro rumbo. Me sentía mejor y más liberado de una carga que me acompañaba desde que Sally se marchó.

Me liberé.

Pero seguía necesitando a Vicky.

55. *Trecitos de mí*

VICKY

—¿Vicky?
—¿Mari?

Estaba esperándola. Habíamos quedado. Venía para recoger pertenencias de la abuela. No eran muchas, pero abultaban y prefería llevárselas en la furgoneta a que se las enviase por mensajería, sobre todo los cuadros de punto de cruz, enmarcados con un cristal. Era su tiempo, sus manos y todo ella. A la abuela le encantaba hacerlos y se entretenía mucho con ellos. Decía que se trataba de algo que duraría toda la vida y quería dejar un legado. Yo intenté contagiarme una tarde en la que no tenía nada que hacer y duré media hora. Fue una de las actividades más aburridas que hice nunca. Pensaba en otras cosas que creía más importantes y me dispersaba teniendo la aguja en la mano. No hice nada. Miento, pero es una vergüenza contarlo. Llegué a «crear» un gato en una tela que no medía más de quince centímetros y ella lo enmarcó. Estaba orgullosa de mí y pensaba que seguiría haciéndolo. Nada más lejos de la realidad, el punto de cruz no era lo mío.

—Sí.

—Te abro.

Las cajas entorpecían el paso. Las acumulé para las donaciones y tiraba trastos que no servían. Guardaba un exceso de todo. ¿Cómo pudo amontonar tantas cosas? Pero ¿por qué no lo vi antes si vivía con ella? Podría ser por la falta de tiempo, que no lo tenía ni para mí misma. Cuando regresé a Madrid, acudí a una peluquería porque estaba en mi lista de prioridades. Pedí a la peluquera que me arreglase el pelo con la excusa de que el sol de Galicia lo había estropeado. Era mentira, le faltaba mucho mimo, yo misma lo cortaba viendo videos en internet y tenía que dar gracias por no provocar nada irreversible.

—¡Vicky! ¿Cómo no me dijiste que había todo esto? —preguntó sorprendida cuando entró por la puerta y vio el montón de cajas que estaban preparadas para que un transportista viniese a por ellas.

Reí. Me hizo gracia. Ella tampoco era consciente de todo lo que había en esa casa. No fui la única que no vio lo evidente y casi rozaba el Diógenes.

—Aún estás a tiempo para llevarte más cosas —bromeé y compartimos risas.

—Le gustaba guardar todo.

Aprecié la nostalgia en la frase.

Me preguntaba cómo lo viviría ella, que estuvo demasiado poco durante los últimos años. Era difícil ver a Mari. Apenas pisaba la casa en Navidad y el Día de la Madre. Suena injusto, pero pensaba en si la llegaría a echar tanto de menos como yo o si no lo asimilaría nunca.

En Galicia apenas hablamos de la abuela. Nunca entramos en temas más profundos o personales. Ignoraba el motivo, pero cerramos la etapa y colocamos un candado a una

conversación pendiente, como si el capítulo de la persona más importante de nuestra vida terminase ahí, cuando murió.

Y era triste.

Preparé un café para ambas y nos sentamos en los taburetes de la cocina. Compré nuevos para sustituir los antiguos. No sabía el tiempo que me quedaría en esa casa, pero quería sentirla mía y la única forma era dándole un aire propio. El mío. El que buscaba. El que aún no había encontrado.

—A Lola le hubiese gustado —dijo señalando un cuadro que compré en el Rastro.

Me tensé. Durante mucho tiempo evitamos mencionar a mi madre. Ninguna de las dos fue capaz. Se convirtió en un tema prohibido entre nosotras y, en ese momento, no pude esquivarlo.

Miré el cuadro con detenimiento. Era de una tienda japonesa que estaba abierta un martes cualquiera y entré por casualidad. No sé qué pasó ni qué me motivó para comprarlo. Se trataba de un cerezo que perdía las flores y me pareció precioso por lo que podría significar. El despojarte. El quedarte sin nada. El mostrarte al mundo tal y como eres.

—Sí.

No quería hablar. Tampoco podía. Quizás no era el momento idóneo para hacerlo, justo cuando estaba quitando las cosas de la casa, liberándome de recuerdos y buscando un nuevo comienzo. Pero ¿cómo empezar de cero si arrastras el pasado? Era como si te arrestasen por un delito, pasan años y conservas los antecedentes.

Yo tenía antecedentes emocionales.

—No debí marcharme.

—Mari... No... No tenemos que hablar de esto —dije con un hilo de voz.

—Por favor. Lo necesito.

Desvié la mirada y ella me cogió la mano. Quería apartarla, pero era mi tía. Dijo que necesitaba hablarlo. ¿Y qué necesitaba yo? Había pasado mi corta vida cubriendo las necesidades ajenas sin pensar en las mías. En ese punto ya ni sabía cuáles eran. ¿Por qué siempre fueron los demás antes que yo?

Me lo preguntaba constantemente y nunca encontraba ninguna respuesta. Tenía mi carácter, era sincera y a veces directa, pero a la hora de elegir el bienestar, siempre elegía el del resto. Vivía pensando que le debía algo al mundo y que mi vida valía menos.

—Fui una cobarde y una egoísta. Me marché porque me recordabas a ella.

Intenté respirar y no encontraba el aire en ninguna parte. Es curioso, no me pilló por sorpresa. Pude intuirlo con el tiempo, pero prefería no tener la confirmación.

Demasiado tarde.

Busqué palabras y tampoco tenía claro qué podía decirle. ¿Que «vale»? ¿Que gracias por contármelo? ¿Que mejor hubiese sido no nombrar a mi madre para que nuestra relación no cambiase? Podían ser un millón de cosas y me quedé en blanco.

—No eres ella.

—Calla.

La miré muy fijamente, casi con odio.

No era odio porque nunca podría odiarla, pero no estuvo y siempre la justifiqué con y sin razón. Justificaba a mi tía. Justificaba a esa mujer que nos abandonó a la abuela y a mí.

—Vicky, no eres ella.

Sentí que el mundo se me echaba encima, que me aplastaba y que me dejaba sin aire. Solo necesitaba otro golpe para caer. Y caí.

Caí profundo, en ese lugar en el que si entras es posible que no salgas. Mi grieta se hizo grande y tropecé, me di un golpe en la cabeza hasta quedarme inconsciente y cuando abrí los ojos, allí estaba: mi brújula. La que no encontraba, estaba ahí. Mari se encargó de agrandar la grieta para que la cogiese. Lo hice, la tomé con mis manos y, al mirarla, me di cuenta de que estaba rota, pero que podía arreglarse. Volví de Galicia sin encontrar lo que buscaba y lo tenía delante de mis ojos. No podía empezar mi vida sin resolver el pasado.

—Pude mejorar las cosas y no lo hice. Tú no tienes la culpa de lo que pasó.

—No fui suficiente. ¡No fui suficiente!

Lloré. Grité. Me derrumbé allí mismo, con mi brújula rota.

Recordé que eso mismo fue lo que le dije a Aritz, que no fui suficiente para mi madre. Y pensé que ser como ella me ayudaría a superarlo. Quería darle una vida mejor, más larga y más bonita. Una que mereciese la pena.

Pero ¿cómo ser ella y no acabar igual?

No era muy difícil, tenía que mantener el amor a raya para no enamorarme. Controlarlo. Alejarlo si se acercaba. Escapar si me alcanzaba.

No podía estar con nadie porque no podía morir de amor.

Me abrazó. El primer abrazo de verdad. Lo estaba sintiendo. Un abrazo familiar de cariño y comprensión. Sentí amor. Todo el que no me había dado. Estaba comprimido y explotó allí, en la cocina. Lloramos juntas porque lo hicimos siempre separadas cuando teníamos tristezas compartidas. Sané llorando con ella, con mi tía, con lo único que me quedaba porque lo había perdido todo.

—¡Perdóname! Perdóname, mi niña. No tenía que haberme marchado.

Asentí con los ojos humedecidos. Me costaba verla, pero sabía que estaba como yo. No podía cambiar el pasado, pero podía intentar que mi futuro fuese mejor. Estaba sola y podía no estarlo. Tenía que elegir entre perdonar a mi tía o vivir con rencor. Porque no había odio, pero el rencor asomó la patita.

Mari tuvo la culpa, me dejó sola cuando estaba perdida y cuando la necesitaba. Asumí que era mi obligación, que si quería ser como mi madre, tendría que actuar como ella y encargarme de la abuela. Pero fui una cría que dejó de serlo, que creció a marchas forzadas y perdió su juventud. Era una chica que estaba perdida con veinticuatro años porque no podía dar marcha atrás. Me convertí en una casa vieja en mitad de la nada, una de esas en la que nadie quiere vivir. ¿Y cómo cambiarla a esas alturas? Derribándola y haciendo una nueva sobre el terreno. Tenía que olvidarme de quien quise ser, coger mi brújula rota y encontrarme a mí, a Vicky. Y perdonar también a mi madre por no luchar un poquito más. Ella podría haber vivido sin mi padre, pero no encontró la ayuda que necesitaba ni a su brújula. Se cayó en su grieta y no pudo salir. Yo era Vicky y tenía que escalar la mía. Caerme y levantarme. Respirar. Quererme. Sobre todo quererme y valorarme. Eso era indispensable. No servía de nada ser querida si yo misma no me aceptaba. El amor propio viene de fábrica, pero si lo pierdes, puedes recuperarlo.

Solo necesitamos abrir los ojos.

—Podemos empezar de nuevo —dije cuando estábamos más calmadas.

—¿De verdad?

—Sí. No sé. ¿Quieres?

Volvió a abrazarme. Era un «sí». Un comienzo. Algo nuevo. Miedos que venían y otros que se marchaban. Pero así es la vida, ¿no? Con sus vaivenes y altibajos. Supuestamente así hay que quererla y afrontarla.

—Tienes que enseñarme.

—¿A qué?

—A ser buena persona.

En ese momento, pude decirle que ya lo era y me callé. Lo hice porque no lo hubiese creído. No dudaba en que mi tía pudiese ser sincera, pero había demasiadas lagunas y vacíos que tendría que ir llenando poco a poco hasta completarlos. La confianza no llega de la noche a la mañana, es fruto de días, meses y años. Ser buena persona también se trabaja cuando no forma parte de uno mismo. Si mi tía creía que tenía que serlo, quedaba mucho trabajo por delante hasta conseguirlo.

Pero no perdía la esperanza con ella.
Podíamos empezar de cero y unir los lazos.
Nunca es tarde cuando de verdad quieres algo.

56. *Vicky no era Sally*

ARITZ

Comprobé por última vez que no me dejaba nada. Nunca había hecho un viaje de ida sin tener claro cuándo podría volver.

—Prométeme que te portarás bien y harás caso a Manuela.

—Te lo prometo...

Tenía que dejar a Eli con una de nuestras vecinas. Manuela era una mujer divorciada que tenía una hija de nueve años. Me resultó la mejor opción porque iban juntas al colegio y no le importaba sacar a Nube. Ella me debía unos cuantos favores sin importancia, de cuando se le rompían cosas y bajaba para hacer unas chapuzas. No es que lo apuntase, pero reconozco que prefería pedir los favores a personas a las que hubiese ayudado en otras ocasiones.

—Papá.

—Dime.

—Podemos vivir en Madrid en invierno y en el *Camp* en verano.

Sonreí. Mi hija era demasiado positiva. No sabía cómo iba a recibirme Vicky, ni tampoco si conseguiría algo con mi visita sorpresa.

Vicky no era Sally.

Ella escribió una nota que, aunque no fue lo que me hubiese gustado, sí que me dio las explicaciones suficientes. No me debía nada, pero tuvo la generosidad de no dejarme con la duda. Si me lo tomé mal, es porque no lo esperaba y porque me importaba demasiado.

Pero Vicky estaba siendo sincera y consecuente, mucho más de lo que fue Sally en su vida. Ella no me dejó con una bebé, siendo padre primerizo, hombre enamorado y vapuleado porque no sentía lo mismo por mí. Lo único que podía unirlos es que las dos me tenían bloqueado en el teléfono. Solo eso.

Pero Vicky no podía decidir por mí ni creer que me quedaría quieto sin hacer nada. Cometí demasiados errores y tenía que empezar con los aciertos.

Mi acierto era ella.

57. *Enséñame tu lugar favorito*

VICKY

Mari quería recuperar el tiempo perdido y me sentía extraña con tantas atenciones. Acostumbrarse a las cosas que no tuviste nunca lleva tiempo porque las dudas aparecen para que tropieces. Dudaba en si me acostumbraría o si siempre sentiría que era algo que no iba conmigo. No sé. Era una sensación demasiado extraña por culpa de un cambio brusco.

Hasta Nieves se sorprendió y se alegró a partes iguales.

De lo que no se alegraba tanto fue de conocer a un hombre que creía que sería diferente al resto por una promesa ridícula. Dijo que bajaría la luna y otras tantas fantasías poco creíbles. Resultó ser uno de esos que usan frases sacadas de novelas románticas con amores imposibles para conseguir sexo.

¿Por qué no llamaban a las cosas por su nombre? El sexo era sexo. Ya está.

—Sigo pensando que nuestros hombres eran Denis y Alan —dijo después de dar un sorbo al café.

Estábamos en el Starbucks de Ópera, uno de los pocos que no habíamos probado. A mi vuelta de Galicia dijimos que iríamos a todos los de Madrid. Yo que sé, tenía tiempo libre y podíamos hacer planes ridículos. Me gustaba más ese plan que contratar a gigolós en páginas webs.

—Sabes que no se llaman así.

—Lo sé, por eso digo que Denis y Alan —insistió.

Le entendí y podía tener razón porque los hombres perfectos no existían, como tampoco existían las mujeres ideales.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

Casi me atraganto con el café y un infarto me saludó efusivamente. Nada grave.

—¿A quién le has dicho que estábamos aquí?

—Mari me ha preguntado antes, por si podía acercarse.

Giró el cuello y lo vio.

Estaba ahí, Aritz mirándonos con una sonrisa asquerosamente arrebatadora. Se colocó en la fila para pedir y valoré las posibilidades de salir corriendo sin que me alcanzase. No eran muchas, tendría que pasar por su lado y le bastaría con estirar el brazo para cogerme. Pero lo pensé con la cabeza fría, y podría ser que, usando a Nieves de parapeto, conseguiría escabullirme.

Intenté no ahogarme y miré cómo cogía un par de vasos de café y una bolsa con bollería para llevar.

¿Estaba con alguien?

Confieso que la curiosidad fue el único motivo por el que me quedé sentada. Miento. Fue eso y que de todas las cosas surrealistas que podían pasarme en Madrid un jueves, no contaba con

esa, con ver a Aritz en vaqueros largos y un jersey verde. Estaba guapo sin necesidad de marcar los abdominales.

—Vicky.

Lo tenía de pie, delante de mí, mirándome fijamente.

Dudé en levantarme. No sabía nada de él desde que me marché. Le dejé una carta como despedida y no creo que se lo tomase muy bien. Como tampoco se tomaría bien que le bloquease el teléfono. Lo imaginaba cabreado con el mundo, pegando voces y rompiendo cosas, pero sobre todo, lo imaginaba decepcionado conmigo y con mi actitud.

Pero no, no parecía decepcionado ni cabreado. Eso me confundió.

—Hola —saludó Nieves.

¡Dios! Al verlos juntos recordé el día que confesé a Nieves lo que surgió con Aritz, lo hice olvidando que también tuvieron relaciones íntimas. Ella no podía creer que se tratase uno de los hombres más atentos que había conocido nunca porque su experiencia resultó ser opuesta a la mía. No tuvo nada que ver con aquel «espacio» que me volvió loca.

¿Qué pensé? Nada, pero me sentí especial.

—Hola, Nieves. No quiero ser borde, pero ¿te importaría si me la llevo de paseo?

Nieves me miró esperando que dijese algo. ¿Y qué iba a decir? No podía y negué con la cabeza. Le supliqué con la mirada que no se marchase ni me dejase sola con ese hombre.

—Creo que me quedo —dijo con dudas.

—Vicky...

Lo odiaba. Odiaba que todo siguiese siendo igual, que me derritiera con un susurro, sin esfuerzo, levantando los dos cafés que había comprado. Porque uno era el mío y lo de la bolsa también. Necesitaba descubrir qué había escogido, si era una *cookie* o un bizcocho. O el sabor, porque el sabor era importante.

—Ten el teléfono a mano —dije a Nieves.

Escuché la risa de Aritz, pero no quise mirarle. Me centré en colocarme la chaqueta y coger el bolso que había dejado en el suelo.

—Luego me lo cuentas todo.

Aritz carraspeó y puse los ojos en blanco.

Nada nuevo.

Dejamos a Nieves y salimos de allí sin tener un destino porque no sabía a dónde llevarle. Madrid no era Carballo ni Razo y encontrar una zona tranquila podía resultar imposible. Pero a unos metros estaba el Palacio Real y siempre había bancos libres donde sentarse sin que nadie te interrumpiese.

Caminamos hacia allí en silencio. Entre el bullicio de la capital percibí su mirada y escuché su respiración. Ya no se ahogaba, era una respiración tranquila, y si no se tratase de él, diría que hasta delicada. Aritz había cambiado tanto que estaba irreconocible. No sabía el motivo de ese cambio brusco, pero era como estar con un hombre diferente.

Alguien nuevo. Alguien mejor.

Nos sentamos entre los árboles, en un lugar donde apenas transitaban las personas. Desde allí no podían hacerse buenas fotos ni crear un contenido viral. Era lo típico de los lugares turísticos, que todo el mundo ansiaba el ángulo perfecto para tener los *likes* de las redes sociales.

—Toma, cargado.

—Gracias.

Fue un detalle, pero a esas alturas, hubiese preferido una tila. Pensé en el café que me había

bebido con Nieves y en que mis niveles de cafeína estaban más que cubiertos.

—¿*Carrot cake o apple pie*? —Reí a carcajadas. Lo dijo con tanto ímpetu que no pude controlarme— ¿Cuál es la gracia? —preguntó con una sonrisa.

—Nada. ¿No tenían caja para meterlo? No suelen meter esto en bolsas.

Negó con la cabeza y, por un instante, pensé que me besaría. Hubo silencio entre los dos, el previo al momento en el que uno se acerca más de la cuenta y el otro sigue. Nosotros no acortamos la distancia, solo nos miramos. Y fue bonito. Especial. Mágico. Creí que había olvidado el sentir, el tener un hormigueo en el estómago o el notar el corazón latiendo más deprisa.

Estaba pasando.

—Estás preciosa.

Me ruboricé. Podría haber sido más sencillo, pero no lo fue.

—¿Qué quieres?

—Que me lleves a tus lugares favoritos.

—¡Venga ya! Te dije que no tenía ninguno.

—Podemos buscarlos.

Arqué la ceja. Después sonreí. A pesar de los nervios y la vergüenza, hablábamos como cuando éramos amigos. Y fue bonito el pensar que seguía existiendo algo.

—¿Buscarlos?

—¿Qué te parece el Retiro?

—Aritz, el Retiro es inmenso.

—Sabía que pondrías alguna queja. Dame un segundo. —Sacó un papel del bolsillo y lo miró—. ¿Y la chocolatería San Ginés?

No pude evitarlo. Le arrebaté el papel de las manos porque necesitaba saber qué ponía. Reí a carcajadas cuando vi una larga lista de los sitios más típicos de Madrid.

—¿De qué página lo has sacado?

—No te rías —respondió cuando intentaba quitarme la lista de las manos.

—Plaza Mayor, bar El Brillante, Museo del Prado, Palacio Real...

—Trae.

—Tienes el Palacio Real a tus espaldas —dije señalándolo—. ¿Decepcionado?

—Pues no. Me gusta. Es el lugar ideal para comernos esto.

Levantó la bolsa y suspiré. Estaba feliz y quería llorar. Fue inmenso el esfuerzo que hizo para que la normalidad se instalase entre nosotros, pero era raro. Bonito y raro.

Irreal.

Estar con Aritz en ese lugar y en ese instante parecía cosa de un sueño. Sabía que en cualquier momento todo cambiaría y que lo bonito podría ser efímero. Estaba acostumbrada a ese tipo de duración, pero dolía. Empezaba a doler porque no solo él había cambiado.

Yo también.

Fui Vicky y a Vicky le dolía que «eso» terminase.

Vicky empezó a tener ilusiones.

Y Vicky imaginó un futuro donde no estaba sola.

58. *No sé cómo hacerlo*

ARITZ

¿Cómo podía volverme así de loco? No necesita hacer nada. Cualquier gesto me parecía perfecto en ella. Hasta cuando me ignoraba la veía adorable. Pensé que quería ponérmelo difícil para que insistiese más, y eso, alimentaba mis esperanzas. Pero tuve miedo.

Dudé de Mari cuando me envió la ubicación. No terminaba de fiarme de ella a pesar de haber solucionado nuestros problemas. Y existía una posibilidad de que, si me había dicho la verdad, ya no estuviese. Pero Mari cumplió y Vicky se encontraba allí.

No me emocionó mucho aquel lugar donde servían la bebida en vasos gigantes de papel. Estaba acostumbrado a beberlo en taza porque mantenía mejor la temperatura. Una taza o un vaso de cristal. Lo normal, ¿verdad? Pero todo parecía un despropósito en aquella cafetería pintada de negro y verde. ¿No podían envolver mejor las porciones de tarta? Las metieron en una puta bolsa de papel. Se disculparon con que se había terminado el *stock* de cajas y no sé cuántas chorradas más. Quisieron compensarme ofreciéndome un *ticket* para consumir al día siguiente con un descuento del cincuenta por ciento.

«¿Tendré cara de gilipollas?», eso pensé después de darle las gracias a la chica fingiendo estar encantado.

∞∞∞

—Aritz, yo...

—No eres ella ni yo soy él —dije interrumpiéndola—. Tú no hubieses muerto por mí, lo hubieses hecho por Eli. Pero te juro que nunca dejaría que murieses —lo dije de verdad, era lo que sentía—. Desde que te marchaste solo busco la forma de ser el hombre que mereces. Te quiero. ¡Joder! Te quiero.

Fui brusco, pero tenía que decírselo así. Llevaba demasiado tiempo pensándolo. Necesitaba vomitar todo. Ese era yo, el que luchaba por lo que le importaba. Estaba en Madrid en busca de una oportunidad y para tenerla tenía que enseñar mis cartas.

La quería. ¡Maldita sea! ¡Claro que la quería! La quería tanto que una noche lloré como un puto crío al pensar que no volvería a verla. Me levanté de la cama y me escondí en el baño para que no me escuchase Eli.

—Lo sé —dijo y dio un sorbo a su café.

—¿El qué?

—El que no eres como él y yo no soy como ella —respondió mirándome—. Y que mi tía está contándote demasiadas cosas por lo que veo.

Tal vez era cierto. Mari estaba contándome cosas porque se sentía en deuda conmigo y quería

redimirse. Yo qué sé. Fue consciente de todo el daño que me hizo en un pasado. La perdoné. También sabía perdonar y dar oportunidades.

—¿Y que te quiero? ¿Eso lo sabes? —Agachó la cabeza y cogí su barbilla para que me mirase—. Puedo esperar lo que necesites, pero déjame estar a tu lado.

Dudó. Estaba preparado para muchas cosas, incluso para que me rechazase.

«Piensa. Siente. Hazlo».

Busqué mi cicatriz bajo su camiseta con los ojos cerrados y la encontré. Estaba ahí. Seguía esperándome. Lo sabía y ella también. Tembló, lo noté en su piel, pero no me apartaba porque estaba llena de miedos. Yo tenía que transformar los miedos en ganas.

—La eché de menos.

—Aritz... —Abrí los ojos cuando escuché mi nombre—. No sé cómo hacerlo.

—Yo tampoco, pero podemos aprender juntos.

No sabía, pero tenía claro que no quería perderla de nuevo. De eso no tenía ninguna duda, tampoco de quererla hasta hacerlo posible. Tan posible que me acerqué a ella.

La besé. Lo hice sin miedo y fui correspondido. Vicky me agarró la nuca para que no me separase y yo no pensaba hacerlo. No sabía que se pudiese echar de menos el tacto de una persona hasta que la conocí a ella. Necesitaba tocar su boca con la mía hasta que se cansase o hasta que se apagase el mundo.

—Ya estoy preparada.

—¿Para qué?

—Para darte sentimientos.

Hay cosas que no pueden explicarse y esa fue una de ellas. Lo que sentí cuando lo escuché no tenía palabras, pero sí emociones. Llegaban tan dentro del pecho que lo llenaron haciéndome sentir el hombre más afortunado del mundo.

¿Por qué? Porque podía darle todo. Podía hacerla feliz.

Lo merecíamos.

Ella y yo.

Epílogo (s)

VICKY

Nueve meses después

—¡Aritz! Estate quieto —me quejé cuando sus manos se deslizaron bajo la camiseta.
—¡Joder! No puedo. ¿Qué quieres que haga? Me vuelves loco.

Tendría que haberme puesto la parte de arriba del bikini, pero no iba tomar el sol porque estaba nublado y él no tenía que hacer lo que estaba haciendo. Su trabajo consistía en vigilar a los alumnos que se encontraban en el agua y no meterme la mano bajo la camiseta cuando me recostaba sobre su pecho. Era algo que hizo en otras ocasiones, pero en esa, se puso demasiado tonto.

—¿Eso que estoy notando en la espalda es tu pito?

Nos echamos a reír y me giré para mirarle la cara. Él aprovechó y me robó un beso que estaba dispuesta a darle. Pegué un grito ahogado cuando me mordió el cuello e intenté zafarme. No pude. Estaba totalmente retenida entre sus brazos.

—Aritz, ¿te imaginas que algún chico tiene problemas y tienes que salir corriendo?

—No pasa nada.

—¿Cómo que no?

—Solo me pongo así contigo. —Lo miré de nuevo y puse los ojos en blanco—. Había pensado en que cuando termine...

—No.

—¡Joder! Anne y Kat lo hacen en su habitación y no pasa nada.

—Porque ellas no tienen casa en Carballo —lo interrumpí.

Sonaba raro, pero no podía decirlo de otra forma. Teníamos casa en Carballo.

El comienzo fue bonito y extraño. Nunca había tenido una relación así, tan intensa y vivida, pero sería.

Era real.

Aritz estaba dándome todo y yo intentaba hacer lo mismo con algún que otro tropiezo. No es que existiesen problemas, esos me los inventaba. Fueron las dudas que venían de vez en cuando para recordarme que romperme no estaba mal. Prefería eso a ir de dura por la vida. Mostrarme vulnerable me hizo sentir más humana.

Los sentimientos se entremezclaban y siempre ganaba el amor que le tenía.

En alguna ocasión discutimos porque era demasiado exigente con Eli y le costaba ceder. Tenía el papel de padre tan metido en la cabeza que pecaba de sobreprotector. Lo único que tuvieron en común nuestras discusiones fueron las reconciliaciones. No servíamos para estar enfadados. Primero hablábamos, nos disculpábamos y, como guinda, hacíamos el amor.

¿Estábamos haciéndolo bien? No lo sé. Todo era prueba y error.

—Tú ganas. Luego vamos a Carballo.

—¿Cómo que yo gano? ¿Te crees que estás haciéndome un favor?

Volvió a mordirme y me quejé.

—El favor es mutuo, pero a mí me gustaría hacértelo aquí.

—¡Aritz!

No podía con él. Parecía un adolescente en celo. Siempre estaba igual y aunque yo tenía las mismas ganas, me controlaba por los dos. No sé, me gustaba seguir teniendo intimidad y prefería conducir los diez minutos que separaban nuestra nueva casa del *Camp*. Esa casa que compré. Vendí la de la abuela tres meses atrás. Hicimos muchos viajes para vernos y entendí que, a pesar de tener a mi mejor amiga en Madrid, mi vida se encontraba en un pequeño pueblo de Galicia.

¿Y por qué?

Porque el lugar no tiene por qué ser un sitio concreto. Mi lugar eran sentimientos y esos me los provocaba Aritz.

Eli también era ese lugar porque ella se convirtió en una parte muy importante de mi vida. Nunca sería su madre, tenía una que vivía en Australia, pero yo iba a estar a su lado siempre que me necesitase.

Y Aritz era mi lugar porque con él dejé de sentirme perdida. Me regaló las piezas que le faltaban a mi brújula y comencé un camino desconocido. No sabía lo que iba a encontrarme, si era largo o corto, si sería fácil o tenía baches, pero sabía que quería recorrerlo a su lado y que, si perdía el norte, también quería hacerlo con él.

La vida fue demasiado complicada, pero el pasado no tenía que ver con el presente y mucho menos con el futuro. El pasado estaba ahí, lo miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor para recordar lo que no quería ser. Ya está. No había más misterio porque solo fui una persona que pasó por situaciones duras. Pero seguía en pie.

Y por eso, iba a vivir.

ARITZ

—¿Pasa algo?

Vicky detuvo el coche en el bosque. Cogió un pequeño camino y se adentró hasta que solo se veían los árboles.

—Que voy a dártelo todo.

Saltó hacia los asientos de atrás y me aceleré. Era la primera vez que hacía una locura de ese estilo y tenía que aprovecharlo.

—¡Joder! —mascullé cuando me mordió el labio y tiró de mí.

Salté. Fui hasta ella. Hacerle el amor en un coche podía ser muy excitante. No estaba dentro de mis fantasías, pero con Vicky disfrutaba hasta de lo mundano.

Aprendí cosas nuevas a su lado. Me enseñó a reír más a menudo, a dejar de darle importancia a todo lo que no la tenía y a seguir adelante si se torcían. Con ella, también aprendí a ver los errores como oportunidades. No podía mejorar mucho la relación con mis padres, pero podía evitar ser como ellos. Perdonarles era complicado, pero Eli merecía seguir viendo a sus abuelos. Los quería. Era una niña que daba amor a todos, y como padre, necesitaba que no dejase de hacerlo nunca. Por ella acepté hablar con mi madre y que retomasen sus encuentros, siempre estando yo presente. Si estaba ocupado, era Vicky quien se quedaba. Quería asegurarme de que

no se repetía lo del año anterior y exigí como condición que las visitas estuviesen supervisadas. Mi madre aceptó porque quería verla y mi padre calló. Estaba claro que nuestra relación no iba a salvarse.

No pasaba nada. Las cosas vinieron así y las acepté. Cada familia tiene sus problemas y la mía tenía esos, pero podía ser feliz.

Tenía motivos para serlo.

—¿Qué piensas?

Nos habíamos vestido y estaba apoyada sobre mis piernas.

Hacerlo con Vicky en un coche no tenía nada que ver a esos polvos rápidos que echaba cuando era un adolescente. Con ella todo era más y un coche podía ser el lugar perfecto para encajar mi cuerpo con el suyo.

—Que ha merecido la pena pasarlo mal.

—¿Cómo?

Me quedé de piedra. Fue la primera vez que alguien me dijo que había merecido la pena pasarlo mal. El pasarlo mal no es igual para todos y Vicky había sufrido lo que no estaba escrito. ¿Merecía la pena todo eso?

Se había convertido en la única persona capaz de hacerme pensar con sus contestaciones y nunca dejaba de sorprenderme. Todo en ella era un constante goteo de novedades.

—Sí. En serio. Lo pasé mal, pero ahora soy más feliz que nunca.

Yo también lo era.
Porque ella estaba a mi lado.

Y ahora que has terminado...

Si te has tirado de los pelos con algunos comportamientos, quiero que sepas que esa era la intención. No pretendía crear un personaje masculino perfecto, solo uno real que se equivocase. Todos lo hacemos, ¿no? Nos equivocamos. Los errores nos acompañan en nuestra vida, aunque muchos se mantengan en secreto.

Porque los errores es mejor esconderlos, ¿verdad?

Quiero que mires hacia atrás. Que pienses si en algún momento pudiste hacer daño consciente o inconscientemente a otra persona. Piensa en si rectificaste, si te juzgaron o señalaron.

Si volviese a escribir la historia, seguirían siendo ellos. Tendrían los mismos miedos, los mismos errores y tropezarían con las mismas piedras. Es ficción en la que puedes sentirte identificado. Es una novela que podría estar basada en sucesos reales, pero que está inventada.

Todo lo parecido con la realidad es mera coincidencia.

Contenido extra

¿Qué tal el «viaje»? ¿Bien? ¿Mal? ¿Regular?

El mío no sé cómo definirlo. Pensé que revisar la novela para autopublicarla me llevaría menos tiempo, pero quería dejarla lo mejor posible. Entre unas cosas y otras, cambié lo que creía que se podía mejorar y me entretuve bastante.

Quería ser valiente. Autopublicar por primera vez y dar un paso con algo que desconocía. Espero que te haya merecido la pena descubrir la historia de Vicky y Aritz. Es una novela escrita con cariño en un momento extraño. Cuando me sobraban ganas y me faltaba experiencia. Tengo más historias guardadas que esperan su momento, pero quería darles una nueva oportunidad a ellos. Por probar. Por ver qué sucede. Por si tengo más suerte. Por si los astros se alinean. Por si...

Por si el miedo se va.

No se marcha, ¿sabes? Eso es lo que he descubierto durante un camino lleno de baches y bifurcaciones. Que el miedo siempre está presente y que el secreto es aprender a convivir con ello. Ser más fuerte para no dejar que te domine y aceptarlo como algo natural. También se puede vivir al límite sintiendo dudas. Al final, lo que de verdad cuenta, es si te atreviste en algún momento a dar el paso.

¿Luchaste por el trabajo que querías?

¿Y por la persona que de verdad te gustaba?

¿Probaste aún sabiendo que podía salir mal?

¿Cruzaste aquel límite para despejar tus dudas o te quedaste con ellas?

Al terminar la revisión me he dado cuenta de todo eso. De que lo que importa no es el miedo que sentimos, sino en cómo lo tratemos.

He decidido dejar que entre en mi vida y que me acompañe durante este proceso. Al igual que Vicky, siento que empiezo de cero a pesar de haber publicado otras novelas y con editorial. Soy realista, todo depende de números o suerte. El trabajo cuenta, pero la realidad es que, hoy en día, hemos dejado que las redes sociales nos dominen y que los números decidan sobre cosas que no están al alcance de cualquiera. Las oportunidades no se reparten de forma equitativa y, muchas veces, ni siquiera las ves a lo lejos. Te pasas la vida trabajando para que, al final, tengas que aceptar que no era suficiente.

Que no tuviste esa suerte.
Sigo buscando mi «suerte».

Agradecimientos

GRACIAS con mayúsculas. Gracias a ti por llegar a esta página. Eso quiere decir que has leído las anteriores y que acompañaste a Vicky y Aritz durante una etapa de su vida. Ojalá te haya gustado, pero si no es el caso, gracias también. No todas las historias son para todos y hay que agradecer a quienes te dieron una oportunidad cuando la necesitabas.

Gracias a Willy (@willy_martin) por acompañarme durante este proceso tan complejo como incierto y por la cubierta tan maravillosa y perfecta. Gracias por tu tiempo, por el que dedicaste para que, esta novela, tuviese una nueva oportunidad. Gracias por estar.

Gracias a Joan (@joan_crisol & joan.crisol) por quererme como soy. Contigo aprendí que las amistades son fuertes por los sentimientos y no por el tiempo que compartes.

Gracias a Sandra (@libertyeagle20). Ella es quien ha dejado bonito el interior de esta novela. Gracias a Sandra, *Las olas de tu corazón* luce sus mejores galas en su nueva aventura.

Gracias a Jano (@caosliterario), porque a pesar de la distancia evidente, te has convertido en una persona especial en mi vida y eres muy inspirador.

Gracias a Manuela (@between_.magic6), porque desde el primer minuto sentí tu cariño hacia mis novelas. Para un autor desconocido es gasolina.

Y gracias a esas personas que han pasado por mi vida, a las que se quedaron y a las que no. Cada uno trajo un aprendizaje y me encanta aprender.

Ojalá, mi «yo» del futuro diga «gracias» a mi «yo» de ahora. Por no rendirme cuando lo tenía todo en contra.

Biografía

Martha Black (1985).

Es una autora que ha viajado por todo el mundo, pero que en la actualidad, vive asentada en Madrid. Allí es donde crea todas las historias que pasan por su cabeza.

Siempre dice que «escribe sueños para cumplirlos», pero sus géneros favoritos son el *New Adult*, Romántica Contemporánea y Narrativa.

Amante de los animales y en especial de los gatos, es adicta al café y a escribir, algo que hace a diario siempre que el tiempo se lo permite. Siente admiración por Freddie Mercury porque, gracias a él, recordó cosas que creía olvidadas.

Ha publicado con editorial la novela *Odiado diario* y puede encontrarse en librerías y, también *10 días tuya* en Plataformas Digitales.

Puedes encontrar a la autora en su cuenta de **Instagram**:

[marthablackwriter](https://www.instagram.com/marthablackwriter)